Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

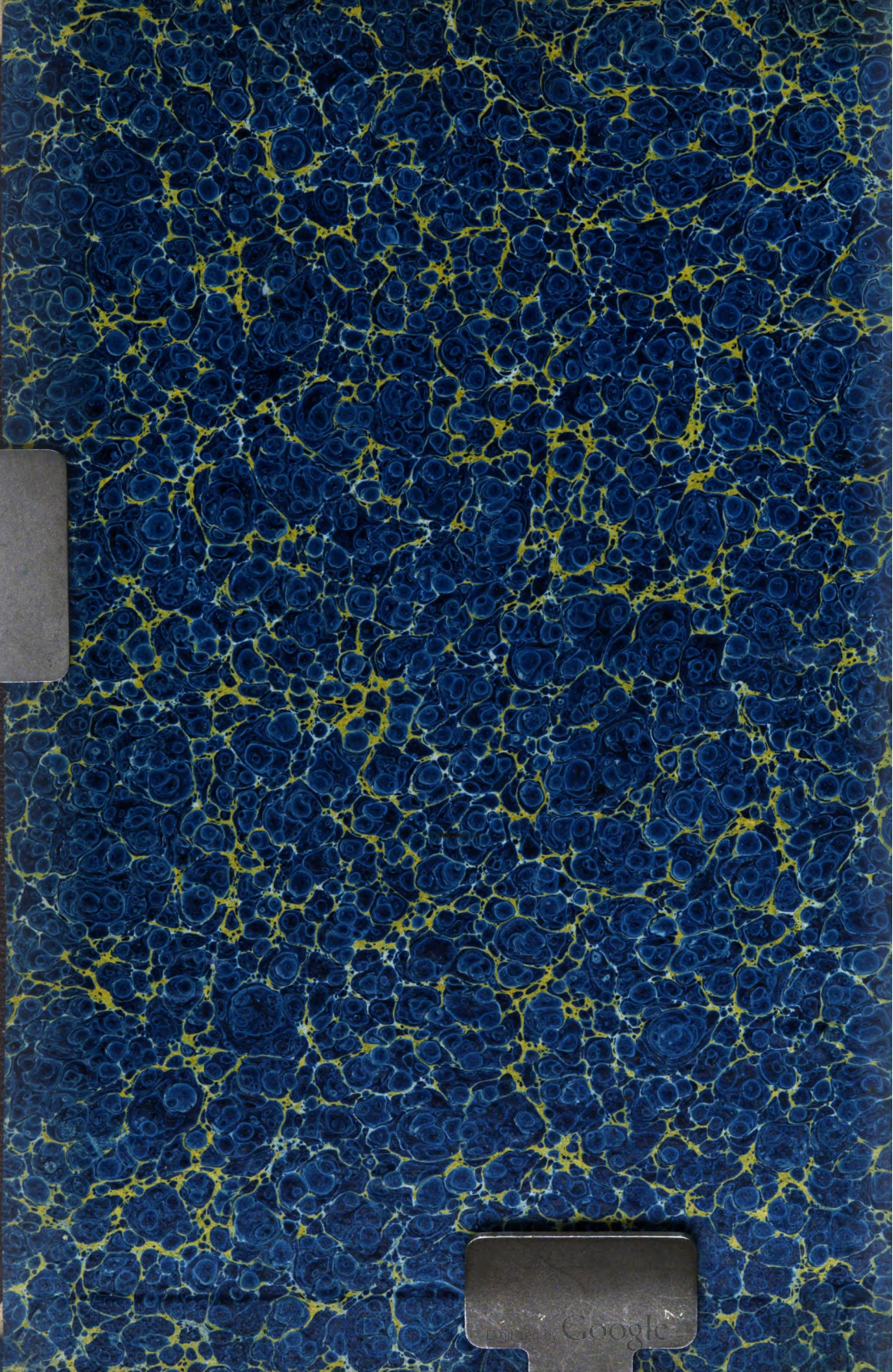
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

4/78.


Digitized by Google

N° 487.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS MISERABLES.

Digitized by Google

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

5325848447

b24207378
I 3630184

Digitized by Google

4-1-8
R.4.399.
840-31"18"
HUG
FH
3816-2

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LOS

MISERABLES

POR

VICTOR HUGO,

EDICION ILUSTRADA CON LAMINAS,

TRADUCCION

DE D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TOMO II.

ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,

CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 4.

1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

SEGUNDA PARTE.

COSETTE.

LIBRO PRIMERO.

WATERLOO.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LO QUE SE ENCUENTRA AL VENIR DE NIVELLES.

En una hermosa mañana del mes de mayo del año 1861, un viajero —precisamente el que refiere esta historia—llegaba de Nivelles, y se dirigia hácia La Hulpe. Iba á pie. Caminaba entre dos hileras de árboles, por una calzada ancha y empedrada, ondulante por colinas que levantan unas veces el camino, y otras lo dejan caer, formando ondas enormes. Habia ya pasado de Lilloís y Bois-Seigneur-Isaac; hácia el Oeste veia el campanario de pizarra de Braine l'Alleud, que tiene la forma de un vaso boca abajo; habia dejado atrás un monte arbolado; y en el ángulo de un camino de travesía, al lado de una especie de estaca carcomida por el tiempo, en la que habia esta inscripcion: *Barrera antigua, núm.* 4, habia reparado en una taberna que tenia en su fachada la siguiente muestra: *A los cuatro vientos. Echabeau, café de particular.*

Digitized by Google

Medio cuarto de legua mas allá de esta taberna, llegó al centro de un vallecito, donde el agua pasa por debajo de un arco practicado en el terraplen del camino. El ramillete de escasos árboles, aunque muy verdes, que cubre el valle por un lado de la calzada, se desparrama por el otro en las praderas, y sigue con gracia y como en desórden hácia Braine l'Alleud.

Allí, á la derecha y á orillas del camino, habia una posada, una carreta de cuatro ruedas delante de la puerta, un gran haz de estacas, un arado, un monton de ramas secas cerca de un seto vivo, cal que humeaba en una especie de cuadro hecho en el suelo, y una escalera apoyada en un cobertizo cuyas paredes eran de paja. Una jóven escardaba en un campo, donde se agitaba al viento un gran cartel amarillo, probablemente el anuncio de algun espectáculo del tiempo de feria. En el ángulo de la posada, y junto á una laguna, donde nadaban unos cuantos ánades, habia un sendero mal empedrado, que desaparecia entre la maleza. El viajero entró en él.

Al cabo de unos cien pasos, despues de haber seguido la direccion de una tapia del siglo XV, que remataba en una albardilla construida de ladrillos, colocados uno contra otro, hallóse frente á una puerta grande de piedra, cintrada, con imposta rectilínea, del grave estilo de Luis XIV, y adornada en los costados de dos medallones planos. Una fachada severa dominaba esta puerta; una pared perpendicular á la fachada venia casi á tocarla, y la flanqueaba con un brusco ángulo recto. En el prado, y delante de la puerta, habia tres rastros, al través de los cuales brotaban mezcladas todas las flores de mayo. La puerta estaba cerrada con dos hojas decrépitas, adornadas de un llamador viejo y oxidado.

El sol era magnífico; las ramas tenian ese suave estremecimiento del florido mes, que parece venir de los nidos mas aun que del viento. Un pajarillo, probablemente enamorado, poblaba el aire con sus trinos desde un árbol frondoso.

El viajero se inclinó, y examinó en la piedra de la izquierda, al estremo inferior de la jamba derecha de la puerta, una escavacion ancha y redonda, parecida al alvéolo de una esfera. En aquel momento se abrió la puerta y salió una aldeana.

Reparó en el viajero y observó lo que miraba.

—Eso lo ha hecho una bala francesa, le dijo.

Digitized by Google

Y añadió:

—Lo que veis allá arriba en la puerta, junto á un clavo, es el agujero de una bala de cañon, que no pudo traspasar la madera.

—¿Cómo se llama este sitio? preguntó el viajero.

—Hougomont, dijo la aldeana.

El viajero se incorporó, dió algunos pasos, y fué á mirar por encima de los setos. Vió en el horizonte, al través de los árboles, una especie de montecillo, y en este montecillo una cosa que de lejos se parecia á un leon.

Estaba en el campo de batalla de Waterlóo.

Digitized by Google

II.

HOUGOMONT.

Hougomont fue un sitio fúnebre; el principio del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterlóo ese gran talador de la Europa que llamaban Napoleon; el primer nudo bajo el filo de su hacha.

Era un castillo; ya no es mas que una casa de labranza. Hougomont para el anticuario es *Hugomons*. Esta residencia fue construida por Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sesta capellanía de la abadía de Villers.

El viajero empujó la puerta, tropezó al pasar bajo el pórtico con un carruaje viejo, y entró en el patio.

Lo primero que llamó su atencion fue una puerta del siglo XVI, figurando el ojo de un puente, y todo caido á su alrededor. El aspecto monumental nace muchas veces de la ruina. Cerca de esta puerta hay otra con clavos del tiempo de Enrique IV, dejando ver los árboles de un huerto. Al lado de esta puerta hay un hoyo para el estiércol, palas y azadones, algunas carretillas, un pozo con su tabla, y un torno de hierro, un potro que salta, un pavo que hace la rueda, una capilla coronada de un pequeño companario, un peral en flor y en espaldera, apoyado en la pared de la capilla; tal es el patio cuya conquista fue un sueño de Napo-

Digitized by Google

leon. Si hubiese podido tomar ese rincon de tierra, le habria dado tal vez el mundo. Las gallinas levantan el polvo con sus picos. Oyese un gruñido; es el perro que enseña los dientes, y que ha reemplazado á los ingleses.

Los ingleses estuvieron allí admirables. Las cuatro compañías de los guardias de Coocke hicieron allí frente, durante siete horas, al encarnizamiento de un ejército.

Hougomont, visto en el mapa en plano geométrico, inclusos los cercados y edificios, presenta una especie de rectángulo irregular, del cual se hubiera estropeado un ángulo. En el sitio de este ángulo se hallaba la puerta meridional guardada por aquella pared que la fusila á boca de jarro. Hougomont tiene dos puertas: la puerta meridional que es la del castillo, y la puerta septentrional, que es la de la granja. Napoleon envió contra Hougomont á su hermano Jerónimo; las divisiones Guilleminot, Foy y Bachelu se estrellaron allí; casi todo el cuerpo de Reille fué enviado sobre aquel punto, pero en vano, y hasta las balas de Kellermann se agotaron en aquellos muros heróicos. Costó mucho trabajo á la brigada Bauduin forzar la entrada por el Norte; y la brigada Soye no hizo mas que principiar á tomarlo por el Sur sin poderlo conseguir. El patio está limitado al Sur por los edificios de la granja. Un trozo de la puerta del Norte, rota por los franceses, pende de la pared, y se compone de cuatro tablas clavadas á dos traviesas, donde se distinguen los destrozos del ataque.

La puerta septentrional forzada por los franceses, y á la que han puesto una pieza para reemplazar el trozo que pende de la pared, se entreabre al otro lado del patio; está cortada en cuadro en un muro de piedra por abajo y de ladrillo por arriba, que cierra el patio por la parte Norte. Es una simple puerta carretera como existen en todas las granjas, compuesta de dos anchas hojas hechas de tablas rústicas: al otro lado están los prados. Esta entrada fue disputada furiosamente. Mucho tiempo despues se veian aun en la parte superior de la puerta, infinidad de huellas de manos ensangrentadas. Allí fue donde mataron á Bauduin.

En este patio existe todavía la borrasca del combate; el horror está aun visible; la confusion y revuelta general se han petrificado allí; este vive, aquel muere; parece que fue ayer. Los muros agonizan, las piedras caen, las brechas gritan, los agujeros son heridas, los árboles in-

Digitized by Google

clinados y como estremecidos, parece que hacen un esfuerzo para huir.

Este patio, en 1815, tenia mas edificios que hoy. Varias obras derribadas despues formaban en él redientes, ángulos y estrellas.

Los ingleses se parapetaron allí; los franceses penetraron, pero no pudieron sostenerse. Al lado de la capilla, permanece aun de pie un ala del castillo, únicas ruinas que quedan de la morada de Hougomont. El castillo sirvió de torre, la capilla de blockhaus. Hubo un esterminio general. Los franceses, acosados á tiros por todas partes, desde lo alto de los graneros, detrás de las paredes, desde el fondo de las cuevas, por todas las ventanas, por todas las lumbreras, por todas las hendiduras de las piedras, reunieron y llevaron faginas, y pusieron fuego á los muros y á los hombres; la metralla tuvo por réplica el incendio.

Aun se ven en el ala arruinada, al través de las ventanas guarnecidas de barras de hierro, los cuartos desmantelados de un cuerpo de edificio construido de ladrillos; en estos cuartos se habia emboscado la guarnicion inglesa; la espiral de la escalera, medio destrozada desde el piso bajo hasta el techo, aparece como el interior de una concha hecha pedazos. La escalera tiene dos tramos; los ingleses sitiados en ella, y agrupados en los peldaños superiores, habian cortado los inferiores, consistentes en anchas losas de piedra azul que hoy forman un monton confuso mezclado de ortigas. Unos diez escalones existen aun incrustados en la pared; en el primero hay grabado un tridente. Estos escalones inaccesibles permanecen aun sólidos en su encaje; el resto de la escalera se parece á una quijada desdentada. Dos árboles seculares existen aun; uno se ha secado, el otro está herido en el pie y reverdece en abril. Desde 1815 ha empezado á brotar al través de la escalera.

En la capilla tambien hubo una gran carnicería: lo interior, tranquilo ya, presenta sin embargo, un aspecto estraño. Desde aquella época no se ha vuelto á decir misa en ella. Sin embargo, se ha conservado el altar, que es de madera grosera, arrimado á una pared de piedra tosca. Cuatro paredes blanqueadas de cal, una puerta en frente del altar, dos ventanitas cintradas, un gran crucifijo de madera sobre la puerta; por cima del crucifijo un tragaluz cuadrado tapado con un haz de heno, y en el suelo un bastidor viejo de una vidriera, todo roto; tal es esta capilla. Junto al altar está clavada una estatua de madera del siglo XV, que representa á Santa Ana; una bala de cañon se llevó la cabeza del

Digitized by Google

niño Jesus. Los franceses dueños un momento de la capilla y desalojados despues, la incendiaron. Las llamas llenaron aquel recinto; la capilla se convirtió en horno; la puerta se quemó; el suelo se quemó tambien; el Cristo de madera no se quemó. El fuego llegó á roerle los pies, de los cuales no se ven mas que los muñones ennegrecidos, y despues se detuvo. Milagro segun los habitantes del pais. El niño Jesus decapitado, no tuvo la suerte que el Cristo.

Las paredes están cubiertas de inscripciones. Junto á los pies del Cristo se lee este nombre: *Henquinez*. Luego estos otros: *Conde de Rio Mayor, Marqués y marquesa de Almagro* (*Habana*). Hay nombres franceses con admiraciones, signos de cólera. En 1849 se volvieron á blanquear las paredes para borrar los insultos que se dirigian mutuamente las naciones.

A la puerta de esta capilla fue recogido un cadáver que tenia una hacha en la mano. Este cadáver era el del subteniente Legrós.

Al salir de la capilla, á la izquierda, se ve un pozo. En este patio hay dos. Se pregunta:—¿por qué no hay cubo ni polea en este pozo?—Porque ya no se saca agua de él.—¿Y por qué no se saca agua?—Porque está lleno de esqueletos.

El último que sacó agua de este pozo se llamaba Guillermo Van Kylson. Era un aldeano que habitaba el castillo de Hougomont, en el cual era jardinero. Su familia tuvo que apelar á la fuga el 18 de junio de 1815, y fué á ocultarse á los bosques.

La selva que rodea la abadía de Villers, fue durante muchos dias, y muchas noches, el asilo de estas infelices poblaciones dispersas. Hoy todavía hay vestigios, tales como troncos quemados, por los cuales se conoce el sitio de aquellos pobres campamentos, que los trémulos fugitivos formaron en la espesura del bosque.

Guillermo Van Kylson permaneció en Hougomont «para guardar el castillo,» y se escondió en una cueva, donde los ingleses dieron con él. Le sacaron de su escondite á sablazos, y le obligaron á que les sirviera. Tenian sed, y Guillermo les daba de beber. De este pozo se sacaba el agua. Muchos bebieron allí por última vez. Este pozo, donde bebieron tantos muertos, debia morir tambien.

Despues de la accion se apresuraron á enterrar los cadáveres. La muerte tiene un modo peculiar suyo de perseguir á la victoria, y traer

Digitized by Google

en pos de la gloria la peste. El tífus va siempre unido al triunfo. El pozo era profundo, y se hizo de él un sepulcro arrojándose á su cavidad trescientos muertos, tal vez con demasiada precipitacion ¿Estaban todos muertos? La leyenda dice que no. Parece que á la noche siguiente de haberlos enterrado, oyeron salir del pozo débiles y lastimeras voces que pedian socorro.

Este pozo está aislado en medio del patio. Tres paredes medio derruidas, mitad ladrillo y mitad piedra, replegadas como las hojas de un biombo, y figurando una torrecilla cuadrada, le rodean por tres lados; el otro está abierto. Por allí se sacaba el agua. La pared del centro tiene una especie de claraboya informe, tal vez el agujero de una bala de obus. Esta torrecilla tenia un techo, del que solo quedan las vigas. El maderaje que sostenia la pared de la derecha forma el dibujo de una cruz, y al inclinarse hácia el pozo, la mirada se pierde en un cilindro profundo hecho de ladrillos, donde reinan la oscuridad y las tinieblas. La parte baja de la fábrica, alrededor del pozo, desaparece entre las ortigas.

Este pozo no tiene por brocal la ancha losa azul que sirve como de delantal á todos los de Bélgica. A la losa ha sustituido una traviesa, en la que se apoyan cinco ó seis troncos deformes de madera, nudosos y enquilosados, que parecen grandes huesos. No tiene ya ni cubo, ni cadena, ni polea; pero conserva aun la pila de piedra donde se vertia el agua. Allí se va reuniendo el agua llovediza, y de vez en cuando van á beberla los pájaros de la selva vecina.

En estas ruinas existe aun la casa de la granja, que está habitada. La puerta de esta casa da al patio. Junto á una linda placa de cerradura gótica, hay en esta puerta un puño de hierro que sirve de llamador. En el momento de ir á coger este llamador el teniente hannoveriano Wilda, para refugiarse en la granja, un zapador francés le echó abajo la mano de un hachazo.

La familia que ocupa la casa tiene por abuelo al antiguo jardinero Van Kylson, que murió hace mucho tiempo. Una mujer que tenia todo el pelo blanco, nos dijo:—Yo estaba allí, tenia tres años. Mi hermana la mayor tenia miedo y lloraba. Nos llevaron á los bosques. Mi madre me llevaba en brazos, y de vez en cuando ponia el oido contra la tierra para escuchar. Yo imitaba el cañon, y hacia: *¡bum! ¡bum!*

Digitized by Google

Una puerta del patio, á la izquierda, ya lo hemos dicho, da al huerto.

El huerto es terrible.

Está dividido en tres partes, casi podria decirse en tres actos. La primera parte es un jardin, la segunda el huerto, y la tercera un bosque. Estas tres partes tienen un cercado comun; por el lado de la entrada están los edificios del castillo y de la granja, á la izquierda un seto, á la derecha una pared, y al fondo otra pared. La de la derecha es de ladrillos, y la del fondo de piedra. Primero se entra en el jardin que va formando cuesta, y está plantado de groselleros, lleno de vegetaciones silvestres, y cerrado con un malecon de piedra labrada con balaustres de doble grueso. Era un jardin señorial del primer estilo francés que precedió á Le Notre, y hoy convertido en zarzas y ruinas. Las pilastras concluyen en unos globos que parecen balas de piedra. Se cuentan aun cuarenta y tres balaustres de pie, los demás están echados por tierra. Casi todos están acribillados por las descargas de la fusilería.

En este jardin, mas bajo que el huerto, fue donde habiendo penetrado seis tiradores del 1.° de ligeros, y no pudiendo ya salir, cogidos y cazados como osos en su guarida, aceptaron el combate con dos compañías hannoverianas, de las cuales una iba armada de carabinas. Los de Hannover rodeaban los balaustres, y tiraban desde lo alto. Los tiradores contestando desde abajo, seis contra doscientos, no teniendo en su intrepidez mas abrigo que los groselleros, tardaron un cuarto de hora en morir.

Se suben algunos escalones, y desde el jardin se pasa al huerto, propiamente dicho. Allí, en algunas toesas cuadradas, murieron en menos de una hora mil quinientos hombres. El muro parece pronto á volver á empezar el combate. Aun existen allí las treinta y ocho troneras abiertas por los ingleses á alturas irregulares. Delante de la décima sesta hay dos tumbas inglesas construidas de granito. Solo hay troneras en el muro del Sur, porque el ataque principal procedia de aquella parte. Dicho muro está oculto esteriormente por un gran seto vivo; los franceses llegaron, creyendo no tener que vencer mas obstáculo que el seto, le atravesaron, pero hallaron en el muro obstáculo y emboscada, porque detrás estaban las tropas inglesas, y las treinta y ocho troneras haciendo

Digitized by Google

fuego á la vez; fue aquella una verdadera tempestad de balas y metralla; allí sucumbió la brigada Loye. Asi empezó Waterlóo.

Sin embargo, el huerto fue tomado. No habia escalas, y los franceses subieron con las uñas. Peleóse cuerpo á cuerpo bajo los árboles. Toda la yerba está empapada en sangre. Un batallon de Nassau, compuesto de setecientos hombres, fue esterminado allí. La parte esterior del muro, contra la cual se asestaron dos baterías de Kellermann, está acribillada toda por la metralla.

El huerto se viste de gala, como cualquier otro, en el mes de mayo. Tiene sus botones de oro y sus bellotitas; la yerba está muy crecida, los caballos de labranza pastan aquella yerba; cuerdas de crin para secar la ropa están atadas de árbol á árbol, y hacen bajar la cabeza á los transeuntes, los cuales tambien deben tener cuidado al andar de no meter el pie en los agujeros de los topos. En medio de la yerba se encuentra un tronco desarraigado, echado por tierra, y verde aun. El mayor Blackman se recostó en él para espirar. Al pie de un árbol grande inmediato á este, cayó el general aleman Duplat, oriundo de una familia francesa, refugiada cuando la revocacion del edicto de Nantes. Junto á este árbol hay un manzano viejo y enfermizo, al que han puesto un vendaje de paja y arcilla. Casi todos los manzanos se caen de viejos. No hay uno que no esté horadado por una bala de fusil ó de cañon. En este huerto abundan los troncos de árboles secos. Los cuervos vuelan de rama en rama, y en el fondo hay un bosque lleno de violetas.

Bauduin muerto, Foy herido; el incendio, la matanza, la carnicería, un rio de sangre inglesa, de sangre alemana y de sangre francesa, mezcladas furiosamente, un pozo lleno de cadáveres, el regimiento de Nassau y el regimiento de Brunswick destruidos, Duplat muerto, Blackman muerto, la guardia inglesa mutilada, veinte batallones franceses de los cuarenta del cuerpo de Reille, diezmados, tres mil hombres solo en las ruinas de Hougomont acuchillados, degollados, fusilados, quemados; y todo esto para que hoy un aldeano diga al viajero: *Señor, dadme tres francos; si quereis, os esplicaré la cosa de Waterlóo.*

Digitized by Google

III.

EL 18 DE JUNIO DE 1815.

Volvamos atrás,—que es uno de los derechos del narrador,—y coloquémonos en el año de 1815, y aun un poco antes de la época en que empieza la accion referida en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de junio de 1815, el porvenir de Europa habria cambiado. Algunas gotas de agua mas ó menos hicieron decaer á Napoleon. Para que Waterlóo fuese el fin de Austerlitz, la Providencia no necesitó mas que un poco de lluvia; y una nube atravesando el cielo en sentido contrario á la estacion, bastó para la destruccion de un mundo.

La batalla de Waterlóo,—y esto dió á Blucher tiempo para llegar,—no pudo comenzar sino á las once y media de la mañana. ¿Por qué? Porque la tierra estaba mojada. Fue preciso esperar á que se secase un poco para que pudiera maniobrar la artillería.

Napoleon era oficial de artillería, y se resentia de ello. Todos sus planes de batalla están hechos para el proyectil. Hacer converger la artillería sobre un punto dado, tal era su clave de victoria. Trataba la estrategia del general enemigo como una ciudadela, y la batia en brecha. Abrumaba con la metralla el punto débil; ataba y desataba las ba-

Digitized by Google

tallas con el cañon. En su genio habia puntería. Desbaratar los cuadros, pulverizar los regimientos, romper las líneas, barrer y dispersar las masas, todo para él consistia en esto; destruir, destruir, destruir siempre, y encomendaba este trabajo á las balas. Método temible que, unido al genio, hizo invencible durante quince años á aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de junio de 1815 contaba con tanta mas razon con la artillería, cuanto que la suya era mas numerosa. Wellington solo tenia ciento cincuenta y nueve bocas de fuego; Napoleon tenia doscientas cuarenta.

Suponed la tierra seca, y la artillería pudiendo rodar, y la accion hubiese empezado á las seis de la mañana. La batalla se habria ganado y concluido á las dos, tres horas antes de la peripecia prusiana.

¿Qué culpa hubo por parte de Napoleon en la pérdida de esta batalla? ¿El naufragio puede imputarse acaso al piloto?

¿La decadencia física evidente de Napoleon se complicaba en esta época con cierta disminucion interior? ¿Los veinte años de guerra habian usado la hoja como la vaina, el alma como el cuerpo? ¿Se hacian sentir desagradablemente en el capitan los defectos del veterano? En una palabra, ¿se eclipsaba este genio, como han creido muchos historiadores dignos de consideracion? ¿Se inflamaba para ocultarse á sí mismo su decaimiento? ¿Empezaba á oscilar bajo el estravío de un soplo de aventura? ¿Se volvia, cosa grave en un general, ignorante del peligro? Para esa clase de hombres grandes materiales á quienes puede llamarse los gigantes de la accion, ¿hay una edad para la miopía del genio? La vejez no hace mella en los genios ideales; para los Dante, los Miguel Angel, envejecer es crecer; para los Anibal y los Bonaparte, ¿es decrecer? ¿Habia perdido Napoleon el sentido directo de la victoria? ¿Estaba ya en el caso de no conocer el escollo, de no adivinar el lazo, de no distinguir ya la pendiente del abismo? ¿No preveia las catástrofes? Él que en otro tiempo conocia todos los caminos del triunfo, y que desde la altura de su carro deslumbrador los señalaba con el dedo soberano, ¿tenia ahora el siniestro aturdimiento de conducir al precipicio su tumultuoso atalaje de legiones? ¿Se veia atacado á los cuarenta y seis años de una locura suprema? Ese conductor titánico del carro del destino, ¿no era ya mas que un inmenso fanfarron, un simple acuchillador?

No lo creemos.

Digitized by Google

Su plan de batalla era, segun confesion de todos, una obra maestra. Ir derecho al centro de la línea aliada, hacer un claro en el enemigo, dividirlo en dos, empujar la mitad británica hácia Hal y la mitad prusiana hácia Tongres, hacer de Wellington y de Blucher dos trozos, apoderarse de Mont-Saint-Jean, tomar á Bruselas, arrojar al aleman al Rhin, y al mar al inglés. Todo esto para Napoleon, entraba en el plan de esta batalla. Despues ya veria lo que habia que hacer.

Inútil es decir que no pretendemos hacer la historia de Waterlóo; una de las escenas fundamentales del drama que referimos está unida á esta batalla; pero la historia no es nuestro objeto; además esa historia está hecha, y hecha magistralmente, bajo un punto de vista por Napoleon, y bajo otro punto de vista por Charras. En cuanto á nosotros, dejamos que allá se las hayan los dos historiadores; no somos mas que un testigo á cierta distancia, un transeunte por la llanura, un indagador inclinado sobre esa tierra amasada con carne humana, tomando tal vez las apariencias por realidades; no tenemos derecho á hacer frente, en nombre de la ciencia, á un conjunto de hechos, donde sin duda hay algo de ilusion; no tenemos, ni la práctica militar, ni la competencia estratégica que autorizan un sistema; segun nosotros, un encadenamiento de azares dominó en Waterlóo á los dos capitanes; y cuando se trata del destino, ese reo misterioso, juzgamos como el pueblo, juez ingénuo y sencillo.

Digitized by Google

IV.

A.

Los que quieran tener una idea exacta de la batalla de Waterlóo, no tienen mas que figurarse pintada en el suelo una A mayúscula. La pierna izquierda es el camino de Nivelles; la pierna derecha el camino de Genappe; el palo trasversal de la A es el camino bajo de Ohain á Braine l'Alleud. El vértice de la A es Mont-Saint-Jean: allí está Wellington; la punta izquierda inferior es Hougomont: allí está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Bella Alianza: allí está Napoleon. Un poco mas abajo del punto donde el palo trasversal de la A encuentra y corta la pierna derecha, es la Haie-Sainte. En medio de este palo está precisamente el punto donde se dijo la palabra final de la batalla. Allí se ha colocado el leon, símbolo involuntario del supremo heroismo de la Guardia imperial.

El triángulo comprendido en el vértice de la A entre las dos piernas y el palo trasversal, es la llanura de Mont-Saint-Jean. La disputa de esta llanura fue toda la batalla.

Las alas de ambos ejércitos se estienden á derecha é izquierda de los dos caminos de Genappe y de Nivelles; Erlon da frente á Picton, y Reille da frente á Hill.

Digitized by Google

Detrás de la punta de la A, tras la llanura de Mont-Saint-Jean, está la selva de Soignes.

En cuanto á la llanura en sí misma, figúrese el lector un vasto terreno ondulante; cada pliegue domina al que le sigue, y todas las ondulaciones suben hácia Mont-Saint-Jean, y van á dar á la selva.

Dos ejércitos enemigos en un campo de batalla son dos atletas que luchan á brazo partido. Cada uno de ellos procura hacer caer al otro; ambos se agarran á lo primero que encuentran; un matorral es un punto de apoyo; el ángulo de un muro un punto de defensa; un regimiento retrocede á veces por falta de un punto de resguardo cualquiera; el declive de una llanura, un terreno movedizo, un sendero trasversal, un bosque, un barranco, pueden detener la planta de ese coloso que se llama ejército, é impedirle que retroceda. El que sale del campo es derrotado. De ahí la necesidad, para el jefe responsable, de examinar hasta la menor espesura de árboles y profundizarlo todo.

Los dos generales habian estudiado con atencion la llanura de Mont-Saint-Jean, llamada hoy llanura de Waterlóo. Desde el año anterior, Wellington, con una sagacidad previsora, la habia examinado como para el caso de una gran batalla. En este terreno, y para este duelo, el 18 de junio, tenia Wellington la ventaja y Napoleon la desventaja. El ejército inglés estaba situado en una altura, y el ejército francés estaba abajo.

Creemos inútil bosquejar aquí el aspecto de Napoleon, á caballo, con su anteojo en la mano, en las alturas de Rosomme, al amanecer del 18 de junio de 1815. Antes de retratarle, todo el mundo le ha visto. Su perfil tranquilo bajo el pequeño sombrero de la escuela de Brienne, su uniforme verde con las vueltas blancas, ocultando la placa, su levita ancha, ocultando las charreteras, el estremo del cordon rojo bajo el chaleco, su calzon de piel, el caballo blanco con su gualdrapa de terciopelo púrpura con N coronadas y águilas en las puntas, sus botas de montar sobre medias de seda, sus espuelas de plata, la espada de Marengo, toda esa figura del último César está presente á todas las imaginaciones, aclamada por unos, mirada severamente por otros.

Esa figura ha permanecido mucho tiempo en todo el apogeo de su brillo; consiste esto en cierto oscurecimiento novelesco, que la mayor parte de los héroes desprenden en torno suyo, y que siempre oculta la

Digitized by Google

verdad por mas ó menos tiempo; pero hoy la historia y la luz se han abierto paso.

Esta claridad—la historia—es implacable; tiene de estraño y de divino, que por mucha luz que arroje, y precisamente porque es luz, suele poner sombras donde habia resplandor; del mismo hombre hace dos fantasmas distintos, el uno ataca al otro haciéndole justicia, y las tinieblas del déspota luchan con el brillo del capitan. De ahí una medida mas verdadera en la apreciacion definitiva de los pueblos. Babilonia violada, rebaja á Alejandro; Roma encadenada, empequeñece á César; Jerusalen muerta, disminuye la grandeza de Tito. La tiranía sigue al tirano. Es una desgracia para un hombre dejar tras sí la sombra que tiene su forma.

Digitized by Google

V.

EL QUID OBSCURUM DE LAS BATALLAS.

Todo el mundo conoce la primera fase de esta batalla; principio confuso, incierto, vacilante, amenazador para los dos ejércitos; pero mas aun para los ingleses que para los franceses.

Toda la noche habia estado lloviendo; la tierra estaba empapada en agua, y hasta se habian formado lagunas; en algunos puntos llegaba el agua hasta los ejes de los carros del tren; las cinchas de los tiros goteaban fango líquido; si los trigos y los centenos cubiertos por esta inmensa hilera de carros en marcha no hubiesen hecho cama bajo las ruedas, colmando los baches, habria sido imposible todo movimiento, particularmente por los valles del lado de Papelotte.

La accion empezó tarde; Napoleon, ya lo hemos dicho, acostumbraba á tener toda la artillería en su mano como una pistola, apuntando, ora á un punto, ora á otro de la batalla, y habia querido esperar á que las baterías enganchadas pudiesen rodar y galopar libremente: para esto era preciso que el sol apareciese y secase la tierra. Pero el sol no apareció. No era ya la cita de Austerlitz. Cuando se hubo disparado el primer cañonazo, el general inglés Colville miró su relój, y observó que eran las once y treinta y cinco minutos de la mañana.

Digitized by Google

La accion empezó con furia, con mas furia tal vez que la que el emperador hubiese querido, por el ala izquierda francesa, sobre Hougomont. Al mismo tiempo Napoleon atacó el centro, precipitando la brigada Quiot sobre la Haie-Sainte, y Ney llevó el ala derecha francesa contra el ala inglesa izquierda, que se apoyaba en Papelotte.

El ataque á Hougomont tenia algo de simulado; su objeto era llevar hácia allí á Wellington, y hacerle inclinar hácia la izquierda. Este plan habria dado buenos resultados si las cuatro compañías de guardias inglesas y los fogosos belgas de la division Perponcher no hubiesen defendido sólidamente la posicion; Wellington, en vez de concentrarse allí con mucha fuerza, pudo limitarse á enviar por todo refuerzo otras cuatro compañías de guardias y un batallon de Brunswick.

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte era un ataque á fondo: derrotar á la izquierda inglesa, cortar el camino de Bruselas, cerrar el paso á los prusianos que pudieran acudir por aquella parte, forzar la posicion de Mont-Saint-Jean, rechazar á Wellington hácia Hougomont, de allí hácia Braine l'Alleud, de allí á Hall: nada mas sencillo. A escepcion de algunos incidentes, este ataque tuvo buen éxito. Papelotte fue tomado, y la Haie-Sainte tambien.

Tenemos que anotar un detalle. Habia en la infantería inglesa, particularmente en la brigada de Kempt, muchos reclutas. Estos soldados bisoños ante nuestra temible infantería, se portaron como valientes; su inesperiencia salió intrépidamente del paso; sobre todo hicieron un escelente servicio de guerrilla; el soldado en guerrilla, entregado en cierto modo á sí mismo, llega á ser, por decirlo asi, su propio general; estos reclutas mostraron algo de la invencion y de la bravura francesa. Esta infantería bisoña tuvo momentos de inspiracion, lo cual desagradó á Wellington.

Despues de la toma de la Haie-Sainte, el éxito de la batalla anduvo vacilante.

En esta jornada, desde las doce á las cuatro de la tarde, hay un oscuro intervalo; la parte media de esta batalla apenas se distingue, y participa de lo sombrío de la pelea; el crepúsculo se estiende sobre ella. En esa bruma hay vastas fluctuaciones, una especie de ilusion vertiginosa, el aparato de guerra de entonces, casi desconocido hoy, los morriones con flama, los portapliegos flotantes, las correas cruzadas, las

Digitized by Google

cartucheras de granadas, los dolmanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los pesados chacós, adornados de cordones, la infantería casi negra de Brunswick, revuelta con la infantería color de escarlata de Inglaterra, los soldados ingleses llevando por charreteras grandes rodetes blancos circulares, la caballería ligera hannoveriana con su casco de cuero oblongo con filetes de cobre y crines rojas, los escoceses con las rodillas desnudas y sus mantas de cuadros, las grandes polainas blancas de nuestros granaderos; cuadros, no líneas estratégicas; lo que conviene al pincel de Salvador Rosa, no lo que conviene al de Gribeauval.

Con una batalla se mezcla siempre cierta cantidad de tempestad: *Quid obscurum, quid divinum.* Cada historiador traza en cierto modo los perfiles que le agradan en esta confusion. Cualquiera que sea la combinacion de los generales, el choque de las masas armadas tiene incalculables reflujos; en la accion, los dos planes de ambos jefes penetran uno en otro, y se desfiguran mútuamente. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los rastros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean, los regimientos entran ó salen formando cabos ó golfos; todos esos escollos se renuevan contínuamente unos tras otros; al sitio donde estaba la infantería llega la artillería; donde se hallaba la artillería, se ve ahora la caballería; los batallones son columnas de humo. Miramos á un punto donde se nos figuraba ver alguna cosa, buscámosla con la vista y ya ha desaparecido; los claros mudan de sitio, los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento del sepulcro impulsa, arrolla, dilata y dispersa toda esa trágica muchedumbre. ¿Qué es una batalla? Una oscilacion. La inmovilidad de un plano matemático espresa un minuto, no un dia. Para pintar una batalla se necesita uno de esos pintores poderosos que tenga algo del caos en su pincel; Rembrandt vale mas que Vandermeulen. Vandermeulen, exacto á las doce, miente á las tres. La geometría engaña; solo el huracan es verdadero. Esto es lo que da á Folard el derecho de contradecir á Polibio. Añadamos que hay siempre cierto instante en que la batalla degenera en combate, se particulariza, y se divide en innumerables pormenores que, segun la espresion de Napoleon mismo, «pertenecen mas á la biografía de los regimientos que á la historia del ejército.» El historiador en este caso tiene el derecho evidente de resú-

Digitized by Google

men. Solo puede apoderarse de los rasgos principales de la lucha, y no le es dado á ningun narrador, por concienzudo que sea, fijar absolutamente la forma de esa nube horrible que se llama una batalla.

Esto, que es cierto cuando se trata de todos los grandes choques de los ejércitos, es particularmente aplicable á Waterlóo.

Sin embargo, por la tarde, en un momento dado, se presentaron claros y distintos los caracteres de la batalla.

Digitized by Google

VI.

LAS CUATRO DE LA TARDE.

A eso de las cuatro, la situacion del ejército inglés era grave. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha, y Picton el ala izquierda. El príncipe de Orange, desalado é intrépido, gritaba á los holando-belgas: *¡Nassau! ¡Brunswick! ¡No retrocedais nunca!* Hill, debilitado, se encaminaba á apoyar su espalda en Wellington, Picton habia muerto. En el momento mismo en que los ingleses cogian á los franceses la bandera del regimiento 105 de línea, los franceses mataban al general inglés Picton de un balazo en la cabeza. La batalla tenia para Wellington dos puntos de apoyo, Hougomont y la Haie-Sainte; Hougomont se sostenia aun, pero estaba ardiendo; la Haie-Sainte habia sido tomada. Del batallon aleman que la defendia, solo habian quedado cuarenta y dos hombres; todos los oficiales, menos cinco, habian caido muertos ó prisioneros. Tres mil combatientes se habian asesinado en esta granja. Un sargento de guardias inglesas, el primer boxeador de Inglaterra, reputado como invulnerable por sus compañeros, habia sido muerto por un tamborcillo francés. Baring habia sido desalojado de su posicion; Alten habia sido acuchillado. Se habian perdido muchas banderas, una de la division de Alten, y otra del batallon Lunebourg que

Digitized by Google

llevaba el príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises ya no existian; los corpulentos dragones de Ponsomby habian sido despedazados. Esta valiente caballería habia sido arrollada por los lanceros de Bro y los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos, solo quedaban seiscientos; de los tres tenientes coroneles, dos se hallaban tendidos en tierra; Hamilton herido y Mater muerto. Ponsomby habia caido atravesado de siete lanzadas. Gordon habia muerto, Marsh tambien. Las divisiones quinta y sesta estaban destruidas.

Casi tomado Hougomont, y tomada la Haie-Sainte, no quedaba mas que un nudo, el centro, que continuaba resistiendo. Wellington lo reforzó. Llamó á Hill, que estaba en Merbe-Braine, y á Chassé, que estaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés, algo cóncavo, muy denso y muy compacto, estaba muy bien situado. Ocupaba la meseta de Mont-Saint-Jean, teniendo á su espalda la aldea y delante la pendiente, entonces bastante áspera. Se apoyaba en la casa de piedra que en aquella época era dominio señorial de Nivelles, y que marca la interseccion de los caminos, edificio del siglo XVI, tan inespugnable, que rechazaba las balas sin sufrir deterioro. Los ingleses habian cortado los setos por varios lados alrededor de la llanura, hecho troneras entre los árboles, colocado una boca de cañon entre cada dos ramas, y aspillerado los matorrales. Su artillería estaba emboscada detrás de la maleza. Este trabajo púnico, autorizado incontestablemente por la guerra, que admite las estratagemas, estaba tan bien hecho, que Haxo, enviado por el emperador á las nueve de la mañana para reconocer las baterías enemigas, no habia visto nada, y habia vuelto á decir á Napoleon que no existia obstáculo alguno, escepto las dos barricadas que obstruian los caminos de Nivelles y de Genappe. Era la época en que las mieses están muy crecidas; un batallon de la brigada de Kempt, el 95, armado de carabinas, habíase echado en los trigos, á orilla de la meseta.

Fortificado y precavido asi, el centro del ejército anglo-holandés estaba en buena posicion.

El peligro de esta posicion era la selva de Soignes, contigua entonces al campo de batalla, y cortada por los estanques de Groenendael y de Boitsfort. Un ejército no habria podido retroceder allí sin disolverse; los regimientos se hubiesen diseminado en seguida. La artillería se ha-

Digitized by Google

bria perdido en los pantanos. La retirada, segun la opinion de muchos hombres competentes, si bien es cierto que rebatida por otros, hubiese sido una dispersion general.

Wellington añadió á este centro una brigada de Chassé, que quitó al ala derecha, otra brigada de Wincke, que suprimió del ala izquierda, con mas la division Clinton. A sus ingleses, á los regimientos de Halkett, á la brigada de Mitchell, y á los guardias de Maitland, dió como sosten y refuerzo, la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge, y los alemanes de Ompteda. Todo en conjunto veintiseis batallones. El *ala derecha*, como dice Carras, *fue rechazada hasta detrás del centro*. Una batería enorme estaba oculta por sacos de tierra en el sitio donde está hoy lo que se llama «el Museo de Waterlóo.» Wellington tenia además en un pliegue del terreno los guardias dragones de Somerset, mil cuatrocientos caballos. Era la otra mitad de esta caballería inglesa tan justamente célebre. Destruido Ponsomby, quedaba Somerset.

La batería, que concluida hubiese sido casi un reducto, estaba colocada tras el muro de un jardin muy bajo, revestido apresuradamente con una cortina de sacos de arena, y con un ancho repecho de tierra. Esta obra estaba por concluir; no habia habido tiempo para empalizarla.

Inquieto Wellington, pero impasible, estaba á caballo, y todo el dia permaneció en la misma actitud, un poco delante del molino viejo de Mont-Saint-Jean, que existe todavía, y bajo un olmo, que un inglés, vándalo entusiasta, compró despues en doscientos francos, lo hizo serrar y se lo llevó. Wellington se mostró allí friamente heróico. Llovian las balas. El ayudante de campo Gordon acababa de caer á su lado. Lord Hill, señalándole un obús que acababa de disparar, le dijo:—Milord, ¿cuáles son vuestras instrucciones, y qué órdenes nos dejais si os matan?—*Hacer lo que yo*, respondió Wellington. A Clinton le dijo lacónicamente:—*Permanecer aquí hasta perder el último hombre.*—La jornada iba mal visiblemente. Wellington gritaba á sus antiguos compañeros de Vitoria, de Talavera y de Salamanca:—*Boys* (¡muchachos!) *¿pensais acaso huir? ¡Acordáos de la vieja Inglaterra!*

A eso de las cuatro, la línea inglesa se movió hácia atrás. De pronto no se vió ya en la cresta de la meseta mas que la artillería y los ti-

Digitized by Google

radores; el resto habia desaparecido; los regimientos, arrojados por los obuses y las balas francesas, se replegaron al fondo, que aun hoy corta el sendero de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un movimiento retrógrado, desapareció el frente de batalla inglés, y Wellington retrocedió.

Principio de retirada, esclamó Napoleon.

Digitized by Google

VII.

NAPOLEON DE BUEN HUMOR.

Napoleon, aunque enfermo é incomodado á caballo por un padecimiento local, no habia estado nunca de tan buen humor como aquel dia. Desde por la mañana su impenetrabilidad se sonreia. El 18 de junio de 1815, aquella alma profunda, cubierta de una máscara de mármol, centelleaba ciegamente. El hombre que habia estado sombrío en Austerlitz estuvo alegre en Waterlóo. Todos los predestinados célebres tienen estas contradicciones. Nuestras alegrías no son mas que sombra. La sonrisa suprema pertenece á Dios.

Ridet Cæsar, *Pompeius flebit*, decian los soldados de la legion Fulminante. Esta vez no debia llorar Pompeyo; pero lo cierto es que César reia.

Desde la una de la noche anterior, esplorando á caballo con Bertrand, entre la lluvia y la tempestad, las colinas inmediatas á Rossomme, satisfecho al ver la larga línea de los fuegos ingleses que iluminaba todo el horizonte desde Frischemont hasta Braine l'Alleud, le habia parecido que el destino, emplazado por él para un dia fijo en el campo de Waterlóo, era exacto á la cita; habia detenido su caballo, y permanecido inmóvil algun tiempo, mirando los relámpagos, y oyendo el trueno,

Digitized by Google

y habíase oido á aquel fatalista murmurar entre dientes esta palabra misteriosa: «Estamos de acuerdo.» Napoleon se engañaba. No estaban ya de acuerdo el destino y él.

No habia dormido un minuto siquiera; todos los instantes de aquella noche se habian señalado para él con una alegría. Habia recorrido toda la línea de las avanzadas, deteniéndose en algunos puntos para hablar con los centinelas de caballería. A las dos y media, cerca del bosque de Hougomont, habia oido el paso de una columna en marcha; y por un momento creyó que se retiraba Wellington. Entonces dijo á Bertrand: *Es la retaguardia inglesa que se prepara para levantar el campo. Haré prisioneros á los seis mil ingleses que acaban de llegar á Ostende.* Hablaba con espansion: habia vuelto á hallar esa inspirada elocuencia del desembarco del 1.° de marzo, cuando presentaba al gran mariscal el aldeano entusiasta del golfo Juan, esclamando:—*Y bien, Bertrand, ¡ya tenemos refuerzo!* La noche del 17 al 18 de junio se burlaba de Wellington, diciendo:—*Ese inglesillo necesita una leccion.*—La lluvia redoblada; mientras el emperador hablaba, estaba tronando.

A las tres y media de la madrugada habia perdido una ilusion; algunos oficiales, enviados para esplorar el campo, le habian anunciado que el enemigo no hacia movimiento. Nada se movia; ni una sola hoguera del campamento se habia apagado. El ejército inglés dormia. El silencio en la tierra era profundo; solo en el cielo habia ruido. A las cuatro le llevaron las avanzadas un aldeano, que habia servido de guia á la caballería inglesa, probablemente á la brigada Vivian, que iba á tomar posicion en la aldea de Ohain, al estremo izquierdo. A las cinco, dos desertores belgas le habian referido que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla.—*¡Me alegro!* esclamó Napoleon. *Mas quiero derrotarlos que hacerlos retirar.*

Por la mañana, en el sitio que forma el ángulo del camino de Plancenoit, habia echado pie á tierra, en el fango, habia hecho que le llevaran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla rústica, se habia sentado, teniendo un haz de paja por alfombra, y habia desdoblado encima de la mesa el mapa del campo de batalla, diciendo á Soult: *¡Bonito tablero!*

A consecuencia de la lluvia de la noche, los convoyes de víveres, atascados en los caminos llenos de baches, no habian podido llegar por

Digitized by Google

la mañana; los soldados no habian dormido, estaban calados de agua hasta los huesos, y en ayunas, lo cual no impidió que Napoleon dijese alegremente á Ney: —*Tenemos noventa y nueve probabilidades contra una.* A las ocho llevaron el almuerzo al emperador, para el cual habia invitado á muchos generales. Mientras almorzaban, se estuvo refiriendo que Wellington habia asistido la antevíspera al baile dado en Bruselas, en casa de la duquesa de Somerset, y Soult, rudo guerrero con aspecto de arzobispo, habia dicho: *el baile es hoy.* El emperador se habia chanceado con Ney, que decia: *Wellington no será bastante necio para esperar á vuestra majestad.* Tal era, por otra parte, su costumbre; se chanceaba fácilmente, dice Fleury de Chaboulon. *El fondo de su carácter era un humor festivo*, dice Gourgaud. *Decia con frecuencia chistes mas bien caprichosos que ingeniosos*, dice Benjamin Constant. Estas alegrías de gigante valen la pena de que se insista en ellas. Llamaba á sus granaderos «los gruñones;» les pellizcaba las orejas, y les tiraba de los bigotes. *El emperador no cesaba de chancearse con nosotros;* es frase de uno de ellos. Durante el misterioso trayecto de la isla de Elba á Francia, el 27 de febrero, el bergantin de guerra francés el *Céfiro*, encontró en alta mar al bergantin *Inconstante*, donde Napoleon iba oculto; y habiéndole pedido noticias del emperador, éste, que llevaba aun en aquel momento en su sombrero la escarapela blanca y amaranto sembrada de abejas, adoptada por él en la isla de Elba, tomó riendo la bocina, y respondió él mismo: *el emperador continúa perfectamente.* El que rie de esta suerte está familiarizado con los acontecimientos. Napoleon habia tenido muchos accesos de esta risa durante el almuerzo de Waterlóo. Despues de almorzar, se quedó pensativo un cuarto de hora, y luego se sentaron dos generales en el haz de paja, con una pluma en la mano, un pliego de papel sobre las rodillas, y el emperador les dictó sus órdenes para la batalla.

A las nueve, en el instante en que el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, desplegaba sus divisiones en dos líneas, la artillería entre las brigadas, las músicas á la cabeza, batiendo marcha con el redoble de los tambores y el sonido de las trompetas, y destacándose sobre el horizonte aquel poderoso, vasto, alegre, é inmenso mar de cascos, de sables y de bayonetas, el emperador, conmovido, esclamó por dos veces: *¡Magnífico! ¡magnífico!*

De nueve á diez y media, todo el ejército, lo que parece increible,

Digitized by Google

habia tomado posicion, y se habia ordenado en seis líneas, formando, para repetir la espresion del emperador, «la figura de seis VV.» Pocos instantes despues de la formacion del frente en batalla, en medio de ese profundo silencio que precede á la pelea, como la calma precede á las tempestades, al ver desfilar las tres baterías de á doce, destacadas por su órden de los tres cuerpos de Erlon, de Reille y de Lobau, y destinadas á empezar la accion, atacando á Mont-Saint-Jean, donde está la interseccion de los caminos de Nivelles y de Genappe, tocó familiarmente en el hombro á Haxo, diciéndole:—*Hé ahí veinticuatro guapas chicas, general.*

Seguro del éxito, habia alentado con su sonrisa, al pasar por delante de él, á la compañía de zapadores del cuerpo designado por él mismo para hacerse fuerte en Mont-Saint-Jean tan pronto como fuera tomada la aldea. Esta serenidad solo fue turbada por una palabra de altiva piedad; al ver á su izquierda, en un sitio en donde existe hoy una gran tumba, agolparse con sus magníficos caballos los admirables escoceses grises, dijo: —*Es lástima.*

Despues montó á caballo, se dirigió hácia Rossomme, y escogió para observatorio un estrecho montecillo de musgo á la derecha del camino de Genappe á Bruselas, que fue su segunda estacion durante la batalla. La tercera estacion, la de las siete de la tarde, entre la Bella-Alianza y la Haie-Sainte, es terrible; es una altura bastante elevada que existe aun, y tras la cual se habia agrupado la guardia en un declive de la llanura. Alrededor de este montecillo rebotaban las balas sobre el empedrado de la calzada hasta Napoleon. Como en Brienne tenia sobre su cabeza el silbido de las balas y de las granadas. Casi en el sitio donde puso los pies su caballo, se han recogido balas oxidadas, hojas de sable viejas, y proyectiles informes llenos de orin: *scabra rubigine.* Hace algunos años se desenterró de aquel mismo sitio un obus de sesenta, cargado todavía, cuya boca se habia roto al ras de la bomba. En esta última estacion fue donde el emperador dijo á su guia Lacoste, labriego enemigo, que iba atado, temblando, á la silla de un húsar, volviéndose á cada descarga de metralla, y procurando ocultarse detrás de Napoleon: —*Imbécil, eso es una vergüenza. Vas á hacerte matar por la espalda.* El que escribe estas líneas ha hallado en el resbaladizo declive de ese montecillo, removiendo la arena, los restos del cuello de una bomba, casi

Digitized by Google

deshechos por el óxido de cuarenta y seis años, y pedazos de hierro viejo que se rompian entre sus dedos como varas de sauco.

Las ondulaciones de las llanuras diversamente inclinadas donde se verificó el encuentro de Napoleon y de Wellington, no son ya, como nadie ignora, las que eran el 18 de junio de 1815. Al tomar de este campo fúnebre los materiales para fabricar en él un monumento, le han quitado su forma verdadera, y la historia desconcertada, ya no lo conoce. Para glorificarlo lo han desfigurado. Al volver á ver Wellington á Waterlóo dos años despues, esclamó: —*Me han cambiado mi campo de batalla.* Donde está hoy la gran pirámide de tierra coronada con un leon, habia un cerrillo que hácia el camino de Nivelles bajaba en rampa practicable, pero que por la parte de la calzada de Genappe era muy escarpado. Aun puede hoy medirse la elevacion de este repecho por la altura de los montecillos de las dos grandes sepulturas que encallejonan el camino de Genappe á Bruselas; una, la tumba inglesa, está á la izquierda; la otra, que es la alemana, á la derecha. No hay tumba francesa. Para Francia es sepulcro toda esta llanura. Gracias á las mil y mil carretadas de tierra empleadas en el cerro de ciento cincuenta pies de altura, y de media milla de circuito, la meseta de Mont-Saint-Jean es hoy accesible por una pendiente suave; pero el dia de la batalla, sobre todo por la parte de la Haie-Sainte, era de áspero y escabroso acceso. Su vertiente era tan inclinada, que la granja, situada en el fondo del valle, centro del combate, quedaba muy debajo del tiro de los cañones ingleses. El 18 de junio de 1815, las lluvias habian formado barrancos en aquellas asperezas, el cieno dificultaba la subida, y no solo se trepaba mal, sino que se hundian en lodo los que se aventuraban á subirlas. A lo largo de la cresta de la meseta corria una especie de foso imposible de adivinar para un observador lejano.

¿Qué foso era este? Digámoslo. Braine-l'Alleud es una aldea de Bélgica, Ohain es otra. Estas aldeas, ocultas ambas en las desigualdades del terreno, están unidas por un camino de cerca de legua y media, que atraviesa una llanura ondulante, y muchas veces entra y se hunde como un surco entre colinas, lo que hace que el camino en varios puntos sea un barranco. En 1815, como hoy, este camino cortaba la cresta de la meseta del Mont-Saint-Jean, entre las dos calzadas de Genappe y de Nivelles, solo que hoy está al nivel de la llanura: entonces era una hon-

Digitized by Google

donada. Le han tomado sus dos declives para formar el cerrillo monumental. Este camino era, y es aun, una zanja en la mayor parte de su trayecto; zanja algunas veces de doce pies, y cuyos declives demasiado escarpados se desmoronaban por varios lados, sobre todo en invierno, en tiempo de lluvia. Algunos accidentes habia habido en aquel sitio. El camino era tan estrecho á la entrada de Braine-l'Alleud, que un viajero fue aplastado por un carro, como lo prueba una cruz de piedra levantada junto al cementerio, donde se lee el nombre del que murió, el *señor Bernardo de Brye, comerciante en Bruselas*, y la fecha del accidente, febrero de 1637 (1). Era tan profundo tambien por la parte de la meseta de Mont-Saint-Jean, que un aldeano, llamado Mateo Nicaise, habia sido aplastado en 1783 por el hundimiento del declive, como lo probaba otra cruz de piedra, cuyos brazos desaparecieron en el desmonte; pero cuyo pedestal caido se ve hoy aun en la pendiente del césped á la izquierda de la calzada, entre la Haie-Sainte y la granja de Mont-Saint-Jean.

En una dia de batalla, este camino hondo y pantanoso, de cuya existencia nada daba señal, rodeando la cresta de Mont-Saint-Jean, formando un foso en la misma cima del repecho, una trampa oculta entre las tierras, era invisible, es decir, formidable.

(1) La inscripcion dice asi:

D. O. M.
AQUÍ FUE APLASTADO
DESGRACIADAMENTE
POR UN CARRO
EL SEÑOR BERNARDO
DE BRYE, COMERCIANTE
EN BRUSELAS EL (ilegible)
FEBRERO 1637.

Digitized by Google

VIII.

EL EMPERADOR HACE UNA PREGUNTA AL GUIA LACOSTE.

Asi pues, en la mañana de Waterlóo, Napoleon estaba contento.

Tenia razon; el plan de batalla que habia concebido era, en efecto, admirable, como hemos probado.

Una vez empeñada la batalla, sus peripecias muy diversas, la resistencia de Hougomont, la tenacidad de la Haie-Sainte, la muerte de Bauduin, la herida de Foy, la inesperada muralla en que se habia estrellado la brigada Soye, el fatal aturdimiento de Guilleminot que se habia quedado sin petardos ni sacos de pólvora, el atascamiento de las baterías, las quince piezas sin escolta derrotadas por Uxbridge en una cañada, el poco efecto de las bombas que caian en las líneas inglesas, hundiéndose en el suelo empapado en agua, y consiguiendo solo formar volcanes de fango, de suerte que la metralla se trocaba en salpicaduras de cieno, la inutilidad del ataque simulado de Piré sobre Braine-l'Alleud, toda esta caballería, quince escuadrones, ó poco menos, inutilizados, el ala derecha inglesa poco inquietada, el ala izquierda atacada muy mal, el estraño error de Ney formando en masa en vez de escalonar las cuatro divisiones del primer cuerpo, masas de veintisiete filas y frentes de doscientos hombres, entregados de esa suerte á la metralla, los claros

Digitized by Google

horribles que hacian las balas en estas masas, las columnas de ataque diseminadas, la batería Descarpe bruscamente descubierta por el flanco, Bourgeois, Doncelot y Durutte comprometidos, Quiot rechazado, el teniente Vieux, hércules procedente de la escuela politécnica, herido en el momento en que echaba abajo á hachazos la puerta de la Haie-Sainte bajo el fuego del reducto inglés que cortaba el ángulo del camino de Genappe á Bruselas, la division Marcognet, cogida entre la infantería y la caballería, fusilada á boca de jarro en los trigos por Best y Pack, acuchillada por Ponsomby, clavada su batería de veinte piezas; el príncipe de Sajonia Weimar manteniendo y conservando á Frischemont y á Smohain á pesar del conde de Erlon; la toma de las banderas del 105 y del 45, el húsar negro prusiano detenido por los esploradores de la columna volante de trescientos cazadores que corrian el camino entre Wavre y Plancenoit, las noticias alarmantes que habia dado este prisionero, la tardanza de Grouchy, los mil quinientos hombres muertos en menos de una hora en el huerto de Hougomont, los mil ochocientos que habian caido en menos tiempo aun alrededor de la Haie-Sainte; todos estos tempestuosos incidentes, pasando como nubes de batalla ante Napoleon, ni habian turbado casi su mirada, ni habian podido anublar aquella faz imperial haciendo que dudase. Napoleon estaba acostumbrado á mirar la guerra fijamente; no hacia nunca guarismo por guarismo, la suma dolorosa de los pormenores; los guarismos le importaban poco, con tal que diesen este total: Victoria. Si el principio salia mal, no se alarmaba por esto, porque se creia dueño y poseedor del fin; sabia esperar poniéndose como fuera de la cuestion, y trataba al destino de igual á igual. Parecia decir á la suerte:—No te atreverias.

Medio luz y medio sombra, Napoleon se creia protegido en el bien, y tolerado en el mal. Tenia, ó creia tener en su favor, una connivencia, casi podria decirse una complicidad, de los acontecimientos, equivalente á la invulnerabilidad antigua.

Sin embargo, teniendo tras de sí al Beresina, á Leipzig y á Fontainebleau, parece que habia motivo para desconfiar de Waterlóo. Un misterioso fruncimiento de cejas se vuelve en tal caso visible en el fondo del cielo.

En el momento en que Wellington retrocedió, se estremeció Napoleon. Vió desalojarse la meseta de Mont-Saint-Jean súbitamente, y des-

Digitized by Google

aparecer el frente del ejército inglés. Se rehacia, pero se ocultaba. El emperador medio se incorporó sobre sus estribos. Habia entrevisto el brillo de la victoria. Wellington, arrollado hasta la selva de Soignes, y destruido, significaba la derrota definitiva de Inglaterra por Francia; era la revancha de las derrotas de Crecy, Poitiers, Malplaquet y Ramillies. El hombre de Marengo rehabilitaba á Azincourt.

Meditando entonces el emperador sobre la terrible peripecia, dirigió por última vez su anteojo á todos los puntos del campo de batalla. Su guardia, descansando sobre las armas detrás de él, le observaba desde abajo con una especie de respecto religioso. Napoleon meditaba, examinaba las laderas, observaba las pendientes, escudriñaba el conjunto de árboles, el cuadro de centeno, el sendero; parecia contar cada matorral. Miró con alguna fijeza los reductos ingleses de las dos calzadas, dos anchas é inmensas talas de árboles, la de la calzada de Genappe encima de la Haie-Sainte, armada con dos cañones, los únicos de toda la artillería inglesa que apuntaban al fondo del campo de batalla, y la de la calzada de Nivelles, donde brillaban las bayonetas holandesas de la brigada Chassé. Vió junto á esta barricada la antigua capilla de San Nicolás, pintada de blanco, que está en el ángulo de travesía hácia Braine-l'Alleud. Inclinóse, y habló á media voz al guia Lacoste. Este hizo una señal negativa con la cabeza, probablemente pérfida.

El emperador volvió á enderezarse y reflexionó.

Wellington habia retrocedido.

Solo restaba concluir este retroceso con una derrota completa.

Napoleon, volviéndose bruscamente, envió á París un correo á todo escape para anunciar que habia ganado la batalla.

Napoleon era uno de esos genios de donde sale el trueno.

Acababa de hallar el rayo.

Dió órden á los coraceros de Milhaud para que se apoderasen de la meseta de Mont-Saint-Jean.

Digitized by Google

IX.

LO INESPERADO.

Eran tres mil quinientos, y formaban un frente de un cuarto de legua. Eran hombres jigantes montados en caballos colosales. Eran veintiseis escuadrones, y tenian detrás, para apoyarlos, la division de Lefebvre Desnouettes, los ciento seis gendarmes escogidos, los cazadores de la Guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientas ochenta lanzas. Llevaban casco sin crin, y coraza de hierro batido, pistolas en el arzon de la silla, y largo sable-espada. Por la mañana todo el ejército los habia admirado, cuando á las nueve, tocando los clarines y entonando todas las bandas de música el himno: *Velemos por la salvacion del imperio*, habian venido en columna cerrada, con una de las baterías en su flanco, y la otra en su centro, á desplegarse en dos hileras entre la calzada de Genappe y Frischemont, y ocupar su puesto de batalla en la poderosa segunda línea tan sábiamente dispuesta por Napoleon, la cual, teniendo á su estremo izquierdo los coraceros de Kellermann, y á su estremo derecho los coraceros de Milhaud, tenia, por decirlo asi, dos alas de hierro.

El ayudante de campo Bernard les llevó la órden del emperador. Ney

Digitized by Google

sacó su espada y se puso á la cabeza. Los enormes escuadrones se pusieron en movimiento.

Entonces se vió un espectáculo formidable.

Toda esta caballería, con los sables desenvainados, con sus flotantes banderines, dando al viento los ecos de las trompetas, formada en columna por divisiones, bajó con un mismo movimiento, y como un solo hombre, con la precision de un ariete de bronce que abre una brecha, la colina de la Bella-Alianza; se internó en el fondo temible donde habian caido ya tantos hombres, y desapareció entre nubes de humo; despues, salió de esta sombra, volvió á aparecer por el otro lado del valle, siempre compacta y unida, y subió al trote largo, atravesando una nube de metralla que llovia sobre ella, la espantosa pendiente de fango de la meseta de Mont-Saint-Jean. Subian graves, amenazadores, imperturbables aquellos hombres, y en los intervalos del fuego de fusilería y de artillería, oíase el colosal ruido que hacian marchando los caballos. Siendo dos divisiones, eran dos columnas; la division Wathier iba á la derecha, y la division Delord á la izquierda. Creíase ver de lejos adelantarse hácia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero. Esto atravesó la batalla como un prodigio.

Desde la toma del gran reducto del Moskowa por la caballería pesada, no se habia visto cosa igual; Murat faltaba allí, pero estaba Ney. Parecia que aquella masa de hombres se habia vuelto un monstruo y no tenia mas que un alma. Cada escuadron ondeaba y se dilataba como los anillos de un pólipo. Se les veia al través de una inmensa nube de humo, rasgada acá y allá. Revuelta confusion de cascos, de gritos, de sables, saltos borrascosos de las grupas de los caballos al oir el estampido del cañon, y el sonido de los clarines, disciplinado y terrible tumulto, y luego por cima de todo las corazas como las escamas sobre la hidra.

Esta narracion parece propia de otra edad. Una cosa semejante á esta vision se observaba sin duda en las antiguas epopeyas órficas que se referian á los hombres-caballos, á los antiguos hipantropos, esos títanes de faz humana y de pecho ecuestre que escalaron á galope el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias.

Por una caprichosa coincidencia numérica, veintiseis batallones iban á recibir á estos veintiseis escuadrones. Detrás de la cresta de la me-

Digitized by Google

secta á la sombra de la batería oculta, la infantería inglesa, formada en trece cuadros, dos batallones por cuadro, y en dos líneas, siete en la primera, seis en la segunda, con la culata del fusil apoyada en el hombro apuntando á los que iban á venir, esperaba tranquila, inmóvil, muda. No veia á los coraceros, ni los coraceros la veian; pero oia subir aquella marea de hombres. Oia aumentarse el ruido de los tres mil caballos, las pisadas alternativas y simétricas de los cascos al trote largo, el roce de las corazas, el contacto de los sables, y una especie de resoplido inmenso y feroz. Hubo un silencio terrible; luego, de repente, apareció por encima de la cresta una larga fila de brazos levantados blandiendo los sables, y los cascos, y las trompetas, y los banderines, y tres mil cabezas de grises bigotes gritando: ¡Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocó en la meseta, y fue como el principio de un temblor de tierra.

De pronto, ¡cosa trágica! á la izquierda de los ingleses, á nuestra derecha, la cabeza de la columna de coraceros se detuvo, lanzando un clamor horrible. Al llegar los coraceros al punto culminante de la cresta, desenfrenados, en toda su furia, y en su carrera de esterminio contra los cuadros y los cañones, acababan de ver entre ellos y los ingleses un foso, una zanja. Era la hondonada de Ohain.

Aquel instante fue espantoso. Allí estaba el barranco inesperado, abierto á pico bajo los pies de los caballos, con una profundidad de dos toesas entre sus dos declives; la segunda fila empujó hácia él á la primera, y la tercera á la segunda; los caballos se encabritaban, se echaban hácia atrás, caian sobre las grupas, deslizaban en el aire los cuatro pies, amontonando y arrojando á los ginetes; no habia medio de retroceder, toda la columna no era mas que un proyectil; la fuerza adquirida para destruir á los ingleses destruyó á los franceses; el barranco inexorable solo lleno se entregaba; ginetes y caballos rodaron allí en revuelta y horrible confusion, aplastándose unos á otros, no formando mas que una carne en aquel abismo; y cuando la zanja estuvo llena de hombres vivos, empezaron á andar por encima, y pasaron los demás. Casi una tercera parte de la brigada Dubois cayó en el abismo.

Este fue el principio de la pérdida de la batalla.

Cuenta una tradicion local, exagerada sin duda, que mil quinientos hombres y dos mil caballos fueron sepultados en la cañada de Ohain.

Digitized by Google

Este número comprende probablemente todos los demás cadáveres que fueron arrojados allí al otro dia del combate.

Antes de mandar Napoleon la carga de los coraceros de Milhaud, habia escudriñado el terreno; pero no pudo ver esta hondonada que no formaba ni una arruga en la superficie de la meseta. Sin embargo, advertido y puesto en cuidado por la capillita blanca que marca el ángulo en la calzada de Nivelles, habia hecho, probablemente en la eventualidad de un obstáculo, una pregunta al guia Lacoste. Este respondió que no. Casi podria decirse que de este movimiento de cabeza de un aldeano dependió la catástrofe de Napoleon.

Otras fatalidades debian aun surgir.

¿Era posible que Napoleon ganase esta batalla? Nosotros contestamos: No. ¿Por qué? ¿Por causa de Wellington? ¿Por causa de Blucher? No. Por causa de Dios.

No estaba ya en la ley del siglo XIX que Bonaparte venciese en Waterlóo. Otra serie de hechos se preparaba, en que Napoleon no tenia ya sitio señalado. La contrariedad del destino se habia anunciado mucho tiempo hacia.

Era ya tiempo de que este hombre inmenso cayera.

Su escesivo peso en el destino humano turbaba el equilibrio. Este individuo pesaba él solo mas que el grupo universal. Esas plétoras de toda la vitalidad humana concentrada en una sola cabeza, el mundo subiendo al cerebro de un hombre, todo eso seria mortal para la civilizacion si durase. A la incorruptible equidad suprema le habia llegado el momento de intervenir. Probablemente estaban lastimados los principios y los elementos de que depende la gravitacion regular en el órden moral como en el material. La sangre que humea, los cementerios llenos, las madres vertiendo lágrimas, son abogados temibles. Cuando la tierra padece con un esceso de carga, hay en la sombra gemidos misteriosos y los oye el abismo.

Napoleon habia sido denunciado en lo infinito, y su caida estaba decidida.

Molestaba á Dios.

Waterlóo no es una batalla; es el cambio de frente del universo.

Digitized by Google

X.

LA MESETA DE MONT-SAINT-JEAN.

Al mismo tiempo que el barranco, se habia descubierto la batería.

Sesenta cañones y los trece cuadros fulminaron á boca de jarro á los coraceros. El intrépido general Delord saludó militarmente á la batería inglesa.

Toda la artillería volante inglesa habia entrado al galope en los cuadros. Los coraceros no tuvieron ni un instante de detencion. El desastre del barranco los habia diezmado, pero no desanimado. Eran de esos hombres, que cuando disminuyen en número crecen en valor.

Solo la columna de Wathier habia padecido en el desastre; la columna Delord, á la cual Ney habia hecho oblicuar á la izquierda, como si presintiese la celada, habia llegado entera.

Los coraceros se precipitaron sobre los cuadros ingleses.

A galope tendido, las bridas sueltas, el sable entre los dientes, y las pistolas en la mano: tal fue el ataque.

Hay momentos en las batallas en que el estado del alma endurece al hombre hasta el estremo de cambiar al soldado en estatua, y en que toda esta carne se vuelve granito. Los batallones ingleses, terriblemente atacados, no se movieron.

Digitized by Google

Entonces pasó una cosa horrible.

Todos los frentes de los cuadros ingleses fueron atacados á la vez, y se vieron envueltos en un torbellino frenético. La infantería inglesa permaneció fria, impasible. La primera fila con la rodilla en tierra, recibia con la bayoneta á los coraceros, la segunda los fusilaba; detrás de la segunda fila, los artilleros cargaban los cañones, el frente del cuadro se abria, dejaba pasar un torrente de metralla, y se volvia á cerrar. Los coraceros respondian aplastando á sus enemigos. Sus grandes caballos se encabritaban, pasaban por encima de las filas, saltaban sobre las bayonetas, y caian como gigantes en medio de aquellos cuatro muros vivientes. Las balas hacian claras en los coraceros, los coraceros hacian brechas en los cuadros. Hileras de hombres desaparecian atropelladas, magulladas bajo los pies de los caballos. Las bayonetas se hundian en los vientres de aquellos centauros. De ahí una deformidad de heridas, que tal vez no se ha visto en ninguna otra ocasion. Mermados los cuadros por esta caballería delirante, se estrechaban sin retroceder. Inagotables en metralla, se verificaba la esplosion en el centro mismo de los acometedores. La forma de este combate era monstruosa: los cuadros no eran ya batallones, eran cráteres; los coraceros no eran ya caballería, eran una tempestad. Cada cuadro era un volcan atacado por una nube; la lava combatia al rayo.

El cuadro estremo de la derecha, el mas espuesto de todos, pues que estaba aislado por aquella parte, fue casi anonadado desde los primeros choques. Estaba formado del regimiento número 75 de highlanders. El corneta en el centro, mientras se esterminaban en torno suyo, bajando con inatencion profunda su mirada melancólica, llena del reflejo de los bosques y de los lagos de su montañoso pais, sentado en un tambor con su pibroch bajo el brazo, tocaba los aires de la montaña. Aquellos escoceses morian pensando en Ben Lothian, como los griegos acordándose de Argos. El sable de un coracero, echando abajo el pibroch y el brazo que lo llevaba, hizo cesar el canto matando al pobre cantor.

Los coraceros, poco numerosos relativamente, y aminorados por la catástrofe del barranco, tenian en su contra casi todo el ejército inglés, pero se multiplicaban; cada hombre valia por diez. Sin embargo, algunos batallones hannoverianos tuvieron que replegarse. Wellington lo

Digitized by Google

vió, y pensó en su caballería. Si Napoleon tambien en aquel momento hubiese pensado en su infantería, habria ganado la batalla. Este olvido fue su falta grave y fatal.

De pronto los coraceros agresores se vieron atacados. La caballería inglesa estaba á sus espaldas. Delante de ellos los cuadros, detrás Somerset; Somerset eran los mil cuatrocientos guardias dragones. Somerset tenia á su derecha á Dornberg con la caballería ligera alemana, y á su izquierda á Trip con los carabineros belgas: atacados los coraceros por flanco y de frente, por delante y por detrás, por la infantería y la caballería, tuvieron que hacer frente á todos lados. ¿Qué les importaba? Eran el torbellino. Su valor se aumentó hasta un punto inesplicable.

Además tenian tras sí la batería que continuaba vomitando fuego. Todo esto se necesitaba para que aquellos hombres fuesen heridos por la espalda. Una de sus corazas, agujereada por una bala de cañon en el omoplato izquierdo, se conserva en la coleccion del museo de Waterlóo.

Para tales franceses eran precisos nada menos que ingleses como aquellos.

Ya no fue una batalla, fue una sombra, una furia, una ira vertiginosa en que se confundian las almas y el valor, un huracan de espadas flameantes. En un momento los mil cuatrocientos guardias dragones no fueron mas que ochocientos. Fuller, su teniente coronel, cayó muerto. Ney acudió con los lanceros y los cazadores de Lefebvre Desnouettes. La meseta de Mont-Saint-Jean fue tomada, perdida y vuelta á tomar. Los coraceros dejaban la caballería para volver á la infantería, ó por mejor decir, toda aquella formidable confusion de combatientes se cogian uno á otro por el cuello sin soltarse. Los cuadros permanecian aun de pie. Hubo doce asaltos. A Ney le matarou cuatro caballos que sucesivamente montó. La mitad de los coraceros quedó en la meseta. La lucha duró dos horas.

El ejército inglés tuvo pérdidas inmensas. Sin duda que si los coraceros no se hubiesen visto debilitados en su primer choque por el desastre de la cañada, habrian derrotado el centro, y decidido la victoria. Aquella estraordinaria caballería petrificó á Clinton, que habia estado en Talavera y en Badajoz. Wellington, medio vencido,

Digitized by Google

esperimentaba una admiracion heróica. Decia á media voz: ¡Sublime! (1).

Los coraceros destruyeron siete cuadros de trece; tomaron ó clavaron sesenta cañones, y quitaron seis banderas á los regimientos ingleses, que tres coraceros y tres cazadores de la Guardia, fueron á llevar al emperador ante la granja de la Bella-Alianza.

La situacion de Wellington habia empeorado. Esta estraña batalla se parecia á un duelo entre dos heridos encarnizados que van perdiendo toda su sangre sin dejar por eso de combatir y resistirse mutuamente. ¿Cuál de los dos caerá el primero?

La lucha de la meseta continuaba.

¿Hasta dónde fueron los coraceros? Nadie podria decirlo. Lo cierto es que al dia siguiente de la batalla aparecieron muertos un coracero y su caballo entre las vigas de la báscula de pesar carruajes en Mont-Saint-Jean, en el punto mismo en que se dividen y se encuentran los cuatro caminos de Nivelles, de Genappe, de La Hulpe y de Bruselas. El ginete habia atravesado las líneas inglesas. Uno de los hombres que levantaron el cadáver, vive aun en Mont-Saint-Jean. Se llama Dehace. Tenia entonces diez y ocho años.

Wellington conocia que iba decayendo. La crisis se acercaba.

La carga dada por los coraceros no habia tenido éxito, pues que el centro inglés no habia sido destruido.

Posesionados todos de la llanura, nadie en realidad la poseia, si bien en último resultado los ingleses conservaban la mayor parte de ella. Wellington ocupaba la aldea y la meseta culminante; Ney no tenia mas que la cresta y la pendiente. Ambas partes parecia que habian echado raices en aquel fúnebre suelo.

Pero el decaimiento de los ingleses parecia irremediable. La hemorragia de aquel ejército era horrible. Kempt reclamaba refuerzo en el ala izquierda.—*No le hay*, respondia Wellington, ¡*que muera en su puesto*! —Casi al mismo tiempo, ¡coincidencia singular que pinta el agotamiento de fuerzas de los dos ejércitos! Ney pedia infantería á Napoleon, y Napoleon esclamaba:—¡*Infantería*! *¿De dónde quiere que la saque? ¿Quiere que la haga yo?*

(1) ¡*Splendid*! Palabra testual.

Digitized by Google

Sin embargo, el ejército inglés era el enfermo de mas peligro. Los furiosos embates de los grandes escuadrones de corazas de hierro y pechos de acero, habian triturado la infantería. Algunos hombres alrededor de una bandera marcaban el sitio donde hubo un regimiento; habia batallon que no estaba mandado mas que por un capitan ó por un teniente; la division Alten, tan maltratada en la Haie-Sainte, estaba casi destruida; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze cubrian con sus cuerpos los campos de centeno á lo largo del camino de Nivelles; no quedaba casi ninguno de aquellos granaderos holandeses que, en 1811, unidos en España á nuestras filas, combatian contra Wellington, y que en 1815, unidos á los ingleses, combatian contra Napoleon. La pérdida de oficiales era considerable. Lord Uxbridge, que al otro dia hizo enterrar su pierna, tenia la rodilla rota. Si por parte de los franceses en la carga de los coraceros quedaron fuera de combate Delord, l'Heritres, Colbert, Duop, Travers y Blancard, por parte de los ingleses, Alten estaba herido, Barne tambien, Delancey habia muerto, y tambien Van Meeren y Ompteda. Todo el estado mayor de Wellington habia sido diezmado, y la Inglaterra llevaba la peor parte en este sangriento equilibrio. El segundo regimiento de guardias de infantería habia perdido cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres alféreces; el primer batallon del 30 de infantería perdió veinticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79 de montañeses tenia veinticuatro oficiales heridos, diez y ocho oficiales muertos y cuatrocientos cincuenta soldados muertos tambien. Los húsares hannoverianos de Cumberland, un regimiento entero con su coronel Hacke á la cabeza, que debia despues ser juzgado y destituido, habian vuelto grupas en la pelea, poniéndose en fuga hácia la selva de Soignes, y sembrando el desórden hasta Bruselas. Los carros, los tiros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, al ver á los franceses ganar terreno y acercarse á la selva, se precipitaban en ella: los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡al arma! Desde Vert-cou-cou hasta Groenendael, en una longitud de cerca de dos leguas en direccion de Bruselas, habia, segun dicen testigos que existen aun, tal multitud de fugitivos, que no se podia dar un paso. El pánico fue tan terrible, que se comunicó al príncipe de Condé en Malinas, y á Luis XVIII en Gante. A escepcion de la débil reserva escalonada detrás del hospital ambulante, establecido en la gran-

Digitized by Google

ja de Mont-Saint-Jean, y de las brigadas Vivian y Vandeleur que flanqueaban el ala izquierda, Wellington no tenia ya caballería. Muchas baterías estaban desmontadas.

Estos hechos han sido confesados por Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, hasta ha llegadó á decir que el ejército anglo-holandés habia quedado reducido á treinta y cuatro mil hombres. *El duque de hierro* permanecia sereno, pero sus labios se habian vuelto lívidos. El comisario austriaco Vincent, y el comisario español Alava, presentes á la batalla, en el Estado mayor inglés, creian perdido al duque. A las cinco sacó Wellington su relój, y se le oyó murmurar esta frase sombría: *¡Blucher ó la noche!*

En este momento fue cuando se vió brillar en las alturas por la parte de Frischemont una línea lejana de bayonetas.

Aquí estaba la peripecia de este drama gigantesco.

Digitized by Google

XI.

MAL GUIA PARA NAPOLEON, BUENO PARA BULOW.

Sabida es la dolorosa equivocacion de Napoleon; esperaba á Grouchy, y fue Blucher el que llegó: la muerte en vez de la vida.

El destino tiene variaciones de esta clase; se esperaba el trono del mundo, y se divisa Santa Elena.

Si el pastorcillo que servia de guia á Bulow, teniente de Blucher, le hubiese aconsejado que saliera por la selva encima de Frischemont, en vez de salir mas abajo de Plancenoit, la forma del siglo XIX tal vez fuera distinta. Napoleon habria ganado la batalla de Waterlóo. Por cualquier otro camino mas arriba de Plancenoit, el ejército prusiano iba á salir á un barranco intransitable para la artillería, y Bulow no hubiera llegado.

Ahora bien, el general prusiano Muffing lo ha declarado asi; si Blucher se hubiera retrasado una hora, no hubiera hallado á Wellington en pie; «la batalla estaba perdida.»

Como se ve, ya era tiempo de que llegase Bulow. Por lo demás, habia encontrado muchos obstáculos en su marcha: habia descansado aquella noche en Dion-le-Mont, y vuelto á ponerse en marcha al amanecer. Pero los caminos estaban impracticables, y sus divisiones se ha-

Digitized by Google

bian metido en el lodo hasta las rodillas, llegando el barro en los baches hasta los cubos de las ruedas de los cañones. Además, habia tenido que pasar el Dyle por el estrecho puente de Wavre; la calle que da al puente habia sido incendiada por los franceses; las arcas y los furgones de la artillería, no pudiendo pasar por entre dos hileras de casas ardiendo, tuvieron que esperar á que el incendio se apagase. Eran las doce; y la vanguardia de Bulow no habia podido llegar todavía á Chapelle-Saint-Lambert.

Si la accion hubiera empezado dos horas antes hubiese concluido á las cuatro, y Blucher habria llegado al campo de batalla encontrándola ya ganada por Napoleon. Tales son esos azares inmensos, proporcionados á un infinito que no está á nuestro alcance.

A las doce, el emperador fue el primero que con su anteojo de larga vista divisó en el estremo del horizonte algo que llamó su atencion, y dijo: Allá abajo veo una nube que me parece que son tropas. Despues preguntó al duque de Dalmacia: —Soult, ¿qué veis hácia Chapelle-Saint-Lambert? —El mariscal, dirigiendo hácia este punto su anteojo, respondió: —Cuatro ó cinco mil hombres, señor. Sin duda es Grouchy. —Sin embargo, nada daba á entender que aquello se moviese. Todos los anteojos del Estado mayor habian estudiado «la nube» señalada por el emperador. Algunos dijeron: son columnas que hacen alto. Otros, y fueron los mas: son árboles. La verdad es que la nube no se movia. El emperador destacó para reconocer este punto oscuro la division de caballería ligera de Domon.

En efecto, Bulow no se habia movido. Su vanguardia era muy débil y no podia hacer nada. Debia esperar el grueso del cuerpo de ejército, y tenia órden de concentrarse antes de entrar en línea; pero á las cinco, viendo el peligro de Wellington, mandó Blucher á Bulow que atacase, y dijo esta frase notable: «Es preciso dar aire al ejército inglés.»

Poco despues las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Ryssel se desplegaban ante el cuerpo de Lobau, la caballería del príncipe Guillermo de Prusia salia del bosque de París, Plancenoit estaba ardiendo, y las balas prusianas empezaban á llover hasta en las filas de la guardia de reserva detrás de Napoleon.

Digitized by Google

XII.

LA GUARDIA.

Sabido es lo demás: la irrupcion de un tercer ejército, la batalla dislocada, ochenta y seis bocas de fuego tronando de repente, Pirch I acudiendo con Bulow, la caballería de Zieten dirigida por Blucher en persona, los franceses rechazados, Marcognet barrido de la meseta de Ohain, Durutte desalojado de Papelotte, Douzelot y Quiot retrocediendo, Lobau acuchillado, otra batalla amenazando á la caida de la tarde á nuestros regimientos desmantelados, toda la línea inglesa volviendo á tomar la ofensiva y avanzando hácia nosotros, la gigantesca brecha abierta en el ejército francés, la metralla inglesa y la metralla prusiana ayudándose mutuamente, el esterminio, el desastre en el frente, el desastre en los flancos, la Guardia entrando en línea bajo aquel espantoso y general hundimiento.

Conociendo que iba á morir, gritó: ¡Viva el emperador! No hay nada en la historia mas patético que esa agonía estallando en aclamaciones.

El cielo habia estado nublado todo el dia. De pronto, en aquel momento mismo, eran las ocho de la tarde, las nubes del horizonte se apartaron, y dejaron pasar al través de los olmos del camino de Nive-

Digitized by Google

lles, el inmenso y siniestro resplandor del sol que se ponia. Se le habia visto salir en Austerlitz.

Para este desenlace, cada batallon de la Guardia iba mandado por un general. Friant, Michel, Roguet, Harlet, Mallet y Poret de Morvan estaban allí. Cuando las elevadas gorras de pelo de los granaderos de la Guardia, con la ancha placa en que estaba esculpida el águila, aparecieron entre la bruma de aquel revuelto mar, simétricas, tranquilas, alineadas, el enemigo sintió respeto por la Francia, creyó ver entrar veinte victorias en el campo de batalla con las alas desplegadas, y los que eran vencedores retrocedieron figurándose vencidos; pero Wellington gritó: *¡De pie, guardias, y buena puntería!* El regimiento encarnado de guardias inglesas que se hallaba tendido detrás de los setos se levantó, y una nube de metralla acribilló la bandera tricolor ondeante alrededor de nuestras águilas; todos se precipitaron unos contra otros, y empezó la suprema carnicería. La guardia imperial sintió en la oscuridad al ejército que huia, y la general dispersion que seguia á la derrota; oyó el ¡sálvese quien pueda! que habia reemplazado al ¡viva el emperador!; y á pesar de la fuga que dejaba en pos de sí, continuó avanzando, cada vez mas destrozada, y encontrando la muerte á cada paso que daba. No hubo vacilantes ni tímidos. El soldado en este cuerpo era tan héroe como el general. Ni un hombre tembló ante el suicidio.

Aterrado Ney de estupor, pero grande con toda la altivez de la muerte aceptada, se ofrecia á todos los golpes en aquella tormenta. Allí murió el quinto caballo que montaba. Empapado en sudor, los ojos echando chispas, los labios echando espuma, el uniforme desabotonado, una de sus charreteras medio cortada por el sablazo de un guardia de á caballo, con su placa de la grande-águila magullada por una bala, lleno de sangre, de fango, magnífico, con una espada rota en la mano, decia: *¡Venid á ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!* Pero en vano; no murió. Estaba furioso é indignado. Dirigió á Drouet de Erlon esta pregunta: *¿No te haces matar?* En medio de toda aquella artillería que destrozaba á un puñado de hombres, gritó: *¿No hay nada para mí? ¡Oh! ¡Quisiera que todas esas balas inglesas entrasen en mi pecho!* ¡Infeliz, estabas reservado para las balas francesas!

Digitized by Google

XIII.

LA CATÁSTROFE.

La derrota que tras sí dejó la Guardia fue lúgubre.

El ejército se replegó precipitadamente de todas partes á la vez: de Hougomont, de la Haie-Sante, de Papelotte y de Plancenoit. El grito ¡traicion! fue seguido del grito: ¡sálvese quien pueda! Un ejército que se desbanda es como un deshielo general. Todo se rinde, cede, estalla, flota, rueda, cae, choca, empuja, se precipita. Dispersion inaudita. Ney pide un caballo prestado, monta en él, y sin sombrero, sin corbata, sin espada, se lanza por la calzada de Bruselas, deteniendo á la vez á los ingleses y á los franceses. Trata de detener al ejército, lo llama, lo insulta, quiere hacerle volver caras, pero en vano; las oleadas de los fugitivos pasan adelante. Los soldados huyen de él, gritando: ¡*Viva el mariscal Ney*! Dos regimientos de Durutte van y vienen azorados y llevados de un lado á otro entre el sable de los hulanos y el fuego de fusilería de las brigadas de Kempt, de Best, de Pack y de Rylandt; la peor de las matanzas es la de la derrota; los amigos se matan unos á otros por huir; los escuadrones y los batallones chocan entre sí, y se dispersan los unos contra los otros; enorme espuma de la batalla. Lobau á un estremo, como Reille al otro, se ven arrollados por la

Digitized by Google

ola. En vano hace Napoleon una muralla con lo que le queda de la Guardia; en vano utiliza para el último esfuerzo sus escuadrones de servicio. Quiot retrocede ante Vivian, Kellermann ante Vandeleur, Lobau ante Bulow, Moran ante Pirch, Domon y Subervie ante el príncipe Guillermo de Prusia. Guyot, que ha llevado á la carga los escuadrones del emperador, cae á los pies de los dragones ingleses. Napoleon corre al galope en pos de los fugitivos, los arenga, los estrecha, amenaza y suplica. Todas las bocas que gritaban por la mañana viva el emperador permanecen abiertas, pero apenas le conocen. La caballería prusiana recienvenida, se lanza, vuela, acuchilla, raja, hiende, mata, extermina. Los tiros de la artillería ruedan impetuosamente; los cañones caen á tierra; los soldados del tren desenganchan los arcones y toman sus caballos para escaparse; furgones derribados boca arriba entorpecen el camino y sirven de ocasion para cometer asesinatos. Los fugitivos se destrozan, se oprimen, andan por encima de los muertos y de los vivos. Una muchedumbre vertiginosa llena los caminos, los senderos, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles, los bosques, atestados por esa evasion de cuarenta mil hombres. Gritos, desesperacion, sacos y fusiles arrojados en los campos de centeno; el paso abierto á sablazos; no se conoce ni á los camaradas, ni á los oficiales, ni á los generales; por do quiera un espanto inesplicable; Zieten acuchillando á la Francia á su sabor; los leones convertidos en cabritos: tal fue esta fuga.

En Genappe intentaron volver, hacer frente, y tener á raya al enemigo. Lobau reunió trescientos hombres que se fortificaron á la entrada de la aldea; pero á la primera descarga de la metralla prusiana, todos huyeron, y Lobau fue hecho prisionero. Todavía se ven las huellas de la metralla impresas en la pared de una casa vieja construida de ladrillos á la derecha del camino, poco antes de llegar á Genappe. Los prusianos se lanzaron á Genappe, furiosos sin duda de ser vencedores á tan poca costa. La persecucion fue monstruosa. Blucher ordenó el esterminio. Roguet habia dado el lúgubre ejemplo de amenazar de muerte á todo granadero francés que le llevase un prisionero prusiano. Blucher fue mas allá que Roguet. El general de la Guardia nueva, Duhesme, arrinconado en la puerta de una posada de Genappe, entregó su espada á un húsar de la muerte, que tomó la espada y mató al prisionero. La victoria concluyó con el asesinato de los vencidos. Castiguemos, pues

Digitized by Google

que somos la historia: el viejo Blucher se deshonró. Tal ferocidad puso el colmo al desastre. La derrota desesperada atravesó á Genappe, á Quatre-Bras, á Sombreffe, á Frasnes, á Thuin, á Charleroi, y no se detuvo hasta la frontera. ¡Ay! ¿quién huia de esta suerte? El gran ejército.

¿Acaso dejó de tener causa ese vértigo, ese terror, esa caida desde el mas alto valor que ha admirado la historia? La sombra de una línea recta enorme se proyecta sobre Waterlóo. Es la jornada del destino. Una fuerza superior al hombre produjo aquel dia. De ahí el espanto de todos; de ahí todas esas grandes almas entregando su espada. Los que habian vencido á la Europa cayeron aterrados, no teniendo ya nada que hacer ni que decir, sintiendo en la sombra una presencia terrible. *Hoc erat in fatis*. Aquel dia cambió la perspectiva del género humano. Waterlóo es el gozne del siglo XIX. Se necesitaba la desaparicion del grande hombre para el advenimiento del gran siglo. De efectuarla se encargó uno á quien nadie replica. El pánico de los héroes tiene su esplicacion. En la batalla de Waterlóo hay algo mas que una nube, hay un meteoro. Dios habia pasado por allí.

A la caida de la noche, en un campo cerca de Genappe, Bernard y Bertrand detuvieron y cogieron por el faldon de la levita á un hombre sombrío, pensativo, siniestro, que llevado hasta allí por la corriente de la derrota, acababa de echar pie á tierra, habia pasado por el brazo la brida de su caballo, y con la mirada estraviada, regresaba solo á Waterlóo. Era Napoleon que intentaba aun ir adelante, somnámbulo inmenso de aquel sueño desvanecido.

Digitized by Google

XIV.

EL ÚLTIMO CUADRO.

Algunos cuadros de la Guardia, inmóviles en el torrente de la derrota, como rocas en un torrente de agua, permanecieron firmes hasta la noche. Cuando llegó la noche, acompañada de la muerte, esperaron esta doble sombra, y se dejaron envolver en ella á pie firme.—Cada regimiento, aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno con el ejército deshecho por todas partes, moria por su cuenta. Para llevar á cabo esta última accion, habia tomado cada cual sus posiciones; unos se habian situado en las alturas de Rossomme, y otros en la llanura de Mont-Saint-Jean. Allí, abandonados, vencidos, terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban formidablemente. Ulma, Wagram, Jena, Friedland, morian en ellos.

A la hora del crepúsculo, á eso de las nueve de la noche, solo quedaba uno en la parte baja de la meseta de Mont-Saint-Jean. En este valle funesto, al pie de la pendiente que habian subido los coraceros, inundada ahora por las masas inglesas, luchaba este cuadro bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa, y bajo una horrible densidad de proyectiles. Mandábalo un oscuro oficial llamado Cambronne. A cada descarga disminuia el cuadro, y respondia. Contestaba á la

Digitized by Google

metralla con la fusilería, estrechándose continuamente sus cuatro muros. Los fugitivos se detenian á lo lejos para tomar aliento, y escuchaban en las tinieblas aquel trueno sombrío que decrecia por instantes.

Cuando la legion se vió reducida á un puñado de hombres, cuando su bandera no fue mas que un harapo, cuando sus fusiles agotados de balas no fueron mas que bastones, cuando el monton de cadáveres fue mayor que el grupo vivo, hubo entre los vencedores una especie de terror sagrado en derredor de aquellos sublimes moribundos, y la artillería inglesa calló y tomó aliento. Fue una especie de tregua. Los combatientes tenian á su alrededor como un hormiguero de espectros, siluetas de hombres á caballo, el negro perfil de los cañones, el cielo blanco, visto al través de las ruedas y de las cureñas; la colosal cabeza de muerto que los héroes entreven siempre en el humo, en el fondo de la batalla, avanzaba hácia ellos y los miraba. Oyeron cargar las piezas en la sombra crepuscular, vieron las mechas encendidas, que semejantes á los ojos del tigre en la oscuridad, formaban un círculo en torno de sus cabezas; todos los bota-fuegos de las baterías inglesas se acercaron á los cañones, y entonces, conmovido, teniendo el instante supremo suspendido encima de aquellos hombres, un general inglés, Colville, segun unos, ó Maitland, segun otros, les gritó: ¡Rendíos, valientes franceses! Cambronne contestó: ¡Mierda! (1).

(1) A consecuencia de una reclamacion hecha por la familia del oficial á quien Victor Hugo atribuye esta palabra, se ha abierto en Francia una informacion para averiguar la verdad. Uno de los veteranos de la Guardia ha declarado que los ingleses hicieron dos intimaciones; á la primera contestó Cambronne: *La Guardia muere, pero no se rinde*; y á la segunda «algunas palabras malsonantes» que el veterano no ha podido recordar.

Digitized by Google

XV.

CAMBRONNE.

El respeto que exige el lector no debiera llegar hasta el punto de que no pueda la historia repetir la palabra quizá mas sublime que ha dicho un francés. Eso equivaldria á prohibir á la historia consignar los rasgos sublimes.

Asi, pues, si esa prohibicion existe, nosotros de nuestra cuenta y riesgo la infringimos.

Entre aquellos jigantes hubo un Titan, que fue Cambronne.

En efecto, decir esta palabra y morir en seguida, ¡qué cosa mas grande! Porque querer morir es morir, y no fue culpa suya si ametrallado sobrevivió.

El hombre que ganó la batalla de Waterlóo, no fue Napoleon derrotado; no fue Wellington replegándose á las cuatro, desesperado á las cinco; no fue Blucher que no combatió: el hombre que ganó la batalla de Waterlóo, fue Cambronne.

Fulminar con tal palabra al trueno que os mata, es vencer.

Dar esta respuesta á la catástrofe, decir esto al destino, dar esta base al leon futuro, arrojar esta réplica á la lluvia de la noche, al muro traidor de Hougomont, al barranco de Ohain, á la tardanza de Grouchy,

Digitized by Google

á la llegada de Blucher; ser la ironía en el sepulcro; quedar de este modo en pie despues de haber caido, ahogar en dos sílabas la coalicion europea, ofrecer á los reyes aquellas letrinas ya conocidas de los Césares, convertir la última de las palabras en la primera, dándole el brillo de la Francia, cerrar insolentemente la escena de Waterlóo con una frase de carnaval, completar á Leonidas con Rabelais, resumir aquella victoria en una palabra suprema, imposible de pronunciar, perder terreno y conservar nombre en la historia, poniendo de su parte la risa del público despues de tal carnicería, todo esto es inmenso.

Es el insulto al rayo: es llegar á una grandeza Esquiliana.

La frase de Cambronne produce el efecto de una fractura. Es la fractura del pecho por el desden; es el desbordamiento de la agonía que estalla. ¿Quién venció? ¿Fue Wellington? No. Sin Blucher, estaba perdido. ¿Fue Blucher? No. Si Wellington no hubiese empezado, Blucher no hubiera podido concluir. Cambronne, ese viajero de la última hora, ese soldado desconocido, ese átomo de la guerra, conoce que hay una mentira en una catástrofe, doblemente punzante; y en el momento en que estalla de rabia se le ofrece esta irrision: ¡la vida! ¡Cómo no habia de saltar! Allí están todos los reyes de Europa, los generales dichosos, los Júpiter tonantes, tienen cien mil soldados victoriosos, y detrás de los cien mil, un millon; sus cañones, con las mechas encendidas, están esperando; tienen bajo sus pies la Guardia imperial y el gran ejército; acaban de derrotar á Napoleon, y no queda mas que Cambronne, no queda para protestar mas que aquel gusano. El protestará. Entonces busca una palabra como se busca una espada; acúdele espuma á los labios, y esa espuma es la palabra. Ante aquella victoria prodigiosa y mediana, ante aquella victoria sin vencedores, Cambronne desesperado levanta la cabeza, se somete á sus enormes consecuencias; pero hace constar su nulidad, hace mas que escupir sobre ella, y abrumado por el número, por la fuerza y por la materia, halla en su mente una espresion que aplicarle: el escremento. Lo repetimos; hacer esto, decir esto, hallar esta palabra, es ser el vencedor.

El espíritu de los grandes dias inspiró á este hombre desconocido en aquel momento fatal. Cambronne inventó la frase de Waterlóo, como Rouget de l'Isle inventó la Marsellesa, por inspiracion del cielo. Un efluvio del huracan divino se desprende y viene á pasar por la mente

Digitized by Google

de aquellos hombres; se agitan en su inspiracion, y el uno entona el canto supremo, y el otro exhala el grito terrible. Esta palabra de desden titánico, lanzada por Cambronne, no se dirigia solamente á la Europa á nombre del imperio; eso hubiera sido poco: se dirigia á lo pasado en nombre de la revolucion. Al oirla, se conoce que Cambronne posee el alma antigua de los jigantes. Parece que es Danton que habla, ó Kleber que ruge.

Al oir á Cambronne, el inglés respondió: ¡fuego! Las baterías arrojaron llamas, la colina tembló, de todas aquellas bocas de bronce salió un último y espantoso vómito de metralla, formóse una vasta nube de humo blanqueada por la argentada luz de la luna, y cuando se disipó ya no habia nada. El resto formidable habia sido anonadado; la Guardia habia perecido. Los cuatro muros de aquel reducto vivo yacian por tierra, y apenas se advertia entre los cadáveres alguno que otro estremeciéndose con las convulsiones de la muerte. Así fue como las legiones francesas, mas grandes que las legiones romanas, espiraron en Mont-Saint-Jean, sobre la tierra empapada en lluvia y en sangre, entre los trigos sombríos, en el sitio por donde ahora pasa á las cuatro de la mañana, silbando y azotando alegremente su caballo el conductor José, que hace el servicio de correo en el camino de Nivelles.

Digitized by Google

XVI.

¿QUOT LIBRAS IN DUCE?

La batalla de Waterlóo es un enigma, tan oscuro para los que la ganaron como para el que la perdió. Para Napoleon fue un pánico (1); Blucher no vió en ella mas que fuego; Wellington no comprendió nada, como lo prueban sus comunicaciones oficiales. Los boletines están confusos, los comentarios embrollados. Estos no hacen mas que balbucear, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterlóo en cuatro momentos; Muffing la separa en tres peripecias; Charras solo,—aunque en algunos puntos tengamos diversa opinion que él,—es el que apreció con certero golpe de vista los lineamentos característicos de aquella catástrofe del genio humano en lucha con el azar divino. Los demás historiadores se han deslumbrado en cierto modo, y en este deslumbramiento andan á tientas. Jornada fulgurante, en efecto; hundimiento de la monarquía militar, que con gran estupor de los reyes

(1) Una batalla terminada, una jornada concluida, falsas medidas reparadas, mayores triunfos asegurados para el dia siguiente, todo se perdió por un momento de terror pánico.

(NAPOLEON, *Memorias de Santa Elena.*)

Digitized by Google

arrastró consigo á todos los reinos; caida de la fuerza, derrota de la guerra.

En este acontecimiento, que lleva impreso el sello de una necesidad sobrehumana, la parte de los hombres no entra para nada.

Quitar á Wellington y á Blucher la fama de Waterlóo, ¿es quitar alguna cosa á Inglaterra y á Alemania? No. Ni la ilustre Inglaterra, ni la augusta Alemania, tienen nada que ver en el problema de Waterlóo. Gracias al cielo, los pueblos son grandes sin necesidad de las lúgubres aventuras de la espada. Ni Alemania, ni Francia, ni Inglaterra dependen de una espada. En esa época en que Waterlóo no es mas que un ruido de sables, la Alemania por cima de Blucher tiene á Goethe, y la Inglaterra por cima de Wellington tiene á Byron. En la aurora de ese vasto sol naciente de ideas, propio de nuestro siglo, tienen un esplendor magnífico Inglaterra y Alemania. Son magestuosas porque piensan. La elevacion de nivel que traen á la civilizacion les es intrínseca, viene de ellas mismas, y no de un accidente. Lo que tienen de grandeza en el siglo XIX no reconoce á Waterlóo por orígen. Solo los pueblos bárbaros tienen súbitas crecidas despues de una victoria. Es la vanidad pasajera de los torrentes henchidos con la borrasca. Los pueblos civilizados, sobre todo en el tiempo en que estamos, ni se rebajan, ni se elevan por la buena ó mala fortuna de un capitan. Su peso específico en el género humano resulta de algo mas que un combate. Gracias á Dios, su honor, su dignidad, su luz, su genio no son números que pueden poner á la lotería de las batallas esos jugadores que se llaman conquistadores y héroes. A veces una batalla perdida es un progreso conquistado. Cuanta menos gloria, mas libertad. El tambor calla, y la razon toma la palabra. Es el juego del gana-pierde. Hablemos, pues, de Waterlóo friamente por ambas partes. Demos al azar lo que es del azar, y á Dios lo que es de Dios. ¿Qué fue Waterlóo? ¿Una victoria? No. Un escudo de armas.

Escudo ganado por Europa y pagado por Francia.

No merecia la pena de poner allí un leon.

Por lo demás, Waterlóo es el encuentro mas estraño que hay en la historia: Napoleon y Wellington. No son enemigos, son contrarios. Dios, que se complace en las antítesis, jamás formó un contraste mas notable y una confrontacion mas estraordinaria. Por un lado, la precision, la pre-

Digitized by Google

vision, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada, las reservas aprovechadas, una sangre fria obstinada, un método imperturbable, la estrategia que se aprovecha del terreno, la táctica que equilibra los batallones, la carnicería tirada á cordel, la guerra arreglada con reloj en mano, sin dejar nada voluntariamente á la casualidad, el antiguo valor clásico, la correccion absoluta; por otro, la intuicion, la adivinacion, lo estraordinario en medidas militares, el instinto sobrehumano, el golpe de vista flameante, el no sé qué, que mira como el águila y que hiere como el rayo, un arte prodigioso en medio de una impetuosidad desdeñosa,. todos los misterios de un alma profunda, la asociacion con el destino; el rio, la llanura, la selva, la colina, intimados y obligados en cierto modo á obedecer; el déspota llegando hasta tiranizar el campo de batalla; la fe en la estrella mezclada con la ciencia estratégica, engrandeciéndola, pero turbándola. Wellington era el Bareme de la guerra, Napoleon su Miguel Angel, y esta vez el genio fue vencido por el cálculo.

Por ambas partes se esperaba á alguno. El calculador exacto fue el que venció. Napoleon esperaba á Grouchy, y no vino; Wellington esperaba á Blucher, y fue exacto.

Wellington es la guerra clásica que toma su revancha. Bonaparte en su aurora la habia encontrado en Italia y derrotado magníficamente. El viejo mochuelo huyó ante el buitre jóven. La táctica antigua no solo quedó derrocada, sino escandalizada. ¿Quién era ese corso de veintiseis años, qué significaba ese ignorante espléndido, que teniéndolo todo en contra suya y nada en su favor, sin víveres, sin municiones, sin cañones, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres contra masas enteras, se precipitaba sobre la Europa coaligada, y ganaba absurdamente victorias imposibles? ¿Quién era ese advenedizo de la guerra que tenia la insolencia de aparecer como un astro? La escuela académica militar lo escomulgaba huyendo de él. De ahí el implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, del sable correcto contra la espada flamígera, y del tablero contra el genio. El 18 de junio de 1815, ese rencor tuvo su revancha, y debajo de Lodi, de Montebello, de Montenotte, de Mántua, de Marengo y de Arcole, escribió: Waterlóo. Triunfo de los medianos, caro á las mayorías. El destino consintió en esta ironía cruel. Napoleon en su decadencia volvió á hallar ante sí á Souwarow jóven.

Digitized by Google

En efecto, para tener á Souwarow, basta blanquear los cabellos de Wellington.

Waterlóo es una batalla de primera clase, ganada por un capitan de segundo órden.

Lo que se debe admirar en la batalla de Waterlóo, es la Inglaterra, la firmeza inglesa, la resolucion inglesa, la sangre inglesa; lo que Inglaterra tuvo de magnífico, digámoslo á pesar suyo, fue ella misma. No fue su capitan, fue su ejército.

Wellington, caprichosamente ingrato, declara en una carta á lord Bathurst, que su ejército, el ejército que combatió el 18 de junio de 1815, era «un ejército pésimo.» ¿Qué piensa de esta frase ese oscuro monton de huesos sepultados bajo los surcos de Waterlóo?

Inglaterra ha sido demasiado modesta tratándose de Wellington. Engrandecer á Wellington es hacer pequeña á Inglaterra. Wellington no es mas que un héroe como cualquier otro. Los escoceses grises, los guardias de á caballo, los regimientos de Maitland y de Mitchell, la infantería de Pack y de Kempt, la caballería de Ponsomby y de Somerset, los highlanders tocando el pibroch envueltos en el fuego de la metralla, los batallones de Rylandt, los bisoños reclutas que apenas sabian manejar el fusil, haciendo frente á los veteranos de Essling y de Rívoli, eso es lo grande. Wellington fue tenaz; ese fue su mérito, y nosotros no se lo quitamos; pero el último de sus soldados de infantería y de sus ginetes fue tan obstinado como él. El soldado de hierro vale tanto como el duque-de-hierro. En cuanto á nosotros, toda nuestra glorificacion se dirige al soldado inglés, al ejército inglés, al pueblo inglés. Si hubo trofeos, Inglaterra los mereció para sí. La columna de Waterlóo seria mas justa, si en vez de la figura de un hombre, ostentara en su cúspide la estatua de un pueblo.

Pero Inglaterra se irritará por lo que decimos aquí. Conserva aun, despues de su 1688 y de nuestro 1789, la ilusion feudal. Cree en el derecho de herencia y en la gerarquía. Ese pueblo, superior á todos en poder y en gloria, se estima como nacion, no como pueblo. Como pueblo, se subordina espontáneamente y cree que un lord es siempre una cabeza bien organizada y capaz de mandar; trabajador, se somete al desprecio; soldado, se somete al castigo de los palos. Aun recordamos que en la batalla de Inkermann, un sargento que segun parece habia sal-

Digitized by Google

vado el ejército, no pudo ser mencionado por lord Raglan, porque la gerarquía militar inglesa no permite citar en un parte á ningun héroe inferior al grado de oficial.

Lo que admiramos sobre todo en un encuentro del género del de Waterlóo, es la prodigiosa habilidad del acaso. Lluvia nocturna, muro de Hougomont, cañada de Ohain, Grouchy sordo al cañon, el guia de Napoleon que le engaña, y el guia de Bulow que le dirige bien; todo este cataclismo fue conducido maravillosamente.

Digámoslo de una vez: en Waterlóo hubo mas mortandad que combate.

De todas las batallas ordenadas, la de Waterlóo es la que tiene el frente mas pequeño respecto del número de combatientes. Napoleon tenia tres cuartos de legua; Wellington media legua (1); setenta y dos mil combatientes por cada lado. De esta espesura vino la carnicería.

Se han formado el cálculo y la proporcion siguientes. Pérdida de hombres: en Austerlitz: franceses, el catorce por ciento; rusos, el treinta por ciento; austriacos, el cuarenta y cuatro por ciento. En Wagram: franceses, el trece por ciento; austriacos, el catorce. En Moskowa: franceses, el treinta y siete por ciento; rusos, el cuarenta y cuatro. En Bautzen: franceses, el trece por ciento; rusos y prusianos, el catorce. En Waterlóo: franceses, el cincuenta y seis por ciento; aliados, el treinta y uno. Total respecto de Waterlóo, cuarenta y uno por ciento. Ciento cuarenta y cuatro mil combatientes; setenta mil muertos.

El campo de Waterlóo presenta hoy la tranquilidad que pertenece á la tierra, sustentáculo impasible del hombre, y se parece á todas las llanuras.

Sin embargo, por la noche, una especie de bruma fantástica se desprende de él, y si algun viajero le recorre, si mira, si escucha, si medita como Virgilio en las funestas llanuras de Filipos, se apoderá de él la alucinacion de la catástrofe. Revive el horrible 18 de junio; la falsa colina monumental se desvanece, el leon se disipa, y el campo de batalla vuelve á tomar su realidad; líneas de infantería ondean en la llanura, galopes furiosos cruzan el horizonte; el aterrado soñador ve el brillo de los sables, el resplandor de las bayonetas, el flamígero fulgor de las

(1) No se olvide que se trata de leguas francesas, mucho mas cortas que las nuestras.

Digitized by Google

bombas, y el monstruoso cruzamiento de los truenos; oye como una especie de estertor que sale del fondo de una tumba, el vago clamor de la batalla fantasma; esas sombras son los granaderos; esos resplandores son los coraceros; aquel esqueleto es Napoleon; aquel otro es Wellington; todo esto no existe ya, y sin embargo, aun se choca y combate, y los barrancos se tiñen de sangre, y los árboles se estremecen, y hasta las nubes respiran venganza; y cuando llega la hora de las tinieblas, todas aquellas alturas feroces, Mont-Saint-Jean, Hougomont, Frischemont, Papelotte y Plancenoit, aparecen coronadas confusamente de torbellinos de espectros esterminándose.

Digitized by Google

XVII.

¿FUE BUENO EL RESULTADO DE WATERLÓO?

Existe una escuela liberal muy respetable, que no odia á Waterlóo. Nosotros no pertenecemos á ella. Para nosotros, Waterlóo no es mas que la fecha estupefacta de la libertad: que una águila como esta haya salido de un huevo como aquel, eso es ciertamente lo sorprendente é inesperado.

Waterlóo, si se le considera desde el punto de vista culminante de la cuestion, es intencionalmente una victoria contra-revolucionaria. Es Europa contra Francia, San Petersburgo, Berlin y Viena contra París, el *status quo* contra la iniciativa, el 14 de julio de 1789 atacado al través del 20 de marzo de 1815, es el zafarrancho de las monarquías contra el indomable motin francés. Apagar de una vez el volcan de ese vasto pueblo en erupcion durante veintiseis años; tal era el objeto. Solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohenzollern, de los Habsburgos con los Borbones. Waterlóo lleva á la grupa el derecho divino. Es cierto que habiendo sido despótico el imperio, por la reaccion natural de las cosas, la monarquía tradicional debia ser forzosamente liberal, y que de Waterlóo salió un órden constitucional, aunque forzoso y con gran sentimiento de los vencedores.

Digitized by Google

Pero la revolucion no puede ser verdaderamente vencida, y siendo providencial y absolutamente fatal, vuelve á aparecer siempre; antes de Waterlóo con Bonaparte, que derriba los tronos decrépitos; despues de Waterlóo con Luis XVIII, que otorga y sufre al mismo tiempo la carta constitucional. Bonaparte pone un postillon en el trono de Nápoles, y un sargento en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para demostrar la igualdad; Luis XVIII en Saint-Ouen rubrica la declaracion de los derechos del hombre. ¿Queremos esplicarnos lo que es la revolucion? Llamémosla Progreso: ¿queremos esplicarnos lo que es el progreso? Llamémosle Mañana. Mañana ejecuta su tarea irresistiblemente, y la ejecuta desde hoy: llega siempre á su objeto de un modo estraordinario. Se vale de Wellington para hacer un orador de Foy, que no era mas que un soldado. Foy cae en Hougomont y se levanta en la tribuna. Asi procede el progreso. Para ese obrero no hay herramienta mala. Ajusta á su trabajo divino, sin desconcertarse, al hombre que ha atravesado los Alpes, y al enfermo y vacilante anciano del padre Elíseo. Lo mismo se sirve del gotoso que del conquistador; del conquistador, esteriormente; del gotoso, en lo interior. Waterlóo, poniendo término á la demolicion de los tronos europeos con la espada, no hizo sino continuar por otro lado la obra revolucionaria. El militarismo concluyó, y les llegó su vez á los pensadores. El siglo que Waterlóo queria detener, marchó por cima de él y prosiguió su camino. Esta victoria siniestra fue vencida por la libertad.

En suma, é incontestablemente, lo que triunfaba en Waterlóo, lo que sonreia tras Wellington, lo que le llevaba todos los bastones de mariscal de Europa, incluso, segun se dice, el baston de mariscal de Francia, lo que hacia rodar alegremente las carretadas de tierra llenas de huesos para elevar el cerro del leon, lo que hizo inscribir triunfalmente en ese pedestal la fecha: 18 *de junio de* 1815; lo que animaba á Blucher á acuchillar y acabar con la derrota; lo que desde lo alto de la meseta de Mont-Saint-Jean se inclinaba sobre la Francia como sobre una presa, era la contra-revolucion. La contra-revolucion fue quien murmuró esta palabra infame: desmembracion. Al llegar á París vió el cráter de cerca, sintió que sus cenizas le quemaban los pies, y varió de opinion. Volvió á la tartamudez de una carta constitucional.

Digitized by Google

No veamos en Waterlóo sino lo que hay realmente en Waterlóo. Y respecto de intenciones liberales no habia ninguna. La contra-revolucion era involuntariamente liberal, lo mismo que Napoleon, por un fenómeno análogo, era revolucionario contra su voluntad. El 18 de junio de 1815, Robespierre á caballo perdió los estribos.

Digitized by Google

XVIII.

RECRUDESCENCIA DEL DERECHO DIVINO.

Terminada la dictadura, todo un sistema europeo vino abajo.

El imperio se desmoronó en una sombra parecida á la del mundo romano espirante. Volvióse á ver el abismo como en tiempo de los bárbaros. Solo que la barbarie de 1815, á la cual llamaremos por su apodo —la contra-revolucion—tenia poco aliento, se cansó en breve, y se detuvo. El imperio, confesémoslo de una vez, fue llorado, y llorado por ojos de héroes. Si la gloria consiste en la espada convertida en cetro, el imperio habia sido la gloria misma. Habia derramado por la tierra toda la luz que puede dar la tiranía, luz sombría: digamos mas, luz oscura. Comparada con la del dia verdadero, es la oscuridad de la noche. Pero la desaparicion de esa noche produjo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII regresó á París. Los bailes del 8 de junio borraron el entusiasmo del 20 de marzo. El corso se volvió la antítesis del bearnés. La bandera de la cúpula de las Tullerías fue blanca; el destierro se sentó en el trono. La mesa de abeto de Hartwell se colocó frente al sillon flordelisado de Luis XIV. Se habló de Bouvines y de Fontenoy como del dia anterior, habiendo envejecido Austerlitz. El altar y el trono fraternizaron magestuosamente. En Francia y en el continente se estable-

Digitized by Google

ció una de las formas mas incontestadas de la salvacion de la sociedad en el siglo XIX. Europa tomó la escarapela blanca. Trestaillon se hizo célebre. La division *non pluribus in par* volvió á aparecer en rayos de piedra, figurando un sol en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde habia habido una guardia imperial, hubo una Casa Roja. El arco del *Carrousel*, cargado de victorias ya insoportables, fuera de su sitio en estas novedades, algo vergonzoso tal vez de Marengo y de Arcole, salió del paso con la estatua del duque de Angulema. El cementerio de la Magdalena, temible fosa comun de 93, se cubrió de mármol y de jaspe, descansando en este polvo los huesos de Luis XVI y de María Antonieta. En el foso de Vincennes se elevó de la tierra un monumento sepulcral para recordar que el duque de Enghien habia muerto el mismo mes en que fue coronado Napoleon. El Papa Pío VII, que habia hecho esta consagracion casi al mismo tiempo de ocurrir aquella muerte, bendijo tranquilamente la caida como habia bendecido la elevacion. Hubo en Schoenbrunn un niño de cuatro años, sombra infeliz á quien era sedicioso llamar rey de Roma. Y se hicieron todas estas cosas, y estos reyes volvieron á subir á sus tronos, y el dueño de Europa fue encerrado en una jaula, y el antiguo régimen se convirtió en moderno, y toda la oscuridad y toda la luz de la tierra cambiaron de sitio, porque en la tarde de un dia de verano, un pastor dijo en el bosque á un prusiano: Pasad por aquí y no por allí.

El año de 1815 fue una especie de abril lúgubre. Las viejas realidades nocivas y venenosas se cubrieron de nuevas apariencias. La mentira se casó con 1789; el derecho divino se enmascaró con una Carta; las farsas se hicieron constitucionales; las preocupaciones, las supersticiones y los pensamientos ocultos, con el artículo 14 en el corazon, se barnizaron de liberalismo. Fue el cambio de piel de las serpientes.

El hombre habia sido hecho grande y empequeñecido á la vez por Napoleon. Lo ideal, bajo ese reinado de la materia espléndida, recibió el estraño nombre de ideología: grave imprudencia de un grande hombre ridiculizar el porvenir. Los pueblos, sin embargo, esa carne de cañon tan enamorada del artillero, lo buscaban con la vista. ¿A dónde está? ¿Qué hace? Napoleon ha muerto, decia un transeunte á un inválido de Marengo y de Waterlóo. ¡*Muerto él*! esclamó el soldado; ¡*le conoceis bien*! Las imaginaciones deificaban á aquel hombre caido. Despues de Water-

Digitized by Google

lóo, el fondo de la Europa fue tenebroso. Durante mucho tiempo hubo un gran vacío causado por la ausencia de Napoleon.

Los reyes se colocaron en este vacío. La vieja Europa se aprovechó de él para reformarse. Hubo una Santa Alianza. Bella-Alianza, habia dicho de antemano el campo fatal de Waterlóo.

En presencia y frente á frente de la antigua Europa rehecha, se bosquejaron los rasgos de una Francia nueva. El porvenir ridiculizado por el emperador, hizo su entrada solemne llevando en la frente la estrella de la libertad. Los ojos ardientes de las generaciones jóvenes se volvieron hácia él. Cosa singular, se enamoraron al mismo tiempo del porvenir Libertad, y del pasado Napoleon. La derrota habia elevado al vencido: Bonaparte caido, parecia mas alto que Napoleon de pie. Los que habian triunfado, tuvieron miedo. Inglaterra le hizo guardar por Hudson Lowe, y Francia le hizo espiar por Montchenu. Sus brazos cruzados pusieron en alarma los tronos. Alejandro le llamaba mi insomnio. Este espanto procedia de la cantidad de revolucion que tenia en sí, lo cual esplica y escusa el liberalismo bonapartista. El fantasma hacia temblar al viejo mundo. Los reyes reinaron con cierto malestar mientras tuvieron la roca de Santa Elena en el horizonte.

Mientras Napoleon agonizaba en Longwood, los setenta mil hombres que cayeron en el campo de Waterlóo yacian gangrenándose tranquilamente, y algo de su paz se esparció por el mundo. El Congreso de Viena hizo sus tratados de 1815, y Europa llamó á esto la Restauracion.

Esto fue Waterlóo.

¿Pero qué importa á lo infinito? Toda esta tempestad, toda esa nube, esa guerra, y despues esa paz, toda esa sombra, no turbó un momento la luz de la inmensa mirada, ante la cual un pulgon saltando de hoja en hoja, es igual al águila que vuela de campanario en campanario en las torres de Nuestra Señora.

Digitized by Google

XIX.

EL CAMPO DE BATALLA POR LA NOCHE.

Es una necesidad de este libro que volvamos á ese campo fatal de batalla.

El 18 de junio de 1815 era dia de luna llena. Aquella claridad favoreció la feroz persecucion de Blucher, denunció las huellas de los fugitivos, entregó aquellas masas desastrosas á la caballería prusiana, y ayudó á la matanza. La noche se complace algunas veces en ser testigo de esas horribles catástrofes.

Despues de tirado el último cañonazo, la llanura de Mont-Saint-Jean quedó desierta.

Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses; es la prueba habitual de la victoria acostarse en el lecho del vencido. Establecieron su vivac al otro lado de Rosomme. Los prusianos, continuando la persecucion, siguieron adelante. Wellington fué á la aldea de Waterlóo á redactar su parte para lord Bathurst.

Si alguna vez ha sido aplicable el *sic vos non vobis*, es seguramente á esta aldea de Waterlóo. Waterlóo no hizo nada, y está situada á media legua de los sitios en que se dió la accion. Mont-Saint-Jean fue cañoneado, Hougomont fue quemado, Papelotte, tambien, Plancenoit

Digitized by Google

igualmente, la Haie-Sainte fue tomada por asalto, la Bella-Alianza vió el abrazo de los dos vencedores. Sin embargo, estos nombres han quedado casi desconocidos, y Waterlóo, que no hizo nada en la batalla, tuvo para sí todos los honores.

No somos aduladores de la guerra; cuando se presenta la ocasion, le decimos las verdades. La guerra tiene bellezas horribles que no hemos ocultado; pero convengamos en que tiene tambien cosas muy feas. Una de las mas sorprendentes es el rápido despojo de los muertos despues de la victoria. El alba que sigue á una batalla aparece siempre para alumbrar cadáveres desnudos.

¿Quién hace esto? ¿Quién mancha asi el triunfo? ¿Qué asquerosa mano furtiva es esa que se introduce en el bolsillo de la victoria? ¿Qué rateros son esos que dan sus golpes detrás de la gloria? Algunos filósofos, entre ellos Voltaire, afirman que son precisamente aquellos que han conquistado la gloria. Son los mismos, dicen; no ha habido cambio alguno, los que están de pie saquean á los que están en tierra. El héroe del dia es el vampiro de la noche. Al fin y al cabo tiene derecho á despojar á un cadáver que él mismo ha hecho. En cuanto á nosotros, no lo creemos. Recoger laureles y robar los zapatos á un muerto nos parece imposible que lo haga una misma mano.

Lo cierto es que, generalmente, despues de los vencedores vienen los ladrones. Pero pongamos al soldado, sobre todo al soldado contemporáneo, fuera de cuestion.

Todo ejército tiene una cola, y á esa es á la que debe acusarse. Seres murciélagos, entre bandidos y criados, todas las especies de mariposas crepusculares que engendra esa oscuridad que se llama la guerra, portadores de uniforme que no combaten, enfermos supuestos, cojos temibles, cantineros contrabandistas, algunas veces con sus mujeres, trotando en carretas, y robando lo que vuelven á vender, mendigos que se ofrecen por guias á los oficiales, grañujas, merodeadores, todo esto—no hablamos del tiempo presente,—seguia en pos de los ejércitos en otro tiempo, de tal suerte, que en el lenguaje especial militar se llamaban «los rezagados.» Ningun ejército, ni nacion alguna era responsable de estos seres; hablaban italiano y seguian á los alemanes; hablaban francés y seguian á los ingleses. Uno de estos miserables, rezagado español que hablaba francés, fue el que engañó al marqués de

Digitized by Google

Fervacques con su charla, el cual tomándole por uno de los nuestros, se fió de él, y fue muerto á traicion y robado en el mismo campo de batalla la noche que siguió á la victoria de Cernolles. Del merodeador nacia el pícaro. La detestable máxima: *Vivir á costa del enemigo*, producia esta lepra, que solo podia curar una disciplina rigurosa. Hay famas que engañan; algunas veces no se sabe por qué ciertos generales, grandes por otro lado, han sido tan populares. Turena era adorado de sus soldados porque toleraba el pillaje; el mal consentido forma parte de la bondad; Turena era tan bueno, que dejó poner á sangre y fuego el Palatinado. Detrás de los ejércitos veíanse mas ó menos merodeadores, segun la mayor ó menor severidad del jefe. Hoche y Maneau, no tenian rezagados; Wellington,—le hacemos voluntariamente esta justicia,—tenia muy pocos.

Sin embargo, en la noche del 18 al 19 de junio se despojó á los muertos. Wellington fue rígido; dió órden de pasar por las armas á todo el que fuese cogido en flagrante delito, pero la rapiña es tenaz. Los merodeadores robaban en uno de los estremos del campo de batalla, mientras estaban fusilando en el otro.

En esta llanura la luna era siniestra.

A eso de las doce vagaba un hombre, ó mejor dicho, andaba arrastrándose por la parte del barranco de Ohain. Segun toda apariencia, era uno de los que acabamos de caracterizar, ni inglés, ni francés, ni soldado, ni paisano, menos hombre que hiena; atraido por el olor de los muertos, teniendo el robo por victoria, y acudiendo á saquear á Waterlóo. Llevaba una blusa que tenia algo de capote, é inquieto y atrevido, marchaba hácia adelante mientras miraba hácia atrás. ¿Quién era aquel hombre? Probablemente la noche le conocia mas que el dia. No llevaba saco; pero es indudable que llevaba bajo su capote anchos bolsillos. De vez en cuando se detenia, examinaba la llanura en torno suyo, como para ver si alguien le observaba, se bajaba bruscamente, revolvia en la tierra una cosa silenciosa é inmóvil, y luego se enderezaba, y se escapaba de aquel sitio. Su paso de zorra, su actitud, su gesto rápido y misterioso le asemejaban á esas larvas crepusculares que frecuentan las ruinas, y que las antiguas leyendas normandas llaman los *Andantes*.

Ciertas aves nocturnas forman figuras de esta especie en los pantanos.

Digitized by Google

Cualquiera que hubiese mirado con atencion toda esta bruma, habria podido notar á cierta distancia, parado y como oculto detrás de un caseron que rodea en la calzada de Nivelles el ángulo del camino de Mont-Saint-Jean á Braine l'Alleud, una especie de carro pequeño de vivandero, con toldo de mimbre embreado, del que tiraba un hambriento rocin, que en aquel momento pacia las ortigas al través del freno, y en el carro una especie de mujer sentada encima de cofres y paquetes. Tal vez habia algun vínculo de union entre este carro y el merodeador.

La oscuridad era serena. Ni una nube empañaba el limpio azul del horizonte. ¿Qué importa que la tierra se tiña de rojo si la luna permanece blanca? Esa es la indiferencia del cielo. Las ramas de los árboles rotas por la metralla, pero sin caer aun, y sujetas á la corteza, se mecian en la pradera blandamente al suave soplo del viento de la noche. Un ténue aliento, casi una respiracion, movia las malezas. Habia en la yerba cierto estremecimiento que parecia el de las almas al abandonar los cuerpos.

Oíanse vagamente en lontananza ir y venir las patrullas y rondas mayores del campamento inglés.

Hougomont y la Haie-Sainte continuaban ardiendo, formando, el uno al Oeste y el otro al Este, dos grandes hogueras, á las que se unia como un collar de rubíes desatado con dos carbunclos á sus estremos, el cordon de fuego del campamento inglés, que se estendia en inmenso semicírculo por las colinas del horizonte.

Hemos referido la catástrofe del camino de Ohain. El corazon se espanta al pensar lo que habia sido aquella especie de muerte para tantos valientes.

Si hay alguna cosa horrible, si existe una realidad que va mas allá del sueño, es esta: vivir, ver el sol, estar en plena posesion de la fuerza viril, tener salud y alegría, reir con valor, correr hácia una gloria deslumbradora que se tiene delante, sentir en el pecho un pulmon que respira, un corazon que late, una voluntad que raciocina, hablar, pensar, esperar, amar, tener una madre, tener mujer, tener hijos, tener luz, y de pronto, en el espacio de tiempo necesario para dar un grito, en menos de un minuto, hundirse en un abismo, caer, rodar, magullar, ser magullado, ver espigas de trigo, flores, hojas, ramas, no poder agarrarse á nada, apretar un sable inútil, tener debajo de sí los hombres, encima

Digitized by Google

los caballos, luchar en vano, romperse los huesos con alguna coz dada en las tinieblas, sentir el tacon de una bota que os hace saltar los ojos, recordar con rabia las herraduras de los caballos, ahogarse, ahullar, desesperarse, estar allí debajo y decirse: ¡Hace un momento yo vivia!

Donde habia ocurrido este lamentable desastre, reinaba á la sazon un profundo silencio. La caja del camino estaba llena de caballos y de ginetes amontonados inestricablemente: terrible amalgama. Ya no habia declive, los cadáveres nivelaban el camino con la llanura, y le tenian ras con ras como una media fanega de cebada bien medida. Un monton de muertos en la parte alta, y un rio de sangre en la parte baja; tal era este camino la noche del 18 de junio de 1815. La sangre corria hasta la calzada de Nivelles, y allí se estendia en una ancha laguna delante de la tala de árboles que cerraba el paso de la calzada, en un sitio que hoy se enseña aun. Segun recordará el lector, en el punto opuesto hácia la calzada de Genappe, fue donde ocurrió el desastre de los coraceros. La multitud de cadáveres era proporcionada á la profundidad de la cañada. En medio, hácia el sitio donde se igualaba con la llanura, y por donde habia pasado la division Delord, la capa de los muertos era mas delgada.

El vagabundo nocturno que acabamos de hacer entrever al lector, iba por este lado escudriñando aquella inmensa tumba, mirando, pasando no sé qué asquerosa revista de muertos, y hundiéndose los pies en charcos de sangre. De pronto se detuvo.

A algunos pasos delante de él, en el camino, y en el punto donde concluia el monton de cadáveres de debajo de aquella masa confusa de hombres y de caballos salia una mano abierta alumbrada por la luna.

Esta mano tenia en el dedo una cosa que brillaba, y que era una sortija de oro.

El hombre se inclinó, permaneció un momento agachado, y cuando volvió á levantarse, la sortija habia desaparecido de la mano.

No se volvió á levantar precisamente; permaneció en una actitud feroz y medrosa, volviendo la espalda al monton de muertos, examinando el horizonte, de rodillas, con el cuerpo inclinado hácia adelante, y apoyando en tierra los dos índices, sacando la cabeza por encima del borde del camino. Las cuatro patas del chacal convienen á ciertas acciones.

Digitized by Google

Despues, tomando su partido, se levantó.

En aquel momento tuvo una especie de sobresalto.

Sintió que lo agarraban por detrás.

Volvióse; era la mano abierta que habia vuelto á cerrarse, y que le habia cogido el faldon de su capote.

Un hombre honrado hubiese tenido miedo. Este se echó á reir.

—¡Calle! dijo; si es el muerto. Mas me gusta un aparecido que un gendarme.

Sin embargo, la mano se fue aflojando y le soltó. El esfuerzo se agota pronto en la tumba.

—¡Hola! dijo el vagabundo; ¿estará vivo este muerto? Vamos á ver.

Inclinóse de nuevo, empezó á separar los obstáculos que le impedian llegar hasta la mano, y una vez separados, la cogió, empuñó el brazo, separó la cabeza, sacó el cuerpo, y algunos instantes despues arrastraba en la oscuridad del camino á un hombre inanimado, ó desmayado á lo menos. Era un coracero, un oficial, y hasta oficial de cierta categoría; por debajo de la coraza salia una charretera gruesa de oro; este oficial no tenia ya casco. Un sablazo furioso habia destrozado su cara, en la que solo se veia sangre. Por lo demás, parecia que no tenia ningun miembro roto, y por una feliz casualidad, si esta palabra es posible aquí, los muertos habian formado arco por cima de él, de modo que le habian librado de ser aplastado. Sus ojos estaban cerrados.

Sobre su coraza llevaba la cruz de plata de la Legion de Honor.

El vagabundo arrancó esta cruz, que desapareció en uno de los abismos que tenia debajo del capote.

Hecho lo cual, tentó el bolsillo del chaleco del oficial, en el que sintió un reloj y lo tomó. Despues examinó el otro bolsillo, halló en él una bolsa, y la cogió. A este punto llegaba del socorro que estaba prestando al moribundo, cuando el oficial abrió los ojos.

—Gracias, dijo débilmente.

Lo brusco de los movimientos del hombre que asi lo manejaba, la frescura de la noche, y el aire respirado libremente, le habian sacado de su letargo.

El vagabundo no respondió. Levantó la cabeza. Por la llanura oíase ruido de pasos; probablemente alguna patrulla que se acercaba.

El oficial murmuró, aunque con voz agonizante:

Digitized by Google

—¿Quién ha ganado la batalla?

—Los ingleses, respondió el vagabundo.

El oficial continuó:—Registrad mis bolsillos; en ellos hallareis una bolsa y un reloj, tomadlos.

Ya estaba hecho; pero el vagabundo fingió ejecutar lo que se le decia, y replicó:

—No hay nada.

—Me han robado, dijo el oficial, y lo siento. Hubiese sido para vos.

Los pasos de la patrulla se oian cada vez mas distintos.

—Viene gente, dijo el vagabundo, haciendo el movimiento de un hombre que se va.

El oficial, levantando el brazo con trabajo, le detuvo.

—Me habeis salvado la vida. ¿Quién sois?

El vagabundo respondió rápidamente y en voz baja:

—Yo pertenecia como vos al ejército francés. Tengo que dejaros: si me cogiesen, me fusilarian. Os he salvado la vida. Ahora componeos como podais.

—¿Cuál es vuestra graduacion?

—Sargento.

—¿Cómo os llamais?

—Thenardier.

—No olvidaré ese nombre, dijo el oficial. Y vos conservad el mio. Me llamo Pontmercy.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Digitized by Google

LA NOCHE DE VATERLOO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

EL NAVIO ORION.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

EL NÚMERO 24,601 SE CONVIERTE EN EL NÚMERO 9,430.

Juan Valjean habia sido capturado de nuevo.

El lector nos agradecerá que pasemos rápidamente por detalles dolorosos. Nos limitaremos, pues, á reproducir dos sueltos publicados por los periódicos de aquella época, pocos meses despues de los sorprendentes acontecimientos ocurridos en M.—á orillas del M.—

Estos artículos son algo reducidos, porque, como sabemos, en aquel tiempo no existia aun la *Gaceta de los Tribunales*.

Tomamos el primero de *La Bandera Blança*, fechado el 25 de julio de 1823.

«Un distrito del departamento del Pas-de-Calais acaba de ser teatro »de un acontecimiento poco comun. Un hombre estraño al departa»mento, y llamado M. Magdalena, habia dado gran impulso de algunos »años á esta parte, gracias á procedimientos nuevos, á una antigua in»dustria local: la fabricacion de azabaches y abalorios negros. En ella ha»bia hecho su fortuna, y si vale decir verdad, la del departamento. En »justa retribucion de sus servicios se le habia nombrado alcalde. La po»licía ha descubierto que M. Magdalena no era sino un antiguo presidiario, »escapado del presidio, condenado en 1796 por robo, y llamado Juan

Digitized by Google

»Valjean. Este ha sido enviado de nuevo al presidio. Parece que antes »de su prision habia conseguido sacar de casa del señor Laffitte la can- »tidad de mas de medio millon de francos que tenia colocada en dicha »casa, y que por otra parte, segun se dice, habia ganado muy legí- »timamente en su comercio. No se ha podido saber dónde habia ocul- »tado esta suma Juan Valjean despues de su entrada en el presidio de Tolon.»

El segundo artículo, algo mas minucioso, se publicó en el *Diario de París* de la misma fecha. Dice así:

«Acaba de comparecer ante el tribunal de Asisias del Var un antiguo »licenciado de presidio, llamado Juan Valjean, en circunstancias pro- »pias para llamar la atencion. Este criminal habia conseguido engañar »la vigilancia de la policía; habia cambiado de nombre, y logrado ha- »cerse nombrar alcalde de una de nuestras pequeñas poblaciones del »Norte, donde habia establecido un comercio de bastante consideracion. »Al fin ha sido desenmascarado y preso, gracias al celo infatigable de »la autoridad. Tenia por concubina á una mujer pública, que ha muer- »to de terror en el momento de su prision. Este miserable, dotado de una »fuerza hercúlea, habia hallado medio de evadirse; pero tres ó cuatro »dias despues de su evasion, la policía consiguió apoderarse nuevamente »de él en París mismo, en el momento de subir en uno de esos peque- »ños carruajes que hacen el trayecto de la capital á la aldea de Mont- »fermeil (Sena y Oise). Dícese que se aprovechó del intervalo de es- »tos tres ó cuatro dias de libertad para retirar una suma considera- »ble colocada por él en casa de uno de nuestros principales banqueros »y cuyo importe se hace subir á seiscientos ó setecientos mil francos. »Si hemos de dar crédito al acta de acusacion, debe haberla escondido »en un sitio conocido de él solo, y no se ha podido dar con ella; como »quiera que sea, el tal Juan Valjean acaba de comparecer ante el tri- »bunal del departamento del Var como acusado de robo en despoblado »cometido á mano armada, hará unos ocho años, en la persona de uno »de esos honrados niños, que como dijo el patriarca de Ferney en versos »inmortales:

»Todos los años vienen de Saboya
»Para deshollinar con diestra mano
»Los largos tubos de las chimeneas.

Digitized by Google

»El bandido ha renunciado á defenderse. El hábil y elocuente órgano »del ministerio público ha probado que el robo fue cometido en union »con otros cómplices, y que Juan Valjean formaba parte de una banda »de ladrones establecida en el Mediodía. Por consiguiente, Juan Valjean, »declarado reo, ha sido condenado á la pena de muerte; y no habiendo »querido entablar el recurso de casacion, la sentencia se hubiera ejecu»tado, si el rey, en su inagotable benignidad, no se hubiese dignado con»mutarle dicha pena en la de cadena perpétua. Juan Valjean ha sido con»ducido inmediatamente al presidio de Tolon.»

No se habrá olvidado que Juan Valjean tenia en M.—á orillas del M.—costumbres religiosas. Algunos periódicos, entre otros *El Constitucional*, presentaron esta conmutacion de pena como un triunfo del partido clerical.

Juan Valjean cambió de número en el presidio. Se llámó el 9,430.

Por lo demás—digámoslo de una vez para siempre,—la prosperidad de M.—á orillas del M.—desapareció con el señor Magdalena; todo cuanto habia previsto en su noche de vacilacion y de fiebre se realizó; faltando él, faltó el alma de aquella poblacion. Despues de su caida se verificó en M.—á orillas del M.—ese reparto egoista de la herencia de los grandes hombres caidos, esa fatal desmembracion de las cosas florecientes que se efectúa todos los dias oscuramente en la comunidad humana, y que la historia no ha consignado mas que una vez, porque se hizo despues de la muerte de Alejandro. Los tenientes se coronan reyes; los contramaestres se improvisaron fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Cerráronse los vastos talleres de Magdalena; los edificios se arruinaron, dispersáronse los obreros. Unos dejaron el pais, otros dejaron el oficio. Desde entonces todo se hizo en pequeño en vez de hacerse en grande; en vez de hacerse por el bien, se hizo por el lucro. Ya no hubo centro; la competencia y el encarnizamiento aparecieron por todas partes. Magdalena lo dominaba y dirigia todo. Caido él, cada uno se fué por su lado; el espíritu de lucha sucedió al espíritu de organizacion, la aspereza á la cordialidad, el odio del uno contra el otro, á la benevolencia del fundador para con todos; los hilos atados por el señor Magdalena se enredaron y se rompieron; se falsificaron los procedimientos, se envilecieron los productos, se mató la confianza, disminuyeron las esportaciones, hubo menos pedidos, bajó el salario,

Digitized by Google

cerráronse los talleres, y pronto vino la quiebra. Y luego nada para los pobres. Todo se desvaneció.

El Estado mismo echó de ver que alguien habia sido arruinado en alguna parte. En menos de cuatro años, despues de la sentencia del tribunal estableciendo la identidad de Magdalena y de Juan Valjean, y enviándolo á presidio, se habian duplicado los gastos de percepcion del impuesto en el distrito de M.—á orillas del M.—como observó M. de Vilelle en la tribuna, en el mes de febrero de 1827.

Digitized by Google

II.

DONDE SE LEERÁN DOS VERSOS, QUE SON TAL VEZ DEL DIABLO.

Antes de ir mas lejos, bueno será referir con algunos pormenores un hecho singular que hácia la misma época pasó en Montfermeil, y que no deja de tener su coincidencia con ciertas conjeturas del ministerio público.

Hay en el país de Montfermeil una supersticion muy antigua, tanto mas curiosa y tanto mas preciosa, cuanto que una supersticion popular en las cercanías de París es como un aloe en Siberia. Somos de los que respetan todo lo que se halla en estado de planta rara. La supersticion de Montfermeil consiste en creerse allí que el diablo, desde tiempo inmemorial, ha escogido la selva inmediata para ocultar en ella sus tesoros. Las buenas mujeres afirman que no es raro encontrar, al morir el dia, en los sitios apartados del bosque, un hombre negro, con facha de carretero ó de leñador, calzado con zuecos, vestido con pantalon y sobretodo de lienzo, y fácil de conocer, porque en vez de gorra ó de sombrero lleva dos cuernos inmensos en la cabeza. En efecto, esto debe servir de mucho para conocerle. Este hombre está habitualmente ocupado en hacer hoyos en la tierra. Hay tres modos de sacar partido del encuentro. El primero es llegarse al hombre y hablarle. Entonces se ve

Digitized by Google

que el pobre hombre no es mas que un aldeano, que parece negro porque es la hora del crepúsculo; que no hace tal hoyo en la tierra, sino que corta yerba para sus vacas, y que lo que se habia tomado por cuernos, no es mas que una horquilla para remover el estiércol, que lleva á la espalda, y cuyos dientes, por efecto de la perspectiva de la noche, parecia que salian de su cabeza. Vuelve uno á su casa, y se muere al cabo de una semana. El segundo método es observarle, esperar á que haya hecho su hoyo, á que lo haya vuelto á cubrir y se haya ido; luego ir corriendo al agujero, destaparlo, y coger «el tesoro» que el hombre negro ha depositado en él necesariamente. En este caso muere uno al cabo de un mes. En fin, el tercer método es no hablar al hombre negro, no mirarle, y echar á corrrer á todo escape. Entonces muere uno al cabo del año.

Como los tres métodos tienen sus inconvenientes, el segundo, que ofrece á lo menos algunas ventajas, entre otras la de poseer un tesoro, aunque no sea mas que un mes, es el que generalmente se adopta. Los hombres atrevidos y que intentan toda clase de aventuras, han abierto muchas veces, segun se dice, los hoyos hechos por el hombre negro, y han intentado robar al diablo. Parece que la operacion no ha producido grandes resultados, á lo menos si se ha de creer la tradicion, y en particular los dos versos enigmáticos en latin bárbaro que ha dejado sobre este asunto un mal fraile normando, algo hechicero, llamado Trifon. Este Trifon está enterrado en la abadía de San Jorge de Bocherville cerca de Ruan, y sobre su tumba nacen sapos.

Se hacen, pues, esfuerzos enormes; porque esos hoyos son generalmente muy hondos; se suda, se cava, se trabaja toda una noche, porque de noche es cuando se ejecuta todo esto; se empapa la camisa en sudor, se gasta toda la luz, se mella el azadon; y cuando se ha llegado, en fin, al fondo del hoyo, cuando se ha puesto la mano encima del «tesoro,» ¿qué es lo que se encuentra? ¿qué es el tesoro del diablo? Un sueldo, á veces un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver destilando sangre, en ocasiones un espectro doblado en cuatro como un pliego de papel en una cartera; otras veces nada. Esto es lo que al parecer anuncian á los curiosos indiscretos los versos de Trifon:

Fodit, et in fossa thesauros condit opaca,
As, nummos, lapides, cadaver, simulacra, nihilque.

Digitized by Google

Parece que en nuestros dias se halla tambien en estos hoyos bien un frasco de pólvora con balas, bien una baraja vieja de cartas grasientas y chamuscadas que indudablemente ha servido á los diablos. Trifon no consigna estos dos hallazgos, porque vivia en el siglo XII, y no parece que el diablo haya tenido el talento de inventar la pólvora antes de Roger Bacon, ni las cartas antes de Cárlos VI.

Por lo demás, el que juega con estas cartas puede estar seguro de perder todo lo que posee, y en cuanto á la pólvora que hay en el frasco tiene la propiedad de hacer reventar el fusil en el rostro.

Ahora bien, muy poco tiempo despues de la época en que pareció al ministerio público que el licenciado de presidio Juan Valjean, durante su evasion de algunos dias, habia andado vagando por los alrededores de Montfermeil, se notó en esta misma aldea que un viejo peon caminero llamado Boulatruelle hacia «frecuentes visitas» al bosque. Se creia saber en el pais que el tal Boulatruelle habia estado en presidio; estaba sometido á cierta vigilancia de la policía, y como no encontraba trabajo en ninguna parte, la administracion lo empleaba por un pequeño jornal como peon en el camino vecinal de Gagny á Lagny.

Este Boulatruelle era mirado de reojo por la gente del pais; demasiado respetuoso, demasiado humilde, pronto á quitarse su gorra ante todo el mundo, temblando y sonriendo delante de los gendarmes, estaba afiliado probablemente en alguna partida de malhechores, segun se decia; y aun se tenian sospechas de que se emboscaba á la caida de la noche en alguna espesura de los bosques. No tenia en su favor sino la circunstancia de ser borracho.

Véase lo que se creia haber notado.

Hacia algun tiempo que Boulatruelle dejaba muy temprano su trabajo de echar piedra y de componer el camino, y se iba con su azadon á la selva. A la caida de la tarde se le encontraba en los claros mas desiertos, entre la maleza mas sombría, buscando al parecer alguna cosa, y otras veces abriendo hoyos. Las comadres que pasaban le tomaban por Belcebú; despues conocian á Boulatruelle, y no quedaban mas tranquilas por esto. Tales encuentros parece que incomodaban mucho á Boulatruelle, lo cual era indicio evidente de que procuraba ocultarse, y de que habia misterio en lo que hacia.

Decian en la aldea:—Es claro que el diablo se ha aparecido. Bou-

Digitized by Google

latruelle le ha visto, y busca. Vamos, se ha empeñado en atraparle el gato á Lucifer.—Los volterianos añadian:—¿Será Boulatruelle quien atrape al diablo, ó el diablo á Boulatruelle?—La viejas se llevaban todo el dia haciendo la señal de la cruz.

Poco tiempo despues cesaron las idas de Boulatruelle al bosque, y volvió á su trabajo de peon caminero, con lo cual se habló de otra cosa.

No obstante, la curiosidad de algunas personas no se habia dado por satisfeccha, creyendo que en todo esto habia probablemente, no los fabulosos tesoros de la leyenda, sino alguna buena cantidad mas séria y mas palpable que los billetes de banco del diablo, y cuyo secreto habia medio sorprendido sin duda el caminero. Los mas «curiosos» eran el maestro de escuela y el bodegonero Thenardier, el cual era amigo de todo el mundo, y no habia desdeñado unirse á Boulatruelle.

—Ha estado en presidio, decia. ¡Cómo ha de ser! No se sabe, ni quién está allí, ni quién irá.

Una noche afirmaba el maestro de escuela que en otro tiempo la justicia habria inquirido lo que Boulatruelle iba á hacer al bosque, y le habria hecho hablar, porque en caso de necesidad se le habria sometido al tormento, y no habria podido resistir, por ejemplo, á la cuestion del agua.—Le daremos la cuestion del vino, dijo Thenardier.

Pusieron manos á la obra, é hicieron beber al viejo peon caminero. Boulatruelle bebió enormemente, y habló poco. Combinó con un arte admirable, y en una proporcion magistral, la sed de un gloton con la discrecion de un juez. Sin embargo, á fuerza de volver á la carga, y de unir y compaginar las pocas palabras oscuras que se le escaparon, Thenardier y el maestro de escuela creyeron comprender lo siguiente:

Una mañana, al ir Boulatruelle á su trabajo apenas amanecia, se sorprendió al ver en un recodo del bosque entre la maleza una pala y un azadon, *como quien dice*, *ocultos*. Sin embargo, pensó que probablemente serian el azadon y la pala del tio Six-Fours, el aguador, y no volvió á pensar en ello. Pero al oscurecer del mismo dia habia visto, sin que le viese á él, porque estaba oculto tras un árbol, «á un individuo que no era del pais; que se dirigia desde el camino á lo mas espeso del bosque, y á quien él, Boulatruelle, conocia muy bien.»—Traduccion

Digitized by Google

de Thenardier: *Un compañero de presidio*. Boulatruelle se habia negado obstinadamente á decir su nombre. Este individuo llevaba un paquete, una cosa como cuadrada, parecida á una caja grande, ó á un cofre pequeño. Sorpresa de Boulatruelle. Sin embargo, hasta pasados siete ú ocho minutos no se le ocurrió la idea de seguir al «sugeto.» Pero era demasiado tarde; el «sugeto» se habia internado en lo mas espeso del bosque; la noche se habia echado encima, y Boulatruelle no habia podido dar con él. Entonces tomó el partido de observar á la entrada del bosque. «Hacia luna,» y dos ó tres horas despues habia visto salir de entre la maleza al sugeto, llevando, no el cofre-maleta, sino una pala y un azadon. Boulatruelle le dejó pasar, y no se le ocurrió la idea de llegarse á él, porque dijo para sí que el otro era tres veces mas fuerte, y armado además como iba de un azadon y una pala, le hubiera hundido de un puñetazo probablemente al conocerle y verse conocido. Tierna efusion de dos camaradas antiguos que se vuelven á hallar. Pero la pala y el azadon habian sido un rayo de luz para Boulatruelle; habia corrido á la maleza por la mañana, y no habia encontrado ya ni uno ni otro instrumento, de lo cual dedujo que el sugeto, despues de entrar en el bosque, abrió un hoyo en la tierra con el azadon, enterró el cofre, y volvió á cerrar el hoyo con la pala. Ahora bien: el cofre era demasiado pequeño para contener un cadáver; contenia, pues, dinero. De ahí sus pesquisas. Boulatruelle esploró, sondeó y escudriñó toda la selva, y miró por todas partes donde le pareció que habian removido recientemente la tierra; pero fue en vano.

No habia «pescado» nada.—Nadie volvió á pensar sobre esto en Montfermeil. Solo hubo algunas comadres que dijeron: Tened por cierto que él caminero de Gagny ha armado por algo toda esta baraunda; de seguro ha venido el diablo.

Digitized by Google

III.

DE CÓMO LA CADENA DE LA ARGOLLA DEBIÓ DE HABER SUFRIDO ALGUNA OPERACION PREPARATORIA PARA ROMPERSE ASI DE UN MARTILLAZO.

A fines de octubre del mismo año 1823, los habitantes de Tolon vieron entrar en su puerto, de resultas de un temporal, y para reparar algunas averías, al navío *Orion*, que fue despues empleado en Brest como navío-escuela, y que entonces formaba parte de la escuadra del Mediterráneo.

Este buque, averiado y todo como estaba, porque el mar lo habia maltratado, hizo un gran efecto al entrar en la rada. Llevaba no recuerdo qué pabellon que le valió un saludo reglamentario de once cañonazos, devueltos por él uno á uno: total veintidos. Se ha calculado que en salvas, cortesías reales y militares, cambio de ruidos corteses, señales de etiqueta, formalidades de radas y de ciudadelas, salvas hechas diariamente por todas las fortalezas y todos los buques de guerra al salir y ponerse el sol, á la apertura y clausura de puertos, etc., etc., el mundo civilizado gasta en pólvora en toda la tierra cada veinticuatro horas, ciento cincuenta mil tiros de cañon, inútiles. A seis francos cada tiro, importan nuevecientos mil francos al dia, trescientos millones al

Digitized by Google

año, que se convierten en humo. Esto no es mas que un detalle. Entre tanto los pobres se mueren de hambre.

El año 1823 era lo que la Restauracion ha llamado «la época de la guerra de España.»

Esta guerra contenia muchos acontecimientos en uno solo, y muchas singularidades; un gran asunto de familia para la casa de Borbon; la rama de Francia socorriendo y protegiendo á la de Madrid, es decir, ejecutando un acto de primogenitura; una vuelta aparente á nuestras tradiciones nacionales, complicada con servidumbre y sujecion á los gabinetes del Norte; el duque de Angulema, llamado por los periódicos liberales *el héroe de Andújar*, comprimiendo, en una actitud triunfal algo contrariada por su aire pacífico, al viejo terrorismo demasiado real del Santo Oficio en lucha con el terrorismo quimérico de los liberales; los *sans-culottes* resucitados con gran terror de las viudas de la nobleza hereditaria bajo el nombre de *descamisados*; el monarquismo oponiéndose al progreso, calificado de anarquía; las teorías de 89 interrumpidas bruscamente en su trabajo de zapa; un ¡*basta*! europeo intimado á la idea francesa que daba la vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignan, despues Cárlos Alberto, alistándose voluntariamente en esa cruzada de los reyes contra los pueblos, con charreteras de lana encarnada como simple granadero; los soldados del imperio volviendo á entrar en campaña, pero despues de ocho años de reposo, viejos, tristes, y bajo la escarapela blanca; la bandera tricolor agitada en el estranjero por un puñado heróico de franceses, como la bandera blanca lo habia sido en Coblenza treinta años antes; los frailes mezclados con nuestros soldados; el espíritu de libertad y de novedad cohibido por las bayonetas; los principios humillados á cañonazos; Francia deshaciendo con sus armas lo que habia hecho con su genio; por lo demás, los jefes enemigos vendidos, los soldados vacilando, las ciudades sitiadas por millones en metálico; peligros militares nulos, y sin embargo, esplosiones posibles, como en toda mina sorprendida é invadida; poca sangre vertida, poco honor conquistado; vergüenza para algunos, gloria para nadie: tal fue esta guerra hecha por príncipes que descendian de Luis XIV, y dirigida por generales que procedian de Napoleon. Tuvo la triste suerte de no recordar ni la gran guerra, ni la gran política.

Digitized by Google

Algunos hechos de armas fueron de consideracion; la toma del Trocadero, entre otros, fue una buena accion militar; pero en suma, lo repetimos, las trompetas de esa guerra produjeron un sonido cascado; el conjunto fue sospechoso; la historia reprueba la conducta de la Francia, que aceptó con mucha dificultad este triunfo falso. Parece evidente que ciertos oficiales españoles encargados de la resistencia cedieron con demasiada facilidad, desprendiéndose de la victoria la idea de corrupcion; parecia que se ganaban mas bien los generales que las batallas, y el soldado vencedor regresó humillado. Guerra, en efecto, que en vez de engrandecer empequeñecia á los vencedores, y donde pudo leerse *Banco de Francia* en los pliegues de la bandera.

Soldados de la guerra de 1808, sobre los que se desplomó Zaragoza formidablemente, fruncian el ceño en 1823 ante la fácil apertura de las ciudadelas, y echaban de menos á Palafox. Mas quiere el genio de Francia tener enfrente de sí á Rostopchine que á Ballesteros.

Bajo un punto de vista mas grave aun, y en el cual conviene insistir tambien, esa guerra, que lastimaba en Francia el espíritu militar, indignaba al espíritu democrático. Era una empresa de esclavizamiento. En esta campaña, el objeto del soldado francés, hijo de la democracia, era la conquista de un yugo para otro pueblo; repugnante contrasentido. El destino de Francia es despertar el espíritu de los pueblos, no sofocarlo. Desde 1792, todas las revoluciones de Europa son la revolucion francesa; la libertad irradia desde Francia: este es un hecho solar, y es ciego el que no lo ve, como dijo Bonaparte.

La guerra de 1823, ese atentado á la generosa nacion española, fue, pues, al mismo tiempo un atentado á la revolucion francesa. Francia cometió esa monstruosa agresion, por fuerza; porque escepto las guerras libertadoras, todo lo que hacen los ejércitos, lo hacen por la fuerza. La palabra *obediencia pasiva* lo indica. Un ejército es una estraña obra maestra de combinacion, en que la fuerza resulta de una enorme suma de impotencia. Asi se esplica la guerra hecha por la humanidad contra la humanidad, á pesar de la humanidad.

En cuanto á los Borbones, la guerra de 1823 fue fatal para ellos. La tomaron por un triunfo. No vieron el peligro que hay en hacer matar una idea por medio de una consigna. Se equivocaron en su ingenuidad hasta el punto de introducir en su establecimiento como elemento

Digitized by Google

de fuerza la inmensa debilidad de un crímen. En su política entró el espíritu de asechanza: y 1830 germinó en el seno de 1823. La guerra de España vino á ser en sus consejos un argumento en favor de los golpes de fuerza y de las aventuras del derecho divino. Restableciendo Francia *el rey neto* en España, bien podia restablecer el rey absoluto en su casa misma. Cayeron en el temible error de tomar la obediencia del soldado por el consentimiento de la nacion. Esa confianza perdió á los tronos. No es bueno dormirse ni á la sombra de un manzanillo, ni á la sombra de un ejército.

Volvamos al navío *El Orion*.

Durante las operaciones del ejército mandado por el príncipe generalísimo, cruzaba una escuadra el Mediterráneo. Acabamos de decir que *El Orion* pertenecia á esta escuadra, y se vió obligado á pasar á Tolon por averías en el mar.

La presencia de un navío de guerra en un puerto tiene siempre un no sé qué, que atrae y ocupa á la multitud. Es grande, y la multitud ama lo que es grande.

Un navío de línea es una de las combinaciones mas magníficas del genio del hombre con el poder de la naturaleza.

Un navío de línea se compone á la vez de lo mas pesado y de lo mas ligero, porque tiene que habérselas al mismo tiempo con las tres formas de la sustancia, la sólida, la líquida y la fluida, y debe luchar contra todas tres. Tiene once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y mas alas y mas entenas que los insectos para tomar el viento entre las nubes. Su respiracion sale por sus ciento veinte cañones como por enormes clarines, y responde al rayo con orgullo. El Océano procura estraviarle en la horrible semejanza de sus olas; pero el navío tiene su alma, su brújula, que le aconseja y le indica siempre el Norte. En las noches oscuras sus fanales suplen á las estrellas. Asi, pues, contra el viento tiene la cuerda y la lona; contra el agua la madera; contra la roca el hierro, el cobre y el plomo; contra la sombra la luz; contra la inmensidad una aguja.

Si se quiere formar una idea de todas las proporciones gigantescas, cuyo conjunto constituye el navío de línea, no hay mas que entrar en una de las calas cubiertas de seis pisos de los puertos de Brest ó de Tolon. Los buques en construccion están allí, por decirlo asi, bajo una

Digitized by Google

campana. Aquella viga colosal es una verga; aquella gruesa columna de madera echada en tierra hasta perderse de vista, es el palo mayor. Midiéndolo desde el fondo del casco, donde empieza, hasta su cima, que se confunde con las nubes, tiene de largo sesenta toesas, y tres pies de diámetro en su base. El palo mayor inglés se eleva á doscientos diez y siete pies por encima de la línea del agua. La marina de nuestros padres empleaba cables, la nuestra emplea cadenas. El simple monton de cadenas de un navío de cien cañones tiene cuatro pies de altura, veinte de longitud y ocho de anchura. Y para hacer este navío, ¿cuánta madera se necesita? Tres mil metros cúbicos. Es una selva flotante.

Además, nótese bien esto, aquí solo se trata del buque de guerra de hace cuarenta años, de la simple nave de vela; el vapor, entonces en la infancia, ha añadido despues nuevos milagros á ese prodigio llamado navío de guerra. Hoy, por ejemplo, el navío de vapor de hélice, es una máquina sorprendente llevada por un velámen de tres mil metros cuadrados de superficie, y por una caldera de la fuerza de dos mil quinientos caballos.

Sin hablar de esas maravillas nuevas, la antigua nave de Cristóbal Colon y de Ruyter es una de las grandes obras maestras del hombre, que inagotable en fuerzas como en hálitos lo infinito, almacena el viento en sus velas, le mantiene en direccion fija en la inmensa difusion de las olas, flota, y reina.

Llega el momento, sin embargo, en que una ráfaga rompe como una paja la verga de sesenta pies de largo; en que el viento dobla como un junco el palo mayor de cuatrocientos pies de alto; en que el áncora, que pesa diez mil libras, se tuerce en la boca de la ola como el anzuelo de un pescador en la quijada de un sollo; en que los monstruosos cañones lanzan rugidos quejumbrosos é inútiles que el huracan se lleva en la oscuridad y en el vacío; en que todo ese poder y toda esa magestad se abisman en un poder y en una magestad superiores. Cada vez que se despliega una fuerza inmensa para terminar en una inmensa debilidad, semejante resultado hace pensar á los hombres. De ahí los curiosos que abundan en los puertos de mar alrededor de esas maravillosas máquinas de guerra y de navegacion, sin que ellos mismos se espliquen perfectamente el por qué.

Todos los dias, pues, desde la mañana hasta la noche, los muelles

Digitized by Google

y la playa del puerto de Tolon se vean cubiertos de una multitud de ociosos y de necios, como se dice en París, ocupados solamente en mirar *El Orion*.

El Orion era un buque averiado hacia mucho tiempo. En sus navegaciones anteriores habíanse amontonado sobre su quilla espesas capas de mariscos, hasta el punto de hacerle perder la mitad de su andar; se le habia puesto en seco el año anterior para rasparle los mariscos, y despues habia sido botado al agua de nuevo. Pero esta raspadura habia alterado todos los pernos de la quilla. A la altura de las Baleares, la parte del buque bajo línea de flotacion se habia cansado y abierto, y como el forrado no se hacia entonces en cobre, el buque hacia agua. Sobrevino un violento vendabal de equinoccio, que desfondó á babor la roda y una portañola, y deterioró el porta-obenque de mesana; y á consecuencia de estas averías, *El Orion* tuvo que regresar á Tolon.

Fondeó cerca del arsenal, y se trató de armarle y repararle. El casco no habia sufrido nada á estribor, pero se habian desclavado algunos listones de los costados, segun costumbre, para que el aire pudiese penetrar en la armazon.

Una mañana, la multitud que lo contemplaba fue testigo de un accidente.

La tripulacion estaba ocupada en envergar las velas. El gaviero encargado de tomar el mastelero de gavia por la parte de estribor, perdió el equilibrio. Se le vió vacilar, la multitud reunida en el muelle lanzó un grito, la cabeza pudo mas que el cuerpo; el hombre dió vueltas alrededor de la verga, con las manos estendidas hácia el abismo; cogió al paso, con una mano primero, y luego con la otra, el estribo, y quedó suspendido de él. Tenia el mar debajo á una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de su caida habia impreso al estribo un violento movimiento de columpio. El hombre iba y venia agarrado á esta cuerda como la piedra de una honda.

Socorrerle era correr un riesgo horrible. Ninguno de los marineros, pescadores todos de la costa, que hacia poco habian entrado en el servicio, se atrevia á aventurarse á ello. Entre tanto el desgraciado gaviero se cansaba; no se podia ver la angustia en su rostro, pero en todos sus miembros se conocia el agotamiento. Sus brazos se torcian en un estiramiento horrible. Cada esfuerzo que hacia para subir no servia mas

Digitized by Google

que para aumentar las oscilaciones del estribo No gritaba de miedo de perder la fuerza. La multitud esperaba verle de un minuto á otro soltar la cuerda, y todo el mundo volvia la cabeza para no ver su muerte. Hay momentos en que la punta de una cuerda, un palo, la rama de un árbol, es la vida misma; y es una cosa horrible ver á un ser viviente que se desprende y cae como un fruto maduro.

De pronto vióse á un hombre que trepaba por el aparejo con la agilidad de un tigre. Este hombre iba vestido de encarnado, era un presidiario; llevaba un gorro verde, señal de condenado á cadena perpétua. Llegado que hubo á la altura de la gavia, un golpe de viento le llevó el gorro, y dejó ver una cabeza enteramente blanca: no era un jóven.

En efecto, un indivíduo perteneciente á una cuerda de presidiarios empleada á bordo habia corrido desde el primer momento al oficial de cuarto, y en medio de la turbacion y duda de la tripulacion, mientras todos los marineros temblaban y retrocedian, le habia pedido permiso para arriesgar su vida por salvar al gaviero. A un signo afirmativo del oficial, rompió de un martillazo la cadena sujeta á la argolla de su pie, tomó luego una cuerda, y se lanzó á los obenques. Nadie notó en aquel instante la facilidad con que fue rota la cadena. Hasta despues no lo recordaron.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo en la verga. Se detuvo algunos segundos y pareció medirla con la vista. Estos segundos, durante los cuales el viento columpiaba al gaviero al estremo de un hilo, parecieron siglos á los que estaban mirando. En fin, el presidiario alzó los ojos al cielo y dió un paso hácia adelante. La multitud respiró. Viósele recorrer en un instante la verga. Llegado que hubo á la punta, ató á ella un cabo de la cuerda que llevaba, y dejó suelto el otro cabo; despues se puso á bajar deslizándose por esta cuerda, y entonces hubo una angustia inesplicable; en vez de un hombre suspendido sobre el abismo, habia dos.

Parecia una araña yendo á coger una mosca; solo que aquí la araña llevaba la vida y no la muerte. Diez mil miradas estaban fijas en el grupo. Ni un grito, ni una palabra, el mismo estremecimiento fruncia todas las cejas. Todas las bocas detenian su aliento, como si hubiesen temido añadir el menor soplo al viento que sacudia á aquellos dos infelices.

Entre tanto, el presidiario habia conseguido bajarse muy cerca del

Digitized by Google

marinero. Ya era tiempo; un minuto mas tarde, el hombre, cansado y desesperado, se habria dejado caer al abismo; el presidiario lo habia atado sólidamente con la cuerda á que se sujetaba con una mano, mientras trabajaba con la otra. En fin, se le vió subir sobre la verga, y tirar del marinero hasta que le tuvo tambien en ella: allí le sostuvo un instante para dejarle recobrar las fuerzas, despues le cogió en sus brazos, y lo llevó andando sobre la verga hasta el tamborete, y de allí á la gavia, donde le dejó en manos de sus camaradas.

En este instante aplaudió la multitud; algunos de la chusma lloraban; las mujeres se abrazaban en el muelle, y oyóse gritar á todo el mundo con una especie de furor enternecido: ¡perdon, perdon para ese hombre!

Este, mientras tanto, se habia preparado á bajar inmediatamente para unirse á la cuadrilla á que pertenecia. Para llegar mas pronto, dejóse deslizar, y echó á correr por una entena baja. Todas las miradas le seguian. Por un momento se tuvo miedo; sea que estuviese cansado, sea que se marease, se creyó que vacilaba y que dudaba. De pronto la muchedumbre lanzó un grito; el presidiario acababa de caer al mar.

La caida era peligrosa. La fragata *Algeciras* estaba anclada junto al *Orion*, y el pobre presidiario habia caido entre los dos buques, y era muy de temer que hubiese ido á parar debajo del uno ó del otro. Cuatro hombres saltaron en una embarcacion apresuradamente. La muchedumbre los animaba, y la ansiedad habia vuelto á aparecer en todos los semblantes. El hombre no habia subido á la superficie. Habia desaparecido en el mar sin dejar una huella, como si hubiese caido en una cuba de aceite. Se sondeó, y hasta se buscó en el fondo. Todo fue en vano. Se estuvo buscando hasta que fue de noche; pero no se halló ni aun el cuerpo.

Al dia siguiente, el diario de Tolon imprimia estas líneas:

«17 de noviembre de 1823.—Un presidiario que se hallaba trabajando con su cuadrilla á bordo de *El Orion*, al acabar de socorrer ayer á un marinero, cayó al mar y se ahogó. Su cadáver no ha podido ser hallado. Se cree que habrá quedado enganchado en las estacas de la punta del arsenal. Este hombre estaba inscrito en el registro con el número 9430, y se llamaba Juan Valjean.»

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO TERCERO,

CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA HECHA A LA DIFUNTA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LA CUESTION DEL AGUA DE MONTFERMEIL.

Montfermeil está situado entre Liory y Chelles, en la orilla meridional de la elevada meseta que separa el Ourque del Marne. Hoy es una villa bastante numerosa, adornada todo el año de casitas de campo construidas de yeso, y el domingo de alegres y honrados ciudadanos. En 1823 no habia en Montfermeil ni tantas casas blancas, ni tantos ciudadanos satisfechos: no era mas que una aldea entre bosques. Solia verse en alguno que otro sitio una casa de recreo del último siglo, fácil de conocer por su aire aristocrático, sus balcones de hierro retorcido, y sus largas ventanas, cuyos vidrios verdes tomaban matices tan diferentes sobre el color blanco de los postigos cerrados. Pero no por eso dejaba Montfermeil de ser una aldea. Los mercaderes de paño retirados, y los aficionados á veranear no la habian descubierto aun. Era un sitio tranquilo y halagüeño, que no era paso para ninguna parte; se vivia en él económicamente, y se pasaba esa vida campestre tan abundante y tan fácil. La única falta que tenia era que escaseaba el agua á causa de la elevacion de la meseta.

Era preciso ir á buscarla bastante lejos. El estremo de la aldea, que está del lado de Gagny se surtia de agua en los magníficos estanques

Digitized by Google

que hay en aquellos bosques; el otro estremo, que rodea la iglesia, y que está por la parte de Chelles, no hallaba agua potable sino en un pequeño manantial que habia á la mitad de la cuesta, cerca del camino de Chelles, á un cuarto de hora de Montfermeil.

Asi, pues, el abastecimiento de agua era un trabajo bastante rudo para cada casa. Las casas grandes, la aristocracia,—y el bodegon de Thenardier—pagaban medio sueldo por cubo de agua á un hombre que tenia este oficio, y que ganaba en esto unos ocho sueldos al dia; pero este hombre solo trabajaba hasta las siete de la tarde en el verano, y hasta las cinco en el invierno, y cuando llegaba la noche, cuando se cerraban las ventanas de los pisos bajos, el que no tenia agua para beber, ó iba á buscarla, ó se pasaba sin ella.

Esto era lo que aterraba á la pobre criatura, á la pequeña Cosette, á quien el lector no habrá olvidado. Se recordará que Cosette era útil á los Thenardier de dos modos; se hacian pagar por la madre, y se hacian servir por la hija. Asi, cuando la madre dejó enteramente de pagar, por las razones espuestas en los capítulos anteriores, los Thenardier se quedaron con Cosette. La pobre niña les servia de criada, y como tal, ella era la que iba á buscar agua cuando faltaba. Asi es, que espantada con la idea de ir á la fuente por la noche, cuidaba de que no faltase nunca en casa,

La navidad del año de 1823 fue muy brillante en Montfermeil. El principio del invierno habia sido templado, y no habia helado ni nevado. Los charlatanes y feriantes que habian llegado de Paris obtuvieron del señor alcalde el permiso para colocar sus tiendas en la calle ancha de la aldea, y una bandada de mercaderes ambulantes situó sus puestos con el mismo permiso en la plaza de la Iglesia, y hasta en la callejuela del Boulanger, donde estaba situado, segun se recordará, el bodegon de los Thenardier. Toda aquella gente llenaba las posadas y tabernas, y daba al pais, tranquilo de suyo, una vida alegre y ruidosa. Hasta debemos decir, para ser fieles historiadores, que entre las curiosidades espuestas en la plaza, habia una especie de barraca, en la que unos horribles saltimbanquis vestidos de harapos, y procedentes no se sabe de dónde, enseñaban á los aldeanos de Montfermeil uno de esos horribles buitres del Brasil que nuestro real Museo no poseyó hasta 1845, y que tienen por ojo una escarapela tricolor. Los naturalistas llaman á esta ave, se-

Digitized by Google

gun creo, Caracara Polyborus; es del órden de las apicides, y de la familia de los buitres. Algunos soldados viejos, bonapartistas, retirados en la aldea, iban á ver este animal con devocion. Los charlatanes presentaban la escarapela tricolor como un fenómeno único, y formado espresamente por Dios para su coleccion de animales raros.

En la noche misma de Navidad, muchos carreteros y trágineros se hallaban sentados y bebian alrededor de una mesa con cuatro ó cinco velas de sebo en la sala baja del bodegon de Thenardier. La sala se parecia á todas las salas de taberna: mesas, cántaros de estaño, botellas, bebedores, fumadores, poca luz y mucho ruido. La fecha del año 1823 se veia, sin embargo, indicada por los dos objetos, entonces á la moda en la clase media, que estaban sobre una mesa, á saber: un kaleidoscopo y una lámpara de hoja de lata morada. La Thenardier vigilaba la cena que se estaba asando ante un buen fuego. El marido bebia con sus parroquianos, y hablaba de política.

Además de las conversaciones políticas que tenian por objeto principal la guerra de España y el duque de Angulema, se oian entre el ruido paréntesis enteramente locales como este:

—Por la parte de Nanterre y de Suresne ha dado mucho el vino. Donde se contaba con diez tinajas se han obtenido doce. El lagar ha dado mas jugo del que se creia.—Pero las uvas no debian estar maduras.—En esos paises no se deja madurar enteramente la uva porque el vino se tuerce, si se deja, en cuanto llega la primavera.—¿Es, pues, un vino flojo?—Mas flojo todavía que los de por aquí. Hay que vendimiar en verde.

Etc.

O bien esclamaba un molinero:

—¿Acaso somos responsables de lo que hay en los sacos? Encontramos en ellos una porcion de granos que no podemos entretenernos en limpiar, y que es preciso dejar pasar por las ruedas, como la cizaña, el añublo, el tizon, la algarroba, el cañamon, la cola de zorra, y otra infinidad de drogas, sin contar con las piedras que abundan en ciertos trigos, sobre todo en los trigos bretones. A mí no me gusta moler trigo breton, asi como á los serradores de largo no les gusta serrar vigas que tengan clavos. Figuráos el maldito polvo que todo esto formará en-

Digitized by Google

tre la harina despues de la molienda; y luego se quejan de la harina. Si la harina no sale limpia no es culpa nuestra.

En el espacio comprendido entre dos ventanas, un segador, hablando con un propietario que ponia precio al trabajo de una pradera que habia que segar en la primavera, decia:

—No importa que la yerba esté mojada. Asi se corta mejor; el rocío es bueno; pero de todos modos vuestra yerba es muy nueva y difícil de segar; en unos sitios está demasiado tierna; en otros la guadaña no ceba. Etc.

Cosette se hallaba en su puesto ordinario, sentada en el travesaño de la mesa de cocina junto á la chimenea; la pobre niña estaba vestida de harapos; tenia los pies desnudos metidos en zuecos, y á la luz del fuego se entretenia en hacer medias de lana destinadas á las niñas de Thenardier. Debajo de las sillas jugaba un gato pequeño. En la pieza inmediata oíanse dos voces frescas é infantiles que reian y charlaban: eran las de Eponina y Azelma. En un rincon de la chimenea habia unas disciplinas colgadas de un clavo.

De vez en cuando, entre el ruido de la taberna, oase hácia el interior de la casa el grito de un niño de muy tierna edad. Era una criatura que la mujer de Thenardier habia tenido en uno de los inviernos anteriores, —«sin saber por qué, segun decia ella; por efecto del frio,»—y que tendria unos tres años. La madre le habia criado, pero no le queria. Cuando el clamor encarnizado del chiquillo se volvia demasiado importuno, decia Thenardier á la madre:—Tu hijo llora, vé á ver lo que quiere.—¡Bah! respondia ella, me fastidia.—Y el pobre abandonado continuaba llorando en la oscuridad.

Digitized by Google

II.

DOS RETRATOS COMPLETOS.

En este libro no se ha visto aun á los Thenardier mas que de perfil; ha llegado el momento de dar la vuelta alrededor de este matrimonio, y mirarle por todas sus faces.

Thenardier acababa de cumplir los cincuenta años; su esposa frisaba en los cuarenta, que son los cincuenta de la mujer; de modo que entre la mujer y el marido se hallaba equilibrada la edad.

Los lectores han conservado tal vez, desde su primera aparicion, algun recuerdo de la mujer de Thenardier, alta, rubia, colorada, gruesa, membruda, cuadrada, enorme y ágil; ya hemos dicho que procedia de la raza de esas salvajes colosales, que en las ferias levantan del suelo grandes piedras con los cabellos. Ella lo hacia todo en la casa: las camas, los cuartos, la colada, la cocina, la lluvia, el buen tiempo, el diablo. Por única criada tenia á Cosette, un ratoncillo al servicio de un elefante. Todo temblaba al sonido de su voz, los vidrios, los muebles y la gente. Su ancho rostro, acribillado de pecas rojas parecia una espumadera. Tenia barbas. Era el ideal de un maton del mercado, vestido de mujer. Juraba como un carretero, y se jactaba de partir una nuez de un puñetazo. A no ser por las novelas que habia leido, y que de cuando en

Digitized by Google

cuando producian el efecto estravagante de presentar á aquella giganta bajo el aspecto de una niña melindrosa, jamás hubiese ocurrido á nadie la idea de decir de ella: es unà mujer. Era el producto del ingerto de una señorita en una rabanera. Cuando se la oia hablar se decia: es un gendarme; cuando se la veia beber, se decia: es un carretero; cuando se la veia pegar á Cosette, se decia: es el verdugo. Cuando dormia, de la boca le salia un diente.

Thenardier era un hombre pequeño, delgado, pálido, anguloso, huesudo, endeble, que parecia enfermizo, y se conservaba muy bien; aquí empezaba su trapacería. Se sonreia con precaucion habitualmente, y era casi atento con todo el mundo, hasta con el mendigo á quien le negaba una limosna. Tenia la mirada de una zorra, y el aspecto de un letrado. Se parecia mucho á los retratos del abate Delille. Su coquetería consistia en beber con los tragineros; y nadie habia podido enborracharle nunca. Fumaba en una pipa muy grande; llevaba una blusa, y debajo un frac negro muy viejo; tenia pretensiones de literato y de materialista. Pronunciaba con frecuencia ciertos nombres para apoyar todo lo que decia, como Voltaire, Raynal, Porny, y cosa estraña, San Agustin. Afirmaba tener «sistema.» Por lo demás, era un estafador, pero estafador por principios y reglas científicas, matiz que existe. Se recordará que pretendia haber servido; contaba con algun lujo que en Waterlóo, siendo sargento en un 6.° ó en un 9.° de ligeros cualquiera, solo contra un escuadron de húsares de la Muerte, habia cubierto con su cuerpo y salvado al través de la metralla, «á un general peligrosamente herido.» De ahí provenian para el dintel de su puerta la flamante muestra, y para su bodegon en el pais el nombre de «Taberna del sargento de Waterlóo.» Era liberal, clásico y bonapartista. Se habia suscrito para el campo de Asilo; y en la aldea se decia que habia estudiado para cura.

Nosotros creemos que habia estudiado simplemente en Holanda para ser posadero. Este tunante del órden compuesto, era, segun las probabilidades, algun flamenco de Lila en Flandes, francés en París, belga en Bruselas, teniendo un pie en cada una de las dos fronteras. Ya hemos dicho en qué habia consistido su hazaña de Waterlóo, y se convendrá en que la exageraba un poco. El flujo y el reflujo, las peripecias, las aventuras, eran el elemento de su existencia; una conciencia rasgada produce siempre una vida descosida; y probablemente en la borrascosa

Digitized by Google

época del 18 de junio de 1815 pertenecia Thenardier á esa variedad de cantineros merodeadores de que hemos hablado, que corrian los caminos, vendiendo á estos, robando á aquellos, y rodando en familia, el hombre, la mujer y los chicos, en algun carreton cojo, detrás de las tropas en marcha, con el instinto de agregarse siempre al ejército vencedor. Concluida la campaña, y teniendo, como decia, *cum quibus*, habia abierto un bodegon en Montfermeil.

Este *quibus*, compuesto de los bolsillos y de los relojes, de las sortijas de oro y de las cruces de plata, cosechados en el tiempo de la vendimia en los surcos llenos de cadáveres, no formaba un total muy elevado, y no habia hecho adelantar mucho al vivandero convertido en bodegonero.

Thenardier tenia en el gesto un no sé qué rectilíneo, que cuando juraba recordaba el cuartel, y cuando hacia la señal de la cruz recordaba el seminario. Charlaba mucho, y se creia un sabio. Sin embargo, el maestro de escuela habia observado que cometia errores gramaticales. Formaba la cuenta del gasto de los viajeros con superioridad; pero los ojos ejercitados hallaban algunas veces en ella faltas de ortografía. Era taimado, gloton, perezoso y hábil. No desdeñaba á sus criadas, por lo cual su mujer no las tenia. Esta giganta era celosa. Le parecia que aquel hombrecillo delgado y amarillento debia ser objeto de la codicia universal.

Además de todo esto, Thenardier, hombre de astucia y de equilibrio, era un bribon del género templado. Esta especie es la peor, porque tiene mucho de hipócrita.

Esto no quiere decir que Thenardier no fuese en ocasiones capaz de encolerizarse tanto á lo menos como su mujer; pero esto era muy raro; y en aquellos momentos, como odiaba á todo el género humano, como tenia en sí una profunda dosis de odio, como era de los que se vengan perpétuamente, de los que atribuyen la culpa de cuanto cae sobre ellos á cuanto tienen delante de sí, y de los que están siempre prontos á arrojar sobre el primero que llega como legítimo agravio el total de las decepciones, bancarrotas y calamidades de su vida; y como toda esta levadura se sublevaba en él, y le hervia en la boca y en los ojos, en esos momentos, decimos, estaba espantoso. ¡Desgraciado del que entonces pasaba al alcance de su furor!

Digitized by Google

Además de todas sus cualidades, tenia Thenardier la de ser atento y penetrante, silencioso ó charlatan, segun la ocasion, y siempre con una inteligencia elevada. Tenia algo de la mirada de los marinos acostumbrados á guiñar los ojos en los anteojos de larga vista. Thenardier era un hombre de Estado.

Cualquiera recienvenido que entraba en el bodegon decia al ver á la mujer de Thenardier: esa es el amo de la casa. Error. No era ni aun el ama: el amo y el ama era el marido. Ella hacia, él creaba. Dirigia todo por una especie de accion magnética invisible y contínua. Una palabra le bastaba, algunas veces una señal; y el mastodonte obedecia. Thenardier era para su mujer, sin que ella pudiera esplicarse la causa, una especie de ser particular y soberano. Tenia las virtudes de su modo de ser; en la vida hubiese ella disentido en un detalle «del señor Thenardier,» hipótesis, por lo demás, inadmisible, ni hubiese quitado la razon á su marido públicamente en ninguna cosa del mundo. Jamás habria cometido «delante de estraños» esa falta que con tanta frecuencia cometen las mujeres, y que en lenguaje parlamentario se llama: dejar en descubierto á la corona. Aunque su conformidad y mutuo acuerdo no tuviese por resultado sino el mal, habia cierta contemplacion en la sumision de la Thenardier á su marido. Esta montaña de ruido y de carne se movia bajo el dedo meñique de aquel frágil déspota. Visto este matrimonio por su lado mezquino y grosero, se verificaba en él el gran fenómeno universal de la adoracion de la materia por el espíritu; porque ciertas fealdades tienen su razon de ser en las profundidades mismas de la belleza eterna. En Thenardier habia algo de lo desconocido; de aquí el imperio absoluto de este hombre sobre su mujer. En ciertos momentos le veia esta como una luz encendida; en otros lo sentia como la garra de una fiera.

Esta mujer era una criatura formidable que no amaba mas que á sus hijas, y no temia mas que á su marido. Era madre, porque era mamífera. Por lo demás, su maternidad no pasaba de sus hijas, y como se verá mas adelante, no se estendia á los varones. Él, el hombre, no tenia mas que un pensamiento: enriquecerse.

Y no lo conseguia. A su gran talento le faltaba un teatro digno. Thenardier se arruinaba en Montfermeil, si es posible arruinarse á cero; y sin embargo, este perdido hubiera llegado á ser millonario en Suiza

Digitized by Google

ó en los Pirineos; mas el posadero tiene que vivir allí donde la suerte le pone.

Entiéndase que la palabra posadero se emplea aquí en sentido limitado, y que no se refiere á la clase entera.

En el mismo año de 1823, Thenardier se hallaba empeñado en unos mil quinientos francos, de deudas de pago urgente, lo cual le ponia en cúidado.

Cualquiera que fuese para con él la injusticia tenaz del destino, era uno de los hombres que mejor comprendian, con mas profundidad y del modo mas moderno, esa cosa que es una virtud en los pueblos bárbaros, y una mercancía en los pueblos civilzados: la hospitalidad. Por lo demás, era un gran cazador furtivo, y en todas partes se le citaba por su acertada puntería. Tenia cierta risa fria y pacífica, que era particularmente peligrosa.

Algunas veces brotaban de él á modo de relámpagos sus teorías de mesonero. Tenia aforismos profesionales que procuraba imbuir en el ánimo de su mujer. El deber del mesonero, le decia un dia violentamente y en voz baja, es vender al primero que viene, guisado, reposo, luz, fuego, sábanas sucias, criada, pulgas y sonrisas; detener á los caminantes, vaciar los bolsillos pequeños, y aligerar honradamente los grandes, acoger con respeto á las familias que viajan, estafar al hombre, desplumar á la mujer, desollar al niño, poner en la cuenta la ventana abierta, la ventana cerrada, el rincon de la chimenea, el sillon, la silla, el taburete, el escabel, el lecho de plumas, el colchon y el haz de paja; saber cuánto se usa el espejo con la sombra del que se mira en él, y reducirlo á tarifa, y con quinientos mil diablos, hacer que el viajero lo pague todo, hasta las moscas que su perro se come.

Este hombre y esta mujer eran la astucia y la rabia casadas; pareja repugnante y terrible.

Mientras el marido reflexionaba y combinaba, la mujer no pensaba en los acreedores ausentes, ni se inquietaba por lo pasado ni por lo porvenir, viviendo sola y esclusivamente para el presente.

Tales eran estos dos séres. Cosette se hallaba entre ellos sufriendo su doble presion como una criatura que se viese á la vez triturada por una piedra de molino, y hecha trizas por unas tenazas. El hombre y la

Digitized by Google

mujer tenian cada uno su modo diferente de martirizar. Si Cosette se veia molida á golpes, era cosa de la mujer; si iba descalza en el invierno, era cosa del marido.

Cosette subia, bajaba, lavaba, cepillaba, frotaba, barria, caminaba, sudaba, cargaba con las cosas mas pesadas; y enferma, y débil, se ocupaba en los trabajos mas duros. No habia piedad para ella; tenia una ama feroz, y un amo venenoso. El bodegon de Thenardier era como una tela de araña donde Cosette estaba cogida, y temblaba. El ideal de la opresion se veia realizado en esta domesticidad siniestra. Era una cosa parecida á la mosca sirviendo á las arañas.

La pobre niña sufria y callaba.

¿Qué pasa en las almas de esos séres que acaban de dejar el seno de Dios cuando se encuentran así desde que nacen pequeñas y desnudas entre los hombres?

Digitized by Google

III.

VINO A LOS HOMBRES Y AGUA A LOS CABALLOS.

Habian llegado cuatro nuevos viajeros.

Cosette pensaba tristemente; porque aun cuando no tenia mas que ocho años, habia padecido ya tanto, que pensaba con el aire lúgubre de una mujer de edad.

Tenia un párpado negro de un puñetazo que le habia dado la Thenardier, por lo cual de vez en cuando decia esta: ¡Qué fea está con su cardenal en el ojo!

Cosette pensaba, pues, que estaba oscuro, muy oscuro, que habia sido preciso llenar de pronto los jarros y las botellas en los cuartos de los viajeros recien llegados, y que no habia ya agua en la fuente.

Lo que la tranquilizaba un poco era que en la casa de Thenardier no se bebia mucha agua. No faltaban personas que tenian sed, pero era de esa sed que se aplaca mas con el vino que con el agua. El que hubiese pedido un vaso de agua entre los del vino, habria sido mirado como un salvaje por aquellos hombres. Hubo, sin embargo, un momento en que la pobre niña tembló; la mujer de Thenardier levantó la tapadera de una cacerola que hervia al fuego, despues tomó un vaso y se acercó

Digitized by Google

con presteza á la fuente. Dió vuelta al grifo; la niña tenia levantada la cabeza, y seguia todos sus movimientos. Solo salió un delgado chorro de agua, que llenó el vaso hasta la mitad.—¡Calle, dijo, ya no hay agua! Despues hubo momento de silencio. La niña no respiraba.

—¡Bah! continuó la Thenardier examinando el vaso lleno solamente hasta la mitad; bastante habrá con esto.

Cosette volvió á su trabajo; pero durante un cuarto de hora, el corazon le latia hasta querer saltársele del pecho.

Contaba los minutos que pasaban asi, y solo deseaba que llegase el dia siguiente.

De vez en cuando uno de los bebedores miraba hácia la calle, y esclamaba: —¡Está oscuro como boca de lobo! —ó—¡solo los gatos irian por la calle sin luz á estas horas! — Y Cosette se estremecia.

De pronto, uno de los mercaderes ambulantes hospedados en el bodegon, entró y dijo con voz dura:

—A mi caballo no le han dado de beber.

—Sí por cierto, dijo la mujer de Thenardier.

—Os digo que no, buena mujer, contestó el mercader.

Cosette habia salido de debajo de la mesa.

—¡Oh! sí, señor; dijo; el caballo ha bebido, y ha bebido en el cubo que estaba lleno; yo misma le he dado de beber, y le he hablado.

Esto no era cierto. Cosette mentia.

—Vaya una muchacha que no levanta tanto como el codo, y que echa unas mentiras como una casa, dijo el mercader. Te digo que no ha bebido, tunantuela. Cuando no bebe, tiene un modo de resoplar que conozco perfectamente.

Cosette insistió, añadiendo con una voz enronquecida por la angustia, y que apenas se oia:

—¡Vaya si ha bebido! ¡y muy bien!

—Bueno, bueno, replicó el mercader colérico; que den de beber á mi caballo y concluyamos.

Cosette volvió á meterse debajo de la mesa.

—Tiene razon, dijo la Thenardier; si el animal no ha bebido, es preciso que beba.

Despues mirando á su alrededor.

Digitized by Google

—Y bien, ¿dónde está esa?

Inclinóse, y vió á Cosette acurrucada al otro estremo de la mesa, casi bajo los pies de los bebedores.

—¡Quieres venir! gritó la Thenardier.

Cosette salió de la especie de agujero en que se hallaba metida. La Thenardier continuó:

—Señorita lechuza, vaya á dar de beber á ese caballo.

—Pero señora, dijo Cosette débilmente, si no hay agua.

La Thenardier abrió de par en par la puerta de la calle:

—Pues bien, ve á buscarla.

Cosette bajó la cabeza, y fué á tomar un cubo vacío que habia en el rincon de la chimenea.

El cubo era mayor que ella, y la niña habria podido sentarse dentro, y aun estar cómoda.

La Thenardier volvió á sus hornillas, y probó con una cuchara de palo el contenido de la cacerola, gruñendo al mismo tiempo:

—En la fuente la hay: buen remedio. Creo que habria valido mas arreglar las cebollas.

Despues púsose á buscar en un cajon donde habia unos cuartos, pimienta y ascalonia.

—Mira tú, sapo, añadió; á la vuelta comprarás un pan al panadero. Ahí tienes una moneda de quince sueldos.

Cosette tenia un bolsillo en uno de los lados de su delantal; tomó la moneda sin decir palabra, y la guardó en aquel bolsillo.

Despues permaneció inmóvil, con el cubo en la mano, y delante de la puerta, abierta de par en par. Parecia esperar que fuesen á socorrerla.

—¡No oyes que vayas! gritó la Thenardier.

Cosette salió. La puerta volvió á cerrarse.

Digitized by Google

IV.

ENTRADA DE UNA MUÑECA EN ESCENA.

Se recordará que la hilera de tiendas al aire libre que empezaba en la iglesia, llegaba hasta el bodegon de Thenardier. Estas tiendas, cuyos dueños esperaban el paso de mucha gente que debia ir á la misa del gallo, estaban alumbradas por velas de sebo que ardian en cucuruchos de papel, lo cual, como decia el maestro de escuela de Montfermeil, sentado en aquel momento junto á una mesa en casa de Thenardier, «producia un efecto mágico.» En cambio no se veia una estrella en el cielo.

La última de estas barracas, situada precisamente frente á la puerta de los Thenardier, era una tienda de juguetes toda relumbrante de oropeles, de abalorios y de magníficas cosas de hoja de lata. En primera línea, y delante de todo, habia puesto el tendero, sobre un fondo de servilletas blancas, una inmensa muñeca de cerca de dos pies de altura, vestida con un traje de crespon color de rosa, adornada de espigas de oro en la cabeza, y con pelo verdadero y ojos de esmalte. Esta maravilla habia sido durante todo el dia objeto de admiracion para los mirones de menos de diez años, sin que se hubiese hallado en Montfermeil una madre bastante rica ó bastante pródiga para comprársela á su hija.

Digitized by Google

Eponina y Azelma habian pasado horas enteras contemplándola, y hasta la misma Cosette, aunque es cierto que furtivamente, se habia atrevido á mirarla.

En el momento en que Cosette salió, con su cubo en la mano, por sombría y abrumada que estuviera, no pudo menos de alzar la vista hácia la prodigiosa muñeca, hácia *la señora*, como la llamaba. La pobre niña se quedó petrificada. No habia visto aun tan de cerca como entonces la muñeca. Toda la tienda le parecia un palacio; la muñeca no era una muñeca, era una vision. Era la alegría, el esplendor, la riqueza, la dicha, que aparecian con una especie de brillo quimérico ante aquel pequeño ser, relegado tan profundamente á una miseria fúnebre y fria. Cosette medía, con esa sagacidad candorosa y triste de la infancia, él abismo que la separaba de la muñeca. Se decia, que era preciso ser reina, ó á lo menos princesa, para tener una «cosa» asi. Consideraba el bello vestido color de rosa, los magníficos cabellos alisados, y decia para sí: ¡Qué feliz debe de ser esa muñeca! Sus ojos no podian separarse de aquella tienda fantástica; cuanto mas miraba, mas se deslumbraba; creia estar viendo el paraiso. Detrás de la muñeca grande habia otras que le parecian hadas y genios; y el tendero, que se paseaba por el interior de su barraca, le producia en cierto modo el efecto de un Padre Eterno.

En esta adoracion lo olvidó todo, hasta la comision que la habian encargado. De pronto la bronca voz de la Thenardier la hizo volver en sí.

—¡Cómo! bribonzuela; ¡no te has ido todavía! ¡Espera! ¡Allá voy yo! ¡Ya te compondré! ¿Qué tienes tú que hacer ahí?

La Thenardier habia echado una mirada hácia la calle, y habia visto á Cosette en éxtasis.

Cosette echó á correr con su cubo con toda la velocidad que podia.

Digitized by Google

V.

LA NIÑA ENTERAMENTE SOLA.

Como el bodegon de Thenardier se hallaba en la parte de la aldea que está cerca de la iglesia, tenia que ir Cosette por el agua á la fuente del bosque que estaba por el lado de Chelles.

Ya no miró una sola tienda de juguetes. Mientras estuvo en la callejuela del Boulanger, y por los alrededores de la iglesia, las luces del las tiendas alumbraban el camino; pero pronto desapareció la última luz de la última barraca, y la pobre niña se halló en la oscuridad mas completa. Penetró en ella; pero como se iba apoderando de su ánimo cierta emocion, al mismo tiempo que andaba agitaba todo lo que podia el asa del cubo, y este ruido le servia de compañía.

Cuanto mas andaba, mas espesas se volvian la tinieblas. No habia un alma por las calles. Sin embargo, encontró á una mujer, que se volvió al verla pasar, y que permaneció inmóvil murmurando entre sí:—¿A dónde irá esa niña? ¿Es algun duende?—Despues conoció á Cosette. —¡Calle! dijo, ¡si es la Alondra!

Asi pasó Cosette el laberinto de calles tortuosas y desiertas, en que termina por la parte de Chelles la aldea de Montfermeil. Mientras vió

Digitized by Google

casas y aun paredes por los dos lados del camino, fué bastante animada. De vez en cuando veia luces al través de las rendijas de una ventana: eran la luz y la vida, allí habia gente, y esto la tranquilizaba. Sin embargo, á medida que avanzaba, iba aminorando el paso maquinalmente. Cuando hubo pasado la esquina de la última casa, se detuvo. Ir mas allá de la última tienda habia sido difícil; pero pasar mas allá de la última casa, era imposible. Dejó el cubo en tierra, llevóse la mano al pelo, y púsose á rascarse la cabeza lentamente, gesto propio de los niños aterrados é indecisos. No era ya Montfermeil el que tenia delante, era el campo, el espacio oscuro y desierto. Miró con desesperacion aquella oscuridad, donde ya no habia nadie, donde no habia mas que animales, donde habia tal vez aparecidos. Miró bien; oyó los animales que pacian la yerba, y vió distintamente las almas en pena que se movian entre los árboles. Entonces volvió á coger el cubo; el miedo le dió la audacia.—¡Bah! dijo, le diré que ya no habia agua!—Y se volvió resueltamente á Montfermeil.

Apenas hubo andado cien pasos cuando se detuvo, y volvió á rascarse la cabeza. A la sazon era la Thenardier la que se le aparecia; la repugnante Thenardier con su boca de hiena y sus ojos echando chispas de cólera. La niña arrojó una mirada lastimera hácia adelante y hácia atrás. ¿Qué haria? ¿A dónde iria? Tenia delante el espectro de la Thenardier; detrás, todos los fantasmas de la noche y de los bosques: retrocedió ante la Thenardier. Volvió á tomar el camino de la fuente y echó á correr. Salió de la aldea corriendo, entró en el bosque corriendo, sin mirar ni escuchar nada. No detuvo su carrera hasta que le faltó la respiracion, aunque no por eso interrumpió su marcha. Marchaba hácia adelante como desvanecida.

Al mismo tiempo que corria, tenia gana de llorar. El estremecimiento nocturno de la selva la rodeaba enteramente.

Ya no pensaba, ya no veia. La inmensa oscuridad de la noche hacia frente á aquel ser tan pequeño; de un lado estaban las tinieblas todas; del otro un átomo.

De la orilla del bosque á la fuente solo habia siete ú ocho minutos. Cosette conocia el camino por haberle andado de dia muchas veces. Cosa estraña, no se perdió: un resto de instinto la conducia vagamente. Sin embargo, no dirigia la vista ni á la derecha, ni á la izquierda,

Digitized by Google

por temor de ver cosas horribles en las ramas y entre la maleza. Asi llegó á la fuente.

Era un estrecho pozo natural abierto por el agua en un suelo arcilloso, de una profundidad de cerca de dos pies, rodeado de musgo y de esa yerba llamada gorgueras de Enrique IV, y empedrado groseramente. Partia de allí un arroyuelo, haciendo un ruido suave y tranquilo.

Cosette no se tomó tiempo ni aun para respirar. Estaba muy oscuro, pero ella tenia costumbre de ir á aquella fuente. Buscó en la oscuridad con la mano izquierda una encina jóven inclinada hácia el manantial, que ordinariamente le servia de punto de apoyo, encontró una rama, se agarró á ella, inclinóse y metió el cubo en el agua. Estaba en una situacion de ánimo tan violenta, que se habian triplicado sus fuerzas. Mientras se hallaba inclinada asi, no paró la atencion en que el bolsillo de su delantal se vaciaba en la fuente. La moneda de quince sueldos cayó al agua. Cosette no la vió ni la oyó caer. Sacó el cubo casi lleno, y lo puso sobre la yerba.

Hecho esto, se encontró abrumada de cansancio. Bien hubiera querido volver á casa en seguida; pero el esfuerzo que hizo para llenar el cubo habia sido tal, que le fue imposible dar un paso. Vióse, pues, obligada á sentarse. Se dejó caer en la yerba, y allí se acurrucó.

Cerró los ojos, despues los volvió á abrir, sin saber por qué, pero no podia obrar de otro modo. A su lado tenia el cubo, cuya agua agitada formaba círculos que se parecian á serpientes de fuego blanco.

Encima de su cabeza aparecia el cielo cubierto de vastas nubes negras formando como masas de humo. La trágica máscara de la sombra parecia inclinarse vagamente sobre esta niña.

El planeta Júpiter llegaba á su ocaso en la profundidad del horizonte.

La niña miraba con la vista estraviada aquel gran planeta que no conocia, y que le daba miedo. Júpiter, en efecto, se hallaba en aquel momento muy cerca del estremo del horizonte, y atravesaba una espesa capa de bruma que le daba un tinte rojizo horrible. La bruma, lúgubremente teñida de púrpura, dilataba el astro, dándole el aspecto de una herida luminosa.

Un viento frio venia de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin

Digitized by Google

LA ALONDRA.

Digitized by Google

Digitized by Google

ninguno de esos estremecimientos agradables de las hojas, sin uno siquiera de esos vagos y frescos resplandores del verano. A uno y otro lado se levantaban grandes ramajes. Entre los claros silbaba el viento en los matorrales miserables y deformes. La yerba alta hormigueaba á impulsos del viento frio, y se movia como un gran monton de culebras. Las zarzas se torcian como brazos enormes armados de garras buscando una presa. Algunas hojas y yerbas secas impelidas por el viento, pasaban rápidamente, y parecian huir con espanto de algo que las persiguiese. Por todas partes reinaba la lobreguez.

La oscuridad es vertiginosa: el hombre necesita claridad; el que se interna en las tinieblas se siente con el corazon oprimido. Cuando la mirada ve oscuro, el espíritu ve turbio. En el eclipse, en la noche, en la opacidad fuliginosa, hay ansiedad hasta para los mas fuertes. Nadie anda solo de noche por la selva sin una especie de temblor. Sombras y árboles son dos espesuras temibles. En la profundidad indistinta aparece una realidad quimérica. A algunos pasos de nosotros se bosqueja lo inconcebible con una claridad espectral. Se ve flotar en el espacio, ó en nuestro propio cerebro, algo de vago é impalpable, como los sueños de flores dormidas. En el horizonte hay actitudes feroces. Se aspiran los efluvios del gran vacío tenebroso. Se tiene miedo y deseo de mirar hácia atrás. Contra las cavidades de la noche, contra los objetos todos que se hacen pavorosos, contra perfiles taciturnos que se disipan cuando se avanza, contra las imágenes oscuras y erizadas, contra los espectros irritados y lívidos, contra lo lúgubre reflejado sobre lo fúnebre, contra la inmensidad sepulcral del silencio, contra los seres desconocidos y posibles, la inclinacion misteriosa de las ramas, la espantosa torcedura de algunos árboles, y el estremecimiento de ciertos cuadros de yerba, no hay defensa posible, ni audacia que no se convierta en terror, y que no presienta la proximidad de la angustia. Se esperimenta una cosa horrible, como si el alma se amalgamase con la sombra. Esta penetracion de las tinieblas es inesplicablemente siniestra en una criatura.

Las selvas son apocalipsis; y el batir de las alas de un alma niña, hace un ruido de agonía bajo su bóveda monstruosa.

Cosette, sin esplicarse lo que le pasaba, sentia que se apoderaba de ella esa enormidad oscura de la naturaleza. No era ya solo terror lo que

Digitized by Google

esperimentaba; era algo mas terrible que el terror mismo. La pobre niña se estremecia. Faltan espresiones para decir lo que tenia de estraño ese estremecimiento que la helaba hasta el fondo del corazon. Su mirada se estraviaba. Creia sentir que tal vez no podria menos de volver allí á la noche siguiente á la misma hora.

Entonces, por una especie de instinto, para salir de aquel singular estado que no comprendia, pero que la asustaba, se puso á contar en voz alta una, dos, tres, cuatro, hasta diez, y cuando hubo concluido, volvió á empezar. Esto le devolvió la percepcion verdadera de las cosas que la rodeaban. Sintió frio en las manos, que se le habian mojado al sacar el agua, y se levantó. El miedo se apoderó de ella otra vez, un miedo natural é insuperable. No tuvo mas que un pensamiento, huir; huir á todo escape por medio del bosque, por medio del campo, hasta las casas, hasta las ventanas, hasta las luces encendidas. Su mirada se fijó en el cubo que tenia delante. Tal era el terror que le inspiraba la Thenardier, que no se atrevió á huir sin el cubo de agua. Cogió el asa con las dos manos, y le costó trabajo levantarlo.

Asi anduvo unos doce pasos, pero el cubo estaba lleno, pesaba mucho, y tuvo que dejarlo en tierra. Respiró un instante, despues volvió á coger el asa, y echó á andar: esta vez anduvo un poco mas. Pero se vió obligada á detenerse todavía. Despues de algunos segundos de reposo, continuó su camino. Andaba inclinada hácia adelante, y con la cabeza baja como una vieja; el peso del cubo le ponia sus delgados brazos tiesos y tirantes. El asa de hierro acababa de entorpecer y helar sus manitas mojadas; de cuando en cuando se veia obligada á detenerse, y cada vez que se detenia, el agua fria que se salia del cubo caia sobre sus piernas desnudas. Esto pasaba en el fondo de un bosque, de noche, en invierno, lejos de toda humana mirada, á una niña de ocho años; en aquel momento solo Dios veia esta escena tan triste.

¡Ay! ¡y sin duda su madre tambien!

Porque hay cosas que hacen abrir los ojos á los muertos en su tumba.

Respiraba con dolorosa dificultad; los sollozos le oprimian la garganta, pero no se atrevia á llorar, tanto era el miedo que tenia á la Thenardier, aun de lejos. Se le figuraba siempre que la Thenardier estaba allí.

Digitized by Google

Sin embargo, no podia andar mucho camino de esta suerte, é iba con bastante lentitud. Queria acortar la duracion de las paradas andando entre cada una el mayor tiempo posible. Pensaba con angustia que necesitaria mas de una hora para volver á Montfermeil, y que la Thenardier la pegaria. Esta angustia iba unida al miedo de verse sola de noche en el bosque. Estaba abrumada de fatiga, y no habia salido aun de la selva. Al llegar cerca de un viejo castaño que conocia, hizo una parada mayor que las otras para descansar bien; despues reunió todas sus fuerzas, volvió á coger el cubo, y echó á andar valerosamente. Sin embargo, el pobre ser desesperado no pudo menos de esclamar: ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!

En este momento sintió de pronto que el cubo no pesaba ya nada. Una mano, que le pareció enorme, acababa de coger el asa y lo levantaba vigorosamente. Cosette alzó la cabeza y vió una gran forma negra, derecha y alta, que caminaba á su lado en la oscuridad. Era un hombre que habia llegado detrás de ella, sin haber sido visto.

El hombre, sin decir una palabra, habia cogido el asa del cubo que llevaba Cosette.

Hay instintos para todos los accidentes de la vida.

La niña no tuvo miedo.

Digitized by Google

VI.

CAPÍTULO QUE PRUEBA TAL VEZ LA INTELIGENCIA DE BOULATRUELLE.

En la tarde del mismo dia de Navidad de 1823, estuvo paseando un hombre durante mucho tiempo por la parte mas desierta del boulevard del Hospital de París. Parecia que buscaba habitacion, y se detenia con preferencia en las casas mas modestas de la deteriorada orilla del arrabal de San Marcelo.

Despues se verá que habia alquilado en efecto un cuarto en este barrio aislado.

Este hombre, asi en sus vestidos como en toda su persona, realizaba el tipo de lo que se podria llamar un mendigo de buena sociedad, es decir, la estrema miseria combinada con la estrema limpieza. Es una mezcla bastante rara que inspira á los corazones inteligentes ese doble respeto que se siente hácia el que es muy pobre, y hácia el que es muy digno. Llevaba un sombrero redondo muy viejo y muy cepillado; una levita raida hasta el hilo, de paño grueso color de ocre, color que en aquella época no tenia nada de estravagante; un chaleco con bolsillos de forma secular; calzon negro, vuelto gris por las rodillas; medias de lana negra, y zapatos gordos con hebillas de cobre. Se hubiese dicho que era un preceptor antiguo de buena casa, recien llegado de la emi-

Digitized by Google

gracion. A juzgar por sus cabellos blancos, su frente llena de arrugas, sus labios lívidos, su rostro, en el cual todo respiraba el abrumamiento y el cansancio de la vida, se le habrian supuesto mucho mas de sesenta años; pero en atencion á su modo de andar, firme, aunque lento, y al vigor singular que imprimia á todos sus movimientos, se le habrian dado apenas cincuenta. Las arrugas de su frente estaban bien colocadas, y habrian prevenido en su favor á cualquiera que le hubiese observado con atencion. Sus labios se contraian con un pliegue estraño, que parecia severo, y era humilde. En el fondo de su mirada tenia una especie de lúgubre serenidad. Llevaba en la mano izquierda un paquetito envuelto en un pañuelo, y con la derecha se apoyaba en una especie de baston cortado de un seto. Este baston habia sido labrado con algun cuidado, y no tenia mal aspecto; el artífice habia sacado partido de los nudos, y le habia formado un pomo de coral con cera encarnada; era un palo, y parecia un baston.

Poca gente pasea por este boulevard, sobre todo en el invierno; pero aquel hombre, aunque sin afectacion, parecia que en vez de buscarla, huia de ella.

En la época de que vamos hablando, el rey Luis XVIII iba todos los dias á Choisy-le-Roy, que era uno de sus paseos favoritos. Casi invariablemente, á eso de las dos, se veian el carruaje y la escolta real pasar por el boulevard del Hospital á todo escape.

Esto servia de reloj á los pobres del barrio, que decian: Ya son las dos, pues que vuelve á las Tullerías.

Y unos corrian, y otros se ponian en fila á esperarle: porque un rey que pasa causa siempre tumulto. Por lo demás, la aparicion y la desaparicion de Luis XVIII producian cierto efecto en las calles de París. La escena era rápida, pero magestuosa. Aquel rey impotente gustaba mucho de ir á galope; no pudiendo andar, queria correr; no pudiendo usar de sus piernas, de buena gana habria hecho, á ser posible, que los relámpagos tirasen de su carruaje. Pasaba pacífico y severo, en medio de los sables desenvainados. Su maciza berlina, toda dorada, con gruesas ramas de lirio pintadas en los costados, rodaba estrepitosamente, y apenas habia tiempo para dirigir una mirada al interior. En el ángulo del testero á la derecha, sobre almohadones de raso blanco, veíanse una cara ancha, firme y colorada; una frente recien empolvada á lo pájaro

Digitized by Google

real; una mirada fiera, dura y fria; una sonrisa de letrado; dos charreteras gruesas de canalones torcidos y flotantes sobre un frac de paisano; el toison de oro, la cruz de San Luis, la cruz de la Legion de Honor, la medalla de plata del Espíritu Santo; un vientre muy abultado, y un grueso cordon azul; era el rey. Fuera de París llevaba su sombrero con plumas blancas, descansando sobre las rodillas envueltas en altas polainas inglesas; cuando regresaba á la ciudad, poníase el sombrero en la cabeza, saludando poco, y mirando friamente al pueblo, que le pagaba en la misma moneda. Cuando apareció por primera vez en el barrio de San Marcelo, todo su triunfo fue esta frase de un vecino del arrabal á su compañero: «Ese gordo que va ahí es el gobierno.»

El paso infalible del rey á la misma hora, era pues, el acontecimiento cuotidiano del boulevard del Hospital.

El paseante de la levita amarilla no era evidentemente del barrio, ni tampoco de París, porque ignoraba estos pormenores; y asi cuando el carruaje real, rodeado de un escuadron de guardias de corps galoneados de plata, desembocó por el boulevard despues de haber doblado la esquina de la Salpetriere, nuestro hombre pareció sorprendido y casi aterrado. Estaba solo en la calle de árboles, y se ocultó con viveza tras de la esquina de una pared, lo que no impidió que le viese el duque de Havré. Este, como capitan de la guardia de servicio aquel dia, iba sentado en el carruaje frente á frente del rey. Dijo, pues, á Su Magestad: ese hombre tiene muy malas trazas. Los agentes de policía que vigilaban la carrera por donde debia pasar el rey, tambien lo observaron, y uno de ellos recibió órden de seguirle. Pero el hombre se internó en las callejuelas solitarias del arrabal; y como el dia empezaba á declinar, el agente perdió sus huellas, segun consta de un parte dirigido aquella misma noche al conde Anglés, ministro de la real casa, y prefecto de policía.

Cuando el hombre de la levita amarilla hubo hecho perder la pista al agente, dobló el paso, no sin haberse vuelto muchas veces para asegurarse de que no era seguido. A las cuatro y cuarto, es decir, de noche ya, pasaba por delante del teatro de la Puerta de San Martin, donde se representaba aquel dia el drama *Los dos presidiarios*. El cartel, alumbrado por los reverberos del teatro, le llamó la atencion indudablemente, porque aun cuando iba de prisa, se detuvo para leerlo. Un instante despues se hallaba en el callejon sin salida de la *Planchette*, y entró en

Digitized by Google

el *Plato de estaño*, donde estaba entonces la oficina del carruaje de Lagny. Este carruaje salia á las cuatro y media. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros, llamados por el mayoral, subian apresuradamente la escalera de hierro del cupé.

El hombre preguntó:

—¿Teneis un asiento?

—Uno solo, á mi lado, en el pescante, dijo el mayoral.

—Le tomo.

—Subid.

Sin embargo, antes de partir, echó el mayoral una mirada al equívoco traje del viajero, y á su pequeño paquete, é hizo que le pagase.

—¿Vais hasta Lagny? preguntó.

—Sí, dijo el hombre, y pagó hasta Lagny.

Partieron. Cuando hubieron pasado la barrera, el mayoral hizo por trabar conversacion; pero observando que el viajero solo respondia por monosílabos, tomó el partido de ponerse á silbar y á echar votos y ternos á sus caballos.

Despues se envolvió en su capa. Hacia frio: el hombre, sin embargo, parecia no sentir nada; y asi pasaron por Gournay y Neuilly-del-Marne.

A las seis de la noche estaban ya en Chelles. El mayoral se detuvo para dar descanso á los caballos, delante de la posada de Tragineros, establecida en los viejos edificios de la abadía real.

—Aquí me bajo, dijo el hombre.

Tomó su baston y su paquete, y saltó del carruaje.

Un instante despues habia desaparecido.

No habia entrado en la posada.

Cuando al cabo de algunos minutos el carruaje volvió á partir para Lagny, no le encontró en la calle mayor de Chelles.

El mayoral se volvió hácia los viajeros del interior:

—Ese hombre, les dijo, no es de aquí, porque no le conozco. Parece que no tiene un sueldo, y sin embargo, no le importa perder dinero; paga hasta Lagny, y solo viene hasta Chelles. Es de noche, todas las casas están cerradas, no entra en la posada, y no se le vuelve á ver ¿Se lo habrá tragado la tierra?

La tierra no se lo habia tragado; nuestro hombre habia apresurado

Digitized by Google

el paso en la oscuridad, por toda la calle mayor de Chelles, y despues habia tomado á la izquierda, antes de llegar á la iglesia, el camino vecinal que va á Montfermeil, como quien conoce el pais y ha estado ya en él.

Siguió este camino rápidamente. En el sitio donde le corta la antigua alameda que va de Gagny á Lagny, sintió que venia gente; ocultóse precipitadamente en un foso, y esperó á que se alejasen los que pasaban. La precaucion por otro lado, era casi supérflua, porque, como ya hemos dicho, era una noche de diciembre muy oscura, y apenas se veian dos ó tres estrellas en el cielo.

En este punto empieza la subida de la colina. El hombre no volvió á entrar en el camino de Montfermeil; tomó á la derecha, al través del campo, y se internó en el bosque precipitadamente.

Cuando estuvo en él, acortó el paso y se detuvo á mirar cuidadosamente todos los árboles, avanzando poco á poco, como si buscase algo, y siguiendo una direccion misteriosa, de él solo conocida. Hubo un momento en que pareció que se habia perdido, y se detuvo indeciso. Al fin llegó á tientas á un claro donde habia un monton de piedras grandes y blanquizcas. Dirigióse vivamente hácia estas piedras, y las examinó con atencion al través de la bruma de la noche, como si les fuera pasando revista. A algunos pasos de las piedras habia un árbol corpulento, cubierto de esas escrescencias que son las verrugas de la vegetacion. Llegóse á él, y puso la mano sobre la corteza del tronco, como si procurase reconocer y contar todas las verrugas.

Frente de este árbol, que era un fresno, habia un castaño, enfermo de una descortezadura, al cual se habia puesto por via de vendaje una tira de zinc clavada. Alzóse sobre las puntas de los pies, y tocó la tira de zinc.

Despues anduvo tentando en el suelo con los pies durante algun tiempo en el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, como quien se asegura de que la tierra no ha sido recientemente removida.

Hecho esto, se orientó, y volvió á emprender su marcha al través del bosque.

Este hombre era el que acababa de encontrar á Cosette.

Caminando por la espesura en direccion de Montfermeil, habia visto

Digitized by Google

aquella pequeña sombra que se movia dando gemidos, que ponia su carga en tierra, la volvia á coger, y continuaba andando. Acercóse, y vió que era una niña muy pequeña cargada con un enorme cubo de agua. Entonces se habia dirigido hácia la niña, y habia tomado silenciosamente el asa del cubo.

Digitized by Google

VII.

COSETTE EN LA OSCURIDAD AL LADO DEL DESCONOCIDO.

Ya lo hemos dicho, Cosette no habia tenido miedo.

El hombre le dirigió la palabra. Hablaba con una voz grave y casi baja.

—Hija mia, lo que llevas ahí es muy pesado para tí.

Cosette alzó la cabeza, y respondió:

—Sí señor.

—Dáme, continuó el hombre, yo lo llevaré.

Cosette soltó el cubo. El hombre echó á andar junto á ella.

—En efecto, es muy pesado, dijo entre dientes. Luego añadió:

—¿Qué edad tienes, pequeña?

—Ocho años, señor.

—¿Y vienes de muy lejos asi?

—De la fuente que está en el bosque.

—¿Y vas muy lejos?

—A un cuarto de hora largo de aquí.

El hombre permaneció un momento sin hablar; despues dijo bruscamente:

—¿No tienes madre?

Digitized by Google

—No lo sé, respondió la niña.

Y antes que el hombre hubiese tenido tiempo para tomar la palabra, añadió:

—No lo creo. Las otras sí; pero yo no la tengo.

Y despues de un instante de silencio, continuó:

—Creo que no la he tenido nunca.

El hombre se detuvo, dejó el cubo en tierra, inclinóse, y puso las dos manos sobre los hombros de la niña, haciendo un esfuerzo para mirarla, y ver su rostro en la oscuridad.

A la lívida luz del cielo se dibujaba vagamente la figura flaca y macilenta de Cosette.

—¿Cómo te llamas? dijo el hombre.

—Cosette.

El hombre sintió como un sacudimiento eléctrico. Volvió á mirarla, quitóle las manos de los hombros, cogió el cubo y echó á andar.

Al cabo de un instante preguntó:

—¿Dónde vives, niña?

—En Montfermeil, si sabeis.

—¿Es allí á donde vamos?

—Sí, señor.

Volvió á haber otra pausa, y luego continuó:

—¿Quién te ha enviado á esta hora á buscar agua al bosque?

—La señora Thenardier.

El hombre replicó con un tono que queria esforzarse por hacer indiferente, pero en el cual habia un temblor singular.

—¿Quién es esa señora Thenardier?

—Es mi ama, dijo la niña. Tiene una posada.

—¿Una posada? dijo el hombre. Pues bien, allá voy á parar esta noche. Llévame.

—Vamos allá, dijo la niña.

El hombre andaba bastante de prisa. La niña lo seguia sin trabajo; ya no sentia el cansancio; de vez en cuando alzaba los ojos hácia él con una especie de tranquilidad y de abandono inesplicables. Jamás la habian enseñado á dirigirse á la Providencia y orar; sin embargo, sentia en sí una cosa parecida á la esperanza y á la alegría, y que se dirigia hácia el cielo.

Digitized by Google

Pasaron algunos minutos. El hombre continuó:

—¿No hay criada en casa de esa señora Thenardier?

—No, señor.

—¿Eres tú sola?

—Sí, señor.

Volvió á haber otra interrupcion. Cosette levantó la voz.

—Es decir, hay dos niñas.

—¿Qué niñas?

—Ponina y Zelma.

La niña simplificaba de esta suerte los nombres novelescos, tan del gusto de la Thenardier.

—¿Quiénes son Ponina y Zelma?

—Son las señoritas de la señora Thenardier, como quien dice, sus hijas.

—¿Y qué hacen?

—¡Oh! dijo la niña, tienen muñecas muy bonitas, cosas en que hay oro y muchos juguetes. Juegan y se divierten.

—¿Todo el dia?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Yo trabajo.

—¿Todo el dia?

Alzó la niña sus grandes ojos, donde habia una lágrima, que no se veia á causa de la oscuridad, y respondió blandamente:

—Sí, señor.

Despues de un momento de silencio prosiguió:

—Algunas veces, cuando he concluido el trabajo y me lo permiten, me divierto tambien.

—¿Cómo te diviertes?

—Como puedo. Me dejan; pero yo no tengo muchos juguetes. Ponina y Zelma no quieren que juegue con sus muñecas, y no tengo mas que un sable muy chico de plomo, asi de largo.

La niña señalaba su dedo meñique.

—¿Y que no corta?

—Sí, señor, dijo la niña; corta ensalada y cabezas de moscas.

Llegaron á la aldea; Cosette guió al desconocido por las calles. Pa-

Digitized by Google

saron por delante de la panadería, pero Cosette no se acordó del pan que debia llevar. El hombre habia cesado de preguntarla, y guardàba á la sazon un silencio sombrío. Cuando hubieron dejado atrás la iglesia, al ver el hombre todas aquellas tiendas al aire libre preguntó á Cosette:

—¿Hay feria aquí?

—No, señor, es la Navidad.

Cuando ya se acercaban al bodegon, Cosette le tocó en el brazo tímidamente.

—¡Señor!

—¿Qué hija mia?

—Ya estamos junto á la casa.

—¿Y bien?

—¿Quereis que tome yo el cubo ahora?

—¿Por qué?

—Porque si la señora ve que me lo han traido, me pegará.

El hombre le devolvió el cubo. Un instante despues estaban á la puerta del bodegon.

Digitized by Google

VIII.

INCONVENIENTES DE RECIBIR EN CASA Á UN POBRE, QUE TAL VEZ ES UN RICO.

Cosette no pudo menos de echar una mirada oblícua hácia la muñeca grande que continuaba espuesta en la tienda de juguetes. Despues llamó: abrióse la puerta, y apareció la Thenardier con una luz en la mano.

—¡Ah! ¿eres tú, bribonzuela? Gracias á Dios; no has echado poco tiempo: se habrá estado divirtiendo la holgazanota.

—Señora, dijo Cosette temblando, aquí hay un señor que busca habitacion.

La Thenardier reemplazó al momento su aire gruñon con un gesto amable, cambio visible muy propio de los posaderos, y buscó ávidamente con la vista al recienvenido.

—¿Es el señor? dijo.

—Sí, señora, respondió el hombre llevando la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no son tan atentos. Este ademan y la inspeccion del traje y del equipo del forastero, á quien la Thenardier pasó revista de una ojeada, hicieron desaparecer la amable mueca, y reaparecer el gesto avinagrado. Replicóle, pues, sécamente:

—Entrad, buen hombre.

Digitized by Google

El «buen hombre» entró. La Thenardier le echó otra mirada; examinó particularmente su leviton, que no podia estar mas raido, y su sombrero algo abollado; y con un movimiento de cabeza, un fruncimiento de nariz y una guiñada de ojos, consultó á su marido, que continuaba bebiendo con los tragineros. El marido respondió con esa imperceptible agitacion del índice, que unida á la dilatacion de los labios, significa en semejante caso: «Maldita la cuenta que nos tiene.» Recibida esta contestacion, la Thenardier esclamó:

—Lo siento mucho, buen hombre, pero no hay habitacion.

—Ponedme donde querais, dijo el hombre; en el granero, ó en la cuadra. Pagaré como si ocupase un cuarto.

—Me dareis cuarenta sueldos.

—¿Cuarenta sueldos? Sea.

—Corriente.

—¡Cuarenta sueldos! dijo por lo bajo un traginero á la Thenardier; ¡si no son mas que veinte sueldos!

—Para él son cuarenta, replicó la Thenardier en el mismo tono. Yo no admito á pobres por menos.

—Es verdad, añadió el marido con dulzura, porque siempre es perjuicio para una casa tener esa clase de gente.

Entre tanto el hombre, despues de haber dejado sobre un banco su paquete y su baston, se habia sentado junto á una mesa, en la que Cosette se apresuró á poner una botella de vino y un vaso. El traginero que habia pedido el cubo de agua, fué él mismo á llevárselo á su caballo. Cosette volvió á ocupar su sitio debajo de la mesa de cocina, y se puso á hacer media.

El hombre, que apenas habia llevado á los labios el vaso de vino que se habia echado, contemplaba á la niña con una atencion estraña.

Cosette era fea, aunque si hubiese sido feliz, habria podido ser linda. Ya hemos bosquejado su pequeña figura sombría: era delgada y pálida; tenia cerca de ocho años, y apenas representaba seis. Sus grandes ojos, hundidos en una especie de sombra, estaban casi apagados á fuerza de llorar. Los estremos de su boca tenian esa curvatura de la angustia habitual, que se observa en los condenados y en los enfermos desahuciados. Tenia las manos, como habia adivinado su madre, «perdidas de sabañones.» El fuego que la iluminaba en aquel momento mostraba al

Digitized by Google

descubierto los ángulos de sus huesos, y hacia su flacura horriblemente visible. Como siempre estaba tiritando, tenia la costumbre de apretar las dos rodillas una contra otra. Todo su vestido consistia en un harapo, que hubiese dado lástima en verano, y que inspiraba horror en el invierno. La tela que vestia estaba llena de agujeros; nó tenia ni un mal pañuelo de lana. Se le veia la piel por varias partes, y por do quiera se distinguian manchas azules ó negras, que indicaban el sitio donde la Thenardier la habia golpeado. Sus piernas desnudas eran delgadas y de un color encendido; el hundimiento de sus clavículas hacia saltar las lágrimas. Toda la persona de esta criatura, su aire, su actitud, el sonido de su voz, sus intervalos entre una y otra palabra, su mirada, su silencio, su menor gesto, espresaban y revelaban una sola idea: el miedo.

El miedo se veia esparcido por toda ella, formando, por decirlo asi, su cubierta; el miedo la hacia recoger los codos hácia las caderas, esconder los pies bajo los vestidos, y ocupar el menor sitio posible; el miedo no le dejaba respirar mas que lo preciso, y habia llegado á ser lo que podria llamarse su hábito esterior, sin variacion posible mas que para aumentarse. Habia en el fondo de su pupila un sitio asombrado donde se anidaba el terror.

Este era tal, que al llegar, mojada y todo como estaba, no se habia atrevido á ir á secarse al fuego, y se habia puesto otra vez á trabajar silenciosamente.

La espresion de la mirada de esta niña de ocho años era habitualmente tan triste, y á veces tan trágica, que en ciertos momentos parecia que se iba á volver una idiota ó un demonio.

Ya lo hemos dicho: jamás habia sabido lo que es rezar, ni habia puesto los pies en la iglesia.—¿Acaso tengo tiempo? decia la Thenardier.

El hombre del leviton amarillo no quitaba la vista de Cosette.

De pronto esclamó la Thenardier:

—A propósito, ¿y el pan?

Cosette, segun era su costumbre, cada vez que la Thenardier levantaba la voz, salió en seguida de debajo de la mesa.

Habia olvidado el pan completamente. Recurrió, pues, al espediente de los niños siempre asustados. Mintió.

Digitized by Google

—Señora, el panadero tenia cerrado.

—¿Por qué no llamaste?

—Llamé, señora.

—¿Y qué?

—No abrió.

—Mañana sabré si es verdad, dijo la Thenardier, y si mientes, verás la que te espera. Entre tanto, devuélveme la moneda de quince sueldos.

Cosette metió la mano en el bolsillo de su delantal, y se puso lívida. La moneda de quince sueldos ya no estaba allí.

—Vamos, dijo la Thenardier, ¿me has oido?

Cosette volvió el bolsillo del revés; no habia nada. ¿Qué habia sido del dinero? La desgraciada niña no halló una palabra para esplicarlo. Estaba petrificada.

—¿Has perdido acaso los quince sueldos? ahulló la Thenardier, ¿ó me los quieres robar?

Al mismo tiempo alargó el brazo hácia las disciplinas, colgadas en el rincon de la chimenea.

Aquel ademan terrible dió á Cosette fuerzas para gritar:

—¡Perdonadme, señora; no lo haré mas!

La Thenardier descolgó las disciplinas.

Entre tanto, el hombre del leviton amarillo habia metido los dedos en el bolsillo de su chaleco, sin que nadie lo viera, ocupados como estaban los demás viajeros en beber ó jugar á los naipes sin hacer caso de nada.

Cosette se revolvia con angustia en el rincon de la chimenea, procurando reunir sus harapos, y librar en lo posible de los golpes sus pobres miembros medio desnudos. La Thenardier levantó el brazo.

—Perdonad, señora, dijo el hombre; pero ahora mismo he visto caer una cosa del bolsillo del delantal de esa chica, y ha venido rodando hasta aquí. Quizá será la moneda.

Al mismo tiempo se bajó y pareció buscar en tierra un instante.

—Aquí está justamente, continuó levantándose.

Y dió una moneda de plata á la Thenardier.

—Sí, esta es, dijo ella.

No era aquella, sino una moneda de veinte sueldos; pero la The-

Digitized by Google

nardier salia ganando. Guardóla en el bolsillo, y se limitó á echar una mirada feroz á la niña, diciendo: —¡Cuidado con que te suceda otra vez!

Cosette volvió á meterse en lo que la Thenardier llamaba «su nicho,» y su mirada, fija en el viajero desconocido, empezó á tomar una espresion que no habia tenido nunca. No era aun sino una admiracion ingénua, mezclada con una especie de confianza estupefacta.

—A propósito, ¿quereis cenar? preguntó la Thenardier al viajero.

Este no respondió. Parecia que meditaba profundamente.

—¿Quién será este hombre? dijo ella entre dientes. Algun pobre asqueroso. No tiene un sueldo para cenar. ¿Me pagará siquiera la habitacion? Con todo, suerte ha sido que no se le haya ocurrido la idea de robar el dinero que estaba en el suelo.

Entonces abrióse una puerta, y entraron Azelma y Eponina.

Eran verdaderamente dos niñas muy lindas, vestidas como de la clase media, y no como aldeanas, ambas encantadoras, una con sus trenzas color de castaña muy brillantes, y otra con sus largos cabellos negros, que le caian por la espalda; ambas, animadas, limpias, gruesas, frescas y sanas que daba gusto verlas. Iban bien vestidas, pero con tal arte maternal, que lo grueso de las telas no quitaba nada á la coquetería con que estaban hechos los trajes. El invierno estaba previsto sin que desapareciese la primavera. Estas dos niñas desprendian rayos de luz; además eran reinas. En su traje, en su alegría, en el ruido que hacian, habia cierta soberanía. Cuando entraron les dijo la Thenardier en un tono de mal humor lleno de adoracion: —¡Ah, sois vosotras!

Despues sentando á ambas sobre sus rodillas, alisándoles el pelo, atando sus lazos, y soltándolas en seguida con ese modo tan dulce, propio de las madres, esclamó: —¡Qué mal vestidas están!

Sentáronse al amor de la lumbre. Tenian una muñeca, á la que daban vueltas y mas vueltas sobre sus rodillas, jugando y cantando. De vez en cuando alzaba Cosette la vista de su trabajo, y las miraba jugar con aire lúgubre.

Eponina y Azelma no miraban á Cosette: era para ellas como un perro. Estas niñas, que entre las tres no tenian veinticuatro años, representaban ya toda la sociedad de los hombres; por un lado la envidia, por otro el desden.

Digitized by Google

La muñeca de las hermanas Thenardier estaba ya muy estropeada, muy sucia, y toda rota; pero no por eso parecia menos admirable á Cosette, que en su vida habia tenido una muñeca, *una verdadera muñeca*, para servirnos de una espresion que todos los niños comprenderán.

De pronto la Thenardier, que continuaba yendo y viniendo por la sala, advirtió que Cosette se distraia, y que en vez de trabajar miraba á las niñas que estaban jugando.

—¡Ah, ahora no me lo negarás! esclamó. ¡Es asi como trabajas! ¡Ahora te haré yo trabajar á disciplinazos!

El desconocido, sin dejar su silla, se volvió hácia la Thenardier.

—Señora, dijo sonriéndose con aire casi humilde: ¡Bah! ¡dejadla jugar!

En boca de cualquier otro viajero, que hubiese comido un buen pedazo de carne y bebido dos botellas de vino en su cena, y no hubiese parecido un *pobre asqueroso*, este deseo habria sido una órden. Pero que un hombre que llevaba aquel sombrero se atreviese á tener un deseo, y que un hombre que usaba aquel leviton se permitiese tener una voluntad, es lo que no creyó debia tolerar la Thenardier. Replicó, pues, con acritud:

—Es preciso que trabaje, pues que come. Yo no la alimento por nada.

—¿Pero qué es lo que hace? continuó el desconocido con una dulce voz que contrastaba estrañamente con su traje de mendigo y sus hombros de ganapan.

La Thenardier se dignó responder:

—Está haciendo medias. Medias para mis niñas, que las no tienen, vamos al decir, y que ahora mismo van con las piernas desnudas.

El hombre miró los pies morados de la pobre Cosette, y continuó:

—¿Y cuándo concluirá ese par de medias?

—La perezosa tiene todavía para tres ó cuatro dias.

—¿Y cuánto puede valer el par de medias, despues de hecho?

La Thenardier le lanzó una mirada despreciativa.

—Lo menos treinta sueldos.

—¿Le daríais por cinco francos? replicó el hombre.

—¡Cáspita! esclamó soltando una risotada uno de los tragineros que escuchaba; ¡cinco francos! Ya lo creo... pues digo... ¡cinco balas!

Digitized by Google

Thenardier creyó que debia tomar la palabra.

—Sí, señor; si es un capricho, se os dará ese par de medias por cinco francos. Nosotros no sabemos negar nada á los viajeros.

—Pero seria preciso pagar ahora mismo, dijo la mujer con voz breve y perentoria.

—Compro el par de medias, respondió el hombre, y —añadió sacando del bolsillo una moneda de cinco francos y poniéndola sobre la mesa, —y lo pago.

Despues volvióse hácia Cosette.

—Ahora tu trabajo es mío. Juega, hija mia.

El traginero se conmovió tanto al ver la moneda de cinco francos, que dejó su vaso y se acercó.

—¡Con qué es verdad! esclamó examinándola. ¡Una verdadera rueda trasera! ¡Y no es falsa!

Acercóse Thenardier, y guardó silenciosamente la moneda en su bolsillo.

La Thenardier no tenia nada que replicar. Se mordió los labios, y su rostro tomó una espresion de odio.

Entre tanto Cosette temblaba. Arriesgóse á preguntar:

—¿Es verdad, señora? ¿Puedo jugar?

—¡Juega! dijo la Thenardier con voz terrible.

—Gracias, señora, dijo Cosette.

Y mientras su boca daba gracias á la Thenardier, toda su alma se las daba al viajero.

Thenardier se habia vuelto á poner á beber. Acercósele su mujer, y le dijo al oido:

—¿Quién podrá ser ese hombre amarillo?

—He visto, respondió en tono soberano Thenardier, he visto millonarios que tenian levitones asi.

Cosette habia dejado su media, pero no habia salido de su sitio. La pobre niña se movia siempre lo menos posible. Habia tomado de una caja que tenia detrás algunos trapos viejos y un sablecito de plomo.

Eponina y Azelma no ponian atencion alguna á lo que pasaba. Acababan de ejecutar una operacion importante; se habian apoderado del gato. Habian arrojado al suelo la muñeca, y Eponina, que era la mayor, ataba al gato, á pesar de sus mahullidos y sus contorsiones, con

Digitized by Google

una porcion de trapos y cintas encarnadas y azules. Al mismo tiempo que ejecutaba esta obra difícil y grave, decia á su hermana en ese dulce y adorable lenguaje de los niños, cuya gracia, parecida al esplendor de las alas de una mariposa, desaparece cuando se la quiere fijar:

—Mira, hermana mia, esta muñeca es mas divertida que la otra. Se mueve, grita, y no se deja vestir. Ven, hermana, juguemos con ella. Será mi hija. Yo seré una señora. Yo vendria á verte, y tú la mirarias. Poco á poco verias sus bigotes, y te estrañarias. Verias sus orejas y verias su cola, y te admirarias. Y me dirias: —¡Ay, Dios mio!— Y yo te diria: —Sí, señora, es una niña que tengo asi. Las niñas son asi ahora.

Azelma escuchaba á Eponina con admiracion.

En esto los bebedores se habian puesto á entonar una cancion obscena, de la que se reian hasta hacer temblar el techo. Thenardier los animaba y los acompañaba.

Asi como los pájaros hacen un nido con todo, los niños hacen una muñeca con cualquier cosa. Mientras Eponina y Azelma envolvian al gato, Cosette por su parte habia envuelto el sable. Hecho esto, lo habia acostado en sus brazos, y cantaba dulcemente para dormirlo.

La muñeca es una de las mas imperiosas necesidades, y al mismo tiempo uno de los mas encantadores instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, volver á desnudar, volver á vestir, enseñar, gruñir un poco, mecer, mimar, adormir, figurarse que cualquier cosa es alguien; todo el porvenir de la mujer está ahí. Al mismo tiempo que piensa y charla, al mismo tiempo que hace envoltorios pequeños y pequeñas mantillas, corsés y almillas, la niña se vuelve jóven, la jóven se hace casadera, y la jóven casadera llega á ser mujer. El primer hijo es la continuacion de la última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y enteramente tan imposible como una mujer sin hijos.

Cosette se habia hecho, pues, una muñeca con el sable.

La Thenardier se habia acercado al *hombre amarillo*.—Mi marido tiene razon, pensaba, tal vez es el señor Laffite. ¡Hay ricos tan caprichosos!

Se llegó, pues, á la mesa, y apoyó en ella los codos, diciendo:

—Señor.....

Digitized by Google

Al oir esta palabra *señor*, volvióse el hombre. La Thenardier no le habia llamado aun sino *buen hombre*.

—Ya veis, señor, prosiguió tomando su aire agridulce, que era aun mas repugnante que su aire feroz; yo bien quiero que la niña juegue, no me opongo á ello; pero eso es bueno para una vez, porque sois generoso. Ella no tiene nada, y es preciso que trabaje.

—¿No es vuestra esa niña?

—¡Oh, Dios mismo! no señor; es una pobrecita que hemos recogido por caridad: una especie de imbécil. Debe de tener agua en la cabeza. La tiene muy abultada como veis. Nosotros hacemos por ella lo que podemos, porque no somos ricos. Por mas que hemos escrito á su pais, hace seis meses que no nos contestan. Preciso es creer que su madre ha muerto.

—¡Ah! dijo el hombre, y volvió á quedarse pensativo.

—No era cosa mayor su madre, añadió la Thenardier. Abandonaba á su hija.

Durante toda esta conversacion, Cosette, como si su instinto la hubiese advertido que se hablaba de ella, no apartaba la vista de la Thenardier. Escuchaba vagamente, y oia de cuando en cuando algunas palabras.

Los bebedores, entre tanto, borrachos en su mayor parte, repetian su inmundo estribillo, aumentando el ruido y la alegría. Era un estribillo licencioso, en que se mezclaban la Vírgen y el niño Jesús. La Thenardier habia ido á tomar su parte en las risotadas. Cosette, debajo de la mesa, miraba el fuego que reverberaba en su mirada fija; se habia puesto de nuevo á mecer la especie de muñeco que habia hecho, y al mismo tiempo que lo mecia cantaba en voz baja: ¡Mi madre ha muerto! ¡mi madre ha muerto! ¡mi madre ha muerto!

A fuerza de instancias de la patrona, el hombre amarillo, «el millonario» consintió al fin en cenar.

—¿Qué quiere el señor?

—Pan y queso, dijo el hombre.

—Decididamente es un mendigo, dijo para sí la Thenardier.

Los borrachos continuaban entonando su cancion, y la niña, debajo de la mesa, cantaba tambien la suya.

De pronto cesó de cantar Cosette. Acababa de volverse y de ver la

Digitized by Google

muñeca de las niñas de Thenardier, abandonada á causa del gato, y dejada en tierra á pocos pasos de la mesa de cocina.

Entonces dejó caer el sable que solo la satisfacia á medias, y luego paseó lentamente su mirada alrededor de la sala. La Thenardier hablaba en voz baja con su marido, y contaba dinero: Eponina y Azelma jugaban con el gato, los viajeros comian ó bebian, ó cantaban, y nadie se fijaba en ella. No habia un momento que perder; salió de debajo de la mesa, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, se cercioró otra vez de que nadie la acechaba, se llegó con presteza á la muñeca, y la cogió. Un instante despues estaba otra vez en su sitio, sentada, inmóvil, vuelta solamente de modo que diese sombra á la muñeca que tenia en los brazos. La dicha de jugar con una muñeca era tan rara para ella, que tenia toda la violencia de un deleite.

Nadie la habia visto, escepto el viajero que comia lentamente su mezquina cena.

Esta alegría duró cerca de un cuarto de hora.

Pero por mucha precaucion que hubiese tomado Cosette, no vió que uno de los pies de la muñeca *sobresalia*, y que el fuego de la chimenea lo alumbraba con mucha claridad. Aquel pie rosado y luminoso que salia de la sombra, llamó súbitamente la atencion de Azelma, que dijo á Eponina:

—¡Mira, hermana!

Las dos niñas se detuvieron estupefactas. ¡Cosette se habia atrevido á tomar la muñeca!

Eponina se levantó, y sin soltar el gato se llegó á su madre, y empezó á tirarla del vestido.

—Déjame, dijo la madre. ¿Qué me quieres?

—Madre, dijo la niña, ¡mira!

Y señalaba á Cosette con el dedo.

Esta, entregada al éxtasis de la posesion, no veia ni oia nada.

El rostro de la Thenardier tomó esa espresion particular que se compone de lo terrible unido á lo insignificante en las pequeñeces de la vida, y que ha hecho dar á esta clase de mujeres el nombre de megeras.

Esta vez el orgullo lastimado exasperaba mas su cólera. Cosette habia traspasado todos los límites; habia atentado á la muñeca de las «seño-

Digitized by Google

ritas.» Una czarina, viendo á un mugick probarse el gran cordon azul de su imperial hijo, no habria puesto otra cara.

Gritó con una voz enronquecida por la indignacion:

—¡Cosette!

Cosette se estremeció como si la tierra hubiese temblado bajo sus pies, y volvió la cabeza.

—¡Cosette! repitió la Thenardier.

Tomó Cosette la muñeca, y la puso suavemente en el suelo con una especie de veneracion y de doloroso temor; y sin dejar de mirarla, cruzó desesperadamente las manos, y, lo que es horrible de decir en una niña de esta edad, se las retorció; despues, las lágrimas que no habia podido arrancarle ninguna de las emociones del dia, ni la carrera por el bosque, ni el peso del cubo de agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista de las disciplinas, ni aun la sombría palabra que habia oido decir á la Thenardier, acudieron á sus ojos, y rompió á sollozar y á llorar.

En este intermedio el viajero se habia levantado.

—¿Qué es eso? dijo á la Thenardier.

—¿No lo veis? replicó esta señalando con el dedo el cuerpo del delito, que yacia en tierra á los pies de Cosette.

—¿Y bien, qué? repuso el hombre.

—¡Esa miserable, respondió la Thenardier, se ha permitido tocar á la muñeca de las niñas!

—¡Tanto ruido para eso! dijo el hombre. ¿Y qué importaba que jugase con esa muñeca?

—¡La ha tocado con sus manos sucias! prosiguió la Thenardier, ¡con sus horribles manos!

Aquí redobló Cosette sus sollozos.

—¿Quieres callar? gritó la Thenardier.

El hombre se fué derecho á la puerta de la calle, la abrió y salió.

Apenas hubo salido, aprovechóse la Thenardier de su ausencia para dar á Cosette un puntapié por debajo de la mesa, que la hizo poner el grito en el cielo.

La puerta volvió á abrirse, y entró otra vez el hombre; llevaba en la mano la fabulosa muñeca de que hemos hablado, y que todos los chiquillos de la aldea habian contemplado con admiracion desde por la mañana, y la puso de pie delante de Cosette, diciendo:

Digitized by Google

—Toma, para tí.

Sin duda en la hora y media que hacia que estaba allí, habia notado confusamente, á pesar de su meditacion, la tienda de juguetes alumbrada con lamparillas y velas de sebo tan espléndidamente, que al través de las puertas de cristales de la posada parecia una iluminacion.

Cosette levantó los ojos; vió ir al hombre hácia ella con la muñeca como si hubiera sido el sol; oyó las palabras inauditas: *para tí*; le miró, miró la muñeca, despues retrocedió lentamente, y fué á ocultarse al otro estremo debajo de la mesa, junto al rincon de la pared.

Ya no lloraba ni gritaba; parecia que ya no se atrevia á respirar.

La Thenardier, Eponina y Azelma eran otras tantas estatuas. Los bebedores mismos se habian callado. En todo el bodegon habia un silencio solemne.

La Thenardier, petrificada y muda, volvia á empezar sus conjeturas: —¿Quién es este viejo? ¿Es un pobre? ¿Es un millonario? Tal vez sea las dos cosas, es decir, un ladron.

La faz del marido presentó esa arruga espresiva que atraviesa la frente humana, cada vez que el instinto dominante aparece en el rostro con todo su poder bestial. El bodegonero examinaba alternativamente al viajero y á la muñeca, y parecia olfatear á aquel hombre como hubiese olfateado un saco de plata. Todo esto no duró mas que el tiempo de un relámpago. Acercóse á su mujer, y le dijo en voz baja:

—Esa máquina cuesta lo menos treinta francos. No hagamos tonterías: de rodillas delante de ese hombre.

Las naturalezas groseras se parecen á las cándidas, en que para ellas no hay transiciones.

—Vamos, Cosette, dijo la Thenardier con una voz que queria dulcificar, y que se componia de esa miel ágria de las mujeres malas; ¿no tomas tu muñeca?

Cosette se aventuró á salir de su agujero.

—Querida Cosette, continuó Thenardier con aire cariñoso; el señor te da una muñeca. Tómala. Es tuya.

Cosette miraba la muñeca maravillosa con una especie de terror. Su rostro estaba aun inundado de lágrimas; pero sus ojos, como el cielo en el crepúsculo matutino, empezaban á llenarse de las estrañas irradiaciones de la alegría. Lo que sentia en aquel momento era una cosa pa-

Digitized by Google

recida á lo que hubiera sentido si le hubiesen dicho bruscamente: Hija mia, eres la reina de Francia.

Le parecia que si tocaba á aquella muñeca saldria de ella el trueno.

Lo cual hasta cierto punto era verdad, porque creia que la Thenardier la reñiria y la pegaria.

Sin embargo, triunfó la atraccion. Concluyó por acercarse, y murmuró tímidamente, volviéndose hácia la Thenardier:

—¿Puedo, señora?

Ninguna frase podria espresar esta voz, al mismo tiempo desesperada, alegre y llena de espanto.

—¡Pardiez! dijo la Thenardier, sí, es tuya, pues que el señor te la da.

—¿De veras, señor? replicó Cosette, ¿es verdad? ¿es mia la señora?

El desconocido parecia tener los ojos llenos de lágrimas, y haber llegado á ese estremo de emocion en que no se habla para no llorar. Hizo una señal con la cabeza á Cosette, y puso en sus manecitas la mano de «la señora.»

Cosette retiró vivamente su mano como si la de «la señora» se la quemase, y se puso á mirar al suelo. Fuerza es añadir que en aquel instante sacaba la lengua de un modo desmesurado. De pronto volvióse y cogió la muñeca con violencia.

—La llamaré Catalina, dijo.

Fue un espectáculo estraño aquel en que los harapos de Cosette se encontraron y estrecharon con las cintas y frescas muselinas de color de rosa de la muñeca.

—Señora, continuó, ¿puedo ponerla en una silla?

—Sí, hija mia, respondió la Thenardier.

A la sazon eran Eponina y Azelma las que miraban á Cosette con envidia.

Cosette colocó á Catalina en una silla, despues se sentó en el suelo delante de ella, y permaneció inmóvil, sin decir una palabra, en actitud de contemplacion.

—Juega, pues, Cosette, dijo el desconocido.

—¡Oh! estoy jugando, respondió la niña.

Este estraño, este desconocido, que parecia una visita que la Providencia hacia á Cosette, era en aquel momento lo que la Thenardier

Digitized by Google

odiaba mas en el mundo. Las emociones que sentia eran mas de las que ella podia soportar, por muy acostumbrada que estuviese al disimulo por la copia que trataba de hacer de su marido en todas sus acciones: sin embargo, era necesario contenerse. Apresuróse, pues, á mandar acostar á sus hijas, despues pidió al hombre amarillo *permiso* para que se retirase Cosette, *que hoy se ha cansado mucho*, añadió con aire maternal. Y Cosette se fué á acostar llevándose á Catalina en brazos.

La Thenardier iba de vez en cuando al otro estremo de la sala donde estaba su marido, *para ensanchar un poco el corazon*, segun decia, y cambiaba con él algunas palabras, tanto mas furiosas, cuanto que no se atrevia á decirlas en voz alta.

—¡Maldito viejo! ¿qué capricho le habrá dado? ¡Venir á incomodarnos aquí! ¡querer que juegue ese monstruo! ¡darle muñecas! ¡dar muñecas de cuarenta francos á una perra, que yo daria por cuarenta sueldos! Y si le apurasen puede ser que la llamara vuestra magestad como á la duquesa de Berry. ¿Tiene esto sentido comun? ¿Está loco, ó rabioso ese misterioso viejo?

—¿Por qué? Es muy sencillo, replicaba el marido. Eso le divierte. A tí te divierte que la chica trabaje, y á él le divierte que juegue. Está en su derecho. Un viajero hace lo que quiere cuando paga. Si ese viejo es un filántropo, ¿qué te importa? Si es un imbécil, tampoco te interesa. ¿A qué te metes en nada, pues que tiene dinero?

Lenguaje de amo y razonamiento de posadero, que ni uno ni otro admitian réplica.

El hombre se habia apoyado en la mesa, volviendo á tomar su actitud pensativa. Los demás viajeros, tragineros y feriantes, se habian alejado un poco, y ya no cantaban. Le examinaban á cierta distancia con una especie de temor respetuoso. Aquel viajero tan pobremente vestido, que sacaba de su bolsillo las *ruedas traseras* con tanta facilidad, y que prodigaba muñecas gigantescas á muchachas haraposas, era ciertamente un buen hombre, magnífico y temible.

Asi trascurrieron algunas horas, La misa del gallo se habia dicho ya, la Noche-buena habia pasado, los bebedores se habian ido, el bodegon estaba cerrado, la sala baja desierta, apagado el fuego, y el desconocido continuaba en el mismo sitio y en la misma postura. De cuando en cuando dejaba descansar un brazo, apoyándose en el otro codo, y á

Digitized by Google

esto se reducian todos sus movimientos. Pero no habia dicho una palabra desde que Cosette se habia ido á acostar.

Solo los Thenardier permanecian en la sala, por el bien parecer, y por curiosidad.

—¿Si pensará pasar la noche asi? gruñia la Thenardier. En aquel momento dieron las dos de la mañana; la Thenardier se declaró vencida, y dijo á su marido:—Me voy á acostar. Haz de él lo que quieras.—Sentóse el marido en un rincon junto á una mesa, encendió una vela de sebo, y se puso á leer el *Correo francés*.

Asi pasó una hora larga. El digno bodegonero habia leido lo menos tres veces el *Correo francés* desde la fecha del número hasta el nombre del impresor. El desconocido no se movia.

Thenardier se movió, tosió, escupió, se sonó la nariz, hizo ruido con su silla: el forastero continuó inmóvil.—¿Estará dormido? pensó Thenardier. El hombre no dormia, pero nada podia despertarle.

En fin, Thenardier se quitó su gorro, se acercó suavemente, y se aventuró á decir:

—¿El señor no va á descansar?

Decir: *No va á acostarse* le hubiera parecido escesivo y demasiado familiar. *Descansar* olia á lujo y era mas respetuoso. Estas palabras tienen la propiedad misteriosa y admirable de aumentar al dia siguiente por la mañana el total de la cuenta. Un cuarto para *acostarse* cuesta veinte sueldos; un cuarto donde se *descansa* cuesta veinte francos.

—¡Calle! dijo el desconocido, teneis razon. ¿Dónde está vuestra cuadra?

—Señor, dijo Thenardier con una sonrisa, voy á conduciros.

Tomó la luz, cogió el hombre su baston y su paquete, y Thenardier lo llevó á un cuarto del primer piso, adornado con un lujo espléndido, con muebles de caoba, y una cama en forma de barco con colgaduras de percal encarnado.

—¿Qué significa esto? dijo el viajero.

—Es nuestra cámara nupcial, dijo el posadero. Mi esposa y yo dormimos ahora en otra. Aquí no se entra sino tres ó cuatro veces al año.

—Lo mismo me habria importado que me dieseis la cuadra, dijo el hombre bruscamente.

Thenardier hizo como que no oia esta reflexion poco halagüeña.

Digitized by Google

Encendió dos velas de cera sin estrenar que figuraban encima de la chimenea, en la que ardia un fuego bastante bueno.

Sobre la chimenea, y cubierto con una tapa de cristal, habia un sombrero de mujer con adornos de hilillo de plata, y flores color de naranja.

—¿Y esto qué es? continuó el desconocido.

—Señor, dijo Thenardier, es el sombrero que llevó mi mujer cuando nos casamos.

El viajero miró el objeto de un modo que parecia decir: ¡Ha habido, pues, un momento en que ese monstruo ha sido una vírgen!

Por lo demás, Thenardier mentia. Cuando tomó en arriendo aquella casucha para convertirla en bodegon, halló aquel cuarto amueblado de aquella manera, y compró los muebles y las flores color de naranja, juzgando que aquello proyectaria una graciosa sombra sobre «su esposa,» y daria á su casa lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando el desconocido se volvió, habia desaparecido Thenardier, eclipsándose discretamente sin atreverse á dar las buenas noches, no queriendo tratar con una cordialidad poco respetuosa á un hombre á quien se proponia desollar régiamente á la siguiente mañana.

El posadero se retiró á su cuarto. Su mujer estaba acostada, pero no dormia. Cuando oyó entrar á su marido, se volvió y le dijo:

—¿Sabes que mañana pongo á Cosette en medio del arroyo?

Thenardier respondió friamente:

—Muy á pechos lo has tomado.

No volvieron á hablar una palabra, y pocos momentos despues habian apagado la luz.

El viajero por su parte habia puesto en un rincon su baston y su paquete. Cuando Thenardir salió, sentóse en una silla, y permaneció algun tiempo pensativo. Despues se quitó los zapatos, tomó una de las dos velas, apagó la otra, abrió la puerta y salió del cuarto, mirando á su alrededor como quien busca algo. Pasó un corredor y llegó á la escalera. Allí oyó un ruido muy leve, parecido á la respiracion de un niño. Dejóse conducir por este ruido, y llegó á una especie de hueco triangular practicado debajo de la escalera, ó por mejor decir, formado por la escalera misma. Este hueco no era otra cosa sino el que quedaba naturalmente debajo de los peldaños. Allí, entre toda clase de cestos y tras-

Digitized by Google

tos viejos, entre el polvo y las telas de araña, habia una cama, si puede llamarse cama un jergon lleno de agujeros hasta enseñar la paja, y un cobertor agujereado hasta dejar ver el jergon. No tenia sábanas, y estaba echado por tierra. En esta cama dormia Cosette.

Acercóse el hombre y la estuvo examinando.

Cosette dormia profundamente, y estaba vestida. En invierno no se desnudaba para tener menos frio.

Tenia abrazada la muñeca, cuyos grandes ojos abiertos brillaban en la oscuridad. De vez en cuando exhalaba un hondo suspiro, como si fuese á despertarse, y estrechaba la muñeca en sus brazos casi convulsivamente. Al lado de su cama no habia mas que un zueco.

Una puerta que habia al lado del desvan de Cosette, dejaba ver un cuarto oscuro bastante grande. El desconocido penetró en él. En el fondo, al través de una puerta vidriera, veíanse dos camas gemelas muy blancas. Eran las de Azelma y Eponina. Detrás de la cama, medio se veia una cuna sin colgaduras, donde dormia el chiquitin que habia estado gritando toda la noche.

El desconocido congeturó que este cuarto comunicaba con el de los esposos Thenardier. Iba á retirarse, cuando reparó en la chimenea, una de esas vastas chimeneas de posada, donde siempre hay muy poco fuego, cuando le hay, y que da frio verlas. En aquella no habia fuego, ni aun ceniza, lo cual llamó, sin embargo, la atencion del viajero. Habia, sí, dos zapatitos de niña, de forma bella, y desiguales en grandor; el desconocido recordó la graciosa é inmemorial costumbre de los niños, que ponen su calzado en la chimenea la noche de Navidad, esperando allí en las tinieblas algun brillante regalo de una buena hada. Eponina y Azelma no habian faltado á esta costumbre, y cada una habia puesto uno de sus zapatos en la chimenea.

El viajero se inclinó hácia ellos.

La hada, es decir, la madre habia hecho su visita, y se veia brillar en cada zapato una magnífica moneda de diez sueldos nuevecita.

Volvióse el hombre á levantar, y ya se iba, cuando vió á un lado en el fondo, en el rincon mas oscuro de la chimenea, otro objeto. Miró, y vió que era un zueco, un horrible zueco de la madera mas basta, medio roto, y todo cubierto de ceniza y barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con esa tierna confianza de los niños que puede engañarlos

Digitized by Google

siempre, sin desanimarlos jamás, habia puesto tambien su zueco en la chimenea.

La esperanza es una cosa dulce y sublime en una niña que solo ha conocido la desesperacion.

En el zueco no habia nada.

El viajero buscó en el bolsillo de su chaleco, inclinóse, y puso en el zueco de Cosette un luis de oro.

Despues volvióse de puntillas á su habitacion.

Digitized by Google

IX.

THENARDIER MANIOBRANDO.

Al dia siguiente, lo menos dos horas antes de que amaneciese, Thenardier, sentado junto á una mesa en la sala baja del bodegon, con una pluma en la mano, y alumbrado por la luz de una vela, componia la cuenta del viajero del leviton amarillo.

La mujer, de pie, medio inclinada hácia él, le seguia con la vista. No hablaba una palabra. Habia por un lado una meditacion profunda; por otro, esa admiracion religiosa con que se mira nacer y desarrollarse una maravilla del espíritu humano. En la casa oíase un ruido; era la Alondra que barria la escalera.

Despues de un buen cuarto de hora, y de haber hecho algunas raspaduras, Thenardier produjo la obra maestra:

Cuenta del señor del número 1.

Cena.	3 francos.
Cuarto.	10
Bugías.	5
Fuego.	4
Servicio.	1
Total.	23 francos.

Servicio estaba escrito *servisio*.

Digitized by Google

—¡Veintitres francos! esclamó la mujer con un entusiasmo unido á cierta vacilacion.

Thenardier, como todos los grandes artistas, no estaba contento de su obra.

—¡Psch! dijo.

Era el acento de Castlereagh redactando en el Congreso de Viena la cuenta de Francia.

—Thenardier, tienes razon, bien debe eso, murmuró la mujer, que pensaba en la muñeca dada á Cosette delante de sus hijas; es justo, pero es demasiado. No querrá pagar.

Thenardier se sonrió friamente, y dijo:

—Pagará.

Esta sonrisa era la espresion suprema de la conviccion y de la autoridad. Lo que asi se decia debia suceder infaliblemente. La mujer no insistió. Púsose á arreglar las mesas; el marido empezó á dar paseos por la sala. Un momento despues añadió:

—¡Yo, sin embargo, debo mil quinientos francos!

Fué á sentarse junto á la chimenea, meditando, y poniendo los pies sobre las cenizas calientes aun.

—¡Ah! continuó la mujer; no olvides que hoy pongo á Cosette á la puerta: ¡monstruo! ¡me come el corazon con su muñeca! ¡Preferiria casarme con Luis XVIII á tenerla en casa un dia mas!

Thenardier encendió su pipa, y respondió entre dos bocanadas de humo:

—Entregarás al hombre esta cuenta.

Despues salió.

Apenas habia puesto el pie fuera de la sala cuando entró el viajero.

Thenardier volvió á aparecer al momento detrás de él, y permaneció inmóvil en la puerta entreabierta, visible solo para su mujer.

El hombre amarillo llevaba en la mano su baston y su paquete.

—¡Cómo! ¡tan pronto levantado! dijo la Thenardier, ¿acaso el señor nos deja?

Y al mismo tiempo que hablaba daba vueltas á la cuenta que tenia entre los dedos, haciéndola pliegues con las uñas. Su rostro duro presentaba una espresion que no le era habitual, la de la timidez y el escrúpulo.

Digitized by Google

Presentar semejante cuenta á un hombre que tenia tan perfectamente el aire «de un pobre,» le parecia cosa impropia.

El viajero estaba pensativo y distraido. Respondió:

—Sí señora, me voy.

—El señor, continuó esta, ¿no tenia negocios en Montfermeil?

—No; paso por aquí, y nada mas.—Señora, añadió, ¿qué debo?

La Thenardier, sin responder, le entregó la cuenta doblada.

El hombre desdobló el papel, y lo miró; pero su atencion estaba visiblemente en otra parte.

—Señora, continuó, ¿haceis buenos negocios en Montfermeil?

—Asi, asi, señor, respondió la Thenardier admirándose de no ver otra clase de esplosion.

Y prosiguió con acento elegíaco y lastimero:

—¡Ay, los tiempos están muy malos! y luego tenemos tan pocos señores por aquí. Ya lo veis, toda es gente de poco mas ó menos. ¡Si no viniesen á veces viajeros generosos y ricos como el señor! ¡Tenemos tantas cargas! Mirad, esa chiquilla nos cuesta los ojos de la cara.

—¿Qué chiquilla?

—¡Ya sabeis, Cosette! la Alondra, como la llaman en el pais.

—¡Ah! dijo el hombre.

La Thenardier continuó:

—¡Qué bestias son estos aldeanos con sus sobrenombres! Mas bien parece un murciélago que una alondra. ¡Ya lo veis, señor! Nosotros no pedimos limosna, pero tampoco podemos darla. ¡No ganamos nada, y tenemos mucho que pagar! ¡La patente, los impuestos, la contribucion de puertas y ventanas, la de céntimos adicionales! Ya sabeis que el gobierno pide mucho dinero. Y luego tengo mis hijas. No necesito criar los hijos de otros.

El hombre replicó con una voz que se esforzaba en hacer indiferente, y que sin embargo le temblaba:

—¿Y si os desembarazasen de ella?

—¿De quién, de la Cosette?

—Sí.

La faz rojiza y violenta de la bodegonera se iluminó con la espresion de una alegría repugnante.

—¡Ah, señor! ¡mi buen señor! Tomadla, buen provecho, lleváosla,

Digitized by Google

conservadla en azúcar, en trufas; bebéosla, coméosla, y seais bendito de la Vírgen Santísima y de todos los santos del paraiso.

—Está dicho.

—¿De veras? ¿Os la llevais?

—Me la llevo.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Llamadla.

—¡Cosette! gritó la Thenardier.

—Entre tanto, prosiguió el hombre, voy á pagaros mi cuenta. ¿Cuanto es?

Echó una ojeada á la cuenta, y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa:

—¡Veintitres francos!

Miró á la bodegonera, y repitió:

—¿Veintitres francos?

Habia en la pronunciacion de estas dos palabras repetidas asi, el acento que separa la admiracion del interrogante.

La Thenardier habia tenido tiempo de prepararse al choque. Respondió, pues, con seguridad:

—¡Caramba! ¡sí señor! Veintitres francos.

El viajero puso sobre la mesa cinco monedas de cinco francos.

—Id á buscar á la niña, dijo.

En este momento Thenardier se adelantó en medio de la sala, y dijo:

—El señor no debe mas que veintiseis sueldos.

—¡Veintiseis sueldos! dijo la mujer.

—Veinte sueldos por el cuarto, continuó friamente Thenardier, y seis sueldos por la cena. En cuanto á la niña, necesito hablar un poco con el señor. Déjanos solos.

La Thenardier esperimentó uno de esos deslumbramientos que producen los rasgos imprevistos de talento. Conoció que el gran actor entraba en escena; no replicó una palabra, y salió de la estancia.

Apenas estuvieron solos, Thenardier ofreció una silla al viajero. Este se sentó; Thenardier permaneció de pie, y su rostro tomó una espresion singular de bondad y de sencillez.

—Señor, dijo, mirad, voy á deciros; yo adoro á esa niña,

Digitized by Google

El viajero le miró fijamente.

—¿Qué niña?

Thenardier continuó:

—¡Es cosa singular! pero no puede uno remediarlo: cuando se apasiona uno de una persona..... ya lo veis. ¿Qué me importa todo ese dinero? Guardaos vuestras monedas de cien sueldos. No quiero dar la niña.

—¿A quién no quereis dar? preguntó el viajero.

—Ya lo oís, á nuestra pequeña Cosette. ¿No queríais llevárosla? Pues bien, hablo francamente; tan cierto como sois un hombre honrado, no puedo consentir en ello. Esa niña me haria falta. Como que la estoy manejando desde chica. Verdad es que nos cuesta dinero; verdad es que tiene sus defectos, y que no somos ricos, y que he pagado mas de cuatrocientos francos en drogas nada mas que por una de sus enfermedades. ¡Pero es preciso hacer algo por Dios! No tiene padre ni madre, yo la he criado. Tengo pan para ella y para mí. En fin, yo quiero á esa niña. Ya comprendeis: uno toma afecto á las personas; yo tengo mas corazon que cabeza, la quiero; mi mujer tiene el genio vivo, pero tambien la quiere. La tenemos como á hija nuestra. No podemos renunciar á oir su charla infantil en nuestra casa.

El desconocido continuaba mirándole fijamente. Thenardier continuó:

—Perdonad, señor, pero no se da un hijo asi como asi al primero que viene. ¿No es verdad que tengo razon? Además, no digo que no; sois rico, pareceis bueno, y si fuese por su dicha..... Pero yo necesitaria saber..... ¿me entendeis? Supongamos, es una suposicion, que yo la dejase ir, y me sacrificase; quisiera saber á dónde la llevais; quisiera no perderla de vista, saber á casa de quién va, para ir á verla de vez en cuando, y que supiese que su buen padre que la ha criado, velaba por ella. En fin, hay cosas que no son posibles. Yo no sé siquiera vuestro nombre. Si os la llevárais, diria: ¿Y la alondra? ¿á dónde ha ido? A lo menos necesitaria ver algun pedazo de papel, una muestra siquiera de vuestro pasaporte.

El desconocido, sin dejar de mirarle, con esa mirada que penetra, por decirlo asi, hasta el fondo de la conciencia, le respondió con acento grave y firme:

Digitized by Google

—Señor Thenardier, para venir á cinco leguas de París no se saca pasaporte. Si me llevo á Cosette, me la llevaré, y nada mas. Vos no sabreis mi nombre, ni mi habitacion, ni dónde ha de ir á parar, y mi intencion es que no os vuelva á ver en su vida. Rompo el hilo que tiene en el pie, y se va. ¿Os conviene? ¿Sí, ó no?

Lo mismo que los demonios y los genios conocian en ciertas señales la presencia de un Dios superior, comprendió Thenardier que tenia que habérselas con uno mas fuerte que él. Esta fue como una especie de intuicion; comprendió esto con su prontitud clara y sagaz. La víspera, al mismo tiempo que bebia con los tragineros, mientras fumaba, mientras cantaba coplas obscenas, habia pasado la noche observando al viajero, acechándole como un gato, y estudiándole como un matemático. Le habia espiado á la vez por su propia cuenta, por placer, y por instinto, espiado como si hubiese sido pagado para esto. No se le habia escapado ni un gesto, ni un movimiento del hombre del leviton amarillo. Aun antes que el desconocido manifestara tan claramente su interés por Cosette, Thenardier lo habia adivinado. Habia sorprendido las profundas miradas del viejo clavadas siempre en la niña. ¿Quién era este hombre? ¿por qué con tanto dinero en su bolsa, llevaba un traje tan miserable? Preguntas que se hacia sin poder contestarlas, y que le irritaban. Toda la noche habia estado pensando en ello. ¿No podia ser el padre de Cosette? ¿Seria su abuelo? Entonces ¿por qué no se daba á conocer en seguida? Cuando uno tiene un derecho, hace uso de él. Evidentemente aquel hombre no tenia derecho sobre Cosette. ¿Quién era, pues? Thenardier se perdia en suposiciones. Entreveia todo, y no veia nada. Como quiera que fuese, entablando conversacion con aquel hombre, seguro como estaba de que habia un secreto en todo esto; seguro de que el hombre estaba interesado en permanecer incógnito, sentíase fuerte; á la respuesta clara y firme del viajero, cuando vió que el misterioso personaje era misterioso simplemente, se sintió débil. No se esperaba una cosa igual. Fue la derrota de sus congeturas. Reunió sus ideas, pesó todo esto en un segundo. Thenardier era uno de esos hombres que juzgan una situacion de una ojeada. Calculó que era el momento de ir derecho y pronto al asunto. Hizo como los grandes capitanes en ese instante decisivo que solo ellos conocen; descubrió bruscamente su batería,

Digitized by Google

—Señor, dijo, necesito mil quinientos francos.

El viajero tomó del bolsillo de uno de los lados una cartera vieja de cuero negro, la abrió, y sacó de ella tres billetes de banco que puso sobre la mesa. Despues apoyó su ancho pulgar sobre estos billetes, y dijo al bodegonero:

—Haced venir á Cosette.

Mientras esto pasaba, ¿qué hacia Cosette?

Cosette, al despertarse, habia corrido á ver su zueco. Halló en él la moneda de oro. No era un napoleon, era una de esas monedas de veinte francos, muy nuevas, del tiempo de la Restauracion, en cuya efigie, la cola prusiana habia reemplazado á la corona de laureles. Cosette quedó deslumbrada; su destino empezaba á embriagarla. No sabia lo que era una moneda de oro, no la habia visto nunca, y la ocultó al momento en su bolsillo como si la hubiese robado. Sin embargo, conocia que aquella moneda era realmente suya; adivinaba de dónde procedia el regalo, pero sentia una especie de alegría llena de miedo. Estaba contenta; estaba, sobre todo, estupefacta. Aquellas cosas tan magníficas y tan lindas no le parecian reales. La muñeca le daba miedo, la moneda de oro le daba miedo. Temblaba vagamente ante estas magnificencias. Solo el desconocido no la asustaba; al contrario, la tranquilizaba. Desde la víspera, al través de su admiracion, y en medio de su sueño, pensaba en su espíritu de niña en aquel hombre que parecia viejo, y pobre, y tan triste, y que era tan rico y tan bueno. Desde que le habia encontrado en el bosque, todo habia cambiado para ella. Menos feliz que la mas pequeña golondrina, no habia sabido nunca lo que es refugiarse á la sombra de una madre y bajo sus alas. Hacia cinco años, es decir, tan remotamente como podian subir sus recuerdos, que la pobre niña no hacia mas que temblar y estremecerse. Habia estado siempre desnuda bajo el rudo cierzo de la desgracia; ahora le parecia que estaba vestida. En otro tiempo, su alma tenia frio; ahora sentia calor. Cosette no tenia ya tanto miedo á la Thenardier; ya no estaba sola, habia uno que velaba por ella.

Habíase puesto en seguida á trabajar como todas las mañanas. Aquel luis que tenia consigo, en el mismo bolsillo de su delantal, de donde el dia anterior se le habia caido la moneda de quince sueldos, la tenia distraida. No se atrevia á tocarlo; pero pasaba á veces cinco mi-

Digitized by Google

nutos contemplándolo, y, preciso es decirlo, con la lengua sacada. Barria la escalera, y de cuando en cuando se paraba y permanecia inmóvil, olvidando su escoba y el universo entero, ocupada en ver brillar aquel astro en el fondo de su bolsillo.

En una de estas contemplaciones se llegó á ella la Thenardier.

Por órden de su marido habia ido á buscarla. Cosa inaudita, no le dió ningun porrazo, ni le dijo una sola injuria.

—Cosette, dijo casi con dulzura, ven ahora mismo.

Un instante despues entraba Cosette en la sala baja.

El desconocido tomó el paquete que habia llevado, y lo desató. Este paquete contenia un vestidito de lana, un delantal, una almilla de fustan, un jubon, un pañuelo, medias de lana, zapatos, un vestido completo para una niña de siete años: todo de color negro.

—Hija mia, dijo el hombre, toma esto, y ve á vestirte en seguida.

El dia aparecia cuando los habitantes de Montfermeil, que empezaban á abrir sus puertas, vieron pasar por la calle de París á un hombre vestido pobremente, que llevaba de la mano á una niña vestida de luto con una muñeca color de rosa en los brazos. Se dirigian por la parte de Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocia al hombre; y como Cosette no llevaba ya los harapos, tampoco la conocieron muchos.

Cosette se iba. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿A dónde? No lo sabia. Todo lo que comprendia era que dejaba tras sí el bodegon de Thenardier. Nadie habia pensado en despedirse de ella, ni ella en despedirse de nadie. Salia de aquella casa, odiando y odiada.

¡Pobre ser, cuyo corazon hasta entonces no habia esperimentado sino los dolores de la opresion!

Cosette caminaba gravemente, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Habia puesto el luis en el bolsillo de su delantal nuevo. De vez en cuando se inclinaba y le arrojaba una mirada; despues miraba al buen hombre. Sentia una cosa como si hubiese estado cerca de Dios.

Digitized by Google

X.

DE CÓMO EL QUE BUSCA LO MEJOR PUEDE HALLAR LO PEOR.

La Thenardier, segun su costumbre, habia dejado que su marido hiciese lo que quisiera. Esperaba grandes acontecimientos. Luego que el hombre y Cosette se hubieron ido, Thenardier dejó pasar un cuarto de hora largo; despues la llamó aparte, y le enseñó los mil quinientos francos.

—¡Nada mas que eso! dijo la mujer.

Era la primera vez, desde su casamiento, que se atrevia á criticar un acto de su marido.

El golpe fue certero.

—En realidad tienes razon, dijo Thenardier, soy un imbécil. Dáme el sombrero.

Dobló los tres billetes de banco, se los guardó en el bolsillo y salió apresuradamente; pero equivocó el camino, y tomó primero á la derecha. Algunos vecinos, de quienes se informó, le hicieron reparar su error; habian visto á la Alondra y al hombre tomar la direccion de Livry. Siguió esta indicacion, marchando apresuradamente y hablando consigo mismo.

—Ese hombre es evidentemente un millonario vestido de amarillo, y

Digitized by Google

yo soy un animal. Primero ha dado veinte sueldos, despues cinco francos, luego cincuenta francos, luego mil quinientos, y siempre con la misma facilidad. Habria dado quince mil francos; pero yo le atraparé de nuevo.

Y luego ese envoltorio de ropa preparado de antemano para la chica... Todo esto era singular; muchos misterios habia allí, y el que coge un secreto no le suelta tan fácilmente. Los secretos de los ricos son esponjas llenas de oro, que es preciso saber esprimir. Todos estos pensamientos bullian en su cerebro. Soy un animal, decia por último.

Cuando se sale de Montfermeil y se llega al recodo que hace el camino que va á Livry, se ve desenvolverse este camino muy lejos por la llanura. Al llegar allí, Thenardier calculó que debia ver al hombre y á la niña. Miró tan lejos como su vista pudo alcanzar, y no vió nada. Se volvió á informar; sin embargo, perdia tiempo. Algunos transeuntes le dijeron que el hombre y la niña que buscaba se habian encaminado hácia los bosques por la parte de Gagny. Apresuró, pues, el paso en esta direccion.

Aun tenian delantera sobre él; pero una criatura anda muy despacio, y él iba de prisa. Y luego conocia muy bien el pais.

De pronto se detuvo y se dió en la frente, como un hombre que ha olvidado lo esencial, y que está pronto á volver atrás.

—¡Debia haber tomado mi fusil! esclamó.

Thenardier era una de esas naturalezas dobles, que hallamos algunas veces entre nosotros sin saberlo, y que desaparecen sin que se les haya conocido, porque el destino no las ha mostrado mas que por un lado. La suerte de muchos hombres es vivir asi medio sumergidos en la sombra. En una situacion tranquila y llana, Thenardier tenia todo lo que se necesitaba para representar — no digamos para ser — lo que se ha convenido en llamar un comerciante honrado, un buen ciudadano. Al mismo tiempo, dadas ciertas circunstancias, y viniendo ciertos sacudimientos á levantar las capas inferiores de su naturaleza, tenia todo lo necesario para ser un criminal. Era un tendero en el cual habia algo del mónstruo. Satanás debia acurrucarse en ciertos momentos en algun rincon del tabuco donde vivia Thenardier, y reflexionar ante aquella obra maestra de perversidad. Despues de vacilar un instante:

—¡Bah! pensó; tendrian tiempo para escapar.

Digitized by Google

Y continuó su camino, andando apresuradamente, y casi con aire de certeza, con la sagacidad de la zorra olfateando una bandada de perdices.

En efecto, cuando pasó los estanques y atravesó oblícuamente el gran claro del bosque que está á la derecha de la alameda de Bellerne, al llegar á la calle de césped que rodea casi toda la colina, y que cubre la bóveda del antiguo canal de las aguas de la abadía de Chelles, vió encima de un matorral un sombrero sobre el cual ya habia hecho muchas conjeturas. Era el sombrero del hombre. La maleza era baja: Thenardier conoció que el hombre y Cosette estaban allí sentados. No se veia la niña, á causa de lo pequeña que era, pero se veia la cabeza de la muñeca.

Thenardier no se engañaba. El hombre se habia sentado allí para dejar descansar un poco á Cosette. El bodegonero tomó por detrás de la maleza, y apareció bruscamente delante de los que buscaba.

—Perdonad, señor, dijo respirando apenas, pero aquí teneis vuestros mil quinientos francos.

Al hablar asi devolvia al viajero los tres billetes de banco.

El hombre alzó los ojos.

—¿Qué significa esto?

Thenardier respondió respetuosamente:

—Señor, esto significa que me vuelvo á quedar con Cosette.

Estremecióse Cosette, y se estrechó mas y mas contra el hombre.

Este contestó mirando á Thenardier fijamente en los ojos, y acentuando todas las sílabas:

—¿Volveis á que-da-ros con Cosette?

—Sí, señor, la vuelvo á tomar. Voy á deciros. Lo he pensado bien. Yo, francamente, no tengo derecho á dárosla. Soy un hombre honrado, ya lo veis. Esa niña no es mia, es de su madre. Su madre me la confió, y no puedo entregarla mas que á ella. Me direis: pero la madre ha muerto. Bueno. En ese caso, solo puedo entregar la niña á una persona que me traiga un papel firmado por la madre, en el que se me mande entregar la niña á esa persona. Esto está claro.

El hombre, sin responder, metió la mano en el bolsillo, y Thenardier volvió á ver aparecer la cartera de los billetes de banco.

El bodegonero sintió un estremecimiento de alegría.

Digitized by Google

—¡Bueno! dijo para sí, tengámonos firmes. ¡Va á corromperme!

Antes de abrir el viajero la cartera, echó una mirada á su alrededor. El sitio estaba absolutamente desierto: no habia un alma en el bosque ni en el valle. Abrió el hombre la cartera, y sacó de ella, no el paquete de billetes de banco que esperaba Thenardier, sino un simple papelito que desdobló y presentó abierto al bodegonero, diciéndole:

—Teneis razon; leed.

Tomó el papel Thenardier, y leyó:

«*M.—á orillas del M.—25 de marzo de* 1825.

»Señor Thenardier.

»Entregareis á Cosette al dador.—Se os pagarán todas esas deu-»dillas.

»Tengo el honor de enviaros mis respetos.

FANTINA.»

—¿Conoceis esta firma? continuó el hombre.

Era en efecto la firma de Fantina. Thenardier la reconoció.

No habia nada que replicar. Sintió dos despechos violentos, el despecho de renunciar á la corrupcion que esperaba, y el de verse vencido. El hombre añadió:

—Podeis guardar ese papel para descargo vuestro.

Thenardier se replegó en buen órden.

—Esa firma está bastante bien imitada, murmuró entre dientes.

En fin, ¡sea!

Despues intentó un esfuerzo desesperado.

—Señor, dijo, está bien, pues que sois la persona enviada por la madre. Pero es preciso pagarme todo lo que se me debe, que no es poco.

Púsose el hombre de pie, y dijo quitándose al mismo tiempo con los dedos el polvo de sus raidas mangas:

—Señor Thenardier, en enero la madre contaba que os debia ciento veinte francos; en febrero le habeis enviado una cuenta de quinientos francos; á fines de febrero habeis recibido trescientos francos, y otros trescientos á principios de marzo. Desde entonces han pasado nueve meses, que á quince francos, segun el precio convenido, son ciento treinta y cinco francos. Habíais recibido cien francos de mas; se os

Digitized by Google

quedaban á deber por consiguiente treinta y cinco francos, y por ellos os acabo de dar mil quinientos.

Sintió entonces Thenardier lo que siente el lobo en el momento en que se ve mordido y cogido en los dientes de acero del lazo.

—¿Quién es este diablo de hombre? dijo para sí.

Hizo lo que el lobo, dió una sacudida. La audacia le habia salido ya bien una vez.

—Señor Fulano, dijo resueltamente, y dejando esta vez á un lado todo respeto, me volveré á quedar con Cosette, ó me dareis mil escudos.

El viajero dijo tranquilamente:

—Ven, Cosette.

Tomó á Cosette de la mano izquierda, y con la derecha recogió su garrote que estaba en tierra.

Thenardier notó la enormidad del garrote y la soledad del sitio.

Internóse el hombre en el bosque con la niña, dejando al bodegonero inmóvil, y sin saber qué hacer.

Mientras se alejaban, Thenardier examinaba sus anchos hombros algo abovedados, y sus gruesos puños.

Despues, mirándose á sí mismo, veia sus delgados brazos y sus manos mezquinas.—Vamos, soy verdaderamente un bestia, pensó, en no haber tomado mi fusil, ¡pues qué iba de caza!

Sin embargo, no se dió por vencido.

—Quiero saber á dónde va, dijo, y se puso á seguirles á cierta distancia. Le quedaban dos cosas en la mano, una ironía, el pedazo de papel firmado *Fantina*, y un consuelo, los mil quinientos francos.

El hombre se llevaba á Cosette en direccion de Livry y de Bondy. Andaba lentamente, con la cabeza baja, en actitud de reflexiva y triste. El invierno habia dejado el bosque tan despojado de hojas, que Thenardier, á pesar de ir á bastante distancia, no les perdia de vista. De vez en cuando volvíase el hombre y miraba si le seguian. De pronto vió á Thenardier, y entró bruscamente con Cosette en una espesura, donde los dos podian ocultarse.

—¡Diantre! dijo Thenardier, y redobló el paso.

La espesura de la maleza le habia obligado á acercarse á ellos. Cuando el hombre estuvo en lo mas espeso, se volvió. Thenardier procuró ocultarse entre las ramas, pero no pudo impedir que le viese

Digitized by Google

el hombre. Este le echó una mirada inquieta, despues se encogió de hombros, y continuó su camino. El bodegonero se puso á seguirle. Asi anduvieron doscientos ó trescientos pasos. De pronto el hombre volvió la cara atrás, y vió al bodegonero. Pero esta vez le miró con aire tan sombrío, que Thenardier juzgó «inútil» ir mas adelante, y se volvió á su casa.

Digitized by Google

XI.

VUELVE A APARECER EL NUMERO 9,430 Y COSETTE LO GANA A LA LOTERIA.

Juan Valjean no habia muerto.

Al caer al mar, ó por mejor decir, al arrojarse á él, estaba como se ha visto sin cadena ni grillos. Nadó entre dos aguas hasta llegar á un buque anclado, al cual habia amarrada una barca, y halló medio de ocultarse en esta embarcacion hasta que llegó la noche. Entonces se echó á nadar de nuevo, y saltó á tierra á poca distancia del cabo Brun. Allí, como no le faltaba dinero, pudo proporcionarse un traje en una taberna de las cercanías de Balaguier, que era á la sazon el vestuario comun de los presidiarios escapados, especulacion lucrativa. Luego, como todos esos fugitivos que tratan de burlar la vigilancia de la ley y la fatalidad social, siguió un itinerario oscuro y tortuoso. Halló primero asilo en los Pradeaux, cerca de Beausset; despues se dirigió hácia el Grand-Villard, cerca de Brianzon, en los Altos-Alpes: fuga oscura y zozobrosa por caminos de topos, cuyos ramales son desconocidos. Despues se pudo encontrar alguna huella de su paso por el Ain, en el territorio de Civrieux, por los Pirineos en Accons, en el sitio llamado la Granja de Doumecq, junto al caserío de Chavailles, y por las cercanías de Peri-

Digitized by Google

Digitized by Google

LLEGADA DE JUAN VALJEAN Y COSETTE A PARIS.

Digitized by Google

gueux, en Bruines, canton de la Chapelle-Fonaguet. Asi llegó á París, y le acabamos de ver en Montfermeil.

Su primer cuidado, al llegar á París, fue comprar vestidos de luto para una niña de siete años, y luego buscó una habitacion. Hecho esto, fué á Montfermeil.

Se recordará que ya en su primera evasion habia hecho por allí, ó por las inmediaciones, un viaje misterioso, del cual la justicia tuvo algun indicio.

Por lo demás, se le creia muerto, circunstancia que espesaba en cierto modo la oscuridad que lo envolvia. En París llegó á su poder uno de los periódicos que consignaban el hecho, con lo cual se sintió mas tranquilo, y casi en paz, como si hubiese muerto realmente.

La noche misma del dia en que sacó á Cosette de las garras de los Thenardier, entró en París, á donde llegó á la caida de la noche con la niña por la barrera de Monceaux. Allí subió á un coche de alquiler, que le llevó hasta la esplanada del Observatorio. Bajó, pagó al cochero, tomó á Cosette de la mano, y ambos, en medio de la oscuridad de la noche, por las desiertas calles inmediatas al Ourcine y la Glaciere, se dirigieron hácia el boulevard del Hospital.

El dia habia sido estraño y de muchas emociones para Cosette; habian comido detrás de los vallados pan y queso, comprados en bodegones fuera del camino; habian cambiado de carruaje muchas veces, y habian andado varios trozos de camino á pie. No se quejaba, pero estaba cansada, y Juan Valjean advirtió en su mano que la pobre niña tiraba de él al andar; entonces la tomó á cuestas; Cosette, sin soltar á Catalina, colocó su cabeza sobre el hombro de Juan Valjean, y se durmió.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO CUARTO.

LA CASA DE GORBEAU.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

MAESE GORBEAU.

El paseante solitario que hace cuarenta años se aventuraba á ir por los barrios perdidos de la Salpetriere, y á subir por el boulevard hasta la barrera de Italia, llegaba á sitios donde se hubiese podido decir que desaparecia París. Aquellos sitios no estaban desiertos, porque habia transeuntes; no eran campo, porque habia calles y casas; no eran una ciudad, porque las calles tenian baches como las carreteras, y en ellas brotaba la yerba; no eran una aldea, porque las casas tenian mucha elevacion. ¿Qué eran, pues? Eran parajes habitados, donde no habia nadie; eran lugares desiertos, donde habia gente; eran un boulevard de la gran ciudad, una calle de París, mas pavorosa por la noche que una selva; mas triste por el dia que un cementerio.

Eran el barrio antiguo del Mercado de Caballerías.

Si se arriesgaba el paseante á ir mas allá de las cuatro paredes caducas de este Mercado; si consentia siquiera en pasar de la calle del Petit-Banquier; despues de haber dejado á su derecha un corral cerrado por altas tapias; luego un prado donde se elevaban montones de materias curtientes, parecidos á barracas de castores gigantescos; luego una cerca llena de madera de construccion con montones de troncos, aser-

Digitized by Google

raduras y virutas, sobre las cuales ladraba un enorme perro; luego una larga tapia baja, toda arruinada, con una puertecita negra y enlutada, llena de musgo, que se llenaba de flores en la primavera; luego, en fin, en lo mas desierto, un horrible y decrépito edificio, en cuya fachada se leia en letras gordas: SE PROHIBE PONER CARTELES; ese paseante aventurero llegaba á la esquina de la calle de las Vignes-Saint-Marcel, latitudes poco conocidas. Allí, junto á una ferrería, y entre dos tapias de jardin, se veia en aquel tiempo una casa que, á la primera ojeada, parecia pequeña como una choza, y que en realidad era grande como una catedral. La fachada que daba á la via pública correspondia á la parte lateral del edificio, y de ahí su exigüidad aparente. Casi toda la casa estaba oculta. Solo se veian la puerta y una ventana.

Esta casa no tenia mas que un piso.

Al examinarla, lo que ante todo llamaba la atencion, era que aquella puerta no habia podido ser nunca mas que la puerta de un tabuco, mientras que la ventana, si hubiese estado abierta en la misma piedra, en vez de estarlo en el ripio, hubiera podido ser la ventana de un palacio.

La puerta no era sino un conjunto de tablas carcomidas, groseramente unidas por medio de travesaños, parecidos á pedazos de leño mal cuadrados. Esta puerta daba á una escalera áspera, con escalones altos, llenos de fango, de yeso y de polvo, y de la misma anchura que ella; escalera que se veia desde la calle subir recta como una escala, y desaparecer en la sombra entre dos paredes. El dintel informe de esta puerta estaba cubierto de una estrecha tabla, en medio de la cual se habia abierto un agujero triangular, que servia juntamente de tragaluz y ventanillo cuando la puerta estaba cerrada. En el hueco que formaba esta última, se habia trazado con tinta y en dos brochazos el número 52, y encima del ventanillo el mismo pincel habia borrajeado el número 50; de suerte, que el transeunte no sabia á punto fijo dónde estaba. Si miraba al dintel de la puerta creia hallarse en el número 50; si miraba al hueco interior, veia el número 52. Varios trapos indefinibles de color de polvo pendian como colgaduras del agujero triangular.

La ventana era ancha y bastante alta, y estaba adornada de persianas y vidrieras de grandes cristales cuadrados; solo que estos cristales tenian varias heridas, que se ocultaban y se mostraban á un mismo

Digitized by Google

tiempo por medio de un vendaje ingenioso de papel; y las persianas, dislocadas y desunidas, mas amenazaban á los transeuntes que resguardaban á los inquilinos. Faltaban en varios sitios las tablillas horizontales, cándidamente reemplazadas por tablas clavadas en posicion perpendicular; de modo que aquel objeto comenzaba siendo persiana, y concluia por ser postigo.

Aquella puerta, que tenia un aspecto inmundo, y aquella ventana, que tenia un aspecto decente, aunque deteriorada, vistas asi en la misma casa, producian el efecto de dos mendigos desiguales que fuesen juntos y marchasen uno al lado de otro, con dos trazas diferentes bajo iguales harapos, habiendo sido uno siempre mendigo, y el otro en sus tiempos caballero.

La escalera conducia á un cuerpo de edificio muy vasto que se parecia á un cobertizo del cual hubieran hecho una casa. Este edificio tenia por tubo intestinal un largo corredor, limitado á derecha é izquierda por habitaciones de dimensiones diversas, las cuales, rigorosamente hablando, podian llamarse habitables, y eran mas parecidas á tiendas que á celdas. Estos cuartos recibian la luz de los solares de las inmediaciones. Todos eran oscuros, pálidos, tristes, melancólicos, sepulcrales, y todos recibian rayos frios de luz, ó helados vientos, segun las hendiduras estaban en el techo ó en la puerta. Una particularidad interesante y pintoresca de este género de habitaciones, es la enorme magnitud de las arañas.

A la izquierda de la puerta de entrada, que daba al boulevard, y á la altura de un hombre, una buhardilla que se habia tapiado, formaba un nicho cuadrado lleno de piedras que los chicos arrojaban al pasar por allí.

Una parte de este edificio ha sido demolida últimamente; mas por lo que hoy queda de él, se puede juzgar de lo que ha sido. El todo, en su conjunto, solo tendrá unos cien años: cien años son la juventud de una iglesia y la vejez de una casa. Parece que la habitacion del hombre participa de su brevedad, y la casa de Dios de su eternidad.

Los carteros llamaban á este edificio el número 50-52; pero en el barrio era conocido con el nombre de casa de Gorbeau.

Espliquemos la procedencia de este nombre.

Los compiladores de sucesos menudos, que se hacen herborizantes de

Digitized by Google

anécdotas, y que fijan con un alfiler en su memoria las fechas fugaces, saben que habia en París, en el último siglo, hácia el año 1770, dos procuradores del Chatelet, llamados el uno Corbeau, y el otro Renard: dos nombres previstos en sus fábulas por Lafontaine (1). La ocasion era demasiado buena para no dar lugar á la burla y la chacota. La parodia corrió en seguida por las galerías del Palacio de Justicia, aunque en versos algo cojos:

De un proceso en la rama,
muy ufano y contento,
ejecutoria en pico
estaba el señor Cuervo.
Del olor atraido
un Zorro muy maestro.... etc. (2).

Los dos honrados agentes, incomodados por los epígramas, y heridos en su vanidad por las risotadas que por do quiera los seguian, resolvieron desembarazarse de sus apellidos, y tomaron el partido de dirigirse al rey. La súplica fue presentada á Luis XV, en ocasion en que dos altos personajes, devotamente arrodillados, calzaban cada uno con una chinela, en presencia de S. M. los pies desnudos de la Dubarry al salir del lecho.

El rey, que estaba risueño, continuó riendo: pasó naturalmente de los dos personajes que la crónica menciona á los dos curiales, é hizo á ambos gracia de sus nombres, ó poco menos. S. M. permitió á maese Corbeau que añadiera una cola á su inicial, y se llamara maese Gorbeau: en cuanto á maese Renard, fue menos feliz; no pudo obtener sino la licencia de poner una P delante de su R, y llamarse Prenard; de suerte que el segundo nombre no se prestaba menos al epígrama que el primero (3).

Ahora bien: segun la tradicion local, maese Gorbeau habia sido propietario del edificio número 50-52 del boulevard del Hospital, y aun era el autor de la ventana monumental.

De ahí el haberle puesto el nombre de casa de Gorbeau.

(1) *Corbeau* significa cuervo, y *Renard* zorro.

(2) El lector recordará que Samaniego tradujo esta fábula de Lafontaine en versos parecidos.

(3) Prenard puede traducirse *tomador*.

Digitized by Google

Frente al número 50-52 descollaba entre las plantaciones del boulevard, un gran olmo, muerto en sus tres cuartas partes; casi en frente empezaba la calle de la barrera de los Gobelinos, calle entonces sin casas ni empedrado, plantada de árboles mezquinos, verde ó fangosa, segun la estacion, y que iba á salir justamente al muro que rodeaba á París. De los tejados de una fábrica inmediata salian bocanadas de humo que despedian un olor de caparrosa.

La barrera estaba muy cerca. En 1823, el muro que cerraba el recinto de París, existia aun.

La barrera misma suscitaba en el ánimo ideas funestas: era el camino de Bicetre. En tiempo de la Restauracion y del Imperio volvian á entrar en París por allí los condenados á muerte el dia de la ejecucion. Allí fue donde en 1829 se cometió el misterioso asesinato llamado de «la barrerra de Fontainebleau,» cuyos autores no pudo descubrir la justicia: problema fúnebre que ha permanecido envuelto en las sombras del misterio; enigma horrible que no se ha descifrado. Algunos pasos mas allá se encuentra la calle fatal de Croulebarbe, donde Ulbach dió de puñaladas á la cabrera de Yvry en medio del ruido del trueno como en un melodrama. Poco mas adelante se llega á los abominables olmos descabezados de la barrera de Saint-Jacques, ese espediente de los filántropos para ocultar el suplicio; esa mezquina y vergonzosa plaza de Greve, compuesta de una sociedad tenderil y de ideas medianas, que ha retrocedido ante la pena de muerte, no atreviéndose, ni á abolirla con grandeza, ni á conservarla con autoridad.

Hace treinta y siete años, prescindiendo de la plaza de Saint-Jacques, que estaba como predestinada, y que ha sido siempre horrible, el punto mas triste tal vez de todo ese triste boulevard, era el sitio, tan poco atractivo aun hoy, donde se hallaba la casa número 50-52.

Las casas de la clase media no empezaron á edificarse allí hasta veinticinco años despues. El sitio era lúgubre: por las ideas fúnebres que despertaba, el transeunte conocia que se hallaba entre la Salpetriere, cuya cúpula veia, y Bicetre, cuya barrera casi tocaba; es decir, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. Por lejos que la vista se estendiese, no se veian mas que los mataderos, el muro de circunvalacion y algunas raras fachadas de fábricas parecidas á cuarteles ó á monasterios; por todas partes barracas y casucas de yeso, paredes negras como mor-

Digitized by Google

tajas, ó nuevas y blancas como sudarios; por todas partes hileras de árboles paralelos, edificios tirados á cordel, construcciones uniformes, largas líneas frias, y la tristeza lúgubre de los ángulos rectos, sin que interrumpiese esta monotonía, ni un accidente del terreno, ni un capricho de arquitectura, ni un pliegue. Era un conjunto glacial, regular, odioso. Nada oprime tanto el corazon como la simetría; y es que la simetría es el fastidio, y el fastidio es el fondo mismo del pesar: la desesperacion bosteza. Se puede soñar una cosa aun mas terrible que un infierno donde se padezca, y es un infierno donde el condenado se aburra. Si existiese semejante infierno, aquel trozo del boulevard del Hospital habria podido ser el camino por donde se entrase en él. Sobre todo, al caer la noche, en el momento en que la claridad desaparece, en el invierno especialmente, á la hora en que el cierzo crepuscular arranca de los olmos sus últimas hojas amarillas, cuando la oscuridad es profunda y no hay una estrella, ó cuando la luna y el viento forman claros en las nubes, aquel boulevard era espantoso. Las líneas negras se internaban y se perdian en las tinieblas como si fueran infinitas; y al pasar, no podian menos de recordarse las innumerables tradiciones patibularias de aquel sitio. La soledad del barrio, donde se habian cometido tantos crímenes, tenia algo de horrible. El transeunte creia presentir lazos tendidos en la oscuridad; todas las formas confusas de la sombra parecian sospechosas; y las largas zanjas cuadradas que se veian entre cada árbol parecian sepulturas abiertas. De dia el conjunto era feo; á la caida de la tarde, era lúgubre; de noche siniestro.

En el verano, á la hora del crepúsculo, veíanse acá y allá algunas ancianas sentadas al pie de los olmos, en bancos enmohecidos por las lluvias. Aquellas buenas viejas mendigaban cuando veian la ocasion.

Por lo demás, el barrio, que parecia mas bien aviejado que antiguo, propendia ya desde aquella época á trasformarse, y era preciso que se apresurase á verle el que quisiera examinar su estado; porque cada dia desaparecia algun detalle de este conjunto. Hoy, y desde hace veinte años, la estacion del ferro-carril de Orleans está al lado de este arrabal viejo, é influye en su situacion; pues una estacion de ferro-carril, donde quiera que se sitúe, produce la muerte de un arrabal, y da nacimiento á una ciudad. Parece que alrededor de esos grandes cen-

Digitized by Google

tros del movimiento de los pueblos, al rodar de esas poderosas máquinas, al soplo de esos monstruosos caballos de la civilizacion, que comen carbon y vomitan fuego, la tierra, llena de gérmenes, tiembla y se abre para absorber las antiguas moradas de los hombres, y dejar salir las modernas. Las casas viejas se hunden, y surgen las nuevas.

Desde que la estacion del ferro-carril de Orleans ha invadido los terrenos de la Salpetriere, las antiguas calles estrechas inmediatas á los Fossés-Saint-Victor y al Jardin Botánico se bambolean, atravesadas violentamente tres ó cuatro veces al dia por esas corrientes de diligencias, de coches y de ómnibus, que al cabo de cierto tiempo hacen retroceder las casas á derecha é izquierda; porque hay cosas que parecen paradójicas, y que son rigorosamente exactas; y asi como puede decirse con exactitud que en las grandes ciudades el sol hace vegetar y crecer las fachadas de las casas al Mediodia, del mismo modo puede afirmarse con verdad, que el paso frecuente de los carruajes ensancha las calles. Los síntomas de una vida nueva son allí evidentes. En aquel barrio provinciano y anticuado, y en sus mas desiertas sinuosidades, empieza á verse el empedrado; y las aceras comienzan á asomar y á alargarse, hasta en sitios por donde no pasa nadie todavía. Una mañana, mañana memorable, en julio de 1845, viéronse humear allí de pronto las negras calderas del asfalto; puede decirse que aquel dia la civilizacion habia llegado á la calle del Ourcine, y que París habia entrado en el arrabal de San Marcelo.

Digitized by Google

II.

NIDO PARA BUHO Y CURRUCA.

Delante de la casa de Gorbeau fue donde se detuvo Juan Valjean. Como las aves bravías, habia elegido aquel sitio desierto para hacer en él su nido.

Buscó en el bolsillo del leviton y sacó una especie de llave maestra; abrió la puerta, entró, la cerró luego con cuidado, y subió la escalera con Cosette á cuestas.

En lo alto de la escalera sacó de su bolsillo otra llave, con la que abrió otra puerta. El cuarto donde entró, y que volvió á cerrar en seguida, era una especie de desvan bastante espacioso, amueblado con una mesa, algunas sillas, y un colchon en el suelo. En un rincon habia una estufa encendida, y cuyas ascuas se veian. El reverbero del boulevard alumbraba vagamente esta pobre habitacion. En frente de la puerta habia un gabinete con una cama de tijera. Juan Valjean puso á la niña en este lecho, colocándola en él sin despertarla.

Echó yescas y encendió una vela de sebo: todo estaba sobre la mesa preparado de antemano: y como lo habia hecho la víspera, se puso á contemplar á Cosette con una mirada estática, donde la espresion de bondad y de ternura llegaba hasta el estravío. La niña, con esa con-

Digitized by Google

fianza tranquila que solo pertenece á la fuerza estrema, y á la estrema debilidad, se habia dormido sin saber con quién estaba, y continuaba durmiendo sin saber dónde se hallaba.

Inclinóse Juan Valjean, y besó la mano de la niña.

Nueve meses antes habia besado la mano de la madre, que tambien acababa de dormirse.

El mismo sentimiento doloroso, religioso, punzante, llenaba su corazon.

Arrodillóse junto á la cama de Cosette.

Era ya muy de dia, y la niña dormia aun. Un pálido rayo del sol de diciembre entraba por la ventana del desvan, esparciendo por el techo rayos de sombra y de luz. De pronto, una carreta de cantero muy cargada que pasaba por la calzada del boulevard conmovió el caseron como si fuera un largo trueno, y le hizo temblar de arriba á abajo.

—¡Sí señora! gritó Cosette despertándose sobresaltada; ¡allá voy! ¡allá voy!

Y se arrojó de la cama, con los párpados medio cerrados aun con la pesadez del sueño, estendiendo los brazos hácia el rincon de la pared.

—¡Ah, Dios mio! Mi escoba, dijo.

Abrió del todo los ojos, y vió el rostro risueño de Juan Valjean.

—¡Ah! ¡calla! ¡es verdad! dijo la niña. Buenos dias, señor.

Los niños aceptan inmediatamente y con toda familiaridad la alegría y la dicha, siendo ellos mismos naturalmente dicha y alegría.

Cosette vió á Catalina al pie de su cama, se apoderó de ella, y mientras jugaba, hacia cien preguntas á Juan Valjean:—¿Dónde estaba?—¿Era grande París?—¿Estaba muy lejos la señora Thenardier?—¿Volveria á verla? etc., etc. De pronto esclamó:—¡Qué bonito es esto!

Era un horrible zaquizamí; pero la niña se veia libre.

—¿Tengo que barrer? preguntó al fin.

—Juega, dijo Juan Valjean.

El dia se pasó asi. Cosette, sin inquietarse, aunque no comprendia nada de lo que pasaba por ella, se consideraba inesplicablemente feliz entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

Digitized by Google

III.

DOS DESGRACIAS ENTRELAZADAS PRODUCEN FELICIDAD.

Al dia siguiente, al amanecer, hallábase otra vez Juan Valjean junto al lecho de Cosette. Allí esperaba, inmóvil, mirándola despertar.

En su alma entraba una cosa nueva.

Juan Valjean no habia amado nunca. Hacia veinticinco años que estaba solo en el mundo. Jamás habia sido padre, amante, marido, ni amigo. En presidio era malo, sombrío, casto, ignorante, feroz. El corazon del viejo presidiario estaba lleno de virginidad. Su hermana, y los hijos de su hermana no le habian dejado mas que un recuerdo vago y lejano que habia concluido por desvanecerse casi enteramente. Habia hecho todos sus esfuerzos por volver á hallarlos, y no habiéndolo conseguido, los habia olvidado. La naturaleza humana es asi. Si tuvo las otras emociones tiernas de su juventud, habian caido en un abismo.

Cuando vió á Cosette, cuando la hubo cogido y libertado, sintió que se estremecian sus entrañas. Todo lo que en ellas habia de apasionado y de afectuoso se despertó en él, y fué á parar á esta niña. Iba junto á la cama donde estaba durmiendo, y temblaba de alegría; sentia arranques de madre, y no sabia lo que eran; porque es una cosa

Digitized by Google

muy oscura y muy dulce ese grande y estraño movimiento de un corazon que se pone á amar.

¡Pobre corazon, viejo y enteramente nuevo al mismo tiempo!

Solo que como tenia cincuenta y cinco años y Cosette tenia ocho, todo el amor que hubiese podido tener en su vida se fundió en una especie de claridad inefable.

Era la segunda aparicion cándida que encontraba. El obispo habia hecho levantarse en su horizonte el alba de la virtud; Cosette hacia salir en él el alba del amor.

Los primeros dias pasaron en este deslumbramiento.

Cosette por su parte se volvia tambien otra, ¡aunque sin saberlo el pobre ser! Era tan pequeña cuando la dejó su madre, que ya no se acordaba de ella. Como todos los niños, semejantes al retoño nuevo de la vid que se agarra á todo, habia intentado amar, pero no habia podido conseguirlo. Todos la habian rechazado; los Thenardier, sus niñas y otros niños. Habia querido al perro, y el perro habia muerto; despues no la habia querido nadie, ni nada. Cosa lúgubre de decir, y que ya hemos indicado. A los ocho años tenia el corazon frio. No era culpa suya, pues que no era la facultad de amar lo que le faltaba; ¡ay! era la posibilidad. Asi, desde el primer dia se puso á amar á aquel hombre con todas las facultades de su alma. Sentia lo que jamás habia sentido, una espansion de ánimo estraordinaria.

El buen hombre no le parecia ya viejo ni pobre. Creia á Juan Valjean hermoso, asi como le habia parecido lindo el desvan.

Estos son efectos de la aurora, de la infancia, de la juventud, de la alegría. La novedad de la tierra y de la vida contribuye tambien á ellos en cierto modo. Nada es tan encantador como el reflejo coloreante de la dicha en un desvan. Nosotros todos tenemos tambien en nuestro pasado un desvan azul.

La naturaleza, y cincuenta años de intervalo, habian establecido una separacion profunda entre Juan Valjean y Cosette; esta separacion la borró el destino. El destino unió bruscamente y enlazó con su irresistible poder aquellas dos existencias desarraigadas, diferentes por la edad, y parecidas por la desgracia. En efecto, una completaba la otra. El instinto de Cosette buscaba un padre, como el instinto de Juan Valjean buscaba una hija. Ponerse en contacto, fue hallarse mutuamente.

Digitized by Google

En el momento misterioso en que se tocaron sus dos manos, se soldaron. Cuando se vieron estas dos almas, se reconocieron como necesarias la una para la otra, y se abrazaron estrechamente.

Tomando las palabras en un sentido mas comprensivo y absoluto, podria decirse que separados de todo por muros de tumba, Juan Valjean era el viudo, asi como Cosette era la huérfana. Esta situacion hizo que Juan Valjean viniese á ser de un modo celeste el padre de Cosette.

Y en verdad, la impresion misteriosa producida en Cosette, en el fondo del bosque de Chelles, por la mano de Juan Valjean cogiendo la suya en la oscuridad, no era una ilusion, sino una realidad. La entrada de aquel hombre en el destino de esta niña era la llegada de Dios.

Por lo demás, Juan Valjean habia escogido bien su asilo. Estaba allí en una seguridad que podia parecer completa.

El cuarto con gabinete que ocupaba con Cosette, era aquel cuya ventana daba al boulevard. Como en la casa no habia mas que esta ventana, no era de temer que los vecinos mirasen ni por un lado ni por otro.

El piso bajo del número 50-52, especie de tejadillo medio derruido, servia de cuadra á hortelanos, y no tenia comunicacion alguna con el primer piso. Estaba separado de él por el techo, que no tenia, ni trampa, ni escalera, y que era como el diafragma de la casa. El primer piso contenia, como ya hemos dicho, muchos cuartos y algunos desvanes, de los cuales uno solo estaba ocupado por una vieja que cuidaba la habitacion de Juan Valjean. Todo lo demás estaba deshabitado.

Esta vieja, adornada con el nombre de *inquilina principal*, y en realidad encargada de las funciones de portera, era quien le habia alquilado la habitacion el dia de Navidad. Habíase dado á conocer por un rentista arruinado por los bonos de España, que iba á vivir allí con su nieta. Habia pagado anticipadamente seis meses, y encargado á la vieja que amueblase el cuarto y el gabinete como hemos visto. Esta buena mujer fue la que encendió la estufa y preparó todo la noche de su llegada.

Pasaron las semanas. Los dos seres llevaban en aquel miserable desvan una existencia feliz.

Desde el amanecer poníase Cosette á reir, á charlar y á cantar. Los niños tienen su canto de la mañana como los pájaros.

Digitized by Google

Sucedia algunas veces que Juan Valjean le tomaba sus manitas encarnadas y acribilladas de sabañones, y las besaba. La pobre niña, acostumbrada solo á llevar golpes, no sabia lo que esto queria decir, y se retiraba toda avergonzada.

Algunos momentos quedábase séria y pensativa, y examinaba su vestidito negro. Cosette no vestia ya harapos; vestia de luto. Salia de la miseria y entraba en la vida.

Juan Valjean se habia puesto á enseñarla á leer. Algunas veces, sin dejar de hacer deletrear á la niña, pensaba que habia aprendido á leer en el presidio con la idea de hacer mal. Esta idea se habia convertido en la de enseñar á leer á una niña. Entonces, el viejo presidiario se sonreia con la sonrisa pensativa de los ángeles.

Veia en esto una premeditacion del cielo, una voluntad de alguno que no es el hombre, y se perdia en meditaciones. Los pensamientos buenos tienen sus abismos como los malos.

Enseñar á leer á Cosette y dejarla jugar: tal era poco mas ó menos toda la vida de Juan Valjean. Y luego le hablaba de su madre, y la hacia rezar.

Cosette le llamaba *padre*, y no sabia llamarle con otro nombre.

Pasaba las horas mirándola vestir y desnudar su muñeca, y oyéndola gorjear. A la sazon se le presentaba la vida llena de interés, los hombres le parecian buenos y justos, no acusaba á nadie en su pensamiento, y no veia ninguna razon para no envejecer hasta una edad muy avanzada, ya que aquella niña le amaba. Veia delante de sí todo un porvenir alumbrado por Cosette, como por una hermosa luz. Los hombres mejores no están exentos de un pensamiento egoista; y asi en algunos momentos, Juan Valjean pensaba, con una especie de júbilo, que Cosette seria fea.

Esta no es mas que una opinion personal; pero si hemos de decir todo nuestro pensamiento, en la situacion á que habia llegado Juan Valjean, cuando se puso á amar á Cosette, no está probado que no tuviese necesidad de este refuerzo para perseverar en el bien. Acababa de ver bajo nuevos aspectos la maldad de los hombres y la miseria de la sociedad, aspectos incompletos, y que no mostraban fatalmente sino un lado de la verdad: la suerte de la mujer resumida en Fantina, la autoridad pública personificada en Javert. Esta vez habia vuelto á presidio

Digitized by Google

por haber hecho bien; habia devorado nuevas amarguras; la repugnancia y el cansancio se apoderaban de él; el recuerdo mismo del obispo llegaba á eclipsarse un momento, si bien luego volvia á aparecer mas luminoso y triunfante; pero en fin, este recuerdo sagrado se debilitaba. ¿Quién sabe si Juan Valjean no estaba en vísperas de desanimarse, y de volver á caer? Amó, y recobró las fuerzas. ¡Ay! no era menos débil que Cosette. La protegió y ella le fortaleció. Gracias á él, Cosette pudo marchar por la senda de la vida; gracias á ella, pudo él continuar en el camino de la virtud. Fue el sosten de aquella niña, y la niña fue su punto de apoyo. ¡Oh misterio insondable y divino de los equilibrios del destino!

Digitized by Google

IV.

LAS OBSERVACIONES DE LA INQUILINA PRINCIPAL.

Juan Valjean tenia la prudencia de no salir nunca de dia. Todas las tardes, al oscurecer, se paseaba una ó dos horas, algunas veces solo, otras con Cosette, buscando las calles de árboles apartadas de los boulevares mas solitarios, y entrando en las iglesias á la caida de la noche. Iba con mucho gusto á San Medardo, que era la iglesia mas inmediata. Cuando no se llevaba á Cosette, quedábase esta con la vieja; pero la alegría de la niña era salir con el buen hombre. Hasta preferia una hora con él á todas las conversaciones con Catalina. Juan Valjean la llevaba de la mano diciéndole cosas dulces.

Asi es que Cosette estaba muy alegre.

La vieja cuidaba la casa y la cocina, y tenia cuidado de ir por las provisiones.

Vivian sóbriamente, teniendo siempre un poco de fuego, pero como personas muy necesitadas. Juan Valjean no habia cambiado nada de los muebles del primer dia; únicamente habia hecho reemplazar la puerta vidriera del gabinete de Cosette por otra de madera.

Continuaba con su leviton amarillo, su calzon negro y su sombrero viejo. En la calle se le tomaba por un pobre. Sucedia algunas veces que

Digitized by Google

algunas mujeres caritativas se volvian y le daban un sueldo: Juan Valjean recibia el sueldo y hacia un saludo profundo. Sucedia en otras ocasiones tambien que encontraba á algun mendigo pidiendo limosna; entonces miraba hácia atrás por si le veia alguien, se acercaba furtivamente al desgraciado, le ponia en la mano una moneda, muchas veces de plata, y se alejaba rápidamente. Esto tenia sus inconvenientes. En el barrio se le empezaba á conocer con el nombre de *el mendigo que da limosna.*

La *inquilina principal*, vieja ceñuda, y que miraba al prójimo con toda la atencion de los envidiosos, examinaba mucho á Juan Valjean sin que este lo sospechase. Era algo sorda, lo cual la hacia habladora. Solo le quedaban dos dientes, uno arriba y otro abajo, que siempre tropezaban uno con otro. Habia hecho mil preguntas á Cosette, que no sabiendo nada, solo habia podido decir que venia de Montfermeil. Una mañana, la vieja, que estaba acechando, vió entrar á Juan Valjean en una de las habitaciones deshabitadas de la casa con un aire, que á ella le pareció particular. Siguióle á paso de gata vieja, y pudo observarle, sin ser vista, por las rendijas de la puerta. Juan Valjean, sin duda para mayor precaucion, se habia puesto de espaldas á esta puerta. La vieja le vió echar mano al bolsillo y sacar un estuche, hilo y tijeras; despues se puso á descoser el forro de uno de los faldones de su leviton, y sacó de allí un pedazo de papel amarillento que desdobló. La vieja notó con asombro que era un billete de mil francos. Era el segundo ó tercero que veia desde que estaba en el mundo. Echó á huir espantada.

Un momento despues Juan Valjean se llegó á ella, y la rogó que fuera á cambiar el susodicho billete de mil francos, añadiendo que era el semestre de su renta que habia cobrado la víspera.—¿En dónde? pensó la vieja. No ha salido hasta las seis de la tarde, y la caja del gobierno no está abierta á esa hora ciertamente. La vieja fué á cambiar el billete haciendo sus conjeturas. El billete de mil francos, comentado y multiplicado, produjo infinidad de conversaciones y de esclamaciones entre las comadres de la calle de las Vignes-Saint-Marcel.

En uno de los dias siguientes, sucedió que Juan Valjean, en mangas de camisa, se puso á serrar madera en el corredor. La vieja estaba arreglando la habitacion de este. Se hallaba sola; Cosette estaba ocupada en admirar la madera que se aserraba; la vieja vió el leviton colgado de un clavo, y lo escudriñó. El forro habia sido vuelto á coser. La buena

Digitized by Google

mujer lo palpó con atencion, y creyó sentir entre el forro y el paño como papeles doblados. ¡Sin duda otros billetes de mil francos!

Notó además que habia muchas clases de cosas en los bolsillos: no solo las agujas, las tijeras y el hilo, que habia visto, sino una cartera muy abultada, un cuchillo muy grande, y—detalle sospechoso—muchas pelucas de varios colores; cada bolsillo del leviton parecia contener diferentes objetos para acontecimientos imprevistos.

Los habitantes de la casa llegaron asi á los últimos dias del invierno.

Digitized by Google

V.

UNA MONEDA DE CINCO FRANCOS QUE CAE AL SUELO HACE RUIDO.

Habia cerca de San Medardo un pobre que se sentaba sobre el brocal de un pozo de vecindad cegado, y á quien Juan Valjean daba limosna con frecuencia. No habia vez que pasara por delante de aquel hombre que no le diera algun sueldo, y en ocasiones entraba en conversacion con él. Los envidiosos de aquel pobre decian que era *de la policía*.

Era un viejo de setenta y cinco años, que habia sido pertiguero y siempre estaba murmurando oraciones.

Una noche que Juan Valjean pasaba por allí, y que no llevaba consigo á Cosette, vió al mendigo en su puesto ordinario, debajo del farol que acababan de encender. El hombre, como siempre, parecia rezar, y estaba todo encorvado; Juan Valjean se llegó á él y le puso en la mano la limosna de costumbre. El mendigo levantó bruscamente los ojos, miró con fijeza á Juan Valjean, y despues bajó rápidamente la cabeza. Este movimiento fue como un relámpago; Juan Valjean se estremeció. Parecióle que acababa de entrever á la luz del farol, no el rostro plácido y beato del viejo pertiguero, sino un semblante espantoso y conocido. Recibió una impresion igual á la que habria tenido al hallarse de pronto en la oscuridad frente á frente con un tigre. Retrocedió ater-

Digitized by Google

rado y petrificado, no atreviéndose á respirar, ni á hablar, ni á quedarse, ni á huir, examinando al mendigo que habia bajado la cabeza cubierta con un harapo, y parecia ignorar que el otro estuviese allí. En aquel momento estraño, un instinto, tal vez el instinto misterioso de la conservacion, hizo que Juan Valjean no pronunciase una palabra. El mendigo tenia la misma estatura, los mismos harapos, la misma apariencia que todos los dias.—¡Bah! dijo Juan Valjean, estoy loco, sueño, ¡es imposible!—Y entró en su casa profundamente turbado.

Apenas se atrevia á confesarse á sí mismo que el rostro que habia creido ver era el de Javert.

Por la noche, pensando en ello, sintió no haber preguntado al hombre para obligarle á levantar la cabeza por segunda vez.

Al anochecer del otro dia volvió allí. El mendigo estaba en su puesto.—Dios os guarde, buen hombre, dijo resueltamente Juan Valjean dándole un sueldo. El mendigo levantó la cabeza, y respondió con voz doliente:—Gracias, mi buen señor.—Era realmente el viejo pertiguero.

Juan Valjean se tranquilizó del todo. Se echó á reir.—¿De dónde diablos he sacado que ese hombre pudiera ser Javert? dijo. Vaya, vaya; ¿voy á ver ahora visiones?—Y no pensó mas en ello.

Algunos dias despues, serian las ocho de la noche, estaba en su cuarto y hacia deletrear á Cosette en voz alta, cuando oyó abrir y despues volver á cerrar la puerta de la casa. Esto le pareció singular. La vieja, única persona que vivia allí con él, se acostaba siempre temprano para no encender luz. Juan Valjean hizo señas á Cosette para que callara. Oyó que subian la escalera: en rigor podia ser la vieja que se habria puesto mala y habria ido á la botica. Juan Valjean escuchó. Los pasos eran pesados, y sonaban como los de un hombre; pero la vieja gastaba zapatos gordos, y nada se parece tanto á los pasos de un hombre como los de una vieja. Sin embargo, Juan Valjean dió un soplo á la luz.

Habia enviado á Cosette á que se acostase, diciéndole en voz baja: —«Acuéstate muy quedito;» y mientras la besaba en la frente, los pasos se habian detenido. Juan Valjean permaneció en silencio, inmóvil, vuelto de espaldas á la puerta, sentado en su silla, de la que no se habia movido, y conteniendo su respiracion en la oscuridad. Al cabo de bastante tiempo, no oyendo ya nada, volvióse sin hacer ruido, y al alzar

Digitized by Google

la vista hácia la puerta de su cuarto, vió una luz por el ojo de la llave. La luz formaba una especie de estrella siniestra en la parte oscura de la puerta y de la pared. Evidentemente habia allí alguno que tenia una luz en la mano, y escuchaba.

Pasaron algunos minutos y la luz desapareció. Solamente que no oyó ruido de pasos, lo que parecia indicar que el que habia ido á escuchar á la puerta se habia quitado los zapatos.

Juan Valjean se echó en la cama vestido, y en toda la noche pudo cerrar los ojos.

Al amanecer, cuando estaba casi aletargado de cansancio, fue despertado por el ruido de una puerta que se abria en alguna buhardilla del fondo del corredor; y despues oyó los mismos pasos del hombre que la víspera habia subido la escalera. Los pasos se acercaban. Echóse de la cama abajo y aplicó un ojo á la cerradura, que era bastante grande, esperando ver al paso al ser que en la noche anterior se habia introducido en la casa, y habia escuchado á su puerta. En efecto, era un hombre, que pasó, pero esta vez sin detenerse, por delante del cuarto de Juan Valjean. El corredor estaba demasiado oscuro todavía para que se pudiese distinguir su rostro; pero cuando el hombre llegó á la escalera, un rayo de luz de la parte de afuera hizo resaltar su perfil, y Juan Valjean lo vió de espaldas completamente. El hombre era de alta estatura, con un leviton largo, y un palo debajo del brazo. Era la facha formidable de Javert.

Juan Valjean habria podido intentar volver á verle por la ventana que daba al boulevard. Pero habria sido preciso abrirla, y no se atrevió.

Era evidente que aquel hombre habia entrado con una llave, y como en su casa. ¿Quién le habia dado esta llave? ¿Qué significaba aquello?

A las siete de la mañana, cuando la vieja entró con objeto de arreglar el cuarto, Juan Valjean le echó una mirada penetrante, pero no la interrogó. La buena mujer estuvo como siempre.

Mientras barria, le dijo:

—¿Habeis oido tal vez á uno que ha entrado esta noche?

En aquella época, y en el boulevard, las ocho de la noche, eran la noche cerrada.

—A propósito, es verdad, respondió él con el acento mas natural del mundo. ¿Quién era?

Digitized by Google

—Es, dijo la vieja, un nuevo inquilino que hay en la casa.

—¿Y que se llama?...

—No sé á punto fijo. Dumont ó Daumont. Un nombre asi.

—¿Y qué es ese señor Dumont?

Examinóle la vieja con sus ojillos de raposa, y respondió:

—Un rentista como vos.

Tal vez estas palabras no envolvian segunda intencion; pero Juan Valjean creyó que la tenian.

Cuando la vieja se hubo retirado, hizo un rollo de unos cien francos que tenia en un armario, y se lo guardó en el bolsillo. Por mas precaucion que tomó para hacer esta operacion sin que se le oyera remover el dinero, escapósèle de las manos una moneda de cien sueldos, y rodó por el suelo haciendo mucho ruido.

Al anochecer bajó y miró con atencion el boulevard por todos lados. No vió á nadie: el boulevard parecia absolutamente desierto. Es verdad que detrás de los árboles podia ocultarse cualquiera.

Volvió á subir.

—Ven, dijo á Cosette.

La tomó de la mano, y ambos salieron.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO QUINTO.

Á CAZA DE ESPERA, JAURIA MUDA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LOS RODEOS DE LA ESTRATEGIA.

Debemos hacer aquí una observacion necesaria para comprender las páginas que siguen inmediatamente, y otras mas lejanas.

Hace muchos años que el autor de este libro, obligado hoy á hablar de París, está ausente de esta poblacion; y desde que le abandonó, París se ha trasformado: ha nacido una nueva ciudad desconocida hasta cierto punto para el autor. No tiene necesidad de decir el cariño que profesa á París: París es la patria de su espíritu. A consecuencia de las demoliciones y reconstrucciones, el París de su juventud, el París que conserva tan religiosamente en su memoria, es ahora el París antiguo. Permítasele, pues, hablar de aquel París como si existiese aun. Es muy posible que en los puntos á donde va á ser conducido el lector; al decir «en tal calle hay tal casa» ya no haya tal calle ni tal casa. Los lectores comprobarán estas citas si quieren tomarse semejante trabajo. En cuanto al autor, desconoce el nuevo París: escribe con el París antiguo ante los ojos, como ante una cara ilusion; porque es un consuelo creer que existe detrás de él algo de lo que veia cuando estaba en su patria, y que no todo ha desaparecido. Mientras uno vive en su pais natal, cree que las calles le son indiferentes; que las ventanas, los tejados y

Digitized by Google

las puertas nada significan; que las paredes le son estrañas; que los árboles son como otros cualesquiera; que las casas cuyo umbral no se pisa son inútiles; que el suelo que se pisa es solamente piedra. Pero despues, cuando se ha abandonado la patria, se conoce que aquellas calles son objeto de cariño; se siente la falta de aquellas ventanas, de aquellos tejados y aquellas puertas; se echa de ver que aquellas paredes son necesarias; que aquellos árboles son queridos; que en aquellas casas cuyo umbral no se pisaba se entraba todos los dias, y que el desterrado ha dejado su sangre y su corazon en aquel suelo. Todos esos sitios que no se ven ya, que no se verán nunca quizá, y cuya imágen se ha conservado viva, toman un encanto doloroso, se presentan con la melancolía de una aparicion, hacen visible la tierra sagrada, y son, por decirlo asi, la forma misma de la patria: se les ama; se les evoca tales como son, tales como eran; se recuerdan obstinadamente, y no se nota que hayan cambiado nada, porque se ve en ellos el rostro de la madre.

Séanos, pues, permitido hablar de lo pasado á lo presente. Dicho esto, suplicamos al lector que lo tenga en cuenta, y continuamos.

Juan Valjean habia abandonado en seguida el boulevard, y se habia perdido por las calles, trazando las líneas mas quebradas que podia, y volviendo atrás muchas veces para asegurarse de que nadie le seguia.

Esta maniobra es propia del ciervo acorralado. En los terrenos en que se marca bien la huella, esta maniobra tiene, entre otras ventajas, la de engañar á los cazadores y á los perros con las huellas en sentido contrario. Esto es lo que en montería se llama *emboscada falsa*.

Era una noche de luna llena. Juan Valjean no lo sentia.

La luna, aun muy próxima al horizonte, marcaba en las calles grandes espacios de sombra y luz. Juan Valjean podia deslizarse á lo largo de las casas y de las paredes por el lado oscuro, y observar el lado iluminado. No pensaba tal vez que la sombra iria haciéndose menor. En las callejuelas desiertas que desembocaban en la calle de Poliveau, creyó estar seguro de que nadie le seguia.

Cosette andaba sin preguntar nada. Los padecimientos de los seis primeros años de su vida habian dado cierta pasividad á su naturaleza. Por otra parte, ya tendremos mas de una ocasion de volver á hacer

Digitized by Google

esta observacion: se habia acostumbrado, sin saber cómo á las rarezas del buen hombre, y á los caprichos del destino. Además, estando á su lado, se creia segura.

Juan Valjean no sabia mas que Cosette á dónde iba, y ponia su confianza en Dios, asi como Cosette la ponia en él. Le parecia que tenia agarrado de la mano algo mas grande que una niña; creia sentir un ser invisible que le guiaba. No llevaba ninguna idea meditada, ningun plan, ningun proyecto. No estaba tampoco seguro de que fuese Javert el que le perseguia, y aun podia ser Javert sin que supiese que él era Juan Valjean. ¿No iba disfrazado? ¿No le creia muerto? Sin embargo, hacia algunos dias que le sucedian cosas muy raras. No necesitaba mas. Se habia decidido á no volver á la casa de Gorbeau. Como el animal arrojado de su caverna, buscaba un agujero en que pasar la noche, esperando encontrar donde alojarse.

Describió muchos laberintos en el barrio Mouffetard, que yacia dormido como si tuviese sobre sí aun la disciplina de la edad media, y el yugo de la queda. Combinó de diversas maneras, en sabias líneas estratégicas, la calle de Censier y la caller Copeau, la calle del Battoir-Saint-Victor y la calle de Puits-l'Hermite. Habia allí posadas, pero no entraba en ellas, porque no encontraba lo que le convenia. Es decir, dudaba que si le buscaban hubieran perdido la pista.

Cuando daban las once en San Estéban del Monte, atravesaba la calle de Pontoise por delante de la Comisaría de policía que estaba en el número 14. Algunos instantes despues, el instinto de que hemos hablado ántes hizo que se volviera; y vió claramente, gracias al farol del comisario que les vendia, á tres hombres que le seguian bastante cerca, pasar sucesivamente debajo del farol por el lado oscuro de la calle. Uno de estos tres hombres entró en el portal de la casa del comisario.

El que iba á la cabeza, le pareció sospechoso decididamente.

—Ven, hija, dijo á Cosette, y dejó precipitadamente la calle de Pontoise.

Dió otra vuelta, rodeó el pasaje de los Patriarcas que estaba cerrado á causa de la hora, midió con sus pasos la calle de la Espada de Madera, y la calle de la Arbalete, y se metió en la calle de Postas.

Hay allí una encrucijada en que está hoy el colegio Rollin, adonde desemboca la calle Nueva de Santa Genoveva.

Digitized by Google

Digamos de paso que la calle Nueva de Santa Genoveva es una calle muy vieja, y que en diez años no pasa una silla de posta por la calle de Postas. Esta calle de Postas estaba habitada en el siglo XIII por alfareros, y su verdadero nombre es calle de los Potes.

La luna alumbraba claramente la encrucijada. Juan Valjean se escondió en el hueco de una puerta, calculando que si aquellos hombres le seguian aun, no podria menos de verlos cuando atravesasen aquella claridad.

En efecto, no habian pasado tres minutos cuando aparecieron los hombres. Entonces eran cuatro; todos altos, vestidos de largos levitones oscuros, con sombrero redondo, y gruesos bastones en la mano. No eran menos sospechosos por su gran estatura y sus grandes puños, que por su marcha siniestra en las tinieblas. Parecian cuatro espectros disfrazados de hombres.

Se detuvieron en medio de la encrucijada, y formaron un grupo como gente que se consulta. Parecian indecisos. El que les dirigia, se volvió y señaló vivamente con la mano derecha el punto en que estaba Juan Valjean; otro parecia que indicaba con cierta obstinacion el punto contrario. En el momento en que el primero se volvió, la luna le iluminó el rostro. Juan Valjean conoció á Javert.

Digitized by Google

II.

DONDE SE VERÁ CUÁN ÚTIL ES QUE PASEN CARRUAJES POR EL PUENTE DE AUSTERLITZ.

Cesó la incertidumbre para Juan Valjean; pero afortunadamente duraba para aquellos hombres. Se aprovechó de su vacilacion que fue tiempo perdido para ellos y ganado para él. Salió de la puerta en que se habia ocultado, y entró en la calle de Postas hácia el lado del Jardin Botánico. Cosette empezaba á cansarse; la cogió en brazos y la llevó. No habia un alma por allí; ni se habian encendido los faroles á causa de la luna.

Redobló el paso.

En algunas zancadas llegó á la alfarería de Goblet, sobre cuya fachada dejaba ver la luna muy claramente la antigua inscripcion:

Aquí se halla la fábrica
de Goblet, hijo,
donde hay floreros, cántaros,
tubos, ladrillos.
Todo se endosa,
desde ladrillos *bastos*
á finas *copas*.

Dejó detrás de sí la calle de la Clef, y despues la fuente de San Víctor; costeó el Jardin Botánico por las calles bajas, y llegó al muelle. Allí se volvió. El muelle estaba desierto; las calles estaban desiertas; nadie le seguia. Respiró.

Digitized by Google

Llegó al puente de Austerlitz.

En aquella época se pagaba aun peaje.

Entró al cuarto del guarda y pagó un sueldo.

—Son dos sueldos, dijo el inválido del puente. Llevais un niño que puede andar. Pagad por dos.

Pagó, disgustado de que su paso hubiese dado lugar á una observacion. La fuga debe deslizarse inadvertida.

Al mismo tiempo que él, pasaba el Sena en la misma direccion una voluminosa carreta. Esto le sirvió de mucho, porque pudo atravesar todo el puente á su sombra.

Hácia la mitad del puente, Cosette, que llevaba los pies hinchados, quiso andar. La bajó y la cogió de la mano.

Cuando pasó el puente, descubrió un poco á la derecha los almacenes de madera, y se dirigió allí. Mas para llegar tenia que atravesar un espacio bastante grande descubierto é iluminado. Nó vaciló. Los que le perseguian habian perdido la pista de seguro, y Juan Valjean se creia fuera de peligro. Buscado sí, pero seguido no.

Entre los dos almacenes cercados de tapias se abria la callejuela del Camino verde de San Antonio. Esta calle era estrecha, oscura, y como hecha á propósito para él. Pero antes de entrar, miró atrás.

Desde el sitio en que estaba veia en toda su longitud el puente de Austerlitz.

Cuatro sombras acababan de entrar en el puente.

Estas sombras volvian la espalda al Jardin Botánico, y se dirigian á la orilla derecha.

Estas cuatro sombras eran los cuatro hombres.

Juan Valjean sintió el estremecimiento de la fiera descubierta.

Pero le quedaba una esperanza; aquellos hombres quizá no habian entrado aun en el puente, ni le habian visto cuando habia atravesado el gran espacio iluminado, llevando á Cosette de la mano.

En este caso, entrando en la callejuela que tenia delante, si conseguia llegar á los almacenes, las huertas, los sembrados y los terrenos en que no habia casas, podia escapar.

Le pareció, pues, que debia entrar en aquella callejuela silenciosa; y entró.

Digitized by Google

III.

VÉASE EL PLANO DE PARÍS DE 1727.

Al cabo de trescientos pasos llegó á un punto en que se bifurcaba la calle en otras dos, una hácia la derecha y otra hácia la izquierda. Juan Valjean tenia, pues, delante de sí dos caminos como los dos brazos de una Y. ¿Cuál debia escoger?

No dudó: tomó la derecha.

¿Por qué?

Porque la izquierda conducia al arrabal, es decir, á los lugares habitados, y la derecha al campo, es decir, á los lugares desiertos.

Pero iba despacio. El paso de Cosette acortaba el suyo.

Volvió á tomarla en brazos. Cosette apoyaba la cabeza en su hombro, y no hablaba una palabra.

De rato en rato se volvia y miraba, cuidando de permanecer siempre en el lado oscuro de la calle, que seguia recta delante de él. Las dos ó tres primeras veces que se volvió, no vió nada; el silencio era profundo, y continuó su marcha mas tranquilo. Pero una vez que se volvió, creyó ver en la parte de la calle que acababa de pasar, á lo lejos, en la oscuridad, una cosa que se movia.

Se precipitó adelante, mas bien que anduvo, esperando encontrar

Digitized by Google

alguna callejuela lateral, para huir por allí, y hacerlos perder la pista.

Pero llegó á una pared.

Esta, sin embargo, no era una imposibilidad para ir mas allá; era una pared que costeaba una calleja trasversal en la cual concluia la que habia seguido.

Allí era preciso decidirse de nuevo; tomar la derecha ó la izquierda.

Miró á la derecha. La calle se prolongaba cortada por entre dos construcciones que eran cobertizos ó granjas, y despues terminaba en un callejon sin salida. Se veia claramente el fondo del callejon, que era una alta pared blanca.

Miró á la izquierda. La calle estaba abierta por este lado, y á unos doscientos pasos terminaba en otra de que era afluente. Por aquel lado estaba la salvacion.

Pero precisamente cuando Juan Valjean iba á volver hácia la izquierda para entrar en la calle que estaba al fin de la callejuela, vió en la esquina á que se dirigia, una especie de estatua negra, inmóvil.

Indudablemente era un hombre que acababa de ser apostado allí, y que le esperaba impidiéndole el paso.

Juan Valjean retrocedió.

El punto de París en que se encontraba, situado entre el arrabal de San Antonio y la Rapée, es uno de los que han sido trasformados completamente, afeándolos, segun unos, y hermoseándolos, segun otros. Los sembrados, los almacenes y los edificios antiguos han desaparecido. Hoy hay allí grandes calles nuevas, bailes, circos, hipódromos, estaciones de caminos de hierro, y una cárcel, la de Mazas; es decir, el progreso con su correctivo.

Hace medio siglo, en aquella lengua popular formada por la tradicion, que aun se obstina en llamar al instituto las *Cuatro Naciones*, y á la ópera cómica *Feydeau*; en este lenguaje, pues, el sitio á que habia llegado Juan Valjean, se llamaba el *Pequeño Picpus*. La Puerta de Santiago, la de París, la barrera de los Sergents, de los Porcherons, la Galiote, los Celestinos, los Capuchinos, el Mail, el Bourbe, el Arbol de Cracovia, la Polonia pequeña, el pequeño Picpus, son los nombres del antiguo París que sobrenadan en el nuevo. La memoria del pueblo flota sobre estos recuerdos de lo pasado.

El pequeño Picpus, que por lo demás apenas ha existido, no fue

Digitized by Google

nunca mas que una sombra de barrio; y tenia el aspecto monacal de una ciudad de España. Los caminos estaban poco cuidados; las calles poco empedradas. Escepto las dos ó tres calles de que vamos á hablar, todo eran tapias y soledad: no habia ni una tienda, ni un carruaje: apenas se veia acá y allá alguna luz en una ventana: todas las luces se apagaban á las diez. Todo eran jardines, conventos, almacenes de madera, huertas, casas bajas, y grandes tapias tan altas como las casas.

Tal era el estado de este barrio en el último siglo. La revolucion le maltrató: la república le demolió, le atravesó, le agujereó. Se establecieron allí depósitos de yeso. Hace treinta años comenzó ha desaparecer este barrio bajo el trazado de nuevas construcciones. Hoy ha desaparecido por completo.

El pequeño Picpus, del cual no se encuentra huella en ningun plano moderno, está marcado en el plano de 1727, publicado en París en casa de Dionisio Thierry, calle de Santiago, frente á la calle del Yeso, y en Lyon, en casa de Juan Girin, calle Merciere, en la Prudence. El pequeño Picpus tenia lo que acabamos de llamar una Y de calles, formada por la del Camino verde de San Antonio, separándose en dos ramas que tomaban, á la izquierda el nombre de callejuela de Picpus, y á la derecha el de calle Polonceau. Los dos brazos de la Y se reunian en su vértice como por una barra. Esta barra se llamaba calle de Droit-Mur. La calle Polonceau desembocaba allí; la de Picpus seguia mas allá y subia hácia el mercado Lenoir. Yendo del Sena se llegaba á la estremidad de la calle Polonceau, y se tenia: á la izquierda la calle Droit-Mur, que volvia bruscamente en ángulo recto; enfrente la pared de esta calle, y á la derecha, una prolongacion torcida de la calle Droit-Mur, sin salida, llamada el callejon Genrot.

Allí era donde estaba Juan Valjean.

Como acabamos de decir, al descubrir el perfil negro del espía situado en la esquina de la calle Droit-Mur y de la callejuela Picpus, retrocedió. Ya no tenia duda Estaba vigilado por aquel fantasma.

¿Qué hacer?

No era ya tiempo de retroceder. Lo que habia visto moverse en la sombra á alguna distancia detrás de él, era sin duda Javert con su escolta; Javert, que estaria ya en el principio de la calle, á cuyo estremo se hallaba. El polizonte, segun todas las apariencias, conocia este dé-

Digitized by Google

dalo, y habia tomado sus precauciones, enviando uno de sus hombres á guardar la salida.

Estas conjeturas, tan parecidas á la evidencia, giraron, como un puñado de polvo que arrastra un soplo de viento, en el dolorido cerebro de Juan Valjean. Examinó el callejon Genrot; allí estaba la pared. Examinó la callejuela Picpus; allí habia un centinela. Veia destacarse su figura sombría sobre la claridad con que la luna iluminaba el suelo. Avanzar, era caer en manos de este hombre. Retroceder, era echarse en brazos de Javert. Juan Valjean se sentia cogido en una red, cuyas mallas se apretaban lentamente. Miró al cielo con desesperacion.

Digitized by Google

JAVERT.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV.

TENTATIVAS DE EVASION.

Para comprender lo que sigue, es preciso formarse una idea exacta de la calle Droit-Mur, y en particular del ángulo que se dejaba á la izquierda cuando se salia de la calle Polonceau para entrar en esta. La calle Droit-Mur estaba casi toda costeada á la derecha, hasta la callejuela Picpus, por casas de pobre apariencia; á la izquierda habia un solo edificio de severo aspecto, compuesto de varios cuerpos que iban teniendo gradualmente un piso ó dos mas á medida que se aproximaban á la callejuela Picpus; de modo que este edificio, muy elevado por el lado de la calle Picpus, era muy bajo por el lado de la calle Polonceau. Allí, en el ángulo de que hemos hablado, descendia hasta el punto de no ser mas que una pequeña tapia. Esta pared no llegaba rectamente á la calle, dibujaba un plano rebajado que ocultaba sus dos ángulos á dos observadores que estuviesen, uno en la calle Polonceau, y otro en la de Droit-Mur.

A partir de estos dos ángulos, la pared se prolongaba por la calle Polonceau, hasta una casa que llevaba el número 49, y por la calle Droit-Mur, donde su estension era mucho mas corta, hasta el edificio sombrío de que hemos hablado, y cuya fachada cortaba, formando en la

Digitized by Google

calle un nuevo ángulo entrante. Esta fachada era de triste aspecto; no se veia en ella mas que una ventana, ó por mejor decir, dos postigos revestidos de una capa de zinc, y siempre cerrados.

La pintura que aquí hacemos de estos lugares es de una rigorosa exactitud, y despertará de seguro un recuerdo fiel en los antiguos vecinos del barrio.

El ángulo rebajado estaba cubierto de una cosa semejante á una puerta colosal y miserable. Era una vasta reunion informe de tablas horizontales, las de arriba mas anchas que las de abajo, unidas por largas abrazaderas de hierro trasversales. Al lado habia una puerta-cochera de ordinarias dimensiones, y cuya construccion no se remontaba de seguro á mas de cincuenta años.

Un tilo estendia su ramaje por cima del ángulo rebajado, y la pared estaba cubierta de hiedra por el lado de la calle Polonceau.

En el inminente peligro en que se encontraba Juan Valjean, aquel edificio sombrío tenia algo de deshabitado y de solitario que le atraia. Le recorrió ávidamente con los ojos. Se decia que si llegaba á penetrar en él, quizá se salvaria: concibió, pues, una idea y una esperanza.

En la parte media de la fachada de este edificio que daba á la calle Droit-Mur, habia en todas las ventanas de los diversos pisos viejos canalones en forma de embudos de plomo. Los variados cruzamientos de los conductos, que iban de un conducto central á estos embudos, dibujaban sobre la pared una especie de árbol. Estas ramificaciones de los tubos con sus cien codos imitaban las parras deshojadas que se elevan torcidas ante la fachada de una casa de campo.

Esta caprichosa espaldera de ramas de plomo y de hierro fue el primer objeto que llamó la atencion de Juan Valjean. Sentó á Cosette con la espalda apoyada en un guardacanton, mandándola guardar silencio, y corrió al sitio donde el conducto llegaba al suelo. Tal vez por allí podria escalarse la pared y entrar en la casa. Pero el conducto estaba destrozado é inútil, y apenas tenia soldaduras. Por otro lado, las ventanas de aquella parte del edificio, y hasta las buhardillas, tenian espesas barras de hierro. Además, la luna iluminaba completamente esta fachada, y hubiera podido vérsela escalar el hombre que le espiaba desde el estremo de la calle. ¿Y qué habia de hacer de Cosette? ¿Cómo habia de subirla á una casa de tres pisos?

Digitized by Google

Renunció, pues, á subir por el conducto, y siguió la pared á lo largo para volver á la calle Polonceau.

Cuando llegó al plano del ángulo en que habia dejado á Cosette, observó que desde allí nadie podia verle. Se ocultaba, como acabamos de decir, á todas las miradas de cualquier lado que viniesen. Además estaba en la sombra. Habia tambien allí dos puertas, y podria forzarlas. La pared por cima de la cual veia el tilo y la hiedra, daba evidentemente á un jardin, donde podria ocultarse á lo menos, aunque aun no tenian hojas los árboles, y pasar el resto de la noche.

El tiempo corria entre tanto. Era preciso decidirse pronto por algo.

Examinó la puerta-cochera, y conoció en seguida que estaba condenada por dentro y por fuera.

Se acercó á la otra puerta con mas esperanza. Estaba muy decrépita: su misma inmensidad la hacia poco sólida; las tablas estaban podridas; no tenia mas que tres abrazaderas de hierro oxidadas. Le pareció posible agujerear aquella barrera carcomida.

Pero examinándola mas atentamente descubrió que aquella puerta no era puerta. No tenia ni goznes, ni bisagras, ni cerradura, ni hojas. Las barras de hierro la atravesaban de parte á parte sin solucion de continuidad. Por las grietas de las tablas entrevió cascote y piedras groseramente cimentadas, que los transeuntes podian ver aun hace diez años. Se vió, pues, obligado á conocer, aunque lleno de consternacion, que aquella apariencia de puerta era simplemente un adorno de madera de la pared á que estaba unida. Era fácil arrancar una tabla, pero se encontraria con una pared.

Digitized by Google

V.

AVENTURA QUE SERIA IMPOSIBLE CON EL ALUMBRADO DE GAS.

En este momento principió á oirse á alguna distancia un ruido sordo y acompasado. Juan Valjean aventuró una mirada por fuera de la esquina de la calle. Un peloton de siete ú ocho soldados acababa de desembocar en la calle Polonceau. Vió brillar las bayonetas que se dirigian hácia él.

Estos soldados, á cuyo frente se distinguia la alta estatura de Javert, avanzaban lentamente y con precaucion. Se detenian con frecuencia: era visible que esploraban todos los rincones de la pared, y todos los huecos de las puertas.

Esto era, y ya no podia equivocarse, que Javert habia encontrado una patrulla y le habia pedido auxilio.

Los dos acólitos de Javert iban á su lado.

Al paso que llevaban, y con las paradas que hacian, tenian que emplear un cuarto de hora para llegar al sitio en que estaba Juan Valjean. Fue aquel un momento horrible. Solo algunos minutos separaban á Juan Valjean de aquel espantoso precipicio que se abria ante sus pasos por tercera vez. El presidio ahora no era ya el presidio solamente; era

Digitized by Google

perder á Cosette para siempre, es decir, una vida muy semejante al interior de una tumba.

Solo habia una cosa posible.

Juan Valjean tenia una particularidad, podia decirse que llevaba alforjas de dos senos; en el uno guardaba los pensamientos de un santo, en el otro la temible astucia de un presidiario; y buscaba en uno ó en otro, segun la ocasion.

Entre otros recursos, y gracias á sus repetidas evasiones del presidio de Tolon, poseia, segun hemos dicho ya, el de ser un maestro consumado en el arte de elevarse, sin escala, sin garfios, solo por la fuerza muscular, apoyándose en la nuca, en los hombros, en las caderas y en las rodillas, y ayudándose de las mas pequeñas desigualdades de la piedra, por el ángulo recto de una pared, hasta un sesto piso, si necesidad hubiera; arte que ha hecho tan temible y tan célebre el ángulo del patio de la Conserjería de París, por donde se escapó hace veinte años el condenado Battemolle.

Juan Valjean midió con la vista la pared, por cima de la cual veia el tilo. Tenia unos diez y ocho pies de altura. El ángulo que formaba con la fachada del gran edificio estaba relleno en la parte inferior de una mampostería maciza de forma triangular, destinada probablemente á preservar aquel cómodo rincon de las paradas que en él pudieran hacer esos estercoleros llamados transeuntes. Este preservativo es muy usado en los rincones de las calles de París.

El prisma tenia unos cinco pies de alto. Desde su vértice quedaban, pues, que subir hasta la albardilla de la pared catorce pies.

La tapia estaba coronada de una piedra lisa sin tejadillo.

La dificultad era Cosette, que no sabia escalar una pared. Juan Valjean no pensó siquiera en abandonarla: pero subir con ella era imposible. Para hacer estas ascensiones son necesarias todas las fuerzas de un hombre; el menor peso le haria perder el centro de gravedad y le precipitaria.

Necesitaba una cuerda. No la tenia. ¿Y dónde habia de encontrar una cuerda á media noche y en la calle de Polonceau? Ciertamente, si en aquel momento Juan Valjean hubiera tenido un reino, le hubiera dado por una cuerda.

Todas las situaciones críticas tienen un relámpago que nos ciega ó nos ilumina.

Digitized by Google

La mirada desesperada de Juan Valjean encontró el brazo del farol del callejon Genrot.

En aquella época no habia aun alumbrado de gas en las calles de París. Al caer la noche se encendian faroles colocados de distancia en distancia, que se subian y bajaban por medio de una cuerda que atravesaba la calle de parte á parte, y que se ajustaba en la ranura de una palomilla. El torniquete en que se arrollaba esta cuerda estaba sujeto á la pared debajo del farol en un hueco con tapa de hierro, cuya llave tenia el farolero, y la cuerda estaba tambien protegida por un tubo de metal.

Juan Valjean, con la energía de una lucha suprema, atravesó la calle de un salto, hizo saltar la cerradura del cajoncito con la punta de la navaja, y volvió en seguida á donde estaba Cosette. Ya tenia cuerda. Estos sombríos maniobreros hacen pronto sus manjobras luchando con la fatalidad.

Ya hemos dicho que aquella noche no estaban encendidos los faroles. El del callejon Genrot estaba apagado como los demás, y podia pasarse á su lado, sin notar que no estaba en su lugar.

Pero lo hora, el sitio, la oscuridad, el estado de Juan Valjean, sus gestos particulares, todo empezaba á inquietar á Cosette. Otro niño hubiera gritado hacia rato: Cosette se limitó á tirar á Juan Valjean de la falda del leviton. Oíase cada vez mas claramente el ruido de la patrulla que se aproximaba.

—Padre, dijo en voz muy baja, tengo miedo, ¿Quién viene?

—¡Chist! respondió el desgraciado; es la Thenardier.

Cosette se estremeció.

—No hables. Déjame obrar, añadió. Si gritas, si lloras, la Thenardier te echa la garra. Viene por tí.

Entonces sin precipitacion, pero sin perder tiempo, con una precision firme y breve, tanto mas notable en aquel momento, cuanto que la patrulla y Javert podian llegar de un momento á otro, se quitó la corbata, la pasó alrededor del cuerpo de Cosette por bajo de los sobacos, teniendo cuidado de no hacer daño á la pobre niña; ató la corbata á un estremo de la cuerda haciendo el nudo que los marineros llaman nudo de golondrina, cogió el otro estremo con los dientes, se quitó los zapatos y las medias, y los arrojó por cima de la tapia, subió al prisma de mampostería, y principió á elevarse por el ángulo de la tapia y de la fachada

Digitized by Google

con la misma seguridad que si apoyase en escalones los pies y los codos. Menos de medio minuto tardó en ponerse de rodillas sobre la tapia.

Cosette le miraba con estupor sin pronunciar una palabra. La órden de Juan Valjean, y el nombre de la Thenardier la habian dejado helada.

De pronto oyó la voz de Juan Valjean que le decia por lo bajo:

—Arrimate á la pared.

Ella obedeció.

—No hables una palabra, ni tengas miedo.

Cosette sintió que se elevaba sobre el suelo.

Antes que tuviese tiempo de volver en sí, estaba en lo alto de la tapia.

Juan Valjean la cogió, se la puso á cuestas, asiéndole sus dos manos con la izquierda, se echó boca abajo, y se arrastró por lo alto de la pared hasta el ángulo rebajado. Como habia sospechado, habia allí un cobertizo cuyo tejado partia de lo alto del remate de madera, y bajaba hasta cerca del suelo por un plano suavemente inclinado tocando al tilo.

Feliz disposicion, porque la tapia por aquel lado era mucho mas alta que por el de la calle. Juan Valjean veia el suelo debajo de sí, y muy profundo.

Acababa de llegar al plano inclinado del tejado, y aun no habia abandonado lo alto de la pared cuando un ruido violento anunció la llegada de la patrulla. Oyóse la voz tonante de Javert.

Registrad el callejon. La calle Droit-Mur está guardada, y la callejuela Picpus tambien. Aseguro que está en el callejon.

Los soldados se precipitaron en el callejon Genrot.

Juan Valjean se deslizó á lo largo del tejado, sosteniendo á Cosette, llegó al tilo y saltó á tierra: Cosette no habia chistado, ya fuese de valor ó de miedo. Tenia las manos un poco desolladas.

Digitized by Google

VI.

PRINCIPIO DE UN ENIGMA.

Juan Valjean se encontró en una especie de jardin muy grande y de singular aspecto: en uno de esos tristes jardines que parecen hechos para ser mirados una noche de invierno. Tenia forma oblonga y una calle de grandes álamos en el fondo, arboleda bastante alta en los ángulos, un espacio sin sombra en medio, donde se distinguia un gran árbol aislado, y despues algunos otros frutales torcidos y erizados como gruesos matorrales, cuadros de legumbres, un melonar, cuyas campanas brillaban á la luz de la luna, y un viejo pozo. Acá y allá habia algunos bancos de piedra, que parecian negros con el musgo. Las calles estaban cortadas de arbustos sombríos y rectos. La yerba habia invadido la mitad, y una especie de moho verde cubria el resto.

Juan Valjean tenia á un lado el cobertizo, cuyo tejado le habia servido para bajar, un monton de haces de leña, y detrás, apoyada en la pared, una estatua de piedra, cuya faz mutilada no era mas que una máscara informe que aparecia vagamente en la oscuridad.

El cobertizo era una especie de ruina en que se distinguian cuartos desmantelados, uno de los cuales parecia servir de verdadero cobertizo.

Digitized by Google

El gran edificio de la calle Droit-Mur, que daba vuelta á la callejuela Picpus, tenia á este jardin dos fachadas á escuadra. Estas fachadas interiores eran mucho mas lúgubres que por el esterior. Todas las ventanas tenian reja. No se descubria luz alguna. En los pisos superiores habia tragaluces como en las cárceles. Una de las fachadas proyectaba su sombra sobre la otra, y caia en el jardin como un inmenso paño negro.

No se veia ninguna otra casa. El fondo del jardin se perdia en la bruma y en la noche. Sin embargo, se distinguian confusamemte tapias que se cortaban como si hubiese otros jardines mas allá, y los tejados bajos de la calle Polonceau.

Es imposible figurarse nada mas medroso y mas solitario que este jardin. No habia en él nadie, lo que era propio de la hora; pero parecia que estaba hecho para que nadie anduviera por él, ni aun á mediodia.

El primer cuidado de Juan Valjean fue buscar sus zapatos y calzarse, y despues entrar en el cobertizo con Cosette. El que huye no se cree nunca bastante oculto. La niña continuaba pensando en la Thenardier, y participaba de este deseo de ocultarse lo mas posible.

Cosette temblaba y se pegaba á él. Oíase el ruido tumultuoso de la patrulla que registraba el callejon y la calle, los golpes de las culatas contra las piedras, las voces de Javert que llamaba á los espías que habia apostado, y sus imprecaciones mezcladas con palabras que no se distinguian.

Al cabo de un cuarto de hora pareció que esta especie de ruido tumultuoso principiaba á alejarse. Juan Valjean no respiraba.

Habia puesto suavemente su mano sobre la boca de Cosette. La soledad en que se hallaba era tan estrañamente profunda, que aquel horrible ruido, tan furioso y tan próximo, apenas llegaba á él como la sombra de un ruido. Parecia que aquellos muros estaban construidos con la piedras sordas de que habla la Escritura.

De pronto, en medio de esta calma profunda, se dejó oir un nuevo ruido; un ruido celestial, divino, inefable, tan dulce como horrible era el otro. Era un himno que salia de la tinieblas, un rayo de oracion y de armonía en el oscuro y terrible silencio de la noche; voces de mujeres, pero voces compuestas á la vez del acento puro de las vírgenes, y del acento sencillo de los niños; de esas voces que no son de la tierra, y que

Digitized by Google

parecen á las que oyen aun los reciennacidos, y á las que oyen ya los moribundos. Este cántico salia del sombrío edificio que dominaba el jardin. En el momento en que se alejaba el ruido de los demonios, parecia que se aproximaba un coro de ángeles.

Cosette y Juan Valjean cayeron de rodillas.

No sabian lo que era, no sabian dónde estaban; pero conocian ambos, el hombre y la niña, el penitente y la inocente, que debian estar arrodillados.

Aquellas voces tenian de estrañas que no impedian que el edificio pareciese desierto. Era como un canto sobrenatural en una morada inhabitada.

Mientras cantaban, Juan Valjean no pensaba en nada. No veia la noche, veia un cielo azul. Parecia que sentia abrirse las alas que tenemos todos dentro de nosotros.

El canto se apagó. Habia durado tal vez mucho tiempo: Juan Valjean no hubiera podido decirlo. Las horas de éxtasis son siempre un minuto.

Todo habia vuelto al silencio. Nada se oia en la calle, nada en el jardin. Todo habia desaparecido, asi lo que amenazaba, como lo que inspiraba confianza. El viento rozaba en lo alto de la tapia algunas yerbas secas que producian un ruido suave y lúgubre.

Digitized by Google

VII.

CONTINUA EL ENIGMA.

Habíase ya levantado la brisa matutina, lo que indicaba que debian de ser ya la una ó las dos de la mañana. La pobre Cosette no decia nada. Se habia sentado á su lado, y habia inclinado la cabeza sobre él. Juan Valjean creia que estaba dormida. Se bajó y la miró: Cosette tenia los ojos enteramente abiertos, y un aire meditabundo, que causó dolorosa impresion á Juan Valjean.

La infeliz temblaba contínuamente.

—¿Tienes sueño? dijo Juan Valjean.

—Tengo mucho frio, respondió.

Un momento despues añadió:

—¿Está ahí todavía?

—¿Quién? dijo Juan Valjean.

—La señora Thenardier.

Juan Valjean habia olvidado ya el medio de que se habia valido para hacer guardar silencio á Cosette.

—¡Ah! dijo. ¡Se ha marchado! Ya no temo nada.

La niña respiró como si le quitaran un peso del pecho.

La tierra estaba húmeda, el cobertizo abierto por todas partes; la

Digitized by Google

brisa se hacia mas fresca á cada momento. Valjean se quitó el leviton y arropó á Cosette.

—¿Tienes asi menos frio? dijo.

—¡Oh, si, padre!

—Pues bien, espérame un instante. Vuelvo.

Salió de las ruinas, y empezó á recorrer el gran edificio buscando un abrigo mejor.

Encontró varias puertas, pero estaban cerradas. En todas las ventanas habia reja.

Cuando pasó el ángulo interior del edificio notó que las ventanas eran cintradas, y descubrió alguna claridad. Se empinó sobre la punta de los pies, y miró por una de estas ventanas. Todas daban á una gran sala, cubierta de grandes losas, cortadas por arcos y pilares: nada se distinguia mas que una débil luz y muchas sombras. La luz provenia de una lámpara encendida en un rincon. La sala estaba desierta; nada se movia en ella. Pero á fuerza de mirar creyó ver en el suelo, sobre la piedra, una cosa que parecia cubierta con una mortaja, y semejante á una forma humana. Estaba echada estendida boca abajo, el rostro contra el suelo, los brazos en cruz, en la inmovilidad de la muerte. Hubiérase dicho que era una especie de serpiente que se arrastraba por el suelo, y que aquella figura siniestra tenia el cordel al cuello.

La sala estaba llena de esa bruma propia de los sitios poco iluminados, que aumenta el horror.

Juan Valjean ha dicho despues varias veces, que aunque habia presenciado en su vida muchos espectáculos lúgubres, nunca habia visto ninguno tan glacial y terrible como aquella figura enigmática, realizando un misterio desconocido en aquel lugar sombrío y entrevisto de noche. Era horrible suponer que aquello estaba muerto; pero mas horrible aun pensar que estaba vivo.

Sin embargo, tuvo el valor de pegar la frente al vidrio, y observar si se movia. Asi permaneció un rato que le pareció muy largo: la figura no hizo ningun movimiento. De repente se sintió sobrecogido de un terror inesplicable, y echó á correr hácia el cobertizo sin atreverse á mirar atrás. Creia que si volvia la cabeza, veria á aquella figura detrás de él, siguiéndole á grandes pasos, y agitando los brazos.

Digitized by Google

Llegó anhelante á la ruina. Se le doblaban las rodillas; el sudor le corria por todo el cuerpo.

¿Dónde estaba? ¿Quién podia imaginar algo semejante á este sepulcro en medio de París? ¿Qué casa tan estraña era aquella?

Edificio lleno de los misterios de la noche, que llamaba á las almas en la sombra con la voz de los ángeles, y cuando acudian, les ofrecia bruscamente aquella espantosa vision; les prometia abrir la puerta radiante del cielo, y abria la puerta horrible de la tumba. ¡Y aquello era un edificio, una casa que tenia su número en la calle! ¡No era un sueño! Tenia que tocar las piedras para creer.

El frio, la ansiedad, la inquietud, las emociones de aquella noche, le producian una verdadera fiebre; y todas estas ideas se chocaban en su cerebro.

Se acercó á Cosette: Cosette dormia.

Digitized by Google

VIII.

SE DUPLICA EL ENIGMA.

La niña habia recostado la cabeza en una piedra y se habia dormido.

Valjean se sentó á su lado y se puso á contemplarla: poco á poco, á medida que la miraba se iba calmando, y adquiriendo la plena posesion de su espíritu.

Conocia claramente que en su vida, mientras ella viviese, mientras estuviese con él, no esperimentaria ninguna necesidad, ni ningun temor mas que por ella. No sentia ni aun frio despues de haberse quitado el leviton para abrigarla.

Pero al través de la meditacion en que habia caido, oia hacia algun rato un estraño ruido, como de una campanilla ó cencerro. Este ruido salia del jardin, y se oia débil, pero claramente. Parecíase á la vaga armonía que producen los cencerros de los ganados por la noche al andar pastando.

Juan Valjean se volvió al oir otra vez mas distintamente este ruido.

Miró y vió que habia alguien en el jardin.

Un ser semejante á un hombre andaba por medio de las campanas del melonar, levantándose, bajándose, deteniéndose, con regular mo-

Digitized by Google

vimiento, como si arrastrase ó estendiese alguna cosa por el suelo. Este ser parecia cojo.

Juan Valjean tembló con el temblor continuo de los criminales. Todo les es hostil y sospechoso: desconfian de la luz, porque sirve para verlos; de la noche, porque sirve para sorprenderlos. Hacia un momento temblaba, porque el jardin estaba desierto; ahora temblaba, porque habia alguien.

De los temores quiméricos pasó á la realidad del temor. Reflexionó que Javert y sus espías no se habrian marchado quizá, que habrian dejado en la calle gente en observacion, y que si este hombre le descubria en el jardin, gritaria creyéndole un ladron y le entregaria. Cogió, pues, suavemente á Cosette que seguia dormida, y la llevó detrás de un monton de muebles viejos en el rincon mas apartado del cobertizo. Cosette no se movió.

Desde allí observó los movimientos del ser que andaba por el melonar, y estrañó sobre todo que el ruido del cencerro seguia todos los movimientos del hombre. Cuando este se aproximaba, aproximábase tambien el ruido; cuando se alejaba, alejábase el ruido; si hacia algun movimiento precipitado, le acompañaba un *trémolo* de cencerro; si se detenia, cesaba el ruido. Parecia, pues, evidente que el cencerro estaba unido al hombre; pero, ¿qué podia significar esto? ¿qué era aquel hombre que llevaba un cencerro, lo mismo que un buey ó un borrego?

Haciéndose estas preguntas, tocó las manos de Cosette. Estaban heladas.

—¡Dios mio! dijo.

Y la llamó en voz baja.

—¡Cosette!

La niña no abrió los ojos.

La sacudió bruscamente.

No se despertó.

—¡Estará muerta! se dijo, y se levantó. Temblaba de pies á cabeza.

Las ideas mas horribles pasaron confusamente por su espíritu. Hay algunos momentos en que las suposiciones mas horrendas nos sitian como una cohorte de furias, y fuerzan violentamente los nervios de nuestro cerebro. Cuando se trata de las personas que amamos, nuestra

Digitized by Google

prudencia inventa los temores mas locos. Juan Valjean recordó que el sueño puede ser mortal en una noche fria al aire libre.

Cosette, pálida, estaba echada en la tierra, á sus pies, sin movimiento.

Escuchó su respiracion; respiraba, pero de un modo que le pareció débil y próximo á estinguirse.

¿Cómo volverle el calor? ¿cómo despertarla? Todo lo que no era esto se borró de su pensamiento. Se lanzó fuera del rincon.

Era preciso que antes de un cuarto de hora Cosette tuviera lumbre y cama.

Digitized by Google

IX.

EL HOMBRE Y EL CENCERRO.

Juan Valjean se dirigió al hombre que estaba en el jardin, despues de haber sacado del bolsillo del chaleco el paquete de dinero que llevaba.

El hombre tenia la cabeza inclinada y no le vió acercarse. Juan Valjean se puso á su lado de cuatro pasos, y le dijo:

—¡Cien francos!

El hombre dió un salto y levantó la vista.

—¡Cien francos, si me dais asilo por esta noche! dijo Juan Valjean..

La luna iluminaba su asustado semblante.

—¡Calla! ¡Sois vos, señor Magdalena! dijo el hombre.

Este nombre pronunciado á aquella hora oscura, en aquel sitio solitario, por aquel hombre desconocido, hizo retroceder á Juan Valjean.

Todo lo esperaba, escepto esto. El que le hablaba era un viejo cojo y encorvado, vestido como un campesino; en la rodilla izquierda llevaba una rodillera de cuero, de donde pendia un cencerro. No se distinguia su rostro, que estaba en la sombra.

El hombre se habia quitado la gorra, y decia temblando:

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿Cómo estais aquí, señor Magdalena? ¿Por dón-

Digitized by Google

de habeis entrado? ¡Jesus! ¿Venís del cielo? Pero esto no es estraño; si caeis alguna vez, será de él. Pero ¿cómo es esto? ¿No teneis corbata, ni sombrero, ni levita? ¿Sabeis que hubiérais hecho pasar miedo á quien no os conociera? ¡Sin levita! ¡Señor, Dios mio! ¿se han vuelto locos los santos? Pero ¿cómo habeis entrado aquí?

El hombre hablaba con una volubilidad en que no se descubria inquietud alguna: sus palabras se alcanzaban una á otra: hablaba con una mezcla de asombro y de sencilla honradez.

—¿Quién sois? ¿Qué casa es esta? preguntó Juan Valjean.

—¡Ah! ¡Pardiez! ¡Esto sí que es grande! dijo el viejo; soy el que ha sido colocado aquí por vos: esta casa es la casa en que me habeis colocado. ¡Cómo! ¿No me conoceis?

—No, dijo Juan Valjean. ¿Cómo me conoceis á mí?

—Me habeis salvado la vida, dijo el hombre.

Entonces se volvió, é iluminó su perfil un rayo de luna: Juan Valjean conoció al tio Fauchelevent.

—¡Ah! dijo Juan Valjean, ¿sois vos? Sí, os conozco.

—Me alegro mucho, dijo el viejo en tono de reconvencion.

—¿Y qué haceis aquí? preguntó Valjean.

—Estoy cubriendo mis melones.

En efecto, el tio Fauchelevent tenia en la mano, en el momento en que Juan Valjean se acercó á él, la punta de una estera que iba estendiendo sobre el melonar, y habia ya colocado otras muchas en una hora que hacia que estaba en el jardin. Esta operacion le obligaba á hacer los movimientos particulares que habia observado Juan Valjean desde el cobertizo.

El viejo continuó:

—Me dije: la luna es muy brillante, va á helar; pues voy á poner á mis melones el carrik.

En seguida añadió mirando á Juan Valjean y riéndose:—¡Habríais hecho muy bien en hacer con vuestra persona lo mismo! ¿Pero cómo estais asi?

Juan Valjean, viendo que este hombre le conocia, á lo menos por el señor Magdalena, solo avanzaba con precaucion. Multiplicaba las preguntas. ¡Cosa estraña! ¡los papeles estaban trocados! El intruso era el que interrogaba.

Digitized by Google

—¿Y qué campanilla es esa que llevais en la rodilla?

—¡Ah! dijo Fauchelevent; es para que eviten mi presencia.

—¡Cómo! ¿Para que eviten vuestra presencia?

El tio Fauchelevent guiñó el ojo de un modo inesplicable.

—En esta casa no hay mas que mujeres; hay muchas jóvenes, y parece que mi presencia es peligrosa. El cencerro las avisa, y cuando me acerco, se alejan.

—¿Pues qué casa es esta?

—¡Toma! Bien lo sabeis.

—No, no lo sé.

—¿Pues no me habeis colocado aquí de jardinero?

—Respondedme como si no supiera nada.

—Pues bien; este es el convento del pequeño Picpus.

Juan Valjean iba coordinando sus recuerdos. La casualidad, es decir, la Providencia, le habia arrojado precisamente en el convento del barrio de San Antonio, en que por recomendacion suya habia sido admitido hacia dos años el tio Fauchelevent, estropeado en la caida de su carreta. Repitió, pues, como hablándose á sí mismo:

—¡El convento del pequeño Picpus!

—Pero volvamos al caso, dijo Fauchelevent: ¿cómo demonios habeis entrado aquí, señor Magdalena? Por mas santo que seais, sois hombre, y los hombres no entran aquí.

—¿Pues cómo estais vos?

—No hay nadie mas que yo.

—Sin embargo, dijo Juan Valjean, es preciso que me quede aquí.

—¡Ah, Dios mio! esclamó Fauchelevent.

Juan Valjean se aproximó á él, y le dijo con voz grave:

—Tio Fauchelevent, os he salvado la vida.

—Yo he sido el primero que lo he recordado, respondió Fauchelevent.

—Pues bien; hoy podeis hacer por mí lo que yo hice en otra ocasion por vos.

Fauchelevent tomó en sus arrugadas y temblorosas manos las dos robustas de Juan Valjean, y permaneció algunos momentos como si no pudiese hablar. Por fin, esclamó:

—¡Oh, seria una bendicion de Dios que yo pudiera hacer algo por

Digitized by Google

vos! ¡Yo, salvaros la vida! Señor alcalde, disponed de este pobre viejo.

Su rostro se habia trasfigurado por una gran alegría: parecia resplandeciente.

—¿Qué quereis que haga? preguntó.

—Ya os lo esplicaré. ¿Teneis una habitacion?

—Tengo una choza aislada, allá, detrás de las ruinas del antiguo convento, en un rincon, oculto á todo el mundo. Allí hay tres habitaciones.

La barraca estaba, en efecto, tan oculta detrás de las ruinas, y tan bien dispuesta para que nadie la viese, que Juan Valjean no la habia visto.

—Bueno, dijo Juan Valjean. Ahora tengo que pediros dos cosas.

—¿Cuáles son, señor alcalde?

—La primera es, que no digais á nadie lo que sabeis de mí. La segunda, que no trateis de saber mas.

—Como querais. Sé que no podeis hacer nada que no sea bueno; y que siempre sereis un hombre de bien. Además, vos me habeis empleado aquí; soy vuestro; estoy á vuestras órdenes.

—Está bien. Ahora venid conmigo. Vamos por la niña.

—¡Ah! dijo Fauchelevent. ¡Hay una niña!

No dijo mas, y siguió á Juan Valjean como un perro sigue á su amo.

Media hora despues Cosette, iluminada por la llama de una buena lumbre, dormia en la cama del jardinero. Juan Valjean se habia vuelto á poner la corbata y el gaban, y habia encontrado el sombrero arrojado por encima de la tapia. Mientras que Juan Valjean se ponia la levita, Fauchelevent se habia quitado la rodillera con el cencerro, que colgado de un clavo cerca de un canasto, era un adorno de la pared. Los dos hombres se calentaban apoyados de codos en una mesa, en que Fauchelevent habia puesto un pedazo de queso, pan de cebada, una botella de vino y dos vasos. El viejo decia á Juan Valjean, poniéndole la mano en la rodilla:

—¡Ay, señor Magdalena! ¡No me habeis conocido en seguida! ¡Salvais la vida á la gente, y despues la olvidais! ¡Oh! Eso está mal. ¡Ellos se acuerdan de vos! ¡Sois un ingrato!

Digitized by Google

X.

DONDE SE ESPLICA CÓMO JAVERT HABIA ESPIADO EN VANO.

Los sucesos que acabamos de describir en órden inverso, por decirlo asi, habian ocurrido en las condiciones mas sencillas.

Cuando Juan Valjean, en la misma noche del dia en que Javert le prendió al lado del lecho mortuorio de Fantina, se escapó de la cárcel municipal de M.— á orillas del M,— la policía supuso que se habria dirigido á París. Porque París es un *mare magnum* donde todo se pierde, y todo desaparece en el seno del mundo, como en el seno del mar. No hay espesura que oculte á un hombre como la multitud. Los que se ocultan lo saben muy bien, y van á París como á un abismo: hay abismos que salvan. La policía lo sabe tambien, y asi es que busca en París lo que ha perdido en otra parte. Buscó, pues, allí, al ex-alcalde de M.— á orillas del M.—Javert fue llamado á París para que auxiliase á la policía en la persecucion, y el celoso inspector ayudó en efecto mucho á perseguir á Juan Valjean. El señor Chabouillet, secretario de la Prefectura en tiempo del conde Anglés, se fijó en el celo é inteligencia de Javert, á quien ya habia protegido, y consiguió que fuese incorporado á la policía de París; en ella se hizo varias veces—digámoslo, aunque la palabra parezca estraña—honrosamente útil.

Digitized by Google

Ya no se acordaba de Juan Valjean—estos perros, siempre en acecho, olvidan el lobo de ayer por el lobo de hoy,—cuando en el mes de diciembre de 1823 leyó un periódico, cosa que no acostumbraba; pero como hombre monárquico, quiso saber los pormenores de la entrada triunfal del «príncipe generalísimo» en Bayona. Cuando acabó el artículo que le interesaba, llamó su atencion en lo último de la plana, un nombre, el nombre de Juan Valjean. El periódico anunciaba, que el presidiario Juan Valjean habia muerto; y publicaba la noticia con tal formalidad, que Javert no dudó un momento en creerla, limitándose á decir: *Ese es el mejor registro.* Despues dejó el periódico, y no volvió á pensar mas en ello.

Algun tiempo despues, la Prefectura del Sena-y-Oise pasó á la Prefectura de París una nota sobre el robo de una niña, verificado, segun se decia, con circunstancias particulares, en el pueblo de Montfermeil. Decia esta nota, que un niña de siete á ocho años, que habia sido entregada por su madre á un posadero del pais, habia sido robada por un desconocido: la niña respondia al nombre de Cosette, y era hija de una tal Fantina, que habia muerto en el hospital, no se sabia cuándo ni dónde. Esta nota pasó por mano de Javert, y le hizo reflexionar.

El nombre de Fantina le era muy conocido; y recordaba que Juan Valjean le habia hecho reir, pidiéndole un plazo de tres dias para ir á buscar á la hija de la enferma. Recordó que Juan Valjean habia sido detenido en París en el momento en que subia en la diligencia de Montfermeil; y algunos indicios habian hecho creer que era la segunda vez que subia en aquella diligencia, y que el dia antes habia hecho una escursion por los alrededores de Montfermeil, porque no habia sido visto en el pueblo. ¿Qué tenia que hacer en Montfermeil? No se habia podido averiguar; pero Javert lo adivinó entonces. Allí estaba la niña de Fantina. Juan Valjean habia ido á buscarla. Esta niña acababa de ser robada por un desconocido. ¿Quién podia ser este desconocido? ¿Seria Juan Valjean? Juan Valjean habia muerto.—Javert, sin decir una palabra á nadie, tomó el cuarruaje del Plato de estaño, callejon de Planchette, é hizo un viaje á Montfermeil.

Creia encontrar allí una gran claridad, y encontró una gran oscuridad.

En los primeros dias, los Thenardier, desesperados, habian charlado.

Digitized by Google

La desaparicion de la Alondra habia metido ruido en la poblacion, y se habian hecho mil versiones de esta historia, que habia concluido por presentarse como la historia del rapto de la niña. De aquí provino la nota de la policía. Sin embargo, pasada la primera impresion, Thenardier con su admirable instinto, habia comprendido en seguida que no era conveniente molestar mucho al fiscal de S. M., y que sus quejas sobre el *rapto* de Cosette tendrian por primer resultado atraer sobre sí, y sobre muchos negocios algo turbios que tenia, la penetrante mirada de la justicia. Los buhos no quieren nunca que se les acerque una luz. ¿Cómo se justificaria de los mil quinientos francos que habia recibido? Dió, pues, media vuelta, puso una mordaza á su mujer, y se hizo el asombrado cuando le hablaban del *robo de la niña*. Él no sabia nada: cierto que se habia quejado en el momento en que «le quitaban» tan pronto su niña querida; hubiera deseado tenerla consigo siquiera dos ó tres dias mas; pero como «su abuelo» habia ido á buscarla, nada habia mas natural en el mundo. Habia añadido que el abuelo hacia bien. Esta fue la historia que oyó Javert cuando llegó á Montfermeil. Ante la figura del abuelo se desvaneció la idea de Juan Valjean.

Javert, sin embargo, introdujo algunas preguntas á guisa de sondas en la historia de Thenardier.—¿Quién era, y cómo se llamaba el abuelo? —Thenardier respondió con sencillez:—Es un rico labrador, He visto su pasaporte; y creo que se llama Guillermo Lambert.

Lambert es un buen nombre, muy tranquilizador. Javert volvió á París.

—Juan Valjean es indudable que ha muerto, se dijo; soy un necio.

Principiaba ya á olvidar esta historia, cuando en marzo de 1824 oyó hablar de un estraño personaje que vivia en la parroquia de San Medardo, y era conocido por «el mendigo que daba limosna.» Era, segun se decia, un rentista cuyo nombre no sabia nadie, que vivia solo con una niña de ocho años, que tampoco sabia de sí otra cosa, sino que habia venido de Montfermeil. ¡Montfermeil! Esta palabra, sonando de nuevo á los oidos de Javert, le llamó la atencion. Un viejo mendigo y polizonte, que habia sido pertiguero, al cual daba limosna el desconocido, dió algunos nuevos pormenores.—El rentista era un hombre muy huraño,—no salia mas que de noche,—no hablaba á nadie,—mas que á los pobres algunas ve-

Digitized by Google

ces,—no permitia que nadie se le aproximase. Llevaba un leviton feo, viejo y amarillento que valia muchos millones, porque estaba forrado de billetes de banco.—Todo esto escitó la curiosidad de Javert; y con objeto de ver de cerca á este hombre estraordinario, sin asustarle, se puso un dia el traje del pertiguero, y ocupó el lugar en que el espía se acurrucaba todas las tardes, mascullando oraciones, y espiando al través del rezo.

«El individuo sospechoso» se llegó en efecto á Javert disfrazado, y le dió limosna; en este momento, Javert levantó la vista, y la misma impresion que produjo en Juan Valjean la vista de Javert, recibió Javert al conocer á Juan Valjean.

Sin embargo, la oscuridad habia podido engañarle; la muerte de Juan Valjean era oficial. Quedaban, pues, á Javert graves dudas, y en la duda, Javert, hombre escrupuloso, no prendia á nadie.

Siguió á su hombre hasta la casa de Gorbeau, é hizo «cantar á la vieja,» lo que no era difícil. Esta le confirmó lo del leviton forrado de millones, y le contó el episodio del billete de mil francos. ¡Ella le habia visto! ¡Ella le habia tocado! Javert alquiló un cuarto, y aquella misma noche se instaló en él. Fué á escuchar á la puerta del misterioso huésped, esperando oir el sonido de su voz; pero Juan Valjean vió su luz por la cerradura, y chasqueó al espía guardando silencio.

Al dia siguiente Juan Valjean se marchó de la casa. Pero el ruido de la moneda de cinco francos que dejó caer fue notado por la vieja, que oyendo sonar dinero, conoció que se iba á mudar, y se apresuró á avisar á Javert. Por la noche, cuando salió Juan Valjean, le estaba esperando Javert detrás de los árboles del boulevard con dos hombres.

Javert habia pedido auxilio á la Prefectura, pero no habia dicho el nombre del individuo á quien pensaba prender. Este era su secreto: y le habia guardado por tres razones: primera, porque la menor indiscrecion podia despertar las sospechas de Juan Valjean; segunda, porque echar la garra á un antiguo presidiario escapado, y tenido por muerto, á un condenado clasificado para siempre por la justicia *entre los malhechores de la peor especie*, era un gran servicio, que de seguro, los antiguos polizontes de París no dejarian á un novato como Javert, y temia que le arrebatasen su ex-presidiario; y tercera, porque Javert era artista, y tenia el gusto de lo imprevisto. Odiaba esos resultados anunciados,

Digitized by Google

que pierden su mérito con lo que se habla de ellos antes de tiempo. Le gustaba elaborar en la sombra sus grandes obras, y manifestarlas despues repentinamente.

Javert habia seguido á Juan Valjean de árbol en árbol, despues de esquina en esquina, y no le habia perdido de vista un solo instante, ni aun en los momentos en que Juan Valjean se creia en mayor seguridad. Pero, ¿por qué no le detenia? Porque dudaba aun.

Debe recordarse que en aquella época, la policía no obraba con toda libertad: la prensa libre la tenia á raya. Algunas detenciones arbitrarias, denunciadas por los periódicos, habian llegado hasta las cámaras, é intimidado á la Prefectura. Atentar á la libertad individual era un hecho grave. Los agentes temian engañarse, porque el prefecto les cargaba la responsabilidad, y un error era una destitucion. Figurémonos el efecto que hubiera hecho en París este breve párrafo reproducido por veinte periódicos:—Ayer un anciano de cabellos blancos, respetable rentista, que se paseaba con una niña de ocho años, nieta suya, fue detenido y conducido al depósito de la Prefectura como desertor de presidio.

Repitamos además que Javert tenia sus escrúpulos; las objecionesde su conciencia se unian á las prevenciones del prefecto. Dudaba.

Juan Valjean volvia la espalda, y marchaba en la oscuridad.

La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el cansancio, la nueva desgracia de verse obligado á huir de noche, y á buscar á la ventura un asilo en París para Cosette y para él, la necesidad de arreglar su paso al de una niña, todo esto habia cambiado el modo de andar de Juan Valjean, y dado á su cuerpo tal aspecto de senectud, que la policía, encarnada en Javert, podia engañarse, y se engañó. La imposibilidad de aproximarse mucho, su traje de preceptor emigrado, la declaracion de Thenardier que le hacia abuelo de Cosette, y la creencia de su muerte en el presidio, aumentaban la incertidumbre que crecia en el espíritu de Javert.

Tuvo un momento el proyecto de detener bruscamente á Juan Valjean y pedirle sus documentos. Pero si aquel hombre no era Juan Valjean; si no era un honrado rentista, seria probablemente algun bribon, profundamente versado en la oscura trama de los crímenes de París,

Digitized by Google

algun jefe de una partida peligrosa, que daba limosna para ocultar sus mañas, costumbre ya antigua. Tendria sin duda compañeros, cómplices y refugios para ocultarse. Las vueltas y rodeos que daba parecian indicar que no era un buen hombre. Detenerle de pronto era «matar la gallina de los huevos de oro.» Por otra parte, ¿qué inconveniente habia en esperar? Javert estaba seguro de que no se le escaparia.

Le seguia, pues, bastante perplejo, haciéndose una porcion de preguntas acerca de aquel personaje enigmático.

Solamente al llegar á la calle Pontoise, y á favor de la viva luz que salia de una taberna, fue cuando conoció sin duda alguna á Juan Valjean.

Hay en el mundo dos clases de seres que se estremecen profundamente: la madre que encuentra á su hijo perdido, y el tigre que encuentra su presa.

En aquel momento Javert sintió este estremecimiento profundo.

Asi que tuvo seguridad de que aquel hombre era Juan Valjean, el terrible presidiario, observó que en su persecucion no le acompañaban mas que dos personas, y pidió un refuerzo al comisario de policía de la calle de Pontoise. Antes de coger un palo de espino, es preciso ponerse los guantes.

El tiempo que para esto se detuvo, y un rato que hizo alto en la encrucijada Rollin para dar instrucciones á sus agentes, le hicieron perder la pista. Pero conoció en seguida que Juan Valjean trataria de poner el rio entre él y sus perseguidores. Inclinó la cabeza y reflexionó un momento como un sabueso que olfatea la tierra para descubrir la senda, y con su poderoso instinto se fué derecho al puente de Austerlitz. Con dos palabras que habló al guarda se puso al corriente.—¿Habeis visto pasar un hombre con una niña?—Le he hecho pagar dos sueldos, dijo el guarda. Javert entró en el puente en el momento oportuno para ver á Juan Valjean al otro lado del rio, atravesando, con Cosette de la mano, un espacio iluminado por la luna. Le vió entrar en la calle del camino verde de San Antonio; se acordó del callejon sin salida de Genrot, puesto allí como una trampa, y de la única salida de la calle de Droit-Mur á la calle de Picpus. *Le cogió las vueltas*, como dicen los cazadores, y envió en seguida á uno de sus agentes para que guardase esta

Digitized by Google

salida. Vió una patrulla que volvia al cuerpo de guardia del Arsenal, le pidió auxilio y se hizo escoltar por ella. En este juego, soldados son triunfos; los soldados son para todo. Para cercar al javalí es preciso ciencia de montería y muchos perros. Combinado todo de esta manera, teniendo á Juan Valjean cogido entre el callejon por la derecha, su agente por la izquierda y él por detrás, tomó un polvo de tabaco.

Despues se puso á gozar. Tuvo un momento de alegría infernal; dejó ir á su presa delante de él, en la confianza de que la tenia segura; deseando retardar todo lo posible el momento de echarle la mano, gozando en tenerla cogida y verla libre, y cubriéndola con la mirada voluptuosa de la araña que deja volar á la mosca, y del gato que deja correr al raton. La uña y la garra tienen una sensualidad horrible, que goza con los movimientos confusos de la bestia aprisionada en su tenaza. ¡Qué placer encierra esta opresion!

Javert gozaba en aquel momento. Las mallas de su red estaban sólidamente unidas. Tenia seguridad del triunfo; ya no tenia que hacer mas que cerrar la mano.

Iba de tal modo escoltado, que era imposible la idea de la resistencia, cualesquiera que fuesen la energía, vigor y desesperacion de Juan Valjean.

Javert se adelantó, pues, lentamente, mirando y registrando al paso todos los rincones de la calle, como los bolsillos de un ladron.

Cuando llegó al centro de la red no halló al pájaro.

Calcúlese su desesperacion.

Preguntó al centinela que habia puesto en la salida de las calles Droit-Mur y Picpus; este polizonte, que habia permanecido inmóvil en su puesto, no habia visto pasar á nadie.

Sucede en la caza muchas veces que un ciervo se escapa, aun teniendo la jauria sobre sí, y entonces los cazadores no saben qué decir; entonces Duvivier, Liguiville y Desprez se quedan parados. En uno de estos casos esclamó Artonge: *No es un ciervo; es un brujo.*

Javert hubiera dicho de buena gana lo mismo.

El chasco que acababa de llevarse le llenó por un momento de desesperacion y de furor.

Asi como Napoleon cometió errores en la guerra de Rusia, Alejandro en la de la India, César en la de Africa, Ciro en la de Escitia, Javert

Digitized by Google

los cometió en esta campaña contra Juan Valjean. Erró tal vez en dudar que fuese Juan Valjean; habia debido bastarle la primera mirada. Hizo mal en no echarle mano en su casa. Hizo mal en no prenderle pura y simplemente cuando le conoció en la calle de Pontoise. Hizo mal en ponerse de acuerdo con su gente en la encrucijada Rollin, iluminada por la luna. Los consejos y los indicios son muy útiles, es muy bueno conocer los de los perros de muestra; pero el cazador no tomará nunca demasiadas precauciones cuando ojea animales tan astutos como el lobo y el ex-presidiario. Javert, empleando demasiado tiempo y cuidado en apostar los sabuesos, espantó á la fiera, dándole viento de cara, y la ahuyentó. Hizo mal sobre todo cuando habiendo hallado la pista en el puente de Austerlitz, se contentó con seguir un juego serio y pueril, teniendo á un hombre semejante sujeto con un hilo. Se creyó que valia mucho mas, pensó poder jugar á los ratones con un leon, y al mismo tiempo se juzgó demasiado débil cuando pidió el refuerzo. Precaucion fatal, pérdida de tiempo precioso. Javert cometió todas estas faltas, y era, sin embargo, uno de los espías mas astutos y prudentes que han existido. Era, hablando con propiedad, lo que se llama *perro viejo*. Pero ¿quién es perfecto?

Los grandes estratégicos tienen sus momentos de alucinacion.

Las grandes necedades se hacen muchas veces como las cuerdas de muchos hilos. Tomad un cable hilo á hilo, tomad separadamente los motivos determinantes, los rompereis muy fácilmente uno tras otro, y direis: Esto no vale nada. Pero tejed y torced estos mismos hilos, y resultará una resistencia enorme: Atila, que duda entre Marcio en el Oriente y Valentiniano en el Occidente; Annibal, que descansa en Cápua; Danton, que se duerme en Arcis-del-Aube.

Sea como fuere, en el momento en que Javert conoció que se le escapaba Juan Valjean, no se aturdió. Estando seguro de que el presidiario escapado no podia hallarse muy lejos, puso vigías, organizó ratoneras y emboscadas, y dió una batida por el barrio toda la noche. Lo primero que vió fue la cuerda rota del farol, indicio precioso, pero que le estravió mas, pues que le hizo dirigir todas las investigaciones hácia el callejon de Genrot. Habia en este callejon varias tapias bastante bajas que daban á jardines, cuyas cercas terminaban en inmensos terrenos baldíos. Por allí debia haberse ido precisamente Juan Valjean; y en efec-

Digitized by Google

to, si hubiese penetrado un poco mas adelante en el callejon, lo hubiera hecho probablemente, y se hubiera perdido, porque Javert registró aquellos jardines y aquellos terrenos como quien busca una aguja.

Al despuntar el dia dejó dos hombres inteligentes en observacion, y volvió á la Prefectura de policía, avergonzado como un polizonte á quien hubiera preso un ladron.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL SR. GILLENORMAND.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SESTO.

EL PEQUEÑO PICPUS.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

CALLEJUELA PICPUS, NUMERO 62.

Nada habia mas semejante, hace medio siglo, á cualquier puerta-cochera, que la puerta-cochera del número 62 de la callejuela de Picpus. Esta puerta, habitualmente entreabierta del modo mas halagüeño, dejaba ver dos cosas nada fúnebres: un patio rodeado de tapias cubiertas de vides, y la fisonomía de un portero que estaba ocioso. Por cima de la pared del fondo se descubrian grandes árboles. Cuando un rayo de sol iluminaba el patio, cuando un vaso de vino iluminaba al portero, era difícil pasar por delante del número 62 de la calle de Picpus sin adquirir una idea alegre. Sin embargo, lo que se veia era un lugar sombrío.

El sol sonreia; la casa rezaba y lloraba.

Si se conseguia pasar de la portería — lo cual no era fácil, y aun puede decirse, que era imposible para casi todos, porque habia un *Sésamo, ábrete*, que era preciso saber; — si pasada la portería se entraba á la derecha en un vestíbulo pequeño, á que daba una escalera oprimida entre dos paredes, y tan estrecha, que no podia pasar por ella mas que una persona á la vez; si no se dejaba uno asustar por el embadurnamiento amarillo-canario con zócalo chocolate que cubria esta escalera; si se aventuraba uno á subir, se pasaba un primer descansillo, despues

Digitized by Google

otro, y se llegaba al primer piso y á un corredor en que la pintura amarilla y el plinto chocolate perseguian al que entraba, con pacífico encarnizamiento.

Escalera y corredor estaban alumbrados por dos hermosas ventanas.

El corredor formaba un recodo y estaba oscuro. Si se doblaba este cabo, despues de dar algunos pasos se llegaba á una puerta, tanto mas misteriosa, cuanto que no estaba cerrada. Empujándola, se entraba en una pequeña habitacion de unos seis pies cuadrados, embaldosada, lavada, limpia, fria, cubierta de papel color de mahon con florecitas verdes, de á quince sueldos la pieza. Una luz blanca y mate penetraba por una gran ventana de vidrios pequeños, que estaba á la izquierda, y tenia toda la anchura del cuarto. Se miraba; no se veia á nadie: se escuchaba; no se sentia ni un paso, ni un murmullo humano. La pared estaba desnuda de adornos; el cuarto no estaba amueblado; no habia ni una silla.

Mirábase de nuevo, y se descubria en la pared de frente á la puerta un agujero cuadrangular, como de un pie cuadrado, cubierto de una reja de hierro de barras cruzadas, negras, nudosas, fuertes, que formaban cuadrados, mejor diremos, mallas, de menos de pulgada y media de diagonal. Las florecitas verdes del papel amarillo llegaban en órden á las barras de hierro, sin que este contacto fúnebre las asustase, ni las estremeciese. Suponiendo que un ser viviente hubiese sido tan escesivamente delgado que hubiera podido intentar entrar ó salir por aquel agujero cuadrado, la reja se lo habria impedido. No dejaba pasar el cuerpo; pero dejaba pasar los ojos, es decir, el espíritu. Mas parecia que hasta en esto se habia pensado, porque estaba forrada de una lámina de hoja de lata, introducida en la pared, un poco mas adentro, y atravesada por mil agujeritos mas pequeños que los de una espumadera. Por debajo de esta lámina habia una abertura muy semejante á la de un buzon de correos. Un cordon de hilo, unido á un torniquete de campanilla, colgaba á la derecha de este agujero enrejado.

Si se tiraba de este cordon, sonaba una campanilla, y se oia una voz muy cerca, que hacia temblar.

—¿Quién es? preguntaba la voz.

Era una voz de mujer, una voz dulce, tan dulce como lúgubre.

Aquí tambien era preciso saber una palabra mágica.

Digitized by Google

Si no se sabia, la voz se callaba, y la pared quedaba silenciosa como si del otro lado estuviese la tenebrosa oscuridad del sepulcro.

Si se sabia la palabra, la voz respondia:

—Entrad por la derecha.

Y entonces se echaba de ver una puerta coronada de una ventana de vidrios, y pintada de gris. Se alzaba el picaporte, se pasaba la puerta, y se esperimentaba absolutamente la misma impresion que cuando se entra en un palco cerrado con celosía antes que esta se haya bajado, y se haya encendido la araña. Entrábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, iluminado apenas por la luz de la puerta-vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera toda rota, verdadero palco con su barandilla á regular altura, que tenia una tablita de madera negra.

Este palco estaba enrejado, pero no con una reja dorada como en la ópera, sino con un monstruoso cruzamiento de barras de hierro, horriblemente enredadas y enchufadas en la pared por enormes soldaduras que parecian puños cerrados.

Pasados algunos minutos, cuando la vista empezaba á acostumbrarse á la media luz de aquel cuarto, si trataba de atravesar la verja, no podia pasar mas allá de seis pulgadas. Allí se encontraba una barrera de postigos negros, asegurados y reforzados por traviesas de madera pintadas de amarillo.

Estos postigos estaban divididos á trechos en largas planchas delgadas, y ocultaban toda la verja. Siempre estaban cerrados.

Al cabo de algunos instantes oíase una voz que llamaba por detrás de los postigos, y que decia:

—Aquí estoy. ¿Qué me quereis?

Era una voz amada, en ocasiones una voz adorada. No se veia á nadie. Apenas se oia el ruido del aliento. Parecia una evocacion que hablaba al través de la cubierta de la tumba.

Si el que llegaba tenia ciertas condiciones exigidas, muy raras, se abria la estrecha hoja de un postigo, y la evocacion se convertia en aparicion. Detrás de la reja, y detrás del postigo, se veia, tanto como dejaba ver el enrejado, una cabeza de la cual solo se descubrian la boca y la barba; lo demás estaba cubierto con un velo negro. Entreveíase una toca negra, y una forma apenas visible, cubierta de un sudario negro.

Digitized by Google

Aquella cabeza os hablaba, pero no os miraba, ni se sonreia nunca.

La luz que entraba por detrás, estaba dispuesta de tal modo, que el visitante veia blanca aquella aparicion, y ella le veia negro. Esta luz era un símbolo.

La vista penetraba ávidamente por la abertura hecha en aquel sitio cerrado á todas las miradas. Una vaga penumbra rodeaba aquella figura enlutada. Los ojos escudriñaban aquella penumbra, y trataban de separarla de la aparicion. Al poco tiempo se conocia que no se veia nada; porque lo que se veia era la noche, el vacío, las tinieblas, una bruma de invierno mezclada con un vapor de la tumba, una especie de paz horrible, un silencio en que no se recogia nada, ni aun los suspiros, una sombra en que no se distinguia nada, ni aun los fantasmas.

Lo que se veia era el interior de un claustro.

Era el interior de esa casa triste y severa que se llamaba el convento de las Bernardas de la Adoracion perpetua. Aquel palco era el locutorio. La voz que habia hablado primero era la voz de la tornera, que estaba siempre sentada, inmóvil y silenciosa, del otro lado de la pared, cerca de la abertura cuadrada, defendida por la verja de hierro, y por la placa de mil agujeros como por una doble visera.

La oscuridad provenia de que el locutorio tenia una ventana del lado del mundo, y no tenia ninguna del lado del convento. Los ojos profanos no debian ver nada de aquel lugar sagrado.

Pero mas allá de esta sombra habia algo; habia una luz; una vida en aquella muerte. Aunque aquel convento era el mas resguardado de todos, vamos á tratar de penetrar en él y á hacer entrar al lector, y á decirle, sin olvidar la discrecion, cosas que los narradores no han visto, y por consiguiente nadie ha contado.

Digitized by Google

II.

LA REGLA DE MARTIN VARGAS.

Este convento, que en 1824 existia desde hacia ya muchos años en la callejuela de Picpus, era una comunidad de Bernardas de la regla de Martin Vargas.

Estas Bernardas dependian, pues, no de Claraval, como los Bernardos, sino del Cister, como los Benedictinos. En otros términos: seguian la regla, no de San Bernardo, sino de San Benito.

Todo el que ha hojeado algunos libros antiguos sabe que Martin Vargas fundó en 1425 una congregacion de Bernardas Benedictinas, que tenian por capital de la órden á Salamanca, y por sucursal á Alcalá.

Esta congregacion habia echado raices en todos los paises católicos de Europa.

Estos injertos de una órden en otra no tienen nada de estraordinario en la Iglesia latina. Para no hablar mas que de la órden de San Benito, diremos que á ella pertenecian, sin contar la regla de Martin Vargas, cuatro congregaciones: dos en Italia, la de Monte Casino, y Santa Justina de Pádua; dos en Francia, Cluny y San Mauro; y nueve órdenes, Valambrosa, Grammont, los Celestinos, los Camandulenses, los Cartujos, los Humillados, los del Olivo, los Silvestrinos, y por último, los

Digitized by Google

Cistercienses; porque Cister mismo, aunque tronco de otras órdenes, no era mas que una rama de San Benito. Cister fue fundado por San Roberto, abad de Molesme en la diócesis de Langres, en 1098. En el de 529, el diablo, que se habia retirado al desierto de Subiaco (era viejo; ¿se habria hecho ermitaño?), habia sido ya arrojado del antiguo templo de Apolo, donde vivia, por San Benito, que tenia entonces diez y siete años.

Despues de la regla de las Carmelitas, que llevaban los pies descalzos, un áspero cordon de mimbre al cuello, y no se sentaban nunca, la mas dura era la de las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas. Iban vestidas de negro con una pechera, que segun la prescripcion espresa de San Benito, llegaba hasta la barba. Una túnica de sarga de manga ancha, un gran velo de lana, la pechera que subia hasta la barba, y la toca que bajaba hasta los ojos, cortada en cuadro sobre el pecho, componian su hábito. Todo era negro, escepto la toca que era blanca. Las novicias llevaban el mismo hábito, pero blanco. Las profesas llevaban un rosario al lado.

Las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas practicaban la adoracion perpetua, como las Benedictinas llamadas señoras del Santo Sacramento, las cuales al principio de este siglo tenian en París dos casas, una en el Temple, y otra en la calle nueva de Santa Genoveva. Por lo demás, las Bernardas Benedictinas del pequeño Picpus, de que vamos hablando, eran una órden completamente distinta de la que seguian las señoras del Sacramento, que vivian en la calle nueva de Santa Genoveva y en el Temple. Habia muchas diferencias en la regla, y tambien en el hábito. Las Bernardas Benedictinas del pequeño Picpus llevaban la pechera negra, y las Benedictinas del Sacramento de la calle nueva de Santa Genoveva la llevaban blanca, y además en el pecho un Santísimo Sacramento de unas tres pulgadas de alto, y de plata sobredorada ó de cobre. Las religiosas del pequeño Picpus no llevaban el Santísimo Sacramento. La Adoracion perpetua, comun al pequeño Picpus y al convento del Temple, permitia, sin embargo, que fuesen distintas las dos órdenes. Solamente habia semejanza en esta práctica entre las señoras del Sacramento y las Bernardas de Martin Vargas, lo mismo que la habia en el estudio y glorificacion de todos los misterios relativos á la infancia, á la vida y á la muerte de Jesucristo, y á la Vírgen, entre dos

Digitized by Google

órdenes separadas, y aun enemigas en ocasiones: la del Oratorio de Italia, establecida en Florencia por Felipe de Neri, y la del Oratorio de Francia, fundada en París por Pedro Berulle. El Oratorio de París pretendia la primacía, porque Berulle era cardenal, y Felipe no era mas que santo.

Pero volvamos á la severa regla española de Martin Vargas.

Las Bernardas Benedictinas de esta regla comen de viernes todo el año, ayunan toda la Cuaresma y otros muchos dias especiales, se levantan en el primer sueño, desde la una hasta las tres para leer el breviario y cantar maitines, se acuestan entre sábanas de jerga en todas las estaciones, y sobre paja, no usan baños, ni encienden nunca lumbre, se disciplinan todos los viernes, observan la regla del silencio, no se hablan mas que en las horas de recreo, que son muy cortas, y llevan camisas de buriel seis meses, desde el 14 de setiembre, que es la exaltacion de la Santa Cruz, hasta la Pascua. Estos seis meses son una gracia, la regla dice todo el año; pero esta camisa de buriel, insoportable en el rigor del estío, producia fiebres y espasmos nerviosos, y fue preciso limitar su uso. Aun con esta modificacion, el 14 de setiembre, cuando las monjas se ponen esta camisa, tienen calentura tres ó cuatro dias. Sus votos, cuyo rigor está aumentado por la regla, son de obediencia, pobreza, castidad y perpetuidad en el claustro.

La priora es elegida cada tres años por las madres que se llaman *vocales*, porque tienen voz en el capítulo. Una priora solo puede ser reelegida dos veces, de modo que su mando no puede durar mas de nueve años.

No ven nunca al sacerdote celebrante, que permanece oculto por una cortina de nueve pies de alto. En los sermones, cuando el predicador está en el púlpito, bajan el velo cubriéndose el rostro. Deben hablar siempre en voz baja, andar con los ojos bajos y con la cabeza baja. Solo un hombre puede entrar en el convento: el arzobispo diocesano.

Otro puede entrar tambien, que es el jardinero, pero siempre es un viejo; y con objeto de que esté constantemente solo en el jardin, y de que las religiosas puedan evitar su presencia, lleva una campanilla ó cascabel en la rodilla.

Están sometidas á la priora con una sumision absoluta y pasiva: con la sujecion canónica en toda su abnegacion. Viven como á la voz

Digitized by Google

de Cristo, *ut voci Christi*, al gesto, al primer signo *ad nutum, ad primum signum*; la siguen, con alegría, con perseverancia, con cierta obediencia ciega, *prompte, hilariter, perseveranter, et cœca quadam obedientia*, como la lima en la mano del artífice, *quasi limam in manibus fabri;* no pueden ni leer, ni escribir nada sin espresa licencia, *legere vel scribere non adiscerit sine expressa superioris licentia.*

Todas turnan en lo que llaman *el desagravio*. El desagravio es la oracion por todos los pecados, por todas las faltas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometen en la superficie de la tierra. Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, ó desde las cuatro de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la hermana que está de *desagravio* permanece de rodillas sobre la piedra ante el Santísimo Sacramento, con las manos juntas y una cuerda al cuello. Cuando el cansancio se hace insoportable, se prosterna estendida con el rostro en la tierra y los brazos en cruz: este es todo su descanso. En esta actitud ora por todos los pecadores del Universo. Esto es grande; raya en lo sublime.

Esta práctica se verifica ante un poste, á cuyo estremo superior arde un cirio, y se dice indistintamente *hacer el desagravio ó estar en el poste*. Las monjas prefieren aun por humildad, esta última espresion, que envuelve una idea de suplicio y de humillacion.

El *desagravio* es un acto que absorbe toda el alma. La hermana que le practica no se volveria aunque cayera un rayo á su espalda.

Además, hay siempre otra monja de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Esta estacion dura una hora, y se relevan como soldados que están de centinela.

Esta es la Adoracion perpetua.

Las prioras y las madres usan siempre nombres de una gravedad particular, tomados por lo general, no de los de los santos y mártires, sino de los momentos de la vida de Jesucristo, como la madre Natividad, la madre Concepcion, la madre Presentacion, la madre Pasion. Sin embargo, no están prohibidos los nombres de santos.

Cuando se las ve, no se ve mas que su boca.

Todas tienen los dientes amarillos: nunca ha entrado en el convento un cepillo de dientes. Limpiarse los dientes es el último límite de una

Digitized by Google

escala, mas allá de la cual no hay mas que una cosa: la perdicion del alma.

Nunca dicen *mio*; porque no tienen nada suyo, ni deben tener afecto á nada. Dicen siempre *nuestro*. Asi: nuestro velo, nuestro rosario; y si hablasen de su camisa, dirian *nuestra camisa*. Algunas veces se aficionan á cualquier cosilla, á un libro de rezo, á una reliquia, á una medalla bendita; pero desde el momento en que notan que empiezan á aficionarse á este objeto, deben darle. Recuerdan las palabras de Santa Teresa, á quien decia una gran señora cuando entró en su órden: Permitidme, madre mia, que envie á buscar una Santa Biblia que aprecio mucho: —*¡Ah, apreciais todavía algo! Entonces no entreis en nuestra casa.*

Les está prohibido encerrarse y tener un *mi cuarto*, una *mi celda*. Viven en celdas abiertas. Cuando se encuentran, dice una: *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar*. Y responde la otra: *Por siempre sea alabado y bendito*. Palabras que se repiten cuando una llama á la puerta de otra. Apenas ha tocado la puerta, cuando por dentro se oye una voz dulce, que dice: *Por siempre*. Como todas las prácticas, se hace esta maquinal con la costumbre, y algunas veces dice una: *Por siempre*, antes que la otra haya tenido tiempo de decir, lo que es un poco largo: *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar*.

Las monjas de la Visitacion dicen al entrar: *Ave María*, y la que está dentro responde: *Gratia plena*. Este es su saludo, que está «lleno de gracia» efectivamente.

A cada hora del dia da tres golpes supletorios la campana de la iglesia del convento. A esta señal, priora, madres vocales, profesas, conversas, novicias, postulantes, interrumpen lo que dicen, ó lo que hacen, ó lo que piensan, y dicen todas á la vez, si son las cinco, por ejemplo: —*A las cinco y á todas horas bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar*. Si son las ocho: *A las ocho y á todas horas, etc.*, y asi siempre, segun la hora.

Esta costumbre, cuyo objeto es romper el pensamiento y dirigirle hácia Dios, existe en muchas comunidades: solo varía la fórmula. Asi, en la del Niño Jesús se dice: *A esta hora y á cualquiera otra, el amor de Jesús inflame mi corazon.*

Las Benedictinas Bernardas de Martin Vargas, que vivian hace cin-

Digitized by Google

cuenta años en el pequeño Picpus, cantan los oficios salmodiando gravemente canto llano puro, y en alta voz todo el tiempo que dura el acto. Cuando encuentran un asterisco en el misal, hacen una pausa, y dicen por lo bajo: *Jesús, María y José.* En el oficio de difuntos cantan en un tono tan bajo, que parece imposible que pueda bajar tanto la voz de mujer; de lo cual resulta un efecto sorprendente y trágico.

Las monjas del pequeño Picpus habian mandado hacer una cripta bajo el altar mayor para sepultura de la comunidad. El *gobierno*, como ellas decian, no permitia que se enterrasen allí los cuerpos. Salian, pues, del convento cuando morian; lo cual las afligia y consternaba como una infraccion.

Pero en cambio habian conseguido ser enterradas á una hora especial, y en un rincon especial del antiguo cementerio Vaugirard, que ocupaba un terreno que habia sido de la comunidad.

Los jueves asistian, como los domingos, á misa mayor, vísperas, y á todos los oficios. Observaban escrupulosamente todas las demás fiestas pequeñas, desconocidas de los mundanos, que la Iglesia prodigaba antiguamente en Francia, y prodiga aun en España y en Italia. El tiempo que pasaban en la capilla era interminable. En cuanto al número y duracion de sus rezos, no podemos dar mejor idea que citando estas palabras candorosas de una de ellas: *Los rezos de las postulantes son terribles, los de las novicias lo son mas, los de las profesas son aun mas terribles.*

El capítulo se reune una vez por semana; le preside la priora, y asisten las madres vocales. Cada hermana va á su vez á arrodillarse en la piedra, y confiesa en alta voz, en presencia de todas, las faltas y pecados que ha cometido en la semana. Las madres vocales deliberan despues de cada confesion, é imponen tambien en alta voz la penitencia.

Además de la confesion en alta voz, para la cual se reservan todas las faltas un poco graves, tienen para las faltas veniales lo que llaman *la culpa.* Hacer la culpa es prosternarse durante la misa boca abajo delante de la priora, hasta que ésta, á quien no llaman nunca mas que *nuestra madre*, avisa á la paciente que puede levantarse, por medio de un golpe en la tabla del sillon. Se hace la culpa por cosas muy pequeñas: por romper un vaso, por rasgar un velo, por retardarse involuntaria-

Digitized by Google

mente algunos segundos al ir á misa, por cantar mal una nota en la iglesia, etc. : esto es suficiente motivo para hacer la culpa. La culpa es voluntaria: la *culpada* (esta palabra está usada aquí etimológicamente) se juzga y castiga á sí misma. Los domingos y dias de fiesta hay cuatro madres cantoras que salmodian los oficios ante un gran facistol de cuatro pupitres. Un dia, una madre cantora entonó un salmo que empezaba por *Ecce*, y en vez de *Ecce*, dijo en alta voz estas tres notas: *do, si, sol.* Por su distraccion, hizo una culpa que duró toda la funcion. Lo que agravó enormemente la culpa fue que el capítulo se habia echado á reir.

Cuando llamaban al locutorio á una monja, aunque fuese la priora, se bajaba el velo de manera, segun hemos dicho ya, que solo dejaba ver la boca.

Solo la priora podia hablar con los estraños; las demás no podian ver mas que á su familia, y eso raras veces. Si por casualidad queria alguien ver á una monja á quien habia conocido ó amado en el mundo, tenia que formar casi un espediente. Si era una mujer podia en algunos casos concederse la autorizacion: la monja iba al locutorio y hablaba por entre los postigos, que solo se abrian para una madre ó una hermana. No hay para qué decir que este permiso se negaba siempre á los hombres.

Tal era la regla de San Benito, rigorizada por Martin Vargas.

Estas monjas no estaban alegres, rosadas, frescas como lo están las de otras muchas órdenes. Estaban pálidas y graves. Desde 1825 á 1830 se volvieron tres locas.

Digitized by Google

III.

RIGORES.

Las jóvenes deben ser dos años por lo menos postulantes; con frecuencia cuatro; y otros cuatro novicias. Es muy raro que pueda pronunciarse el voto definitivo antes de los veintitres ó veinticuatro años. Las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas no admitian viudas en su órden.

Las monjas se entregan en sus celdas á maceraciones desconocidas, de que no deben hablar nunca.

El dia en que profesa una novicia se la viste con sus mas hermosos trajes, se adorna la cabeza con blancas rosas, se perfuman y rizan sus cabellos, y despues se prosterna: estiéndese sobre ella un gran velo negro, y se canta el oficio de difuntos. Entonces las religiosas se dividen en dos filas, y pasan una tras otra diciendo con lastimero acento: *Nuestra hermana ha muerto*, y la otra fila responde: *Pero vive en Jesucristo.*

En la época en que pasa esta historia habia anejo al convento un colegio de niñas nobles, ricas la mayor parte, entre las cuales se distinguian las señoritas de Sainte-Aulaire y de Belissen, y una inglesa que llevaba el ilustre nombre católico de Talbot. Estas jóvenes, educa-

Digitized by Google

das por las religiosas entre cuatro paredes, crecian en el horror al mundo y al siglo. Una de ellas nos decia un dia: *Ver el empedrado de la calle es cosa que estremece de pies á cabeza.* Iban vestidas de azul, con sombrero blanco, y un Espíritu Santo de plata sobredorada ó de cobre en el pecho. En ciertos dias de gran festividad, y especialmente el dia de Santa Marta, se les concedia, como estraordinaria gracia y felicidad suprema, vestirse de monjas y cumplir las prácticas de San Benito durante todo el dia. En los primeros tiempos, las religiosas les prestaban sus vestidos negros; pero despues, pareciendo esto una profanacion, fue prohibido por la priora; y solo se permitió este préstamo á las novicias. Es muy notable que estas representaciones toleradas sin duda, y favorecidas en el convento por un secreto espíritu de proselitismo, y para dar á estas niñas alguna prueba anticipada del Santo hábito, fuesen un placer real y una diversion para las educandas, que se divertian simplemente. *Era una cosa nueva, una variacion.* Cándidas razones de la infancia, que no pueden hacer comprender á los mundanos el placer de tener en la mano un hisopo, y estar de pie horas enteras cantando á coro ante un facistol.

Las educandas, á escepcion de la austeridad, se conformaban con todas las prácticas del convento. Hubo alguna jóven que habiendo vuelto al mundo, aun muchos años despues de casada, no pudo perder la costumbre de decir en alta voz cada vez que llamaban á la puerta: *Por siempre.* Las educandas, lo mismo que las monjas, solo veian á su familia en el locutorio. ¡Ni sus madres podian abrazarlas! Hasta este punto se llevaba la severidad. Un dia fue visitada una jóven por su madre acompañada de una hermanita de tres años. La niña lloraba porque queria abrazar á su hermana. Imposible. Entonces suplicó que á lo menos se permitiera á la niña pasar la manita por entre los hierros para besársela. Tambien esto fue negado casi con escándalo.

Digitized by Google

IV.

ALEGRIAS.

Sin embargo, estas niñas habian llenado la casa de encantadores recuerdos.

A ciertas horas la infancia brillaba en aquella clausura. Sonaba la hora del recreo: abríase una puerta, y los pájaros decian: ¡Bueno! Ya están aquí las niñas. Un torrente de juventud inundaba aquel jardin cortado por una cruz como una mortaja. Fisonomías radiantes, frentes blancas, ojos inocentes llenos de alegre luz, auroras de toda especie se esparcian por aquellas tinieblas. Despues de los rezos, de las campanas, de los toques, de los clamores, de los oficios, estallaba de repente el ruido que hacian las niñas, ruido mas dulce que el de las abejas. Abríase la colmena de la alegría, y cada una llevaba su miel. Jugaban, se llamaban, se agrupaban, corrian; bonitos dientes blancos charlaban en los rincones; los velos desde lejos vigilaban las risas, las sombras vigilaban los rayos; pero ¡qué importaba! Brillaban y reian. Aquellas cuatro lúgubres tapias tenian su minuto de alegría; y asistian, vagamente iluminadas por el reflejo de tanto placer, á este susurro del enjambre. Era aquello como una lluvia de rosas en medio del luto. Las niñas loqueaban bajo la vista de las religiosas; la mirada de la impecabilidad

Digitized by Google

no incomodaba á la inocencia. Gracias á estas niñas, entre tantas horas de austeridad, habia una de desahogo. Las pequeñas saltaban y las grandes bailaban. En aquel claustro el juego estaba mezclado con el cielo; y no habia nada mas tierno y mas sublime que aquellas almas inocentes divirtiéndose. Homero hubiera reido allí con Perrault; habia en aquel negro jardin juventud, salud, ruido, gritos, aturdimiento, placer, felicidad suficiente para desarrugar la frente de todas las abuelas, asi de la epopeya, como del cuento, asi del trono como de la cabaña, desde Hecuba hasta la madre Graud.

En esta casa se han oido, mas que en ninguna otra parte quizá, esas *ocurrencias infantiles* que tienen tanta gracia, y que hacen reir con tanta meditacion. Entre aquellas cuatro fúnebres paredes decia un dia una niña de cinco años:

—¡Madre! acaba de decirme una grande que solo tengo ya que estar aquí nueve años y diez meses. ¡Qué alegría!

Allí tambien se oyó este diálogo memorable:

Una madre vocal:—¿Por qué lloras, hija mia?

La niña (seis años) sollozando:—He dicho á Alicia que sabia la historia de Francia, y me ha dicho que no la sabia, ¡y la sé!

Alicia, la grande (nueve años):—No; no la sabe.

La madre:—¿Cómo es eso, hija mia?

Alicia:—Me ha dicho que abra el libro á la suerte; que le haga una pregunta de lo que trae el libro y me responderia.

—¿Y qué?

—Que no ha contestado.

—Veamos; ¿qué le has preguntado?

—He abierto el libro á la suerte, como ella decia, y le he hecho la primera pregunta que he encontrado.

—¿Qué pregunta era?

—Esta: *¿qué sucedió despues?*

Allí se hizo esta observacion profunda sobre una cotorra un poco golosa que pertenecia á una educanda:

—*¡Es muy hermosa! ¡Come la manteca de las tostadas como una persona!*

En una de las losas de aquel convento se oyó esta confesion, escrita de antemano para no olvidarla, por una pecadora de siete años:

Digitized by Google

—«Acúsome, padre, de haber sido avariciosa.»

—«Acúsome, padre, de haber sido adúltera.»

—«Acúsome, padre, de haber mirado á los hombres.»

En uno de los bancos de césped de aquel jardin improvisó una boca de rosa de seis años este cuento, escuchado por ojos azules de cuatro y cinco:

—«Eranse tres pollitos que vivian en un pais donde habia muchas flores; cogieron las flores y se las metieron en el bolsillo. Y despues cogieron las hojas y las pusieron en sus juguetes. Y había un lobo en aquella tierra, y muchos bosques; el lobo estaba en el bosque, y se comió los pollitos.»

Y este otro poema:

—«Sucedió que Polichinela dió un palo al gato.

»Y no le hizo bien, sino mal.

»Entonces una señora puso en la cárcel á Polichinela.»

Allí tambien dijo una niña abandonada, recogida por el convento y educada por caridad, esta frase tierna y dolorosa. Oia hablar á las demás de sus madres, y decia en un rincon:

—*Mi madre no estaba allí cuando yo nací.*

Habia una tornera muy gruesa que andaba siempre precipitada por los corredores con su manojo de llaves, y que se llamaba sor Agata. Las *grandes, grandes*—de mas de diez años—la llamaban *Agatocles*.

El refectorio era una sala grande oblonga rectangular que solo recibia la luz por un claustro de archivoltas al nivel del jardin; era oscuro y húmedo, y como decian las niñas: «estaba lleno de animales.» Todos los sitios contiguos le suministraban su contingente de insectos; y cada uno de los cuatro ángulos habia recibido, en el lenguaje de las educandas, un nombre particular y espresivo. Habia el rincon de las arañas, el rincon de la orugas, el rincon de las cucarachas y el rincon de los grillos. El rincon de los grillos estaba cerca de la cocina, y era el mas buscado, porque allí hacia menos frio que en los demás. Del refectorio habian pasado los nombres al colegio, y servian para distinguir, como en el antiguo colegio de Mazarino, cuatro naciones. Cada educanda era de una de estas cuatro naciones, segun el rincon del refectorio en que se sentaba á la hora de comer. Un dia, el señor arzobispo, haciendo la visita pastoral, vió entrar en la clase, por donde pasaba, una niña muy

Digitized by Google

encarnada con hermosos cabellos rubios, y preguntó á una educanda, morena, encontadora, de frescas mejillas, que estaba á su lado:

—¿Quién es esta?

—Es una araña, monseñor.

—¡Bah! ¿Y esta otra?

—Un grillo.

—¿Y esta?

—Una oruga.

—¿De veras? ¿Y vos?

—Yo soy una cucaracha, monseñor.

Cada casa de este género tiene sus particularidades.

Al principio del siglo, Ecouen era uno de esos lugares graciosos y severos en que se desarrolla, en una sombra casi augusta, la infancia de las niñas. En Ecouen, para tomar puesto en la procesion del Corpus, se hacia distincion entre las vírgenes y las floristas. Habia tambien «palios» é «incensarios;» aquellas llevaban las cintas del palio, y estas incesaban el Santísimo Sacramento. Las flores correspondian de derecho á las floristas. Delante iban «cuatro vírgenes.» En este dia tan festivo, por la mañana no era raro oir preguntar en el dormitorio.

—¿Quién es vírgen?

La señora Campan cita este dicho de una «pequeña» de siete años á una «grande» de diez y seis, que iba á la cabeza de la procesion, mientras que ella quedaba á la cola:

—Tú eres vírgen; pero ¡ah, yo no lo soy!

Digitized by Google

V.

DISTRACCIONES.

Encima de la puerta del refectorio estaba escrita en gruesas letras negras la siguiente oracion, que llamaban el *Pater-Noster blanco*, y tenia la virtud de guiar las almas via recta al paraiso.

«Pater-Noster blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el paraíso. Por la noche, al ir á acostarme, he encontrado tres ángeles en mi cama echados, uno á los pies y dos á la cabecera, y á la santa Vírgen María en medio, que me dijo me acostase, y de nada me cuidase. El buen Dios es mi padre, la santa Vírgen mi madre, los tres apóstoles mis hermanos, y las tres vírgenes mis hermanas. La camisa en que Dios nació, este mi cuerpo envolvió; la cruz de Santa Margarita en mi pecho tengo escrita. La santa señora Vírgen por los campos se ha marchado, llorando su hijo querido, y al señor San Juan ha hallado. Señor San Juan: ¿de dónde venis?—Vengo del *Ave Salus*.—¿Habeis visto si está Dios?—Está en el árbol de la Cruz, pendientes tiene los pies, clavadas tiene las manos, y una corona de espinas su cabeza ha ensangrentado. Quien rezare esta oracion tres veces por la mañana y otras tantas por la noche ganará el cielo á la postre.»

Digitized by Google

En 1827 habia desaparecido esta oracion tan característica de la pared, bajo una triple capa de pintura amarilla; y acaba en este momento de borrarse de la memoria de algunas jóvenes entonces, y viejas hoy.

Un gran crucifijo colgado de la pared completaba la decoracion del refectorio, cuya única puerta, segun creemos haber dicho, daba al jardin. Dos mesas estrechas, con dos bancos á lo largo cada una, formaban dos líneas paralelas desde uno á otro estremo del refectorio. Las paredes eran blancas, las mesas negras; colores ambos de luto, que son el único adorno de los conventos. Las comidas eran frugales, y aun el régimen de las niñas muy severo. Un solo plato de carne y legumbres mezcladas, ó de pescado salado, era todo el lujo. Este plato ordinario, reservado solamente á las educandas, era una escepcion de la regla. Las niñas comian y callaban bajo la inspeccion de la madre que estaba de semana, la cual de tiempo en tiempo abria y cerraba ruidosamente un libro de madera cuando alguna mosca trataba de volar ó de zumbar contra la regla. El silencio era sazonado con algun trozo de la vida de los santos, leido en alta voz desde una cátedra con atril, situada debajo del crucifijo. La lectora era una de las educandas de mas edad, y le duraba el cargo una semana. En la mesa habia de distancia en distancia jofainas barnizadas, en que las educandas lavaban por sí mismas el vaso y el cubierto, y arrojaban algunas veces los desperdicios de carne dura, ó de pescado podrido: esto merecia un castigo. Estas jofainas se llamaban los círculos de agua.

La educanda que rompia el silencio «hacia una cruz con la lengua» ¿dónde? en el suelo. Lamia la tierra. El polvo, fin de todas las alegrías, se encargaba de castigar á estas pobres hojas de rosa, culpadas del murmullo.

Habia en el convento un libro, del cual no se habia impreso mas que un *ejemplar único*, y que estaba prohibido leer. Era la regla de San Benito; arcano que no debia penetrar ningun ojo profano. *Nemo regulas, seu constitutiones nostras externis communicabit.*

Las educandas consiguieron un dia coger el libro y se pusieron á leer, ávidamente interrumpiendo la lectura por el temor de ser sorprendidas, lo cual les hacia cerrar el libro precipitadamente. Pero de todo este gran miedo no sacaron mas que un mediano placer. «Lo mas in-

Digitized by Google

teresante» que encontraron fueron algunas páginas ininteligibles acerca de los pecados de los jóvenes.

Las educandas jugaban en una calle del jardin formada de árboles frutales. A pesar de la estremada vigilancia y de la severidad de los castigos, cuando el viento habia sacudido los árboles, algunas podian coger una manzana verde, ó un albaricoque macado, ó una pera con gusanos. Ahora dejaré hablar á una carta que tengo á la vista, escrita hace veinticinco años por una antigua educanda, que hoy es duquesa de — y una de las mujeres mas elegantes de París. Copio textualmente: «Se oculta la pera ó la manzana como se puede, y cuando subimos á dejar el velo encima de la cama, y á esperar la hora de cenar, la que la ha cogido la esconde debajo de la almohada, y por la noche la come en la cama, y cuando ni esto es posible, en el escusado.» Este era uno de los placeres mas grandes.

Una vez, estando de visita el arzobispo, una de las educandas, la señorita Bouchard, que tenia algunas relaciones de parentesco con los Montmorency, apostó á que le pediria un dia de asueto; peticion estraordinaria en una comunidad tan austera. La apuesta fue aceptada, pero ninguna de las que habian apostado lo creia. Llegado el momento, cuando pasaba el obispo por delante de las educandas, la señorita Bouchard, con indescriptible asombro de sus compañeras, salió de la fila, y dijo: Monseñor, un dia de asueto. La señorita Bouchard era fresca y alta, y tenia la cara de rosa mas bonita del mundo. El arzobispo se sonrió, y dijo: *¡Cómo, hija mia, un dia de asueto! Tres dias si quieres : te concedo tres dias.* La priora nada podia hacer: habia hablado el arzobispo. Hubo escándalo en el convento, y gran alegría en el colegio. Júzguese del efecto.

Este claustro tan severo no estaba, sin embargo, tan cerrado que la vida de las pasiones del mundo, el drama, y aun la novela no penetrasen en él. Para probarlo nos limitaremos á consignar aquí, y á indicar brevemente un hecho real é incontestable, que por otra parte nada tiene que ver con la historia que vamos refiriendo. Mencionamos este hecho para completar la fisonomía del convento.

Hácia esta época vivia en el convento una mujer misteriosa, que no era monja, y era tratada con gran respeto; se llamaba *la señora Albertina*. No se sabia de ella sino que estaba loca, y que pasaba por muerta en

Digitized by Google

el mundo. Habia, segun se decia, bajo el velo de esta historia, arreglos de intereses necesarios para un gran casamiento.

Esta mujer, que apenas tenia treinta años, morena, bastante hermosa, miraba vagamente con sus grandes ojos negros. ¿Veia? No se sabia á punto fijo. Se deslizaba mas bien que andaba; no hablaba nunca, y no habia seguridad de que respirase. Tenia las narices picadas y lívidas, como despues de arrojar el último suspiro; tocar su mano, era tocar la nieve. Tenia una gracia estraña y sepulcral; donde entraba, se sentia frio. Pasando un dia al lado de una hermana, dijo ésta:—Pasa por muerta.

—Quizá lo está, respondió otra.

Hacíanse mil suposiciones sobre la señora Albertina, que era el eterno tema de la curiosidad de las educandas. Habia en la capilla una tribuna que se llamaba *de la claraboya*; en esta tribuna, que no tenia mas que un agujero circular, una claraboya, era donde la señora Albertina asistia á los actos del culto. Allí solo entraba ella, porque estando situada en el primer piso se podia ver al predicador y al celebrante, lo que estaba prohibido á las religiosas. Un dia ocupaba la sagrada cátedra un jóven sacerdote de elevada alcurnia, el duque de Rohan, par de Francia, oficial de mosqueteros rojos en 1815, cuando era príncipe de Leon, y cardenal-arzobispo de Besanzon despues de 1830, cuando murió. Era la primera vez que predicaba el duque de Rohan en el convento del pequeño Picpus. La señora Albertina asistia ordinariamente á los sermones y á los oficios con perfecta calma y completa inmovilidad. Aquel dia, asi que vió al duque de Rohan, medio se levantó, y dijo en voz alta que se oyó en medio del silencio de la capilla: *¡Calla! ¡Augusto!* Toda la comunidad llena de asombro volvió la cabeza; el predicador levantó los ojos; pero la señora Albertina habia ya vuelto á su inmovilidad. Por aquella figura apagada, helada, habia pasado instantáneamente un soplo del mundo esterior, un relámpago de vida; despues todo se desvaneció: la loca volvió á convertirse en muerta.

Estas dos palabras, sin embargo, hicieron charlar á todo lo que podia hablar en el convento. ¡Qué de misterios, qué de revelaciones encerraba aquel *¡Calla! ¡Augusto!* El duque de Rohan se llamaba efectivamente Augusto. Era ya evidente que la señora Albertina procedia de la alta sociedad, pues que conocia al duque de Rohan; que vivia en el siglo en

Digitized by Google

alta posicion, porque hablaba familiarmente de tan gran señor, y que tenia con él relaciones de parentesco quizá, pero muy íntimas seguramente, por cuanto le llamaba por su nombre de bautismo.

Dos señoras muy austeras, las duquesas de Choiseul y de Serent visitaban á menudo á la comunidad, en la cual penetraban sin duda en virtud del privilegio de *Magnates mulieres*, y producian gran miedo en el colegio. Cuando pasaban las dos viejas, todas las educandas temblaban y bajaban los ojos.

El duque de Rohan era por lo demás, sin él saberlo, el objeto de la curiosidad de las jóvenes. Acababa de ser nombrado, como escala para el episcopado, vicario mayor del arzobispado de París, y tenia por costumbre ir á cantar los oficios en las funciones de la capilla del pequeño Picpus. Ninguna de las reclusas podia verle á causa de la cortina de sarga; pero tenia una voz dulce y un poco delgada que ya conocian y distinguian perfectamente. Habia sido mosquetero, se decia que era muy pulido, que se peinaba con gran esmero sus hermosos cabellos castaños, formando bucles alrededor de la frente, que tenia un gran cinturon de moaré, y que su sotana negra estaba cortada muy elegantemente. Todo esto hacia que ocupase la atencion de aquellas imaginaciones de diez y seis años.

En el convento no penetraba ningun ruido esterior. Sin embargo, un año se oyó el sonido de una flauta; acontecimiento de que se acuerdan aun las educandas de aquel tiempo.

Algun vecino tocaba aquella flauta, que siempre repetia el mismo aire, un aire olvidado ya hoy: *Zetulbé mia, ven á reinar en mi pecho*, y que se oia dos ó tres veces al dia. Las jóvenes pasaban las horas escuchando, las madres vocales estaban fuera de sí, las imaginaciones trabajaban, llovian los castigos. Esto duró algunos meses. Las educandas estaban todas, cual mas, cual menos, enamoradas del músico desconocido: cada una de ellas se creia Zetulbé. La música venia del lado de la calle Droit-Mur. Las educandas lo hubieran dado todo, lo hubieran comprometido, lo hubieran intentado todo por ver, siquiera por un segundo, por entrever, por vislumbrar, al «jóven» que tañía tan deliciosamente la flauta, y sin saberlo, conmovia al mismo tiempo todos aquellos corazones. Hubo algunas que se escaparon por una puerta escusada, y subieron al tercer piso de la calle Droit-Mur para tratar de

Digitized by Google

ver por entre los claros de las celosías. Imposible. Una llegó hasta el punto de pasar el brazo por cima de la cabeza al través de la reja, y agitar su blanco pañuelo. Otras dos fueron aun mas atrevidas: encontraron medio de trepar hasta el tejado, se arriesgaron, y consiguieron ver al «jóven.» Era un viejo emigrado, ciego y arruinado que tocaba la flauta en su buhardilla para consolarse.

Digitized by Google

VI.

EL CONVENTO PEQUEÑO.

Habia en el recinto del pequeño Picpus tres edificios completamente distintos: el convento grande que habitaban las religiosas, el colegio en que estaban las educandas, y el convento pequeño. Este era un departamento con jardin, donde vivian en comun todas las religiosas de varias órdenes, restos de los claustros destruidos por la revolucion; reunion de todos los hábitos negros, grises y blancos, de todas las comunidades, y de todas las variedades posibles: era lo que podria llamarse si se nos permitiera una estraña combinacion de palabras, un convento-arlequin.

Desde el tiempo del Imperio se habia permitido á estas infelices, dispersas y desterradas, acogerse bajo la proteccion de las Benedictinas Bernardas, donde recibian una corta pension del gobierno. Las religiosas del pequeño Picpus las habian acogido muy bien. Era, pues, aquello una confusion estraña. Cada una seguia su regla. Algunas veces se permitia á las educandas, como un recreo, hacerles una visita; y estas jóvenes han conservado, entre otros recuerdos, los de la madre Santa Basilia, de la madre Santa Escolástica, y de la madre Jacob.

Una de estas religiosas casi podia decir que estaba en su casa. Ha-

Digitized by Google

bia pertenecido á la órden de Santa Aura, y era la única que sobrevivia de su comunidad. El antiguo convento de Santa Aura ocupaba desde principios del siglo XVIII precisamente la misma casa del pequeño Picpus, que perteneció despues á las Benedictinas de Martin Vargas. Esta monja, demasiado pobre para poder llevar el magnífico hábito de su órden, que era un manto blanco con escapulario escarlata, habia vestido con él un maniquí que enseñaba á todo el mundo con satisfaccion, y que legó á la casa cuando murió.

En 1824 no quedaba de esta órden mas que una religiosa; hoy no queda mas que una muñeca.

Además de estas dignas monjas, habia algunas viejas del siglo, que habian obtenido permiso de la madre priora, como la señora Albertina, para retirarse al convento pequeño. A este número pertenecian la señora Beauford de Hautpoul y la marquesa Dufresne. Habia otra que solo era conocida en el convento por el formidable ruido que hacia al limpiarse las narices. Las educandas la llamaban la señora Estrepitini.

Hácia 1820 ó 1821, la señora Genlis, que publicaba un periódico, titulado el *Intrépido*, pidió permiso para vivir en el convento del pequeño Picpus. La recomendó el duque de Orleans. Esto produjo un gran rumor en la colmena; las madres vocales temblaban: la señora Genlis habia escrito novelas; pero declaró que era la primera en condenarlas. Además habia llegado al punto en que la devocion se hace intransigente; y en fin, con la ayuda de Dios y la del príncipe, entró; pero se marchó á los seis ú ocho meses, dando por toda razon que el jardin no tenia sombra. Las religiosas se alegraron muchísimo. La señora Genlis, aunque era ya vieja, tocaba el arpa bastante bien.

Al marcharse, dejó un recuerdo en la celda. Era supersticiosa y latina, con lo cual puede formarse el lector una idea de ella aproximada á la verdad. Hace algunos años se veian aun pegados en lo interior de un armarito donde guardaba el dinero y las alhajas, estos cinco versos latinos, escritos por su propia mano con tinta roja en papel amarillo; versos que en su opinion tenian la virtud de intimidar á los ladrones:

Imparibus meritis pendent tria corpora ramis;
Dismas et Gesmas, media est divina potestas;

Digitized by Google

Alta petit Dismas, infelix infima Gesmas,
Nos et res nostras conservet summa potestas.
Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.

Estos versos escritos en latin del siglo VI, promueven la cuestion de si los dos ladrones del Calvario se llamaban, como se cree comunmente, Dimas y Gestas, ó Dismas y Gesmas. Esta ortografía hubiera podido contrariar las pretensiones que tenia en el siglo pasado el vizconde de Gestas de descender del mal ladron. Por lo demás, la virtud benéfica que se atribuye á estos versos es un artículo de fe en la órden de las Hospitalarias.

La iglesia de la casa, construida de manera que separaba el convento grande del colegio, era comun al colegio, al convento grande y al pequeño; y en ella se admitia tambien al público por una especie de entrada de lazareto que daba á la calle. Pero estaba todo dispuesto de manera que ninguna de las que vivian en el claustro pudiese ver un rostro de afuera. Figúrese el lector una iglesia, cuyo coro hubiera sido cogido por la mano de un gigante, y doblado de manera que formase, no como todas las iglesias, una prolongacion detrás del altar, sino una especie de sala ó caverna oscura á la derecha delante del celebrante; este espacio estaba cerrado por la cortina de siete pies de altura, de que ya hemos hablado; y allí sumergidas en la sombra de la cortina, en sitiales de madera, las religiosas del coro á la izquierda y las educandas á la derecha, las conversas y las novicias en el centro, asistian al culto divino. Esta caverna, que se llamaba el coro, se comunicaba con el claustro por un pasadizo. La iglesia recibia la luz del jardin. Cuando las monjas asistian á las funciones en que su regla mandaba el silencio, el público solo notaba su presencia por el choque de las tablillas de los sitiales, que levantaban y bajaban con ruido.

Digitized by Google

VII.

ALGUNOS PERFILES DE ESTA SOMBRA.

En los seis años que median desde 1819 á 1825 habia sido priora del pequeño Picpus la señorita de Blemeur, que en religion se llamaba la madre Inocente. Era de la familia de Margarita de Blemeur, autora de la *Vida de los santos de la órden de Benito*, y habia sido reelegida en su cargo. Era una mujer de sesenta años, baja, gruesa, «que cantaba como una olla cascada,» segun dice la carta que hemos citado. Por lo demás, era una mujer escelente, la única alegre que habia en el convento, por lo cual era querida de todas.

La madre Inocente se parecia en algo á su ascendiente Margarita, la Dacier de la órden. Era instruida, erudita, competente, sabia, historiadora curiosa, atestada de latin, repleta de griego y llena de hebreo; y mas bien benedictino que benedictina.

La vice-priora era una religiosa española de mucha edad, y casi ciega; se llamaba la madre Cineres.

Las mas notables entre las madres vocales, eran: la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrudis, primera maestra de novicias; la madre Santo Angel, segunda maestra; la madre Anunciacion, sacristana; la madre San Agustin, enfermera (única que no era buena

Digitized by Google

en el convento); la madre Santa Mectilde (señorita Gauvain, muy jóven, con admirable voz); la madre de los Angeles, (señorita Drouet, que habia estado en el convento de las hijas de Dios, y en el del Tesoro, entre Gisors y Magny); la madre San José (señorita de Cogolludo); la madre Santa Adelaida (señorita de Auverny); la madre Misericordia (señorita de Cifuentes, que no pudo resistir tanta austeridad); la madre Compasion (señorita de Miltiére, que entró en el convento á los sesenta años, á pesar de lo dispuesto en la regla, y era muy rica); la madre Providencia (señorita de Laudimiére); la madre Presentacion (señorita de Sigüenza, que fue priora en 1847); y por fin, la madre Santa Cecilia (hermana del escultor Ceracchi) que se volvió loca; y la madre Santa Chantal (señorita de Suzon) que tambien se volvió loca.

Habia además, entre las mas hermosas una encantadora jóven, de veintitres años, que era de la isla de Borbon, descendiente del caballero Roze, que se llamó en el mundo señorita Roze, y en el claustro madre Asuncion.

La madre Santa Mectilde, encargada del canto y del coro, empleaba en él á las educandas, ocupando diariamente una gamma completa, es decir, siete educandas desde diez años á diez y seis inclusive, voces y cuerpos á propósito, á quienes hacia cantar de pie, alineadas en fila por edades desde la menor á la mayor, lo cual ofrecia un aspecto caprichoso como una flauta de jóvenes, una especie de flauta de Pan viva, y formada de ángeles.

Las hermanas conversas á quienes querian mas las educandas, eran sor Santa Eufrasia, sor Santa Margarita, sor Santa Marta, que era una niña, y sor San Miguel, cuya larga nariz era siempre motivo de risa.

Todas estas mujeres eran amables para las niñas; solo eran rígidas para consigo mismas. No se encendia lumbre mas que en el colegio; y su comida, comparada con la del convento, era muy superior. Además de esto, tenian con las educandas mil cuidados. Solamente cuando una niña pasaba al lado de una monja y le hablaba, la monja no respondia nunca.

Esta regla del silencio habia producido un efecto estraño en el convento; la palabra que se negaba á las criaturas humanas se concedia á los objetos inanimados. Unas veces hablaba la campana de la iglesia,

Digitized by Google

otras la campanilla del jardinero. Un timbre muy sonoro que la tornera tenia á su lado y se oia en toda la casa, indicaba con diversos golpes, que eran una especie de telegrafía acústica, todos los actos de la vida material que debian ejecutarse, y llamaba al locutorio, cuando habia necesidad, á tal ó cual habitante de la casa. Cada persona y cada cosa tenia su toque particular. La priora uno y uno; la vice-priora uno y dos; seis y cinco llamaban á clase; de modo que las educandas no decian nunca entrar en clase, sino ir á las seis y cinco. Cuatro y cuatro era el toque á que respondia la señora Genlis; y se oia con mucha frecuencia: Es EL DIABLO Á CUATRO, decian las que tenian poca caridad. Diez y nueve campanadas anunciaban un gran suceso: la apertura de la *puerta de la clausura*, enorme puerta de hierro, erizada de cerrojos, que solo giraba sobre sus goznes ante el arzobispo.

Este y el jardinero, segun hemos dicho ya, eran los únicos hombres que entraban en el convento. Las educandas veian á otros dos: al capellan, que era el abate Banés, viejo y feo, y á quien podian contemplar desde el coro al través de una reja, y al profesor de dibujo, señor Ansiaux, llamado en la carta de que hemos copiado algunas líneas, señor Anelot, y calificado de *horrible viejo jorobado*.

Todos los hombres eran, pues, escogidos.

Tal era esta curiosa casa.

Digitized by Google

VIII.

POST CORDA LAPIDES.

Despues de haber trazado la figura moral del convento, no es inútil hablar en breves palabras de la configuracion material; el lector tiene ya alguna idea de ella.

El convento del pequeño Picpus de San Antonio ocupaba casi completamente el vasto trapecio que formaban las intersecciones de las calles Polonceau, Droit-Mur, la pequeña de Picpus, y del callejon condenado, que en los antiguos planos se llamaba calle Au-marais. Estas cuatro calles rodeaban el trapecio como si fuesen un foso. El convento se componia de varios edificios y un jardin. El edificio principal, tomado completo, era una justaposicion de construcciones híbridas, que miradas á vista de pájaro parecian una escuadra colocada en el suelo. El brazo mayor de esta escuadra ocupaba todo el trozo de la calle Droit-Mur comprendido entre la calle de Picpus y la calle Polonceau; el brazo menor era una fachada alta, gris, severa, con rejas, que daba frente á la calle Picpus: en su estremidad estaba la puerta-cochera, número 62. Hácia el medio de esta fachada, el polvo y la ceniza habian blanqueado una puertecita vieja, cintrada, en que las arañas trabajaban su tela, y que solo se abria una hora ó dos los domingos, y en las raras ocasiones

Digitized by Google

en que salia del convento el ataud de alguna religiosa: era la entrada pública de la iglesia. El ángulo de la escuadra era una sala cuadrada, que servia para guardar el servicio, y que las religiosas llamaban *la despensa*. En el brazo mayor estaban las celdas de las madres y de las hermanas, y el noviciado: en el menor, las cocinas, el refectorio rodeado del claustro y la iglesia. Entre la puerta número 62 y el estremo del callejon Au-marais estaba el colegio, que no se veia desde fuera. El resto del trapecio formaba el jardin, que estaba mucho mas bajo que el nivel de la calle Polonceau, lo que hacia que la cerca fuese mucho mas alta por dentro que por fuera. El jardin, ligeramente convexo, tenia en el centro de una alturita un hermoso abeto agudo y cónico, del cual partian como de la punta central de un escudo cuatro grandes calles, y otras ocho menores, colocadas dos á dos entre las primeras, de tal manera, que si el recinto hubiese sido circular, el plano geométrico de estas calles habria parecido una cruz puesta sobre una rueda. Todas las calles iban á terminar en las tapias irregulares del jardin; y por lo tanto, eran de desigual longitud. Estaban cubiertas de groselleros. En el fondo, una calle de grandes álamos iba desde las ruinas del antiguo convento, que estaba en el ángulo de la calle Droit-Mur, á la casa del convento pequeño que estaba en el ángulo de la callejuela Au-marais. Antes de llegar al convento pequeño se encontraba lo que se llamaba el jardinillo. Añádase á esto un patio, infinidad de ángulos desiguales formados por las habitaciones interiores; paredes de prision, y por toda perspectiva y vecindad la negra y estensa línea de los tejados que corria al otro lado de la calle Polonceau, y se podrá tener una idea completa de lo que era hace cuarenta y cinco años el convento de Bernardas del pequeño Picpus. Esta santa casa habia sido construida precisamente en el sitio que ocupaba un juego de pelota célebre desde el siglo XIV al XVI, y llamado el *juego de los once mil diablos*.

Todas aquellas calles eran de las mas antiguas de París.

Los nombres Droit-Mur y Au-marais son muy viejos; pero las calles que los llevaban, eran aun mas viejas. El callejon Au-marais se llamó antes la calle Maugout, y la calle Droit-Mur, la calle de los Rosales silvestres, porque Dios abria las flores antes que el hombre labrase las piedras.

Digitized by Google

IX.

UN SIGLO BAJO UNA TOCA.

Ya que estamos dando pormenores de lo que era en otro tiempo el convento del pequeño Picpus, y que hemos tenido el atrevimiento de abrir una ventana en este discreto asilo, el lector nos permitirá aun una corta digresion, agena al fondo de este libro, pero característica y útil, para demostrar que aun el claustro tiene sus tipos originales.

Habia en el convento pequeño una mujer centenaria que habia ido allí de la abadía de Fontevrault. Antes de la revolucion habia vivido en el mundo. Hablaba mucho del señor de Miromesnil, guarda-sellos de Luis XVI, y de un tal Duplat, presidente, á quienes habia conocido mucho. Toda su vanidad, todo su placer, era recordar estos nombres á cada momento. Contaba maravillas de la abadía de Fontevrault, que era como una ciudad, y que tenia calles dentro del monasterio.

Hablaba con un acento picardo, que encantaba á las educandas. Cada año renovaba solemnemente sus votos, y en el momento de hacer juramento, decia al sacerdote: Monseñor, San Francisco de Sales le prestó en manos de monseñor San Julian; monseñor San Julian le prestó en manos de monseñor San Eusebio; monseñor San Eusebio en ma-

Digitized by Google

nos de monseñor San Procopio, etc., etc.; asi yo le presto en vuestras manos, padre mio.—Y las educandas se reian bajo el velo. Encantadoras y ahogadas sonrisas que hacian fruncir el ceño á las madres vocales.

Otras veces, la centenaria contaba historias. Decia que en su juventud los bernardos no cedian á los mosqueteros. Era un siglo hablando; pero era el siglo XVIII. Describia la costumbre de los cuatro vinos en Champaña y Borgoña antes de la revolucion. Siempre que pasaba por las ciudades de estas provincias un gran personaje, un mariscal de Francia, un príncipe, un duque ó par, el ayuntamiento le arengaba y le presentaba cuatro vasijas de plata llenas de cuatro vinos diferentes. En la primera se leia esta inscripcion: *vino de mono;* en la segunda, *vino de leon;* en la tercera, *vino de carnero;* en la cuarta, *vino de cerdo.* Estas cuatro inscripciones espresaban los cuatro grados porque dèsciende el borracho: el primero alegra, el segundo irrita, el tercero entorpece, el cuarto embrutece.

Tenia en un armario cerrado con llave un objeto misterioso, á que profesaba mucho afecto. La regla de Fontevrault no le prohibia. No queria enseñarle á nadie. Se encerraba en la celda todo lo que permitia la regla, y se ocultaba siempre que queria contemplarle. Si oia pasos en el corredor, cerraba el armario tan precipitadamente como podian sus débiles manos. Y asi que se hablaba de esto, se callaba; ¡ella, que era tan habladora! Las mas curiosas se vieron chasqueadas ante este silencio, y las mas tenaces ante su obstinacion. Era, pues, este objeto un motivo de comentarios para toda la que estaba desocupada ó fastidiada en el convento. ¿Qué podia ser esa cosa tan preciosa, tan guardada, que era el tesoro de la centenaria? ¿Seria algun libro santo? ¿algun rosario único? ¿alguna reliquia esperimentada? Todas se perdian en suposiciones. Cuando murió la pobre mujer, corrieron todas al armario mas de prisa tal vez de lo que convenia, y le abrieron. Encontraron el objeto envuelto en un triple lienzo como una patena bendita. Era un plato de porcelana, cuyas figuras representaban unos amores que huian perseguidos por unos mancebos de botica armados de enormes geringas. La persecucion abundaba en gestos y en cómicas posturas. Uno de los amores estaba ya calado. Lucha, agita sus alas y trata de volar; pero su matador rie satánicamente. Moralidad: el amor vencido por el cólico.

Digitized by Google

Este plato, muy curioso por lo demás, y que tiene quizá el mérito de haber dado una idea á Moliére, existia aun en setiembre de 1845, y estaba de venta en casa de un prendero en el boulevard Beaumarchais.

Esta buena vieja no queria recibir ninguna visita de fuera del convento, *porque*, decia, *el locutorio es muy triste*.

Digitized by Google

X.

ORIGEN DE LA ADORACION PERPETUA.

El locutorio casi sepulcral de que acabamos de hablar, es un hecho local, que no tiene igual severidad en los demás conventos. En el de la calle del Temple, que era de otra órden, es verdad, los postiguillos negros estaban reemplazados por cortinas oscuras, y el mismo locutorio era un salon bien entablado, cuyas ventanas tenian cortinillas de muselina blanca, y cuyas paredes admitian toda clase de cuadros; un retrato de un benedictino con la cara descubierta, floreros, y hasta una cabeza de turco.

En el jardin del convento de la calle del Temple estaba aquel castaño de indias que pasaba por el mas hermoso y mas grande de Francia, y que tenia fama en el pueblo bonachon del siglo XVIII, de ser *el padre de todos los castaños del reino.*

Ya hemos dicho que el convento del Temple estaba ocupado por las Benedictinas de la Adoracion perpetua, distintas de las que dependian del Cister. Esta órden de la Adoracion perpetua no es muy antigua: cuenta solo unos doscientos años. En 1649 fue profanado dos veces el Santísimo Sacramento, con pocos dias de intervalo, en dos iglesias de París; en San Sulpicio y en San Juan en Grève: sacrilegio horrible y

Digitized by Google

raro que conmovió á toda la poblacion. El señor prior vicario mayor de San German de los Prados, dispuso una solemne procesion de todo su clero, en la cual ofició el Nuncio del Papa. Pero esta expiacion no pareció suficiente á dos dignas mujeres, la señora Courtin, marquesa de Boucs y la condesa de Chateauvieux. El insulto hecho al «augusto Sacramento del altar» aunque pasajero, no se borraba del alma de estas dos santas mujeres, y creyeron que no podia ser reparado sino por una «Adoracion perpétua» en algunos conventos de monjas. Y ambas, una en 1652 y otra en 1653, hicieron donacion de grandes sumas á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa benedictina, para fundar con este fin piadoso un monasterio de la órden de San Benito. El primer permiso para esta fundacion se dió á la madre Catalina de Bar por el señor obispo de Metz, abad de San German, «á condicion de que no pudiese ser recibida ninguna jóven que no llevase trescientas libras de renta, que hacen seis mil libras de capital.» Despues del abad de San German, el rey concedió reales cédulas; y todo reunido, las licencias abaciales y las reales, se registró en 1654 en el Tribunal de Cuentas y en el Parlamento.

Tal fue el orígen y la consagracion legal del establecimiento de las Benedictinas de la Adoracion perpetua del Santísimo Sacramento en París. El primer convento se «edificó de nuevo» en la calle Cassette, con los donaciones de las señoras de Boucs y Chateauvieux.

Esta regla, pues, era distinta de la que seguian las Benedictinas, llamadas del Cister, y dependia del abad de San German de los Prados, del mismo modo que las monjas del Sagrado Corazon dependen del general de los jesuitas, y las hermanas de la Caridad del general de los lazaristas.

Era tambien distinta de la órden de las Bernardas del pequeño Picpus, cuyo interior acabamos de describir. En 1657, el papa Alejandro VII autorizó por breve especial á las Bernardas del pequeño Picpus para practicar la Adoracion perpetua como las Benedictinas del Santísimo Sacramento. Pero las dos órdenes, no por esto fueron menos distintas.

Digitized by Google

XI.

FIN DEL PEQUEÑO PICPUS.

El convento del pequeño Picpus estaba agonizando desde el principio de la Restauracion, como parte de la muerte general de la órden, que va desapareciendo con todas las demás, desde el siglo XVIII. La contemplacion es, lo mismo que la oracion, una necesidad humana; pero se trasformará como todo lo que ha tocado la revolucion, y se convertirá de hostil al progreso, en favorable.

La casa del pequeño Picpus se despoblaba rápidamente. En 1840, el convento pequeño y el colegio, habian ya desaparecido; no habitaban ya sus claustros ni viejas, ni jóvenes; unas habian muerto, otras se habian ido. *Volaverunt.*

La regla de la Adoracion perpetua es de una rigidez espantosa, ante la cual las vocaciones retroceden, y la órden no encuentra novicias. En 1845 habia aun esparcidas algunas religiosas conversas; de coro, ninguna. Hace cuarenta años habia mas de cien religiosas; hace quince no habia mas que veintiocho. ¿Cuántas hay en el dia? En 1847, la priora era jóven, aun no tenia cuarenta años, señal de que la eleccion se hacia en un círculomuy pequeño. A medida que disminuye el número, se aumenta el trabajo; el servicio de cada una es mas penoso, y se esperaba desde entonces el momento en que no serian mas que una docena de hombros

Digitized by Google

doloridos y encorvados para llevar todo el peso de la terrible órden de San Benito. La carga es muy pesada; y es la misma para pocos ó para muchos. Su peso aplasta; las monjas mueren. Viviendo el autor de este libro en París murieron dos; una de veinticinco años, y otra de veintitres. Esta puede decir como Julia Alpinula: *Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres.* A causa de esta decadencia, el convento ha renunciado á la educacion de niñas.

No hemos podido pasar ante esta casa estraordinaria, desconocida, oscura, sin entrar en ella, y sin hacer entrar tambien á los que nos acompañan, y que nos oyen hoy referir, tal vez con utilidad para algunos, la historia melancólica de Juan Valjean. Hemos penetrado en aquella comunidad, cuyas antiguas prácticas nos parecen hoy novísimas: allí está el jardin cerrado: *hortus conclusus;* hemos hablado de este sitio singular detenidamente, pero con respeto, á lo menos hasta el punto en que los pormenores y el respeto son conciliables. No todo lo comprendemos; pero no insultamos á nada: nos colocamos á igual distancia del hosanna de José de Maistre, que llega hasta la consagracion del verdugo, y de la burla de Voltaire, que llega hasta el escarnecimiento del Crucifijo; falta de lógica de Voltaire, digámoslo de paso, porque hubiese defendido á Jesús como defendió á Calas. ¿Qué representa el Crucifijo, aun para los mismos que niegan la Encarnacion sobrehumana? El sabio asesinado.

La idea religiosa ha pasado una gran crisis en nuestro siglo. Se olvidan muchas cosas; y es bien hecho, con tal que al olvidarlas se aprendan otras nuevas. El corazon humano repugna el vacío. Es bueno hacer algunas demoliciones, pero á condicion de que las sigan nuevas construcciones.

Mientras tanto estudiemos las cosas que ya no existen. Es necesario conocerlas, aunque no sea mas que para evitarlas. Las falsificaciones de lo pasado toman falsos nombres, y se apropian á sí mismas el del porvenir; lo pasado es un viajero que puede falsificar el pasaporte: estemos prevenidos, desconfiemos. Lo pasado tiene una fisonomía, la supersticion; una máscara, la hipocresía. Denunciemos la fisonomía, y arranquemos la máscara.

En cuanto á los conventos, nos presentan una cuestion compleja; la civilizacion los condena; la libertad los protege.

Digitized by Google

LIBRO SÉTIMO.

PARÈNTESIS.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

EL CONVENTO COMO IDEA ABSTRACTA.

Este libro es un drama, cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

En este supuesto, habiendo encontrado un convento en nuestro camino, hemos debido penetrar en él.—¿Por qué?—Porque el convento, tan propio del Oriente como del Occidente; de la antigüedad, como de la época moderna; del paganismo, del budismo y del mahometismo, como del cristianismo, es uno de esos aparatos de óptica que el hombre dirige al infinito.

No es este el lugar oportuno para desarrollar estensamente ciertas ideas; sin embargo, conservando nuestra reserva, nuestras restricciones, y hasta nuestra indignacion, diremos, porque debemos decirlo, que siempre que encontramos en el hombre el infinito, bien ó mal comprendido, nos sentimos poseidos de respeto. Hay en la sinagoga y en la mezquita, en la pagoda y el wigwam, un lado horrible que execramos, y un lado sublime que adoramos. ¡Qué contemplacion para el espíritu! ¡Qué meditacion sin fin! ¡El reflejo de Dios por la pared humana!

Digitized by Google

II.

EL CONVENTO COMO HECHO HISTÓRICO.

El monaquismo está condenado por el triple juicio de la historia, de la razon y de la verdad.

Los monasterios, cuando abundan en una nacion, son trabas para la circulacion, establecimientos obstruyentes, centros de pereza puestos allí donde deberia haber centros de trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto de la gran comunidad social, lo que el muérdago á la encina; lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y su apogeo son el empobrecimiento del pais. El régimen monástico, bueno en la infancia de la civilizacion, útil en la obra de dominacion de la brutalidad por medio de lo espiritual, es malo en la virilidad de los pueblos. Además, cuando se gasta y entra en el período de desarreglo, como que continúa sirviendo de ejemplo, es malo por las mismas razones que le hacen saludable en su período de pureza.

Los claustros han concluido su mision. Utiles para la primera educacion de la civilizacion moderna, han sido un obstáculo para su crecimiento, y son perjudiciales á su desarrollo. Como institucion, como modo de formacion para el hombre, los monasterios, buenos en el siglo X, de discutible utilidad en el XV, son detestables en el XIX. La lepra mo-

Digitized by Google

nacal ha carcomido, casi hasta el esqueleto, á dos grandes naciones, Italia y España, luz la una y esplendor la otra de Europa durante siglos. En nuestros tiempos estos dos pueblos ilustres empiezan á curarse, gracias solo á la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, el antiguo convento de monjas especialmente, como existia aun al principio del siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las mas sombrías concreciones de la edad media. El claustro, ese claustro es el punto de interseccion de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno del sombrío esplendor de la muerte.

El convento español es fúnebre sobre todos. Allí se elevan en la oscuridad, bajo bóvedas llenas de bruma, bajo cúpulas vagas á fuerza de sombra, macizos y gigantescos altares, tan altos como una catedral; allí penden de cadenas, en medio de las tinieblas, inmensos crucifijos blancos; allí se destacan desnudos sobre el ébano, grandes Cristos de marfil, mas bien que ensangrentados vertiendo sangre, sombríos y magníficos, enseñando los huesos por el codo, los tegumentos por la rótula, la carne por las llagas, coronados de espinas de plata, clavados con clavos de oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente, y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados, y hacen llorar abajo en la sombra á seres cubiertos con un velo, que tienen el cuerpo martirizado con el cilicio y con la disciplina de alambre, el pecho desollado con los zarzos, las rodillas desolladas con la oracion; á mujeres que se creen esposas, á espectros que se creen serafines. ¿Piensan acaso estas mujeres?—No. ¿Quieren?—No. ¿Aman?—No. ¿Viven?—No. Sus nervios se han convertido en huesos; sus huesos se han convertido en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo parece una trágica respiracion de la muerte. Tales eran los antiguos monasterios de España.

La España romana era mas católica que la misma Roma: el convento español era el convento católico por escelencia: los castigos impuestos á las desdichadas que alguna vez faltaban á sus votos eran terribles: el *in pace* venia á sepultarlas.

Hoy los defensores de lo pasado, no pudiendo negar estas cosas, han tomado el partido de sonreirse. Se ha hecho de moda un medio cómodo y estraño de suprimir las revelaciones de la historia, de debilitar los comentarios de la filosofía, de borrar todos los hechos desfavorables y

Digitized by Google

todas las cuestiones sombrías. *Materia de declamaciones*, dicen los hábiles: declamaciones, repiten los necios. Juan Jacobo es un declamador; Diderot un declamador; Voltaire, tratándose de Calas, Labarre y Sirvent, declamadores. No sé quién ha descubierto últimamente que Tácito era un declamador, que Neron era una víctima, y que verdaderamente debíamos compadecernos de «ese pobre Holofernes.»

Los hechos, sin embargo, lo desconciertan todo, y son muy obstinados. El autor de este libro ha visto con sus propios ojos, á ocho leguas de Bruselas, un recuerdo de la edad media que todo el mundo puede tocar en la abadía de Villiers: el agujero de una sima, en medio del prado que fue patio del convento; y á orillas del Dyle, cuatro calabozos de piedra, mitad bajo tierra y mitad bajo el agua. Eran los *in pace*. Cada uno de estos calabozos tiene aun rastros de una puerta de hierro, una letrina y un tragaluz enrejado, que por fuera está á dos pies sobre el rio, y por dentro á seis pies bajo el suelo. Cuatro pies de agua corren esteriormente por la pared. El suelo está siempre mojado. El que vivia en el *in pace* tenia por lecho este suelo. En uno de los calabozos hay un pedazo de argolla soldado al muro; en otro se ve una especie de caja cuadrada hecha de cuatro losas de granito, demasiado corta para echarse, y demasiado baja para estar sentado. Allí se metia un ser humano con una losa encima. Asi eran: aun se ven: aun se tocan. Estos *in pace*, estos calabozos, estos goznes de hierro, estas argollas, este alto tragaluz á cuyo nivel corre el rio, esa caja de piedra cerrada con una losa, lo mismo que una tumba, con la única diferencia de que el muerto era un vivo, ese suelo de fango, ese agujero de la letrina, esas tapias rezumadas ¡que declamadores!

Digitized by Google

III.

BAJO QUÉ CONDICIONES PUEDE RESPETARSE LO PASADO.

El monaquismo, tal como existia en España, y tal como existe en el Tibet, es una especie de tísis para la civilizacion; detiene la vida; de un golpe despuebla sin mas ni mas. Claustracion es lo mismo que castracion. El monaquismo ha sido el azote de la Europa. A este mal añádase la coaccion ejercida frecuentemente sobre las conciencias, las vocaciones forzadas, el feudalismo apoyándose en un claustro; el mayorazgo encerrando en el claustro el esceso de familia; los rigores atroces de que acabamos de hablar, los *in pace*, las bocas enmudecidas, los cerebros tapiados, y tantas desgraciadas inteligencias encerradas en la tumba de los votos eternos, sometidas á la toma de hábito, entierro de las almas vivas. Sumad los suplicios individuales con la degradacion nacional, y temblareis, cualesquiera que sean vuestras ideas, ante la capucha y el velo, dos sudarios de invencion humana.

Y sin embargo, en algunos puntos, y en ciertos lugares, á despecho de la filosofía y del progreso, persiste el espíritu del claustro en mitad del siglo XIX, y asombra al mundo civilizado una estraña recrudescencia ascética. La terquedad que manifiestan en perpetuarse las instituciones envejecidas, se parece á la obstinacion del perfume rancio

Digitized by Google

que quisiera embalsamar nuestros cabellos: á la pretension del pescado podrido que quisiera ocupar un buen lugar en la mesa; á la persecucion de las mantillas del niño que quisieran vestir al hombre; á la ternura de los cadáveres que volvieran para abrazar á los vivos.

¡Ingratos! dicen las mantillas: os he protegido contra el mal tiempo. ¿Por qué no os servís de nosotras?—Vengo del mar, dice el pescado.—He sido una rosa, dice el perfume.—Os he amado, dice el cadáver.—Os he civilizado, dice el convento.

A todo esto no hay mas que una respuesta:—Sí; en otros tiempos.

Pensar en la prolongacion indefinida de las cosas que han muerto, y en el gobierno de los hombres por embalsamamiento; restaurar los principios antiguos en mal estado; dorar de nuevo las urnas; blanquear los claustros; volver á bendecir los relicarios; reamueblar las supersticiones; dar alimento al fanatismo; echar mango á los hisopos y á los sables; reconstituir el monaquismo y el militarismo; creer en la salvacion de la sociedad por medio de la multiplicacion de los parásitos; imponer lo pasado á lo presente, son cosas muy estrañas. Y hay, sin embargo, teóricos que sostienen estas teorías. Estos teóricos, hombres de talento por otro lado, tienen un sistema muy sencillo. Aplican á lo pasado un barniz que llaman órden social, derecho divino, moral, familia, respeto á los antepasados, antigua autoridad, santa tradicion, legitimidad, religion, y van gritando:—¡Mirad, tomad esto, hombres honrados!—Esta lógica era ya conocida de los antiguos. Los arúspices la practicaban. Frotaban con greda blanca una ternera negra, y decian: —Es blanca. *Bos cretatus.*

En cuanto á nosotros, respetamos en ciertos puntos, y perdonamos en todo á lo pasado, con tal que consienta en estar muerto. Si quiere vivir, le atacamos, y tratamos de matarle.

Supersticiones, hipocresía, devocion fingida, preocupaciones; estas larvas, por mas larvas que sean, quieren vivir tenazmente; tienen uñas y dientes en su sombra, y es preciso destruirlas cuerpo á cuerpo, y hacerles la guerra sin tregua, porque una de las fatalidades de la humanidad es vivir condenada á la lucha eterna con fantasmas. Es muy difícil coger á la sombra por el cuello y derribarla.

Un convento en Francia, en mitad del siglo XIX, es un colegio de buhos haciendo frente al dia. Un claustro en flagrante delito de ascetis-

Digitized by Google

mo en medio de la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848; Roma viviendo dentro de París, es un anacronismo. En tiempos normales, para disolver un anacronismo, y hacerle desaparecer, no hay mas que hacerle deletrear el año de una moneda. Pero ahora no estamos en tiempos normales. Luchemos.

Luchemos; pero distingamos. El carácter propio de la verdad consiste en no ser nunca estremado. ¿Qué necesidad tiene de exagerar? Hay cosas que deben destruirse; hay otras que solo deben ser iluminadas y examinadas. El exámen benévolo y grave ¡qué fuerza tan inmensa! No acerquemos la llama adonde solo hace falta la luz.

Dado, pues, el siglo XIX, nos oponemos, en tésis general, en todos los pueblos, asi en Asia como en Europa, en la India como en la Turquía, á la claustracion ascética. Decir convento, es lo mismo que decir pantano. Su putrescibilidad es evidente; su estancacion mal sana, su fermentacion enferma á los pueblos y los marchita; su multiplicacion es la plaga de Egipto. No podemos pensar, sin estremecernos, en esos paises en que los fakires, los bonzos, los santones, los calayeros, los morabitos, los talapuinos y los dervises hormiguean como un monton de gusanos.

Dicho esto, queda aun la cuestion religiosa. Esta cuestion tiene cierto lado misterioso, casi temible. Séanos permitido mirarlo frente á frente.

Digitized by Google

IV.

EL CONVENTO BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LOS PRINCIPIOS.

Unos cuantos hombres se reunen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociacion.

Viven encerrados. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre para abrir ó cerrar su puerta.

No salen nunca. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene el hombre para ir y venir libremente, lo que implica el derecho de quedarse en su casa.

Y en su casa, ¿qué hacen?

Hablan en voz baja; bajan los ojos; trabajan. Renuncian al mundo, á la vida de las grandes poblaciones, á la sensualidad, á los placeres, á las vanidades, al orgullo, al interés. Van vestidos de tosco paño ó de tosca tela. Ninguno posee nada. El rico se hace pobre al entrar allí, porque lo que tiene lo da á todos. El que era lo que se llama noble, caballero y señor, es igual al que se llama villano. La celda es igual para todos. Todos pasan por la misma tonsura, llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen en la misma paja, mueren en la misma ceniza, llevan el mismo saco á la espalda, la misma correa en la cintura. Si determinan ir descalzos, todos van descalzos. En-

Digitized by Google

tre ellos podrá haber un príncipe; pero este príncipe será una sombra como los demás. Allí no hay títulos: hasta los apellidos de familia desaparecen; solo son conocidos por el nombre. Todos están encorvados bajo la igualdad del nombre de bautismo. Han disuelto la familia carnal, y constituido en su comunidad una familia espiritual. Sus parientes son todos los hombres: socorren á los pobres, y cuidan á los enfermos; eligen aquellos á quienes han de prestar obediencia, y unos á otros se llaman hermanos.

Aquí me interrumpís diciendo:—¡Pero ese es el convento ideal!

Basta que sea el convento posible, para que sea el que debo considerar.

Esta es la causa de que en el libro anterior haya hablado de un convento con respeto. Prescindiendo, pues, de la edad media, del Asia, de la cuestion histórica y política que nos hemos reservado tratar; considerando esta cuestion bajo el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la polémica militante, y con la condicion de que la vida monástica sea absolutamente voluntaria, y solo entren en ella los que tengan vocacion, miraré siempre las comunidades religiosas con atenta gravedad, con deferencia en algunos puntos. Donde hay comunidad, hay asociacion; donde hay asociacion, hay derecho. El monasterio es el producto de la fórmula: Igualdad, fraternidad. ¡Oh! ¡Qué grande es la libertad! ¡Qué espléndidas trasfiguraciones realiza! La libertad basta para convertir el monasterio en república.

Continuemos.

Pero estos hombres ó estas mujeres que viven encerrados entre cuatro paredes, que se visten de tosca bayeta, que son iguales, que se llaman hermanos, ¿hacen algo mas?

—Sí.

—¿Qué?

—Dirigen su mirada á la sombra ilimitada; se ponen de rodillas, juntan las manos.

—¿Qué significa esto?

Digitized by Google

V.

LA ORACION.

—Oran.

—¿A quién?

—A Dios.

—Orar á Dios; ¿qué quiere decir esta palabra?

¿Hay un infinito fuera de nosotros? Este infinito ¿es uno, inmanente, permanente; necesariamente sustancial pues que es infinito, y si la materia le faltase, esa seria una limitacion; necesariamente inteligente porque es infinito, y si le faltase algo de inteligencia, seria finito? Este infinito, ¿despierta en nosotros la idea de esencia, mientras que no podemos atribuirnos á nosotros mismos mas que la idea de existencia? En otros términos: ¿es lo absoluto, respecto del cual somos lo relativo?

Al mismo tiempo que hay un infinito fuera de nosotros, ¿no hay otro infinito dentro de nosotros? Estos dos infinitos (¡asombroso plural!) ¿no se superponen uno al otro? El segundo infinito, ¿no es, por decirlo asi, subyacente al primero? ¿No es su espejo, su reflejo, su eco, abismo concéntrico de otro abismo? ¿Es inteligente tambien este segundo infinito? ¿Piensa? ¿Ama? ¿Quiere? Si los dos infinitos son inte-

Digitized by Google

ligentes, cada uno de ellos tiene un principio volente, en cada uno hay un yo, asi en el infinito superior como en el inferior. El yo de este mundo es el alma; el yo de arriba es Dios.

Pues bien, orar es poner mentalmente el infinito de aquí abajo en contacto con el infinito de arriba.

No quitemos nada al espíritu humano; porque suprimir siempre es malo. Lo necesario es reformar y trasformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen hácia lo desconocido: el pensamiento, la meditacion, la oracion. Lo desconocido es un Océano. ¿Y cuál es la brújula de este Océano? La conciencia. El pensamiento, la meditacion y la oracion son fulgores misteriosos. Respetémosles. ¿A dónde van estas irradiaciones magestuosas del alma? A la sombra, es decir, á la luz.

La grandeza de la democracia consiste en no negar nada, en no renegar de nada de la humanidad. Cerca del derecho del Hombre, á lo menos á su lado, coloca el derecho del Alma.

Nuestra síntesis se contiene en esta frase: Destruir el fanatismo, venerar lo infinito: tal es la ley.

No nos limitemos á prosternarnos ante el árbol Creacion, y á contemplar sus inmensas ramas cuajadas de estrellas. Tenemos un deber mas alto: trabajar en pro del alma humana; defender el verdadero misterio contra el falso milagro; adorar lo incomprensible, y rechazar lo absurdo; no admitir en materia de cosas inesplicables mas que lo necesario; purificar la creencia; barrer las supersticiones de sobre la religion, limpiar de gusanos la idea de Dios.

Digitized by Google

VI.

BONDAD ABSOLUTA DE LA ORACION.

En cuanto al modo de orar, creemos que todos son buenos, si son sinceros. Cerrad el libro en que leeis, y penetrad en el infinito.

Sabemos que hay una filosofía que niega el infinito; pero tambien hay una filosofía, clasificada patológicamente, que niega el sol. Esta filosofía se llama ceguedad.

Tomar un sentido de que carecemos por criterio de verdad, es ciertamente una salida de ciego.

Y lo mas curioso es el aire altivo, de superioridad y de compasion que toma en frente de la filosofía que ve á Dios, esa filosofía que anda á ciegas. Nos parece que oimos gritar á un topo:—¡Me dan lástima con su sol!

Sabemos que hay ilustres y poderosos ateos; pero en el fondo, encaminados á la verdad por su mismo poder, no tienen seguridad de ser ateos; la cuestion viene á ser casi de nombre, y en todo caso, si no creen en Dios, prueban que existe siendo hombres de talento.

Nosotros saludamos en ellos al filósofo; pero calificamos inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

Digitized by Google

No es menos admirable la facilidad con que muchos se pagan de palabras. Una escuela metafísica del Norte, un poco nebulosa, ha creido que hacia una revolucion en el entendimiento humano, sustituyendo la palabra Voluntad con la palabra Fuerza.

Decir: la planta quiere, en vez de la planta crece, seria una frase fecunda, si se añadiese: el Universo quiere. Porque de aquí se deduce, que si la planta quiere porque tiene un yo, el Universo quiere; luego tiene un yo, que es Dios.

Nosotros, que en contraposicion á esta escuela, no negamos nada *á priori*, creemos que admitir en la planta una voluntad, como hace esta escuela, es mucho mas difícil que admitir la voluntad que niega en el Universo.

Negar la voluntad del infinito, es decir, negar á Dios, es cosa que solo puede hacerse negando el infinito; y que el infinito existe, lo hemos demostrado.

La negacion del infinito nos lleva via recta al nihilismo, y entonces todo se convierte «en un puro concepto del espíritu.»

Con el nihilismo no hay discusion posible; porque si el nihilista es lógico, niega que su interlocutor exista; y tampoco está seguro de su propia existencia.

Aplicando su doctrina, es posible que no sea para sí mismo mas que «un puro concepto del espíritu.»

Pero no caè en que todo lo que niega lo admite en junto, con solo pronunciar la palabra: «Espíritu.»

En suma, todavía no ha abierto ninguna senda al espíritu una filosofía que termina todas las cuestiones con el monosílabo: No.

A este monosílabo no hay mas que una respuesta posible: Sí.

El nihilismo no tiene trascendencia alguna.

Y la nada no existe: el cero no existe. Todo es algo; porque la nada es nada.

El hombre vive de afirmacion mas que de pan.

Ver y enseñar no basta. La filosofía debe ser un poder vivo, y debe tener por esfuerzo y por efecto la mejora del hombre. Sócrates debe entrar en Adan y producir á Marco-Aurelio; en otros términos, es preciso hacer del hombre de la felicidad, el hombre de la sabiduría: trasformar el Eden en el Liceo. La ciencia debe ser un cordial. ¡Solo gozar! ¡qué

Digitized by Google

objeto tan triste! ¡qué ambicion tan pequeña! Los brutos gozan. Pero ¡pensar! Ese es el verdadero triunfo del espíritu. La mision de la filosofía real es hacer fluir el pensamiento al alcance de la sed de los hombres; darles á todos en elixir la nocion de Dios; unir fraternalmente en ellos la conciencia y la ciencia, y hacerles justos por medio de esta union misteriosa. La moral es un ramillete de verdades, y la contemplacion nos lleva á la accion. Lo absoluto debe ser práctico; lo ideal debe ser respirable, potable, comestible al espíritu humano. Solo lo ideal puede decir: *Tomad: esta es mi carne, tomad, esta es mi sangre.* La sabiduría es una comunion sagrada. Solo bajo esta condicion deja de ser un amor estéril de la ciencia para convertirse en el modo único y soberano de la union humana, y pasar de ser filosofía á ser religion.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarle fácilmente, sin mas resultado que una distraccion de la curiosidad.

Aunque dejamos para otra ocasion el desarrollo de nuestro pensamiento, diremos aquí, que no comprendemos, ni el hombre como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas, que son los dos motores: crear y amar.

El progreso, es el fin: lo ideal, es el tipo.

¿Qué es lo ideal?—Dios.

Lo ideal, lo absoluto, lo perfecto, lo infinito: todo esto es idéntico.

Digitized by Google

VII.

PRECAUCIONES QUE DEBEN TOMARSE AL CONDENAR.

La historia y la filosofía tienen deberes eternos, pero sencillos, que cumplir; combatir á Caifás, pontífice; á Dracon, juez; á Trimalcion, legislador; á Tiberio, emperador. Esto es claro, directo, esplícito, y no ofrece la menor oscuridad. Pero el derecho de vivir aparte, aun con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia; de estravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de sacrificio; de suplicio, pero de martirio, es preciso casi siempre decir sí y no.

Un convento es una contradiccion. Tiene por objeto la salvacion por medio el sacrificio; es el supremo egoismo que da por resultado la suprema abnegacion.

La divisa del monaquismo parece ser: abdicar para reinar.

En el claustro se padece para gozar. Se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en la noche de la tierra la luz celeste; se acepta el infierno de antemano, esperando la herencia del paraiso.

Digitized by Google

La toma del velo ó del hábito es un suicidio que se paga con la eternidad.

Nos parece, pues, que esto no es cosa de burla. Todo en ello es serio, asi el bien como el mal.

El hombre justo frunce las cejas, pero no se sonrie con maligna sonrisa. Comprendemos la cólera, no la malignidad.

Digitized by Google

VIII.

LA FE, LA LEY.

Digamos aun algunas palabras.

Culpamos á una religion cuando está saturada de intrigas; despreciamos lo espiritual cuando se opone á lo temporal; pero honramos en todas partes al hombre que medita.

Saludamos al que se arrodilla.

La fe es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no la tenga!

El hombre no está desocupado cuando se estasía; porque hay trabajo visible y trabajo invisible.

Contemplar es trabajar; pensar es hacer. Los brazos cruzados trabajan; las manos juntas hacen. La mirada que se dirige al cielo es una obra.

Tales estuvo cuatro años inmóvil. Tales fundó la filosofía.

Para nosotros, los cenobitas no son ociosos; los solitarios no son holgazanes.

Pensar en la sombra es una cosa grave.

Sin debilitar en nada lo que hemos dicho, creemos que conviene á los vivos un perpetuo recuerdo de la tumba; y en este punto el sacerdote y el filósofo están de acuerdo. *Morir tenemos*. El fundador de la Trapa contestó á Horacio.

Digitized by Google

Mezclar con la vida alguna idea de la muerte es la ley del sabio; mas tambien es la ley del asceta: ambos converjen en este punto.

Hay un crecimiento material, le queremos; pero hay tambien una perfeccion moral, la respetamos.

Las personas irreflexivas y ligeras se dicen:

—¿De qué sirven esas figuras inmóviles contemplando el misterio? ¿Qué es lo que hacen?

¡Ah! en presencia de la oscuridad que nos rodea y que nos espera; sin saber lo que hará de nosotros la dispersion inmensa que nos aguarda, les respondemos:—No hay quizá cosa mas sublime que la que hacen esos seres. Y añadimos:—No hay quizá trabajo mas útil.

Mucha falta hacen los que oran siempre por los que no oran nunca. Para nosotros, pues, todo consiste en la cantidad de pensamiento que entra en la oracion.

Leibnitz orando es grande; Voltaire adorando es magnífico. *Deo erexit Voltaire.*

Somos partidarios de la religion en contra de las religiones.

Creemos en la miseria del rezo, y en la sublimidad de la oracion.

Por lo demás, en este instante que atravesamos en el mundo, instante que afortunadamente no imprimirá su sello al siglo XIX; en este momento en que tantos hombres tienen la frente humillada, y el alma poco menos; entre tantos hombres que tienen por regla de moral el placer, y se cuidan solamente de las cosas perecederas y deformes de la materia, el que se destierra á sí propio del mundo nos parece venerable. El monasterio es un gran destierro; y el sacrificio que nos lleva al error, no deja de ser sacrificio. Tomar por deber un error austero, es una equivocacion que respira grandeza.

El monasterio, considerado en sí mismo é idealmente, y mirado bajo todos sus aspectos para hacer un exámen imparcial, el convento de monjas sobre todo—porque en nuestra sociedad la mujer padece mas, y hace una especie de protesta en el destierro del claustro,—el convento de monjas, decimos, tiene incontestablemente cierta magestad.

La vida del claustro, tan austera y tan monótona, segun hemos hecho ver en algunas pinceladas, no es la vida, porque no es la libertad: no es la tumba, porque no es la plenitud; es el lugar estraño desde donde se descubre, como desde lo alto de una montaña, á un lado el

Digitized by Google

abismo en que vivimos, y á otro el abismo en que caeremos; es el estrecho y brumoso límite que separa dos mundos, iluminado y oscurecido por los dos á la vez; el punto en que se confunden el rayo debilitado de la vida y el rayo sombrío de la muerte; es la penumbra de la tumba.

En cuanto á nosotros, que no creemos lo que esas mujeres creen, pero que vivimos como ellas por la fe, no hemos podido pensar nunca, sin cierto terror religioso y compasivo, sin cierta piedad envidiosa, en esas criaturas llenas de abnegacion, trémulas y confiadas; en esas almas humildes y sublimes que se atreven á vivir en la orilla misma del misterio, esperando entre el mundo que les está cerrado, y el cielo que no les está aun abierto, volviendo el rostro á la claridad invisible, consolándose con la conviccion de saber donde está, aspirando hácia el abismo y hácia lo desconocido, con la mirada fija en la oscuridad inmóvil, arrodilladas, estasiadas, contemplativas, temblorosas, y casi arrebatadas á ciertas horas por el soplo profundo de la eternidad.

FIN DEL LIBRO SETIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO OCTAVO.

LOS CEMENTERIOS TOMAN LO QUE LES DAN.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

DONDE SE TRATA DE CÓMO SE PUEDE ENTRAR EN UN CONVENTO.

En esta casa habia «caido del cielo» Juan Valjean, segun decia Fauchelevent.

Habia saltado por la pared del jardin que formaba el ángulo de la calle Polonceau: el himno angélico que habia oido en medio de la noche era el canto de maitines de las monjas; la sala que habia visto en la oscuridad, era la capilla; la fantasma tendida en tierra, era la hermana en el acto del desagravio; la campanilla cuyo ruido le habia sorprendido tanto, era el cencerro del jardinero sujeto á la pierna del tio Fauchelevent.

Acostada ya Cosette, Juan Valjean y Fauchelevent habian cenado, como hemos dicho, un pedazo de queso y una copa de vino al amor de una buena leña; y como la única cama que habia estaba ocupada por Cosette, se habian echado cada uno en un haz de paja. Juan Valjean antes de cerrar los ojos, habia dicho:—Es preciso que me quede aquí; —y estas palabras habian estado dando vueltas toda la noche en el cerebro de Fauchelevent.

A decir verdad, ni uno ni otro habian dormido.

Juan Valjean, viéndose descubierto y perseguido por Javert, com-

Digitized by Google

prendia, que tanto Cosette como él estaban perdidos si volvian á entrar en las calles de París. Ya que el nuevo golpe de viento que le habia impelido le habia arrojado á aquel claustro, ya no tenia mas que un pensamiento: quedarse allí. Para un desgraciado en su posicion, el convento era á la vez el refugio mas peligroso y mas seguro: el mas peligroso, porque no pudiendo entrar allí ningun hombre, si era descubierto, lo seria en flagrante delito, y no tendria que esperar para ir á la cárcel; el mas seguro, porque si conseguia quedarse, ¿quién habia de ir á buscarle allí? Vivir en un lugar inaccesible era la salvacion.

Fauchelevent por su parte se quebraba la cabeza, y concluia por conocer que no comprendia ni una palabra de cuanto pasaba. ¿Cómo se encontraba allí el señor Magdalena teniendo el jardin tan inaccesible cerca? Las paredes no se saltan. ¿Cómo llevaba aquella niña? Una pared vertical no se escala con un niño en brazos. ¿Quién era aquella niña? ¿De dónde venian ambos? Desde que Fauchelevent entró en el convento no habia oido hablar de M.—á orillas del M.,—y no sabia nada de lo que habia pasado. El señor Magdalena tenia un aspecto que evitaba todas las preguntas; y además, Fauchelevent se decia: A un santo no se le pregunta, porque el ex-alcalde habia conservado todo su prestigio para con el jardinero. Solo por algunas palabras que se habian escapado á Juan Valjean, el jardinero creyó poder deducir que el señor Magdalena habia quebrado, y que le perseguian sus acreedores, ó que se habia comprometido en algun asunto político y tenia que ocultarse, lo cual no repugnaba á Fauchelevent, que como casi todos los campesinos del Norte de Francia, tenia un fondo bonapartista. Ocultándose, pues, el señor Magdalena habia buscado un asilo en el convento, y era natural que quisiese permanecer en él. Pero lo inesplicable, aquello á que venia á parar siempre Fauchelevent, lo que le quebraba la cabeza, era que hubiese entrado allí el señor Magdalena, y que hubiese entrado con la niña. Fauchelevent los veia, los tocaba, les hablaba y no lo creia. Lo incomprensible habia sentado sus reales en la cabaña de Fauchelevent, que andaba á tientas en medio de suposiciones, y solo veia claro que el señor Magdalena le habia salvado la vida. Esta certidumbre única le bastaba, y era para él razon suficiente. Díjose á sí mismo: Ahora me toca á mí. Y añadió en su conciencia: El señor Magdalena no deliberó tanto cuando

Digitized by Google

se metió debajo de la carreta para salvarme. Decidió, pues, que salvaria al señor Magdalena.

Esto no fue obstáculo para que se hiciese algunas preguntas, y se diese la respuesta:—Despues de lo que hizo por mí, si fuese un ladron ¿le salvaria? Sin duda alguna. Si fuese un asesino ¿le salvaria? Exactamente lo mismo. Pues siendo un santo, ¿le salvaré? Lo mismo.

Pero quedarse en el convento ¡qué dificultad! Ante esta tentativa, casi irrealizable, no retrocedió Fauchelevent, pobre aldeano picardo, sin mas medios que su buena intencion y voluntad, y algo de esa astucia de campesino, puesta por aquella vez al servicio de una intencion generosa: se propuso escalar las imposibilidades del claustro, y las duras asperezas de la regla de San Benito. El tio Fauchelevent era un viejo que habia sido egoista toda su vida, y que en sus últimos dias, cojo, enfermo, sin vínculo alguno con el mundo, encontró un placer en el agradecimiento; y viendo que podia hacer una accion virtuosa, se arrojó como un hombre que en el momento de la muerte encontrase bajo su mano un buen vaso de vino que no hubiera probado nunca, y le bebiese ávidamente. Podemos añadir tambien que el aire que respiraba hacia algun tiempo en aquel convento, habia destruido su personalidad, y habia concluido por hacerle necesaria una buena accion, cualquiera que fuese.

Tomó, pues, su resolucion: consagrarse al señor Magdalena.

Acabamos de llamarle pobre aldeano picardo; y esta calificacion es justa, pero incompleta. En el punto en que estamos de esta historia, es muy útil dar alguna idea fisiológica del tio Fauchelevent. Era aldeano, pero habia sido curial, lo que mezclaba la astucia curialesca con su natural astucia, y cierta penetracion con su sencillez. Habiendo quedado mal en su destino, por diversas causas, pasó de curial á pequeño industrial y luego á carretero y bracero. Sin embargo, prescindiendo de los juramentos y de los latigazos que necesitan los caballos, á lo que parece, en su interior habia seguido siendo curial. Tenia algun talento natural; no decia haiga ni huigamos; sostenia una conversacion, cosa rara en el pueblo, y sus paisanos decian de él: Habla casi como un señor de levita. Y en efecto; Fauchelevent pertenecia á esa clase que el vocabulario impertinente y superficial del pasado siglo llamaba: *entre merced y*

Digitized by Google

villano, y que las metáforas que caian del palacio á la cabaña, calificaban *de un poco villano y un poco ciudadano*; *sal y pimienta*.

Fauchelevent, aunque muy probado, y aun gastado por la suerte, espíritu usado que enseñaba ya la trama, era hombre capaz de un primer movimiento, y muy espontáneo; cualidad preciosa que impide ser siempre malo. Sus defectos y sus vicios, porque los tenia, eran sobrepuestos; en suma, su fisonomía era de las que de cerca simpatizaban con el observador. Su rostro no tenia ninguna de esas arrugas siniestras en lo alto de la frente que indican maldad ó brutalidad.

Al amanecer, despues de haber meditado mucho tiempo, el tio Fauchelevent abrió los ojos y vió al señor Magdalena, que sentado en su haz de paja, miraba cómo dormia Cosette. Fauchelevent se incorporó, y le dijo:

—Y ahora que estais aquí, ¿cómo os vais á componer para entrar?

Estas palabras resumian la cuestion, y sacaron á Juan Valjean de su meditacion.

Los dos hombres celebraron una especie de consejo.

—Teneis que principiar, dijo Fauchelevent, por no poner los pies fuera de este cuarto, ni la niña ni vos. Un paso en el jardin nos perderia.

—Es cierto.

—Señor Magdalena, continuó Fauchelevent, habeis llegado en un momento muy bueno, quiero decir, muy malo: hay una monja enferma de peligro, lo cual será causa de que no se paseen mucho por este lado. Parece que se muere; están rezando las cuarenta horas; toda la comunidad está suspensa, y no piensa mas que en esto. La que va á morir es una santa; no es estraño, porque aquí todos lo somos: la diferencia entre ellas y yo solo está en que ellas dicen: nuestra celda, y yo digo: mi choza. Ahora va á rezarse la oracion de los agonizantes, y luego la de los muertos. Por hoy podemos estar tranquilos; pero no respondo de lo que sucederá mañana.

—Sin embargo, dijo Juan Valjean, esta choza está en una rinconada de la pared; está oculta por unas ruinas y por los árboles, y no se ve desde el convento.

—Y yo añado á eso, que las monjas no se acercan aquí nunca.

—¿Pues entonces?... dijo Juan Valjean.

Digitized by Google

Este «pues entonces» significaba: me parece que podemos permanecer aquí ocultos. A lo cual respondió Fauchelevent:

—Pero quedan las niñas.

—¿Qué niñas? preguntó Juan Valjean.

Cuando Fauchelevent abria la boca para esplicar lo que acababa de decir, se oyó una campanada.

—La religiosa ha muerto, dijo. Ese es el clamor.

E hizo una señal á Juan Valjean para que escuchara.

En esto sonó una nueva campanada.

—Es el clamor, señor Magdalena. La campana seguirá tocando de minuto en minuto veinticuatro horas, hasta que saquen el cuerpo de la iglesia. En cuanto á las niñas, ya conoceis que han de jugar. En las horas de recreo basta que una pelota ruede un poco mas para que lleguen hasta aquí, á pesar de las prohibiciones, á buscar y recorrer todo esto. Son unos demonios esos querubines.

—¿Quiénes? preguntó Valjean.

—Las niñas. Os descubririan en seguida, y gritarian: ¡un hombre! Pero hoy no hay cuidado, porque no hay recreo. El dia se va á ir en rezos. ¿Ois la campana? Como os he dicho, dará una campanada por minuto. Es el clamor.

—Ya entiendo, tio Fauchelevent; hay colegialas.

Juan Valjean pensó:

—Asi encontraré educacion para Cosette.

Fauchelevent esclamó:

—¡Pardiez si hay colegialas! ¡Y que no gritarian al veros! ¡Y que no huirian! Porque aquí ser hombre es lo mismo que estar apestado. Ya veis que á mí me hacen llevar una campanilla en la pata como á una fiera.

Juan Valjean seguia meditando cada vez mas profundamente.—Este convento podrá ser nuestra salvacion, murmuró. Despues elevó la voz, y dijo:

—Sí; lo difícil es quedarse.

—No, dijo Fauchelevent; lo difícil es salir.

Juan Valjean sintió que le afluia la sangre al corazon.

—¡Salir!

—Sí, señor Magdalena; para volver á entrar es preciso que salgais.

Digitized by Google

Y despues de haber dejado pasar una campanada, continuó:

—No podeis seguir aquí asi. ¿De dónde venís? Para mí habeis caido del cielo, porque os conozco; pero para las religiosas es preciso que se entre por la puerta.

Oyóse en este momento un toque bastante complicado de otra campana.

—¡Ah! dijo Fauchelevent, llaman á las madres vocales al capítulo. Siempre que muere alguna celebran capítulo. Ha muerto al amanecer: es la hora á que se suele morir. Pero ¿no podeis salir por donde habeis entrado? Veamos, y no lo digo por preguntar: ¿por dónde habeis entrado?

Juan Valjean se puso pálido. Solo la idea de volver á aquella temible calle le hacia temblar. Salid de una selva de tigres, y estando ya fuera pensad en el efecto que os haria un consejo de amigo, que os invitara á entrar otra vez. Juan Valjean se figuraba ver á toda la policía registrando el barrio, á los agentes en observacion, centinelas en todas partes, horribles garras estendidas hácia su cuello, y al mismo Javert en el estremo de la encrucijada.

—¡Imposible! dijo. Tio Fauchelevent, suponed que he caido del cielo.

—Sí, yo lo creo, lo creo, respondió Fauchelevent. No teneis necesidad de decírmelo. Dios os habrá cogido con la mano para miraros de cerca, y despues os habrá soltado. Solo que sin duda queria llevaros á un convento de hombres, y se ha equivocado. Vamos, otro toque. Este es para decir al portero que vaya á avisar á la municipalidad para que vaya á avisar al médico de los muertos para que vengan á ver el cadáver.

Todo esto es una ceremonia necesaria á la muerte; pero á estas señoras no les gustan mucho tales visitas. Un médico no cree en nada. Viene, levanta el velo, y algunas veces otra cosa. ¡Qué prisa han tenido esta vez para avisar al médico! ¿Qué será esto? Vuestra niña duerme. ¿Cómo se llama?

—Cosette.

—¿Es hija vuestra? O lo que es igual, ¿sois su abuelo?

—Sí.

—A ella le será fácil salir de aquí. Hay una puerta escusada que da

Digitized by Google

al patio. Llamo: el portero abre; yo llevo mi cesto al hombro; la niña va dentro, y salgo. El tio Fauchelevent sale con su cesto: esto es muy sencillo. Direis á la niña que se esté quieta debajo de la tapa. Despues la deposito el tiempo necesario en casa de una vieja frutera, amiga mia, sorda, que vive en la calle del Camino verde, donde tiene una camita. Gritaré á su oido que es una sobrina mia, que la tenga allí hasta mañana; y despues la niña entrará con vos; porque yo os facilitaré la entrada. Será preciso. Pero, ¿cómo saldreis?

Juan Valjean meneó la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea, tio Fauchelevent. Buscad un medio de que salga, como Cosette, en un cesto y bajo una tapa.

Fauchelevent se rascó la punta de la oreja con el dedo de en medio de la mano izquierda, señal evidente de un grave apuro.

Se oyó un tercer toque.

—El médico de los muertos se va, dijo Fauchelevent. Habrá mirado y habrá dicho: está muerta; bueno. Asi que el médico ha dado el pasaporte para el paraiso, la administracion de pompas fúnebres envia un ataud. Si el muerto es una madre, le amortajan las madres: si es una hermana le amortajan las hermanas, y despues clavo yo la caja. Esto forma parte de mis obligaciones de jardinero, porque un jardinero tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia que da á la calle, y donde no puede entrar ningun hombre mas que el médico de los muertos; porque no cuento como hombres á los sepultureros ni á mí. En esta sala es donde clavo la caja. Los sepultureros vienen por ella, y ¡arrea, cochero! Traen una caja vacía, y aquí se llena. Ya veis lo que es un entierro. *De profundis*.

Un rayo de luz horizontal iluminaba el rostro de Cosette dormida, que abria vagamente la boca, y parecia un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean se puso á contemplarla. No escuchaba ya á Fauchelevent.

El no ser escuchado no es razon para callarse. El célebre jardinero continuó pacíficamente su charla.

—Hacen el hoyo en el cementerio Vaugirard, que, segun dicen, va á ser suprimido. Es un cementerio muy antiguo, que está fuera de los reglamentos, que no tiene uniforme, y va á tomar el retiro, y es una lástima, porque es muy cómodo. Tengo allí un amigo, el tio Mes-

Digitized by Google

tienne, el enterrador. Las monjas de este convento tienen el privilegio de ser enterradas al caer la noche. Hay un decreto de la Prefectura dado espresamente para ellas. ¡Pero qué de acontecimientos han sucedido desde ayer! Ha muerto la madre Crucifixion. El señor Magdalena ha...

—Está enterrado, dijo Juan Valjean, sonriendo tristemente.

Fauchelevent dió un salto al oir esta palabra.

—¡Diablo! realmente si os quedais aquí, es como si os enterrasen.

Oyóse en esto un cuarto toque. Fauchelevent cogió precipitadamente del clavo la rodillera con el cencerro, y se la puso en la pierna.

—Esta vez el toque es para mí. Me llama la madre priora. Bueno, me he pinchado con la punta de la hebilla. Señor Magdalena, no os movais, y esperadme. Hay alguna novedad. Si teneis hambre, ahí encontrareis vino, pan y queso.

Y salió de la choza diciendo: ¡ya van, ya van!

Juan Valjean le vió atravesar el jardin tan de prisa como le permitia su pierna torcida, mirando al paso sus melones.

Unos diez minutos despues, el tio Fauchelevent, cuya campanilla ponia en fuga á las religiosas, llamaba suavemente á una puerta; una dulce voz respondió: *Por siempre, por siempre*; es decir, *entrad*.

Esta puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio, el cual estaba contiguo á la sala capitular. La priora, sentada en la única silla que habia en el locutorio, esperaba á Fauchelevent.

Digitized by Google

II.

FAUCHELEVENT EN PRESENCIA DE LA DIFICULTAD.

El aire agitado y grave en las ocasiones críticas es muy propio de ciertos caracteres y de ciertas profesiones, y especialmente de curas y y frailes. En el momento en que entró Fauchelevent estaba impresa esta doble señal de la meditacion en la fisonomía de la priora, que era la encantadora é ilustrada señorita de Blemeur, madre Inocente, que estaba casi siempre alegre.

El jardinero hizo un saludo tímido, y se paró en el umbral de la celda. La priora, que estaba pasando las cuentas de un rosario, levantó la vista, y le dijo:

—¡Ah! ¿sois vos, tio Fauvent?

Tal era la abreviacion adoptada en el convento.

Fauchelevent repitió su saludo.

—Tio Fauvent, os he llamado.

—Aquí estoy, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Y yo por mi parte, dijo Fauchelevent con una audacia que le asustaba interiormente, tengo tambien que decir alguna cosa á la muy reverenda madre.

Digitized by Google

La priora le miró.

—¡Ah! ¿teneis que comunicarme algo?

—Una súplica.

—Pues bien, hablad.

El bueno de Fauchelevent ex-curial, pertenecia á la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una fuerza: no se desconfia de ella y engaña. En los dos años y algo mas que Fauchelevent llevaba en el convento, habíase granjeado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y siempre dedicado á su jardin, no tenia en realidad que hacer mas que ser curioso. A la distancia que estaba de todas aquellas mujeres, que iban y venian cubiertas con el velo, no veia delante de sí mas que una agitacion de sombras. A fuerza de atencion y de penetracion habia llegado á suponer la carne en todas aquellas fantasmas, y asi aquellos cadáveres vivian para él. Era como un sordo cuya vista se alarga, ó como un ciego cuyo oido se aguza. Se habia dedicado á comprender la significacion de algunos toques, y lo habia conseguido; de modo que aquel claustro enigmático y taciturno no tenia nada oculto para él: aquella esfinje le decia al oido todos sus secretos. Fauchelevent sabiéndolo todo, lo ocultaba todo. Este era su sistema. Todo el convento le creia estúpido: gran mérito en religion. Las madres vocales hacian caso de él. Era un mudo curioso: inspiraba confianza. Además hacia todo con mucha regularidad; y no salia nunca mas que para las necesidades demostradas del jardin y de la huerta. Esta discrecion de salidas se le tenia muy en cuenta. No por eso habia dejado de hacer charlar á dos hombres; en el convento, al portero, por cuyo medio sabia las particularidades del locutorio; y en el cementerio, al enterrador, por cuyo medio sabia las particularidades de la sepultura; de modo que tenia, respecto de las religiosas, una doble luz, una sobre la vida, y otra sobre la muerte. Pero no abusaba de nada. La congregacion le queria. Viejo, cojo, casi ciego, probablemente un poco sordo, ¡qué cualidades! Dificilmente se le hubiera podido reemplazar.

El pobre, con la seguridad del que se ve apreciado, empezó frente á frente de la reverenda priora una arenga de campesino bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años contándolos dobles, de las exigencias crecientes del trabajo, de la estension del jardin, de las noches que pasaba, como

Digitized by Google

la última, por ejemplo, en que habia tenido que cubrir con estera los melones para evitar el efecto de la luna, y concluyó por decir:—que tenia un hermano—(la priora hizo un movimiento)—un hermano no jóven—(segundo movimiento de la priora, pero movimiento de tranquilidad);—que si se le permitia podria ir á vivir con él y á ayudarle, —que era un escelente jardinero;—que la comunidad podria aprovecharse de sus buenos servicios, mas útiles que los suyos;—que de otra manera, si no se admitia á su hermano, él, que era el mayor y se sentia cascado é inútil para el trabajo, se veria obligado á irse;—y que su hermano tenia una niña que llevaria consigo, y se educaria en Dios en la casa, y podria ¿quién sabe? ser monja un dia.

Cuando hubo acabado, la priora interrumpió el paso de las cuentas del rosario por entre los dedos, y le dijo:

—¿Podríais haceros de aquí á la noche con una barra fuerte de hierro?

—¿Para qué?

—Para que sirva de palanca.

—Sí, reverenda madre, respondió Fauchelevent.

La priora, sin contestar una palabra, se levantó y entró en el cuarto contiguo, que era la sala del capítulo en que estaban reunidas probablemente las madres vocales.

Fauchelevent quedó solo.

Digitized by Google

III.

LA MADRE INOCENTE.

Pasó próximamente un cuarto de hora. La priora volvió y se sentó en la silla.

Los dos interlocutores parecian meditabundos. Vamos á trazar lo mejor posible el diálogo que se trabó.

—Tio Fauvent.

—Reverenda madre.

—¿Conoceis bien la capilla?

—Tengo en ella una especie de nicho para oir misa y asistir á los oficios.

—¿Habeis entrado en el coro alguna vez?

—Dos ó tres veces.

—Se trata de levantar una piedra.

—¿Pesada?

—La losa del suelo que está junto al altar.

—¿La que cierra la bóveda?

—Sí.

—Es una obra para la cual serian necesarios dos hombres.

—La madre Ascension, que es fuerte como un hombre, os ayudará.

Digitized by Google

—Una mujer nunca es un hombre.

—No tenemos mas que una mujer para ayudaros. Cada uno hace lo que puede. Porque Mobillon trae cuatrocientas diez y siete epístolas de San Bernardo, y Merlonius Horstius no trae mas que trescientas sesenta y siete; yo no desprecio á Merlonius Horstius.

—Ni yo tampoco.

—El mérito consiste en trabajar segun las fuerzas. El claustro no es un taller.

—Y una mujer no es un hombre. ¡Mi hermano si que es fuerte!

—Además tendreis una palanca.

—Sí, esta es la única llave que hace á tales puertas.

—La piedra tiene un anillo.

—Pasaré por él la palanca.

—La piedra está colocada de modo que puede girar.

—Está bien, reverenda madre; abriré la bóveda.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—¿Y cuando esté abierta la cueva?

—Será preciso volverla á cerrar.

—¿Nada mas?

—Sí.

—Dadme vuestras órdenes, reverenda madre.

—Fauchelevent, tenemos confianza en vos.

—Estoy aquí para obedecer.

—Y para callar.

—Sí, reverenda madre.

—Cuando esté abierta la bóveda...

—La volveré á cerrar.

—Pero antes...

—¿Qué, reverenda madre?

—Es preciso bajar algo.

Hubo un momento de silencio. La priora, despues de hacer un movimiento con el labio inferior que parecia indicar duda, le rompió:

—¿Tio Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—¿Sabeis que esta mañana ha muerto una madre?

—No.

Digitized by Google

—¿No habeis oido la campana?

—En el jardin no se oye nada.

—¿De veras?

—Apenas distingo yo mi toque.

—Ha muerto al romper el dia.

—Además, esta mañana el viento me era contrario.

—Ha sido la madre Crucifixion, una bendita.

La priora se calló, movió por algunos momentos los labios como si hiciera oracion mental, y continuó:

—Hace tres años que solo por haber visto rezar á la madre Crucifixion, una jansenista, la señora de Beltune, se hizo ortodoxa.

—¡Ah! sí; ahora oigo el clamor, reverenda madre.

—Las madres la han llevado al depósito de los muertos que da á la iglesia.

—Ya lo sé.

—Ningun hombre mas que vos puede y debe entrar en el depósito. Vigilad bien. ¡Seria bueno ver entrar á un hombre en el depósito de los muertos!

—Con mas frecuencia...

—¿Eh?

—¡Con mas frecuencia!

—¿Qué decís?

—¡Digo que con mas frecuencia!

—¿Con mas frecuencia que qué?

—Reverenda madre, no digo con mas frecuencia que, sino con mas frecuencia.

—No os comprendo. ¿Por qué decís con mas frecuencia?

—Para decir lo que vos, reverenda madre.

—Pero yo no he dicho con mas frecuencia.

—No lo habeis dicho; pero lo he dicho yo para decir lo que vos.

En este momento dieron las nueve.

—A las nueve de la mañana, y á toda hora, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar, dijo la priora.

—Amen, contestó Fauchelevent.

La hora dió muy oportunamente, y cortó él con mas frecuencia. Es muy probable que sin esta interrupcion la priora y Fauchelevent no hubiesen desenredado nunca esta madeja.

Digitized by Google

Fauchelevent se enjugó la frente.

La priora murmuró de nuevo como rezando, y despues dijo alzando la voz:

—La madre Crucifixion en vida hacia muchas conversiones: despues de la muerte hará milagros.

—¡Los hará! contestó Fauchelevent haciéndose firme en el terreno, y esforzándose para no volver á tropezar.

—Tio Fauvent, la comunidad ha sido bendecida en la madre Crucifixion. Sin duda no es dado á todo el mundo morir como el cardenal de Berulle celebrando la santa misa, y exhalar el alma hácia Dios pronunciando estas palabras: *Hanc igitur oblationem*. Pero sin esperar tanta felicidad, la madre Crucifixion ha tenido una buena muerte. Ha conservado el conocimiento hasta el último instante: nos hablaba á nosotras, y despues hablaba á los ángeles; nos ha dado sus últimas órdenes. Si tuviérais mas fe, y hubiérais podido estar en su celda, os habria curado la pierna solo con tocarla. No hacia mas que sonreir: conocia que iba á resucitar en Dios. Su muerte ha sido una gloria.

Fauchelevent creyó que concluia una oracion, y dijo:

—Amen.

—Tio Fauvent, es preciso cumplir la voluntad de los muertos.

La priora pasó algunas cuentas de su rosario. Fauchelevent calló.

Ella prosiguió:

—He consultado acerca de este punto á muchos eclesiásticos que trabajan en la viña del Señor, que se ocupan en el ejercicio de la vida clerical, y que recogen admirables frutos.

—Reverenda madre, desde aquí se oyen los clamores mucho mejor que desde el jardin.

—Por otra parte, ésta es mas que una muerta, es una santa.

—Como vos, reverenda madre.

—Dormia en el ataud desde hace veinte años por Breve espreso de nuestro Santo Padre Pio VII.

—El que coronó al emp... á Buonaparte.

Para un hombre hábil como Fauchelevent, este recuerdo era muy desgraciado. Afortunadamente la priora, entregada á sus pensamientos, no le oyó.

—¿Tio Fauvent? le dijo.

Digitized by Google

—¿Reverenda madre?

—San Diodoro, arzobispo de Capadocia, quiso que en su sepultura solo se escribiera esta palabra: *Acarus*, que significa gusano de tierra; y asi se hizo ¿no es verdad?

—Sí, reverenda madre.

—El bienaventurado Mezzocane, obispo de Aquila, quiso ser inhumado bajo la horca; y asi se hizo.

—Verdad es.

—San Terencio, obispo de Porto en la embocadura del Tiber, pidió que se grabase en su sepulcro el signo que se ponia en la sepultura de los parricidas, con el deseo de que los transeuntes escupiesen sobre su tumba. Y asi se hizo. Es necesario obedecer á los muertos.

—Amen.

—El cuerpo de Bernardo Guidonis, francés, natural de Roche-Abeille, fue, segun habia dejado dispuesto, y á pesar de la oposicion del rey de Castilla, trasladado á la iglesia de los Dominicos de Limoges, aunque Bernardo Guidonis habia sido obispo de Tuy en España. ¿Puede decirse lo contrario?

—No, reverenda madre.

—El hecho está atestiguado por Plantavit de la Fosse.

Volvieron á pasar algunas cuentas del rosario silenciosamente.

La priora continuó:

—Tio Fauvent: la madre Crucifixion será sepultada en el ataud en que ha dormido veinte años.

—Es justo.

—Es una continuacion del sueño.

—¿La encerraré en ese ataud y la clavaré?

—Sí.

—¿Y dejaremos á un lado la caja de las pompas fúnebres?

—Precisamente.

—Estoy á las órdenes de la reverendísima comunidad.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—¿A clavar la caja? No las necesito.

—No; á bajarla.

—¿A dónde?

—A la cripta.

Digitized by Google

—¿Qué cripta?

—Debajo del altar.

Fauchelevent dió un brinco.

—¡A la cripta debajo del altar!

—Debajo del altar.

—Pero...

—Llevareis una barra de hierro.

—Sí; pero...

—¡Levantareis la piedra metiendo la barra en el anillo!

—Pero...

—Debemos obedecer á los muertos. El deseo supremo de la madre Crucifixion ha sido ser enterrada en la cripta, debajo del altar de la capilla, no ir á tierra profana; morar muerta en el mismo sitio en que ha rezado en vida. Asi nos lo ha pedido, es decir, nos lo ha mandado.

—Pero eso está prohibido.

—Prohibido por los hombres; mandado por Dios.

—¿Y si se llega á saber?

—Tenemos confianza en vos.

—¡Oh! yo soy como una piedra de esa pared.

—Se ha reunido el capítulo. Las madres vocales, á quienes acabo de consultar, y que están aun deliberando, han decidido, que conforme á sus deseos, la madre Crucifixion sea enterrada en su ataud y debajo del altar. ¡Figuraos, tio Fauvent, si se llegasen á hacer milagros aquí! ¡Qué gloria en Dios para la comunidad! Los milagros salen de los sepulcros.

—Pero reverenda madre, si el inspector de la comision de salubridad.....

—San Benedicto II en materia de sepulturas se opuso á Constantino Pogonato.

—Sin embargo, el comisario de policía...

—Chenodemaire, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias bajo el imperio de Constancio, reconoce espresamente el derecho de los religiosos á ser enterrados en religion, es decir, debajo del altar.

—Pero el inspector de la Prefectura...

—El mundo no es nada ante la cruz. Martin, undécimo general de

Digitized by Google

los cartujos, dió esta divisa á su órden: *Stat crux dum volvitur orbis.*

—Amen, dijo Fauchelevent, que seguia imperturbablemente su costumbre de esquivar la cuestion siempre que oia hablar en latin.

El que ha estado sin hablar mucho tiempo necesita un auditorio cualquiera. Cuando el retórico Gymnastoras salió de la cárcel, llevando en el cuerpo millares de dilemas y silogismos trasnochados, se paró ante el primer árbol que encontró, le arengó, é hizo grandes esfuerzos para convencerle. La priora, sujeta siempre al tributo del silencio, tenia demasiado lleno el cuerpo, y se levantó y esclamó con una locuacidad propia de una compuerta que se levanta:

—A mi derecha tengo á Benito y á mi izquierda á Bernardo. ¿Quién es Bernardo? El primer abad de Claraval. Fontaines en Borgoña es un pais bendito por haberle visto nacer. Su padre se llamaba Tecelino, y su madre Alethe. Principió en el Cister para llegar á Claraval; fue ordenado abad por el obispo de Chalons del Saona, Guillermo de Champeaux: tuvo setecientos novicios, y fundó ciento sesenta monasterios; hundió á Abelardo en el concilio de Sens en 1140, lo mismo que á Pedro de Bruys y Enrique su discípulo, y á otra secta de estraviados que se llamaban los apostólicos; confundió á Arnaldo de Brescia; hizo sucumbir al monge Raul, matador de judíos; dominó en 1148 el concilio de Reims; hizo condenar á Gilberto de la Poree, obispo de Poitiers, y á Eon de la Estrella; arregló las diferencias de los príncipes; iluminó al rey Luis el Jóven; aconsejó al papa Eugenio III; arregló el Temple; predicó la cruzada; hizo doscientos cincuenta milagros en vida, y treinta y nueve en un solo dia. ¿Quién es Benito? El patriarca de Monte Casino, el segundo fundador de la santidad claustral, el Basilio del Occidente. De su órden han salido cuarenta papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices; cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y subsiste aun, despues de mil cuatrocientos años.

¡De un lado San Bernardo, de otro el agente de la salubridad! ¡De un lado San Benito, de otro el inspector de las calles! El Estado, la policía urbana, las pompas fúnebres, los reglamentos, la administracion, ¿qué tenemos que ver con eso? Cualquiera se indignaria al ver cómo se nos trata. Ni aun tenemos el derecho de dar nuestras cenizas á Jesucristo.

Digitized by Google

Vuestra salubridad es una invencion revolucionaria. ¡Dios subordinado al comisario de policía! ¡Asi es el siglo! ¡Silencio, Fauvent!

Fauchelevent bajo este torrente no estaba muy á su gusto.

La priora continuó:

—El derecho del monasterio á la sepultura no es dudoso para nadie. No pueden negarle mas que los fanáticos y los estraviados. Vivimos en unos tiempos de horrible confusion. Se ignora lo que se debe saber, y se sabe lo que se deberia ignorar. Dominan la ignorancia y la impiedad. Hay en esta época personas que no distinguen entre el grandísimo San Bernardo y el Bernardo llamado de los pobres católicos, infeliz eclesiástoco que vivia en el siglo XIII. Otros blasfeman hasta el punto de comparar el cadalso de Luis XVI con la cruz de Jesucristo. Luis XVI no era mas que un rey. Tengamos cuidado con Dios. No hay ya nada justo ni injusto. Se sabe el nombre de Voltaire, y no se sabe el de César de Bus. Y sin embargo, César de Bus es un bienaventurado, y Voltaire es un desgraciado. El último arzobispo, el cardenal de Perigord, ni aun sabia que Cárlos de Gondreu sucedió á Berulle, y Francisco Bourgoin á Gondreu, y Juan Francisco Senault á Bourgoin, y el padre Santa Marta á Juan Francisco Senault. Se sabe el nombre del padre Coton, no porque fue uno de los tres que contribuyeron á la fundacion del Oratorio, sino porque fue motivo de juramentos para el rey hugonote Enrique IV. La causa de que San Francisco de Sales pareciese amable á la gente del siglo, es que sabia hacer juegos de manos. Además, se ataca á la religion. ¿Y por qué? Porque ha habido malos sacerdotes; porque Sagitario, obispo de Gap, era hermano de Salone, obispo de Embrun, y ambos siguieron á Mommol. ¿Y qué importa esto? ¿Acaso impide que Martin de Tours fuese un santo, y diese la mitad de la capa á un pobre? Se persigue á los santos; se cierran los ojos á la verdad; se hace de las tinieblas una costumbre. Los animales mas feroces son los que no viven. Nadie piensa en el infierno para nada bueno. ¡Oh, pícaro pueblo! Por el rey significa hoy por la revolucion. No se sabe lo que se debe á los vivos ni á los muertos. Está prohibido morir santamente. El sepulcro es un asunto civil. Esto causa horror. San Leon X escribió dos cartas, la una á Pedro Notario, y la otra al rey de los visigodos, para combatir y rechazar en las cuestiones que tocan á los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gautier, obispo de Chalons, se

Digitized by Google

opuso en esta cuestion á Othon, duque de Borgoña. La antigua magistratura estaba conforme con esto. En otro tiempo teníamos voz en el capítulo, aun en las cosas del siglo. El abad del Cister, general de la órden, era consejero nato del parlamento de Borgoña. Hacíamos de nuestros muertos lo que queríamos. ¿Pues qué, el cuerpo del mismo San Benito, no está en Francia en la abadía de Henry, llamada de San Benito del Loira, aunque murió en Italia en Monte Casino, el sábado 21 de marzo del año 543? Todo esto es incontestable. Aborrezco á los herejes, pero odiaria mas aun al que me sostuviese lo contrario. Basta leer á Arnoldo Wion, á Gabriel Bucelin, á Tritemio, á Maurolico y á Lucas de Achery.

La priora tomó aliento, y volviéndose á Fauchelevent, le dijo:

—Tio Fauvent, ¿está dicho?

—Está dicho, reverenda madre.

—¿Puedo contar con vos?

—Obedeceré.

—Está bien.

—Estoy consagrado enteramente al convento.

—Pues estamos arreglados. Cerrareis el ataud, las hermanas le llevarán á la capilla; rezarán el oficio de difuntos, y despues volverán al claustro. A las once y media vendreis con vuestra barra de hierro, y todo se hará en el mayor secreto. En la capilla no habrá nadie mas que las cuatro madres cantoras, la madre Ascension y vos.

—Y la monja que esté en el poste.

—No se volverá.

—Pero oirá.

—No escuchará. Además, lo que sabe el claustro, lo ignora el mundo.

Hubo una pausa, la priora continuó:

—Os quitareis la campanilla. Es inútil que la monja que esté en el poste conozca que estais allí.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué, tio Fauvent?

—¿Ha hecho ya su visita el médico de los muertos?

—La hará hoy á las cuatro. Se ha dado el toque que manda llamarle. ¿Pero no oís ningun toque?

Digitized by Google

—Solo hago caso del mio.

—Bien hecho, tio Fauvent.

—Reverenda madre, se necesita una palanca lo menos de seis pies.

—¿De dónde la sacareis?

—Donde hay rejas no faltan barras de hierro. Tengo un monton de hierro en un rincon del jardin.

—Tres cuartos de hora antes de media noche: no lo olvideis.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué?

—Si alguna vez tuviéseis que hacer cosas como esta, mi hermano es muy fuerte. ¡Es un atleta!

—Lo hareis lo mas pronto posible.

—Yo no puedo ir muy de prisa. Estoy delicado; por eso me vendria bien un auxiliar. Cojeo.

—El ser cojo no es una desgracia; es quizá una bendicion. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio, y restableció á Benedicto VIII, tiene dos sobrenombres: el Santo y el Cojo.

—Es muy bueno eso de tener dos sobretodos, murmuró Fauchelevent, que en realidad tenia el oido un poco duro.

—Tio Fauvent, estoy pensando en que debemos tomarnos una hora entera; y no será demasiado. Estareis al lado del altar mayor con la barra de hierro á las once. El oficio empezará á media noche, y es preciso que todo esté hecho un cuarto de hora antes.

—Todo lo haré para probar mi celo por la comunidad. Está dicho. Clavaré el ataud, y á las once en punto estaré en la capilla. Estarán ya allí las madres cantoras y la madre Ascension. Dos hombres valdrian mucho mas. Pero, en fin, no importa: llevaré mi palanca. Abriremos la bóveda, bajaremos el ataud, y volveremos á cerrar la bóveda. Y despues se acabó; no queda rastro alguno. El gobierno ni lo sospechará. Reverenda madre, ¿todo está arreglado asi?

—No.

—¿Pues qué falta?

—Falta la caja vacía.

—Esto produjo una pausa. Fauchelevent meditaba: la priora meditaba.

—Tio Fauvent, ¿qué haremos del ataud?

Digitized by Google

—Le enterraremos.

—¿Vacío?

Nuevo silencio. Fauchelevent hizo con la mano izquierda ese movimiento que parece dar por terminada una cuestion enfadosa.

—Reverenda madre, yo soy el que ha de clavar la caja en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí mas que yo, y cubriré el ataud con el paño mortuorio.

—Sí, pero los mozos al llevarlo al carro y al bajarlo á la fosa, conocerán en seguida que no tiene nada dentro.

—¡Ah, *dia*!... esclamó Fauchelevent.

La priora principió á santiguarse, y miró fijamente al jardinero. El *blo* se le quedó en la garganta.

Se apresuró á improvisar una salida para hacer olvidar el juramento.

—Reverenda madre, echaré tierra en la caja, y hará el mismo efecto que si llevara dentro un cuerpo.

—Teneis razon. La tierra y el hombre son una misma cosa. De modo, ¿que arreglareis el ataud vacío?

—Lo haré.

La fisonomía de la priora, hasta entonces turbada y sombría, se serenó. Hizo al jardinero la señal del superior que despide al inferior, y éste se dirigió hácia la puerta. Cuando iba á salir la priora elevó suavemente la voz.

—Tio Fauvent, estoy contenta de vos. Mañana, despues del entierro, traedme á vuestro hermano, y decidle que le acompañe la niña.

Digitized by Google

IV.

DE CÓMO PARECE QUE JUAN VALJEAN HABIA LEIDO Á AGUSTIN CASTILLEJO.

Los pasos de un cojo son como las miradas de un tuerto; no llegan pronto al punto á que se dirigen. Además, Fauchelevent estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en llegar á la barraca del jardin. Cosette habia despertado, Juan Valjean la habia sentado cerca de la lumbre; y cuando entró Fauchelevent le estaba enseñando la cesta del jardinero, que pendia de la pared, y diciéndole:

—Escúchame bien, niña. Tenemos que salir de esta casa; pero volveremos á ella y estaremos muy bien. El amigo que vive aquí te llevará á cuestas ahí dentro. Tú me esperarás en casa de una señora, á donde iré á buscarte. ¡Si no quieres que te atrape la Thenardier, obedece y no repliques nada!

Cosette hizo un movimiento de cabeza gravemente.

Al ruido que hizo Fauchelevent abriendo la puerta, se volvió Juan Valjean.

—¿Y qué?

—Todo está arreglado, y nada está arreglado, contestó Fauchelevent. Tengo ya permiso para entraros; pero antes es preciso que

Digitized by Google

salgais. Aquí está el atasco de la carreta. En cuanto á la niña, es fácil.

—¿La llevareis?

—¿Se callará?

—Yo respondo.

—Pero, ¿y vos, señor Magdalena?

Y despues de un silencio lleno de ansiedad, esclamó:

—¡Pero salid por donde habeis entrado!

Juan Valjean, como la primera vez, se limitó á contestar:

—¡Imposible!

Fauchelevent hablando mas bien consigo mismo que con Juan Valjean, murmuró:

—Hay otra cosa que me atormenta. He dicho que llenaré la caja de tierra; y ahora pienso que llevando tierra en vez de un cuerpo no se confundirá, sino que se moverá, se correrá; los hombres lo conocerán. Y ya comprendereis, señor Magdalena, que los agentes del gobierno lo sabrán.

Juan Valjean le miró atentamente, creyendo que deliraba.

Fauchelevent continuó:

—¿Cómo di.... antre vais á salir? ¡Y es preciso que todo quede hecho mañana! Porque mañana os he de presentar; la priora os espera.

Entonces esplicó á Juan Valjean que esto era una recompensa por un servicio que él, Fauchelevent, hacia á la comunidad. Que en sus atribuciones entraba algo del sepulturero; que clavaba el ataud y ayudaba al enterrador del cementerio; que la religiosa que habia muerto por la mañana, habia pedido ser enterrada en el ataud que le servia de cama, y sepultada en la bóveda debajo del altar de la capilla; que esto se hallaba prohibido por los reglamentos de policía, pero que la religiosa era una de esas muertas á quienes nada se niega; que la priora y las madres vocales creian que debian cumplir los deseos de la difunta: que tanto peor para el gobierno; que él clavaria el ataud en la celda, levantaria la losa de la capilla, y bajaria el cuerpo á la bóveda; que para recompensarle, la priora admitia á su hermano de jardinero, y á la niña de educanda; que su hermano era el señor Magdalena, y la sobrina, Cosete; que la priora le habia dicho que llevase á su hermano al dia siguiente por la tarde despues del falso entierro en el cementerio. Pero

Digitized by Google

no podia traer de fuera al señor Magdalena, si el señor Magdalena no estaba antes fuera. Aquí estaba la primera dificultad; pero despues habia otra: el ataud vacío.

—¿Qué es eso del ataud vacío? preguntó Juan Valjean.

Fauchelevent respondió:

—El ataud de la administracion.

—¿Qué ataud? y ¿qué administracion?

—Cuando muere una monja, viene el médico del ayuntamiento, y dice: Ha muerto una monja. El gobierno envia un ataud; y al dia siguiente un carro fúnebre y sepultureros, que cogen el ataud y le llevan al cementerio. Vendrán los sepultureros y levantarán la caja y no habrá nada dentro.

Pues meted cualquier cosa.

—¿Un muerto? No le tengo.

—No.

—¿Pues qué?

—Un vivo.

—¿Cuál?

—Yo, dijo Juan Valjean.

Fauchelevent, que estaba sentado, se levantó como si hubiese estallado un petardo debajo de la silla.

—¿Vos?

—¿Y por qué no?

Juan Valjean se sonrió con una de esas sonrisas que parecian un relámpago en un cielo de invierno.

—Sabeis, Fauchelevent, que habeis dicho: la madre Crucifixion ha muerto, y que yo he añadido: y el señor Magdalena está enterrado. Pues eso es.

—¡Ah! os reis; no hablais con formalidad.

—Hablo muy formal. ¿No es necesario salir de aquí?

—Sin duda.

—Os he dicho que busqueis tambien para mí una cesta y una tapa.

—¿Y qué?

—La cesta será de pino, y la tapa un paño negro.

—No, un trapo blanco. Las monjas se entierran vestidas de blanco.

—Vaya por el paño blanco.

Digitized by Google

—Sois un hombre como los demás, señor Magdalena.

Fauchelevent ante esta ocurrencia que era uno de los salvajes y temerarios proyectos del presidio, surgiendo de las cosas pacíficas que le rodeaban, y mezclándose con lo que él llamaba «la monotonía de la vida del convento,» sentia un estupor comparable al de un transeunte que viera á una gaviota metiendo el pico para pescar en el arroyo de la calle de San Dionisio.

Juan Valjean prosiguió:

—Se trata de salir de aquí sin ser visto; pues este es un medio. Pero antes instruidme. ¿Cómo se hace todo? ¿Dónde está ese ataud?

—¿El que está vacío?

—Sí.

—Allá en lo que se llama la sala de los muertos. Está sobre dos caballetes y bajo el paño mortuorio.

—¿Qué longitud tiene la caja?

—Seis pies.

—¿Y qué es la sala de los muertos?

—Es una habitacion del piso bajo que tiene una ventana con reja al jardin; y está cerrada por dentro, con un postigo y dos puertas, una que da al convento, y otra á la iglesia.

—¿A qué iglesia?

—A la iglesia de la calle. A la iglesia de todo el mundo.

—¿Teneis las llaves de esas dos puertas?

—No. Tengo la llave de la puerta que da al convento; el portero tiene la de la puerta que da á la iglesia.

—¿Y cuándo abre esa puerta el portero?

—Unicamente para dejar entrar á los sepultureros que vienen á buscar el ataud. Cuando el ataud sale se cierra la puerta.

—¿Quién clava el ataud?

—Yo.

—¿Quién pone el paño encima?

—Yo.

—¿Vos solo?

—Ningun otro hombre, escepto el médico de la policía, puede entrar en el salon de los muertos. Asi está escrito en la pared.

Digitized by Google

—¿Y podríais esta noche, cuando todos duerman en el convento, ocultarme en esa sala?

—No. Pero puedo ocultaros en un cuartito oscuro que da á la sala de los muertos, donde guardo mis útiles de enterrar, y cuya llave tengo.

—¿A qué hora vendrá mañana el carro á buscar el ataud?

—A eso de las tres de la tarde. El entierro se hace en el cementerio Vaugirard un poco antes de anochecer. No está cerca.

—Estaré escondido en el cuartito de las herramientas toda la noche y toda la mañana. ¿Y comer? Tendré hambre.

—Yo os llevaré qué.

—Podeis ir á encerrarme en el ataud á las dos.

—Fauchelevent retrocedió chasqueando los dedos.

—¡Pero eso es imposible!

—¡Bah! ¡Coger un martillo y clavar unos clavos en una tabla!

Lo que parecia estraordinario á Fauchelevent, era muy sencillo, decimos, para Juan Valjean, que habia atravesado peores estrechos. El que ha estado en presidio sabe el arte de encogerse, segun el diámetro que permite la evasion. El preso está sujeto á la fuga como el enfermo á la crisis que le salva ó le pierde. Una evasion es una curacion. ¿Y qué es lo que no se hace para curarse? Dejarse encerrar y llevar en un cajon como un fardo, vivir en una caja, encontrar aire en donde no le hay, economizar la respiracion horas enteras, saber asfixiarse sin morir; todo esto era uno de los sombríos talentos de Juan Valjean.

Por lo demás, un ataud con un hombre vivo es una estratajema de presidiario, pero tambien de emperador. Si hemos de creer al monge Agustin Castillejo, este fue el medio de que se valió Cárlos V para ver por última vez á la Blomberg, despues de su abdicacion, para hacerla entrar y salir en el monasterio de Yuste.

Fauchelevent, un poco tranquilizado, preguntó:

—Pero ¿cómo habeis de respirar?

—Ya respiraré.

—¡En aquella caja! Solamente de pensar en ello me ahogo.

—Buscareis un barreno, hareis algunos agujeritos alrededor de la boca, y clavareis sin apretar la tapa.

—¡Bueno! ¿Y si se os ocurre toser ó estornudar?

Digitized by Google

—El que se escapa no tose ni estornuda.

Luego añadió:

—Tio Fauchelevent, es preciso decidirse: ó ser descubierto aquí, ó salir en el carro.

Todo el mundo ha observado la aficion de los gatos á detenerse al pasar por entre las hojas de una puerta entreabierta. ¿Quién no ha dicho á un gato: ¡Pero entra, animal! Hay hombres que cuando tienen un incidente abierto ante sí, tienen tambien inclinacion á permanecer indecisos entre dos resoluciones, temiendo que les aplaste el destino si cierran bruscamente la aventura. Los mas prudentes, por mas gatos que sean, y porque son gatos precisamente, corren alguna vez mas peligro que los audaces. Fauchelevent era de esta naturaleza indecisa. Sin embargo, la serenidad de Juan Valjean le dominó á pesar suyo, y murmuró:

—La verdad es que no hay otro medio.

Juan Valjean replicó:

—Lo único que me inquieta es lo que sucederá en el cementerio.

—Pues eso es justamente lo que á mí me tiene sin cuidado, dijo Fauchelevent. Si teneis seguridad de poder salir de la caja, yo la tengo de sacaros de la fosa. El enterrador es un borracho, amigo mio: el tio Mestienne; un viejo de cepa vieja. El enterrador mete á los muertos en la hoya, y yo meto al enterrador en mi bolsillo. Voy á deciros lo que sucederá. Llegamos un poco antes de la noche: tres cuartos de hora antes de que cierren la verja del cementerio. El carro llega hasta la sepultura, y yo le sigo porque es mi obligacion. Llevaré un martillo, un escoplo y tenazas en el bolsillo. Se detiene el carro; los mozos atan una cuerda al ataud y os bajan á la sepultura. El cura reza las oraciones, háce la señal de la cruz, echa agua bendita, y se va. Me quedo yo solo con el tio Mestienne, que es mi amigo, como os he dicho. Y entonces sucede una de dos cosas: ó está borracho, ó no lo está. Si no está borracho, le digo: Ven á echar una copa mientras está aun abierto el *Buen Membrillo*. Me le llevo, y le emborracho; no es difícil emborrachar al tio Mestienne, porque siempre tiene ya principios de borrachera; le dejo bajo la mesa, le cojo su cédula para volver á entrar en el cementerio, y me vuelvo solo. Entonces ya no teneis que ver mas que

Digitized by Google

conmigo. Si está borracho, le digo: Anda; yo haré tu trabajo: se va, y os saco del agujero.

Juan Valjean le tendió la mano, y Fauchelevent se precipitó hácia ella con tierna efusion.

—Está convenido, tio Fauchelevent. Todo saldrá bien.

—Con tal que nada se descomponga, pensó Fauchelevent. ¡Qué horrible seria!

Digitized by Google

V.

DE CÓMO NO BASTA SER BORRACHO PARA SER INMORTAL.

Al dia siguiente, cuando declinaba el sol, los pocos paseantes del bouvevard del Maine se quitaban el sombrero al paso de un carro fúnebre antiguo, adornado de calaveras, tibias y lágrimas. Este carro conducia un ataud cubierto de un manto blanco en que brillaba una gran cruz negra, semejante á un esqueleto con los brazos colgando. Un coche enlutado en que iban un cura con sobrepelliz, y un monaguillo con sotana roja seguia al carro, á cuyos lados marchaban dos sepultureros en traje gris con adornos negros. Detrás iba un viejo con traje del pueblo y cojeando. El entierro se dirigia al cementerio Vaugirard.

Del bolsillo del hombre se veian salir el mango de un martillo, un escoplo, y las puntas de unas tenazas.

El cementerio Vaugirard era una escepcion entre los demás de París. Tenia, por decirlo asi, sus costumbres particulares, lo mismo que tenia su puerta-cochera y puerta pequeña, llamadas en el barrio por los viejos, siempre apegados á las palabras viejas, la puerta noble y la puerta plebeya.

Las Bernardas Benedictinas del pequeño Picpus habian conseguido, segun hemos dicho ya, el privilegio de ser enterradas en un sitio apar-

Digitized by Google

te, en terreno que habia pertenecido á su comunidad, y por la tarde. Los enterradores tenian una disciplina tambien particular por hacer su servicio en el cementerio por la tarde en el verano, y de noche en el invierno. Los cementerios de París se cerraban en aquella época al ponerse el sol; y siendo esta una medida de órden municipal, estaba sometido á ella el cementerio Vaugirard lo mismo que otro cualquiera. La puerta noble y la puerta plebeya eran dos verjas contiguas situadas á los lados de un pabellon construido por el arquitecto Perronet, donde vivia el guarda del cementerio. Estas verjas giraban inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecia por detrás de la cúpula de los Inválidos. Si se habia quedado dentro algun sepulturero, no tenia mas que un medio para salir, que era presentar su cédula de enterrador espedida por la administracion de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda habia una especie de buzon como los de las estafetas; el sepulturero echaba en él su cédula; el guarda la oia caer, tiraba de una cuerda, y abria la puerta plebeya. Si el sepulturero no tenia cédula, decia su nombre, y el guarda, que solia haberse acostado ó dormido, se levantaba, examinaba al sepulturero y le abria la puerta con la llave. El sepulturero salia; pero pagaba quince francos de multa.

Este cementerio, que con sus privilegios rompia la simetría administrativa, fue suprimido poco despues de 1830. El cementerio del Monte Parnaso, llamado tambien del Oriente, le sucedió, y heredó la famosa taberna medianera con él, que tenia una muestra con un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado con las mesas de los bebedores, y por otro con los nichos, ostentando esta inscripcion: *Al Buen Membrillo.*

El cementerio Vaugirard era lo que podia llamarse un cementerio gastado. Habia caido en desuso. Le invadia la yerba, y le abandonaban las flores; las personas de la clase media se cuidaban muy póco de que las enterrasen en Vaugirard: olia á pobre. El cementerio del padre Lachaise ¡ya era otra cosa! Ser enterrado en el cementerio del padre Lachaise era como tener muebles de caoba. En esto se conocia la elegancia. El cementerio Vaugirard era un recinto venerable, plantado como los antiguos jardines franceses, con calles rectas, bojes, tuyas, acebos, sepulcros á la sombra de algunos tejos, y la yerba muy alta. La noche era

Digitized by Google

imponente en aquel sitio, que tenia muchos aspectos lúgubres.

Aun no se habia puesto el sol cuando el carro fúnebre del manto blanco y la cruz negra entró en la alameda del cementerio Vaugirard. El cojo que le seguia, era Fauchelevent.

El entierro de la madre Crucifixion en la cripta debajo del altar, la salida de Cosette, y la entrada de Juan Valjean en la sala de los muertos se habian ejecutado sin obstáculo, y nada habia salido mal.

Digamos, como de paso, que el entierro de la madre Crucifixion debajo del altar es para nosotros una cosa muy venial. Es una de esas faltas que se asemejan mucho á un deber. Las religiosas le habian cumplido, no solamente sin temor, sino con aplauso de su conciencia.

En el claustro lo que se llama «el gobierno» no es mas que una intrusion de la autoridad; intrusion siempre discutible. Lo primero es la regla; en cuanto al código, ya se verá. ¡Hombres, haced cuantas leyes querais, pero guardadlas para vosotros! El tributo que se paga al César, no es mas que el resto de lo que se paga á Dios. Un príncipe no es nada ante un principio.

Fauchelevent iba cojeando muy contento detrás del carro. Sus dos complots, uno con las religiosas, y otro con el señor Magdalena, uno en pro del convento, y otro en contra del convento, habian sido igualmente felices. La serenidad de Juan Valjean era una tranquilidad poderosa que se comunicaba á los demás. Fauchelevent no dudaba del triunfo, porque lo que quedaba por hacer no era ya nada. En dos años habia emborrachado diez veces al sepulturero, al bueno del tio Mestienne, que era un pobre hombre. Hacia de él lo que queria. Le adornaba la cabeza á su gusto; y la cabeza de Mestienne se ajustaba al gorro de Fauchelevent. Su confianza era, pues, completa.

Cuando el convoy fúnebre entró en el camino que conducia directamente al cementerio, Fauchelevent, lleno de satisfaccion, miró al carro, y dijo á media voz frotando sus gruesas manos:

—¡Vaya una farsa!

Paróse el carro: habia llegado á la verja. Como era preciso enseñar la licencia para el entierro, el encargado de la pompa fúnebre se adelantó y habló un momento con el portero. Durante este coloquio, que produjo una detencion de dos ó tres minutos, apareció un desconocido y fué á colocarse detrás del carro, al lado de Fauchelevent; parecia un trabaja-

Digitized by Google

dor; llevaba una blusa con grandes bolsillos, y un azadon bajo el brazo.

Fauchelevent fijó en él la vista.

—¿Quién sois? le preguntó.

El hombre respondió:

—El enterrador.

Fauchelevent hizo el mismo gesto que si le hubiera caido una bala de cañon en el pecho.

—¡El enterrador!

—Sí.

—¿Vos?

—Yo.

—El enterrador es el tio Mestienne.

—Era.

—¡Cómo era!

—Ha muerto.

Fauchelevent lo habia previsto todo, escepto que pudiese morir un enterrador. Pero tambien mueren los enterradores; á fuerza de cavar fosas para otros, cavan la suya.

El pobre hombre se quedó estupefacto.

—¡Eso no es posible!

—Pero es.

—El enterrador, dijo débilmente, es el tio Mestienne.

—Despues de Napoleon vino Luis XVIII; despues de Mestienne, Gribier; este es mi nombre, compañero.

Fauchelevent se puso pálido, y examinó á Gribier.

Era un hombre alto, delgado, lívido, enteramente fúnebre. Parecia un médico desacreditado convertido en enterrador.

Fauchelevent se echó á reir.

—¡Ah! dijo, ¡cómo se arregla el pícaro mundo! El tio Mestienne ha muerto; ha muerto, pero vive el tio Lenoir. ¿Sabeis quién es el tio Lenoir? ¡Es la bota del tinto de á doce: es la bota de Surena, ¡caramba! del verdadero Surena de París. ¡Ah! ¡El pobre Mestienne ha muerto! Lo siento: era un buen sugeto; pero vos tambien lo sois. ¿No es verdad, camarada? Iremos juntos á echar una copa en seguida.

El hombre respondió:

—Yo he estudiado cuatro años, y no bebo nunca.

Digitized by Google

El carro fúnebre se habia puesto en marcha, y seguia la calle ancha del cementerio.

Fauchelevent habia acortado el paso: cojeaba mas bien de ansiedad que por necesidad.

El enterrador iba delante.

Fauchelevent examinó de nuevo al inesperado Gribier.

Era uno de esos hombres, que siendo jóvenes parecen viejos, y que son muy fuertes, á pesar de su delgadez.

—¡Camarada! dijo Fauchelevent.

El hombre se volvió.

—Soy el sepulturero del convento.

—Sois mi colega, dijo el hombre.

Fauchelevent, iliterato, pero muy cumplido, conoció que tenia que habérselas con un hombre temible, con un buen hablista.

—¿Con que murió el tio Mestienne? dijo.

—Hasta las uñas. Dios consultó su cuaderno de vencimientos, vió que le habia llegado el plazo al tio Mestienne, y murió el tio Mestienne.

Fauchelevent repitió maquinalmente:

—Dios...

—Dios, dijo el enterrador con autoridad; Dios, que es para los filósofos el Padre Eterno, y para los jacobinos el Ser Supremo.

—¿Seremos amigos? dijo trémulamente Fauchelevent.

—Ya lo somos. Vos sois provinciano, y yo soy parisiense.

—Dos no son amigos hasta que beben juntos. El que vácia su vaso, vácia su corazon. Vais á venir á beber conmigo. A esto nadie se niega.

—Primero es la obligacion.

Estoy perdido, pensó Fauchelevent.

Solo faltaban ya algunos pasos para llegar á la calle que conducia al terreno de las monjas.

—Provinciano, añadió el enterrador, tengo que dar pan á siete bocas; y como tienen que comer, yo no puedo beber.

Y añadió con la satisfaccion del que inventa una máxima:

—Su hambre es enemiga de mi sed.

El carro dió la vuelta á un plantío de cipreses, dejó la calle ancha, atravesó otra mas estrecha, entró en el terreno inculto, y despues en la maleza. Esto indicaba la proximidad inmediata de la sepultura. Fau-

Digitized by Google

chelevent acortó aun mas sus pasos, pero no podia detener el carro. Afortunadamente la tierra removida, y mojada por las lluvias del invierno, se pegaba á las ruedas, y retardaba la marcha.

Fauchelevent se aproximó al enterrador, y le dijo en voz baja:

—Hay muy buen vino en Argenteuil.

—Provinciano, dijo el hombre, yo no deberia ser enterrador. Mi padre era portero en el Pritaneo. Me dedicaba á la literatura; pero hemos tenido muchas desgracias: mi padre tuvo algunas pérdidas en la Bolsa, y he tenido que renunciar á ser autor. Sin embargo, soy todavía escritor público.

—¿Luego no sois enterrador? dijo Fauchelevent agarrándose á esta rama, demasiado débil.

—Lo uno no impide lo otro. Acumulo las dos profesiones.

Fauchelevent no entendió esta palabra.

—Vamos á beber, le dijo.

Aquí es preciso hacer una observacion. Fauchelevent, por mas inquieto que estuviese, convidaba á beber; pero no se habia fijado en un punto: ¿quién habia de pagar? Casi siempre convidaba él, y pagaba el tio Mestienne. Pero aquel convite era evidentemente un resultado de la nueva situacion creada por el nuevo enterrador; le era necesario el convite; pero el viejo jardinero dejaba en la sombra, no sin intencion, el proverbial cuarto de hora de Rabelais. Fauchelevent, á pesar de su emocion, no se cuidaba de pagar.

El enterrador contestó con una sonrisa de superioridad:

—Es preciso comer. He aceptado el cargo de sucesor del tio Mestienne. Cuando uno ha concluido casi sus estudios, es filósofo. He agregado al trabajo de la mano el del brazo, y tengo un biombo de memorialista en el mercado de la calle de Sèvres. ¿Sabeis dónde? En el mercado de los Paraguas. Todas las criadas de la Cruz-Roja vienen á mí; y yo les escribo sus declaraciones á los novios. Por la mañana escribo cartas amorosas, y por la tarde abro sepulturas. Tal es la vida, provinciano.

El carro avanzaba. Fauchelevent, en el colmo de la inquietud, miraba á todos lados: gruesas gotas de sudor le caian de la frente.

—Pero, continuó el enterrador, no se puede servir á dos señores; y

Digitized by Google

tengo que elegir entre la pluma y el azadon. El azadon me destroza la mano.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche, y detrás de él el sacerdote.

Una de las ruedas delanteras subia un poco sobre un monton de tierra; un poco mas allá se veia una fosa abierta.

—¡Vaya una broma! dijo Fauchelevent consternado.

Digitized by Google

VI.

ENTRE CUATRO TABLAS.

¿Quién estaba en el ataud? Juan Valjean.

Juan Valjean que se habia colocado para poder vivir allí dentro, y apenas podia respirar.

Es ciertamente estraño considerar hasta qué punto nos da seguridad de todo la seguridad de la conciencia. La combinacion ideada por Juan Valjean iba perfectamente desde la víspera. Juan Valjean contaba, como Fauchelevent, con el tio Mestienne, y no tenia duda alguna acerca del fin de esta aventura. Imposible es hallar situacion mas crítica, y calma mas completa.

Las cuatro tablas del ataud respiraban una paz horrible. La tranquilidad de Juan Valjean tenia algo del reposo de la muerte.

Desde el fondo del ataud habia seguido, y seguia, las fases del terrible drama que estaba representando con la muerte.

Poco despues de haber clavado Fauchelevent la tapa del ataud, sintió Juan Valjean que le llevaban, y luego que rodaba. Conoció tambien por la suavidad del movimiento que pasaba del empedrado á la arena, es decir, que salia de las calles y entraba en el camino: al oir un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz: en la primera pa-

Digitized by Google

rada conoció que entraba en el Campo-santo; en la segunda se dijo: Aquí está el hoyo.

Sintió que cogian bruscamente la caja, y oyó un áspero rozamiento en las tablas; conoció que ataban una cuerda al ataud para bajarle á la fosa. Despues tuvo una especie de vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador habian hecho oscilar el ataud y habia bajado la cabeza antes que los pies. Volvió pronto en sí, y vió que estaba horizontal é inmóvil. Habia llegado al fondo del hoyo.

Sintió una especie de frio.

Oyó una voz glacial y solemne sobre su cabeza, y escuchó cómo pasaban tan lentamente, que podia oirlas, palabras en latin que no comprendió:

—*Qui dormiunt in terræ pulvere, evigilabunt; alii in vitam æternam, et alii in opprobium, ut videant semper.*

Una voz infantil contestó:

—*De profundis.*

La voz grave continuó:

—*Requiem æternam dona ei, Domine.*

La voz infantil respondió:

—*Et lux perpetua luceat ei.*

Oyó sobre la tapa del ataud como el débil ruido de algunas gotas de agua. Era probablemente agua bendita.

Entonces se dijo: ya va á acabar esto. Tengamos un poco de paciencia. Ahora se irá el cura: Fauchelevent se llevará á beber á Mestienne; me dejarán; despues vendrá Fauchelevent solo, y saldré de aquí. Todo será cosa de una hora.

La voz grave volvió á decir:

—*Requiescat in pace.*

Y la voz infantil:

—*Amen.*

Juan Valjean, con el oido atento, oyó un ruido como de pasos que se alejaban.

—Ya se van, pensó; estoy solo.

Mas de repente oyó sobre su cabeza un ruido como el del trueno que despide el rayo.

Digitized by Google

Era una paletada de tierra que caia sobre el ataud.

Despues cayó otra.

Uno de los agujeros por donde respiraba quedó obstruido.

Despues cayó otra paletada. Despues otra.

Hay cosas mas fuertes que el hombre mas fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.

Digitized by Google

VII.

DONDE VERÁ EL LECTOR EL ÓRIGEN DE LA FRASE: GUARDA LA CÉDULA.

Veamos qué era lo que habia pasado por cima del ataud en que yacia Juan Valjean.

Asi que partió el carro, y el sacerdote y el monago subieron en el coche, y partieron tambien, Fauchelevent, que no separaba los ojos del enterrador, le vió inclinarse y coger la pala que estaba clavada verticalmente en el monton de tierra.

Entonces Fauchelevent tomó una resolucion suprema.

Se colocó entre la fosa y el enterrador, cruzó los brazos, y le dijo:

—¡Yo pago!

El enterrador le miró asombrado, y le respondió:

—¿El qué?

Fauchelevent repitió:

—¡Yo pago!

—¿El qué?

—El vino.

Digitized by Google

—¿Qué vino?

—El de Argenteuil.

—¿Dónde está ese Argenteuil?

—En el *Buen Membrillo*.

—¡Déjame en paz! dijo el enterrador.

Y arrojó una paletada de tierra sobre el ataud, que despidió un sonido ronco: Fauchelevent se sintió desfallecido y á punto de caer en la hoya, y gritó con una voz con que se mezclaba la opresion de la agonía:

—¡Camarada! antes de que cierren el *Buen Membrillo*.

El enterrador cogió una nueva paletada de tierra.

Fauchelevent continuó:

—¡Yo pago!

Y cogió por el brazo al enterrador.

—Escuchadme, camarada, le dijo: soy el enterrador del convento, y vengo para ayudaros. Esto podemos hacerlo á la noche: principiemos por beber un trago.

Y al mismo tiempo que hablaba y se agarraba á esta insistencia desesperada, se hacia esta lúgubre reflexion:—¡Y cuando haya bebido! ¿Se emborrachará?

—Provinciano, dijo el enterrador, si lo quereis absolutamente, consiento; beberemos, pero despues del trabajo; antes de ningun modo.

Y levantó la paletada. Fauchelevent le detuvo.

—Argenteuil de á seis.

—¡Ah! dijo el enterrador, sois campanero. Din don, din don; no sabeis mas que decir eso. Andad, idos á tocar.

Y arrojó á la fosa la segunda paletada.

Fauchelevent llegó al momento en que ya no sabe el hombre lo que dice.

—Vamos á beber, gritó; yo soy el que paga.

—Despues que hayamos enterrado á la jóven, dijo el enterrador.

Y echó la tercera paletada.

Despues clavó la pala en la tierra, y añadió:

Digitized by Google

—Mirad; va á hacer frio esta noche, y la muerta nos gritaria como si la dejásemos sin ropa.

En este momento, al llenar la pala se encorvaba, y dejaba ver entreabierto el bolsillo de la blusa.

La vista estraviada de Fauchelevent cayó maquinalmente sobre este bolsillo, y se detuvo.

El sol no se habia ocultado aun bajo el horizonte; habia aun bastante luz para que pudiese distinguirse una cosa blanca en el fondo de aquel bolsillo abierto.

La pupila de Fauchelevent despidió todo el fuego que pueden despedir unos ojos picardos.

Se le acababa de ocurrir una idea.

Sin que el enterrador, ocupado solo en llenar la pala, lo notara, le metió la mano en el bolsillo por detrás, y sacó la cosa blanca que contenia.

El enterrador arrojó en la fosa la cuarta paletada.

Cuando se volvia para coger la quinta, Fauchelevent le miró tranquilamente, y le dijo:

—A propósito, novato; ¿teneis vuestra cédula?

El enterrador se quedó parado.

—¿Qué cédula?

—El sol se va á acostar.

—¿Y qué? Se pondrá el gorro de dormir.

—Van á cerrar la verja del cementerio.

—¿Y qué?

—¿Teneis la cédula?

—¡Ah! ¡mi cédula! dijo el enterrador. Y la buscó en el bolsillo.

Despues de registrar un bolsillo registró el otro; despues pasó á los del chaleco, miró el primero, y luego el segundo.

—No, dijo; no tengo la cédula. La habré olvidado.

—Quince francos de multa, dijo Fauchelevent.

El enterrador se puso verde: el verde es la palidez de las fisonomías lívidas.

—¡Ay, Jesus-Dios-mio! esclamó. ¡Quince francos de multa!

—Tres napoleones, dijo Fauchelevent.

Digitized by Google

ENIRE CUATRO TABLAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

El enterrador dejó caer la pala.

Llego su vez á Fauchelevent.

—¡Ah! dijo, novato, no hay que desesperarse; no se trata de suicidarse, ni de aprovechar esta fosa. Quince francos son quince francos, y aun podeis no pagarlos. Yo soy viejo en el oficio; vos sois nuevo, y conozco dónde las dan y dónde las toman. Voy á daros un consejo de amigo. Hay sobre todo una cosa evidente, que el sol se pone, que toca ya en la cúpula, y que el cementerio va á cerrarse dentro de cinco minutos.

—Es verdad, dijo el enterrador.

—En cinco minutos no teneis tiempo para llenar la fosa, que es profunda como un demonio, y llegar á tiempo antes de que cierren la verja.

—Es verdad.

—En ese caso pagareis quince francos de multa.

—¡Quince francos!

—Pero teneis tiempo para... ¿Dónde vivís?

—A dos pasos de la barrera: un cuarto de hora de aquí; en la calle de Vaugirard, número 87.

—Pues teneis tiempo, levantando bien los pies, para salir en seguida.

—Es verdad.

—Una vez fuera de la verja, correis á vuestra casa, cogeis la cédula, volveis, el guarda os abrirá; y como traeis la cédula, no hay multa. Enterrais el muerto, y yo me quedo guardándole para que no se escape.

—Os debo la vida, provinciano.

—Dejadme libre el campo.

El enterrador, lleno de agradecimiento, le apretó la mano y partió corriendo.

Asi que hubo desaparecido en la maleza, Fauchelevent escuchó sus pasos que se alejaban, despues se inclinó hácia la fosa, y dijo en voz baja:

—¡Señor Magdalena!

Nadie respondió.

Digitized by Google

Fauchelevent tembló. Se dejó caer en la fosa mas bien que bajó, se echó sobre el ataud, y gritó:

—¿Estais ahí?

Continuó el silencio en la tumba.

Fauchelevent, privado casi de respiracion por el temblor que sentia, sacó el escoplo y el martillo, é hizo saltar la tapa de la caja. El rostro de Juan Valjean apareció en el crepúsculo pálido, y con los ojos cerrados.

Fauchelevent sintió que se le erizaban los cabellos; se puso en pie, y se apoyó de espaldas en la pared de la fosa, casi cayéndose sobre el ataud. Miró á Juan Valjean.

Juan Valjean yacia pálido é inmóvil.

Fauchelevent murmuró en una voz baja como un soplo:

—¡Está muerto!

Y enderezándose, cruzó los brazos tan violentamente, que se golpeó los hombros con ambos puños.

—¡Buen modo he tenido de salvarle! dijo.

Entonces el pobre hombre se puso á sollozar y á hablar. El monólogo existe en la naturaleza: las grandes emociones nos hacen hablar alto.

—El tio Mestienne tiene la culpa. ¿Por qué se ha muerto ese imbécil? ¿Qué necesidad tenia de morirse cuando hacia falta? El ha dado la muerte al señor Magdalena. ¡Señor Magdalena! Está en el ataud; todo ha concluido. ¡Ah! ¿Es esto tener sentido comun? ¡Ay! ¡Dios mio! ¡Está muerto! ¿Y qué voy á hacer yo ahora de su niña? ¿Qué va á decir la frutera? ¿Pero es posible, Dios mio, que un hombre como éste muera asi? ¡Cuando me acuerdo de que se metió debajo de mi carreta! ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! Se ha asfixiado, bien decia yo; pero no quiso creerme. ¡Vaya una picardía que he hecho! ¡Ha muerto este buen hombre, el mejor hombre que habia entre los buenos de Dios! ¡Y su niña! ¡Yo no vuelvo allá! Me quedo aquí. ¡Haber hecho una cosa como esta! ¡Haber llegado á esta edad para ser dos viejos locos! Pero ¿cómo entró en el convento? Por aquí empezó. No se deben hacer esas cosas. ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Magdalena! ¡Señor alcalde! No me oye. ¡Cómo saldremos ahora de esta!

Digitized by Google

Y se mesaba los cabellos.

Oyóse en aquel momento á lo lejos por entre los árboles un chirrido agudo. Era la verja del cementerio que se cerraba.

Fauchelevent se inclinó sobre Juan Valjean y retrocedió bruscamente todo lo que se puede retroceder en una sepultura. Juan Valjean tenia los ojos abiertos y le miraba.

Ver una muerte es una cosa horrible, pero ver una resurreccion no lo es menos. Fauchelevent se quedó petrificado, pálido, confuso, rendido por el esceso de las emociones, sin saber si tenia que habérselas con un muerto ó con un vivo, y mirando á Juan Valjean que le miraba.

—Me he dormido, dijo Juan Valjean. Y se sentó.

Fauchelevent cayó de rodillas.

—¡Santa Vírgen! esclamó. ¡Me habeis dado un susto!

Despues se levantó, y dijo: gracias, señor Magdalena.

Juan Valjean estaba solo desmayado. El aire libre le volvió el conocimiento.

La alegría es el reflujo del temor. Fauchelevent tuvo que hacer casi tanto como Juan Valjean para volver en sí.

—¡No habeis muerto! ¡Oh, cuánto ánimo teneis! Os he llamado tanto que habeis despertado. Cuando os ví con los ojos cerrados dije: Bien; se ha asfixiado. ¡Oh! me hubiera vuelto loco; pero loco furioso, loco de atar; me hubieran llevado á Bicetre. ¿Qué habia yo de hacer si hubiérais muerto? ¡Y vuestra niña! ¡La frutera no hubiera sabido nada! ¡Se le deja la niña en los brazos, y el abuelo ha muerto! ¡Qué historia! ¡Santos del paraiso, qué historia! ¡Ah! pero vivís. Todo se acabó.

—Tengo frio, dijo Juan Valjean.

Estas palabras recordaron á Fauchelevent la realidad, que era urgente. Aquellos dos hombres, aunque vueltos en sí, tenian, sin saber por qué, turbado el espíritu; sentian una cosa estraña, que era el reflejo del siniestro lugar en que estaban.

—Salgamos pronto de aquí, dijo Fauchelevent.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una calabacita de que se habia provisto.

—¡Lo primero un trago! dijo.

Digitized by Google

La calabaza acabó lo que la brisa habia empezado. Juan Valjean bebió un sorbo de aguardiente, y entró en plena posesion de sí mismo.

Salió del ataud, y ayudó á Fauchelevent á clavar la tapa.

Tres minutos despues estaban fuera de la hoya.

Fauchelevent estaba tranquilo por lo demás. Habia calculado bien el tiempo. El cementerio estaba cerrado, y no habia que temer la llegada del enterrador Gribier. El «recluta» estaria en su casa, buscando la cédula, sin encontrarla, porque la tenia Fauchelevent en el bolsillo. Y sin cédula no podia entrar en el cementerio.

Fauchelevent cogió la pala y Juan Valjean el azadon, y enterraron el ataud vacío.

Cuando estuvo llena la fosa, dijo Fauchelevent:

—Vámonos. Yo llevo la pala, llevad el azadon.

Cerraba ya la noche.

Juan Valjean encontró alguna dificultad para moverse y para andar; en el ataud se habia enfriado y habia tomado algo del cadáver. La anquilosis de la muerte le habia cogido entre cuatro tablas, y le fue necesario, por decirlo asi, deshelarse del sepulcro.

—Estais yerto, dijo Fauchelevent. Es lástima que yo sea cojo; correríamos un poco.

—¡Bah! respondió Valjean, cuatro pasos me bastan para dar fuerza á las piernas.

Se fueron por el mismo camino que habia llevado el carro fúnebre. Cuando llegaron á la verja, cerrada ya, y al cuarto del guarda, Fauchelevent, que llevaba en la mano la cédula del enterrador, la echó en la caja, el guarda tiró de la cuerda, se abrió la puerta y salieron.

—¡Qué bien va todo! ¡Habeis tenido una idea magnífica, señor Magdalena! dijo Fauchelevent.

Atravesaron la barrera Vaugirard lo mas fácilmente del mundo. En las cercanías de un cementerio una pala y un azadon son dos pasaportes. La calle de Vaugirard estaba desierta.

—Señor Magdalena, dijo Fauchelevent, sin dejar de andar y alzando la vista hácia las casas, teneis mejor vista que yo. Enseñadme el número 87.

Digitized by Google

—Aquí está precisamente.

—No hay nadie en la calle, respondió Fauchelevent. Dadme el azadon, y esperadme dos minutos.

Fauchelevent entró en el número 87. Subió al último piso, guiado por el instinto que lleva siempre al pobre hácia el tejado, y llamó en la oscuridad á la puerta de una buhardilla. Una voz respondió:

—Adelante.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevent empujó la puerta. El cuarto del enterrador era, como todas esas infelices habitaciones, un desvan sin amueblar, y lleno de trastos. Un cajon,—un ataud quizá (1),—servia de cómoda; una orza de manteca, hacia de fuente; una estera, de cama; el suelo hacia las veces de sillas y de mesa. En un rincon, sobre un harapo, que era un retazo viejo de alfombra, estaba una mujer delgada, rodeada de niños, que formaban un grupo confuso. Toda la habitacion indicaba un gran desórden. Parecia que habia sucedido un temblor de tierra «para uno solo.» Las tapias estaban abiertas, los harapos esparcidos, el cántaro roto, la madre habia llorado, los hijos habian recibido algun golpe probablemente; huellas todas de un registro rigoroso y estraordinario. Conocíase que el enterrador habia buscado en vano su cédula, y hecho responsable de esta pérdida á todo el mundo en la casa, desde el cántaro hasta su mujer. Gribier parecia desesperado.

Pero Fauchelevent deseaba demasiado el fin de la aventura para observar este lado triste de su triunfo.

Entró, pues, y dijo:

—Os traigo la pala y el azadon.

Gribier le miró estupefacto.

—¿Sois vos, provinciano?

—Mañana encontrareis la cedula en casa del guarda del cementerio. Y dejó la pala y el azadon en el suelo.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Gribier.

—Quiere decir que habeis dejado caer la cédula del bolsillo; que la encontré en el suelo despues que os marchásteis; que he enterrado al

(1) Los ataudes franceses suelen ser un cajon: no tienen la forma característica de los nuestros.

Digitized by Google

muerto, y cubierto la fosa; que he hecho vuestro trabajo; que el guarda os dará la cédula, y que no pagareis quince francos. Esto es todo, recluta.

—Gracias, provinciano, esclamó Gribier deslumbrado de alegría. La primera vez seré yo el que pague.

Digitized by Google

VIII.

INTERROGATORIO DE FELICES RESULTADOS.

Una hora despues, en la oscuridad de la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el número 62 de la calle Picpus. El mas viejo de los dos cogió el llamador y llamó.

Eran Fauchelevent, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habian ido á buscar á Cosette á casa de la frutera de la calle del Camino verde, donde la habia dejado Fauchelevent la víspera. Cosette habia pasado estas veinticuatro horas sin comprender nada, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto, que no habia llorado. No habia comido ni dormido. La pobre frutera le habia hecho mil preguntas sin conseguir mas respuesta que una mirada triste, siempre la misma. Cosette no habia dejado traslucir nada de lo que habia oido y visto en los dos últimos dias. Adivinaba que estaba atravesando una crísis, y conocia que era necesario ser «prudente.» ¿Quién no ha esperimentado el terrible poder de estas tres palabras pronunciadas en cierto tono al oido de un niño aterrado: *¡No digas nada!* El miedo es mudo. Por otra parte, nadie guarda un secreto como un niño.

Solo cuando despues de estas veinticuatro horas habia vuelto á ver á Juan Valjean habia arrojado tal grito de alegría, que cualquier hombre pensativo hubiera adivinado en él la salida de un abismo.

Digitized by Google

Fauchelevent era del convento y sabia la contraseña. Todas las puertas se abrieron.

Asi se resolvió el doble y difícil problema: Salir y entrar.

El portero, que tenia ya sus instrucciones, abrió la puertecita que ponia en comunicacion el patio y el jardin, y que hace veinte años se veia aun desde la calle, en la pared del fondo del patio, en frente de la puerta-cochera. El portero introdujo á los tres por esta puerta, y desde allí pasaron al locutorio reservado, donde el dia anterior habia tomado Fauchelevent las órdenes de la priora.

La priora, con el rosario en la mano, les esperaba ya. A su lado estaba de pie con el velo echado una madre vocal. Una discreta vela alumbraba, ó por mejor decir, hacia que alumbraba el locutorio.

La priora examinó á Juan Valjean. Nada escudriña tanto como unos ojos bajos.

Despues le preguntó:

—¿Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre, respondió Fauchelevent.

—¿Cómo os llamais?

Fauchelevent respondió:

—Ultimo Fauchelevent.

Habia tenido, en efecto, un hermano llamado Ultimo, que habia muerto.

—¿De dónde sois?

Fauchelevent respondió:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad teneis?

Fauchelevent respondió:

—Cincuenta años.

—¿Qué oficio?

Fauchelevent respondió:

—Jardinero.

—¿Sois buen cristiano?

Fauchelevent respondió:

—Todos lo son en nuestra familia.

—¿Es vuestra esta niña?

Fauchelevent respondió:

Digitized by Google

—Sí, reverenda madre.

—¿Sois su padre?

Fauchelevent respondió:

—Su abuelo.

La madre vocal dijo entonces á la priora en voz baja:

—Responde bien.

Juan Valjean no habia pronunciado una sola palabra.

La priora miró á Cosette con atencion, y dijo á media voz á la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en el rincon del locutorio; y despues se volvió la priora, y dijo:

—Tio Fauvent, buscareis otra rodillera con campanilla. Ahora hacen falta dos.

En efecto, al dia siguiente se oian dos campanillas en el jardin, y las religiosas no podian resistir al deseo de levantar una punta del velo. En el fondo del jardin, y bajo los árboles, se veia cavar á dos hombres, Fauchelevent y otro: estraordinario acontecimiento. Rompióse el silencio, y llegaron á decir en voz baja: Es un ayudante del jardinero.

Las madres vocales añadian: Es un hermano del tio Fauvent.

Juan Valjean se habia ya instalado formalmente: tenia su rodillera de cuero y su campanilla; era ya una cosa oficial: se llamaba Ultimo Fauchelevent.

La causa mas eficaz de su admision habia sido esta observacion de la priora sobre Cosette: *Será fea.*

Asi que la priora dijo este pronóstico, se hizo amiga de Cosette, y la admitió en el Colegio como educanda de caridad.

Todo esto es muy lógico.

Por mas que no haya espejos en el convento, las mujeres tienen la conciencia de su fisonomía; y las jóvenes que se creen bonitas no se dejan hacer monjas fácilmente. La vocacion voluntaria está en razon inversa de la belleza, y por esto se espera mas de las feas que de las hermosas. De aquí proviene una viva aficion á las fealdades.

La aventura que hemos referido engrandeció al buen viejo Fauchelevent, que consigió un triple triunfo: cerca de Juan Valjean, á quien salvó y dió asilo; cerca del enterrador Gribier, que se decia: me ha

Digitized by Google

librado de pagar la multa; cerca del convento, que gracias á él, conservando el cuerpo de la madre Crucifixion, habia podido eludir el pago del tributo al César, y cumplir la voluntad de la difunta. Hubo un ataud con cadáver en el pequeño Picpus, y un ataud sin cadáver en el cementerio Vaugirard; el órden público se turbó sin duda profundamente, pero nadie lo notó. En cuanto al convento, su gratitud para con Fauchelevent fue muy grande; de modo, que llegó á ser el mejor de los criados, y el mejor de los jardineros. En la primera visita del arzobispo, la priora contó todo á su ilustrísima, confesándose un poco culpada, pero gloriándose tambien. El arzobispo, al salir del convento, habló de ello con elogio y en secreto al señor Latil, confesor del hermano del rey, y despues al cardenal arzobispo de Reims. La fama de Fauchelevent corrió tierras y llegó á Roma. Hemos visto una carta dirigida por el papa reinante, entonces Leon XII, ó un pariente suyo de la nunciatura de París, llamado como él Della-Genga, en la cual se lee lo siguiente: «Parece que hay en »un convento de París un escelente jardinero, que es un santo varon, »llamado Fauvan.» Pero ninguna noticia de este triunfo llegó á la cabaña de Fauchelevent, que siguió ingertando, escardando y cubriendo sus melones, sin tener la menor idea de su escelencia y de su santidad. No tenia de su gloria mas noticias que las que pudiera tener de la suya el buey de Durham ó de Surrey, cuyo retrato se publicó en el *Illustrated London News* con esta inscripcion: *Buey que ha ganado el premio en la esposicion de animales de cuernos.*

Digitized by Google

MARIO.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX.

CLAUSURA

Cosette continuó guardando silencio en el convento.

Creíase sencillamente hija de Juan Valjean; y como por otra parte nada sabia, nada podia contar, y en todo caso no hubiera descubierto nada. Hemos dicho ya que nada enseña el silencio á los niños como la desgracia, y Cosette habia padecido tanto, que todo lo temia, hasta su voz y su respiracion. ¡Cuántas veces una palabra habia hecho caer sobre ella una avalancha! Pero habia principiado á tranquilizarse desde que estaba con Juan Valjean. Se acostumbró muy pronto al convento; solamente echaba de menos á Catalina, pero no se atrevia á decirlo. Sin embargo, una vez dijo á Juan Valjean:

—Padre, si lo hubiera sabido, la habria traido conmigo.

Cosette al entrar de educanda, tuvo que tomar el traje de las colegialas de la casa. Juan Valjean consiguió que le volviesen los vestidos que dejó, es decir, el mismo traje de luto con que la vistió cuando la sacó de las garras de los Thenardier. El traje no

Digitized by Google

estaba aun muy usado; Juan Valjean guardó el vestido, las medias de lana y los zapatos con mucho alcanfor, y otros aromas que abundan en los conventos, en un baulito que pudo procurarse; lo puso sobre una silla al lado de su cama, y llevaba siempre la llave consigo.—Padre, le dijo un dia Cosette, ¿qué tiene esta caja que huele tan bien?

El tio Fauchelevent, además de la gloria que acabamos de decir, y que él ignoró, fue recompensado por su buena accion. En primer lugar, tuvo la satisfaccion de su conciencia, y además, tuvo menos trabajo, dividiéndole con Juan Valjean. Por último, como le gustaba mucho el tabaco, estando al lado del señor Magdalena, tomaba triple cantidad que antes, y con mucho mas placer, porque era el señor Magdalena el que pagaba.

Las monjas no adoptaron el nombre de Ultimo, y llamaron á Juan Valjean *el otro Fauvent*.

Si aquellas santas mujeres hubieran tenido la perspicacia de Javert habrian notado, que cuando habia que salir fuera para las necesidades del jardin, salia siempre el Fauchelevent mayor, el viejo, el delicado, el cojo, y nunca el otro: pero ya fuese porque los ojos, siempre fijos en Dios, no saben espiar, ó porque estuviesen ocupadas en espiarse unas á otras, lo cierto es que no notaron nada.

Juan Valjean, por lo demás, hizo muy bien en estarse quieto, y no moverse, porque Javert vigiló el barrio por espacio de mucho mas de un mes.

El convento era para Juan Valjean como una isla rodeada de abismos: aquellos cuatro muros eran el mundo para él. Tenia bastante cielo para estar tranquilo, y tenia á Cosette para ser feliz.

Empezó, pues, para él una vida muy grata.

Vivia con el tio Fauchelevent en la barraca del jardin, choza de argamasa que existia aun en 1845, y se componia, como hemos dicho, de tres piezas completamente desamuebladas, que solo tenian las paredes. El tio Fauchelevent habia cedido la principal al señor Magdalena, por mas que Juan Valjean se habia opuesto á ello. La pared de este cuarto, además del clavo destinado á colgar la rodillera y la cesta que usaba Fauchelevent, estaba adornada con un papel-moneda realista de 1793, pe-

Digitized by Google

gado á la pared por cima de la chimenea. Véase el facsímile exacto (1).

Este asignado vendeano habia sido puesto allí por el jardinero precedente, antiguo chuan que habia muerto en el convento, y á quien habia sucedido Fauchelevent.

Juan Valjean trabajaba todos los dias en el jardin, y era muy útil. Habia sido en su juventud podador, y no estrañaba la jardinería. El lector recordará que conocia todo género de recetas y de secretos de cultivo, y sacó de ellas partido. Casi todos los árboles del jardin eran silvestres; los ingertó y los hizo dar escelentes frutas.

Cosette tenia licencia para pasar todos los dias una hora á su lado. Como las hermanas estaban siempre tristes, y Juan Valjean era tan amable, la niña comparaba, y le adoraba. A la hora puntual corria hácia la barraca; y cuando entraba en la casucha se llenaba de alegría. Juan Valjean se esplayaba y sentia crecer su dicha con la de Cosette. La alegría que inspiramos tiene el doble encanto de que lejos de debilitarse con el reflejo, vuelve á nosotros mas intensa. En las horas de recreo,

(1) Ejército católico—y real.—Por el rey.—Bono trasferible de DIEZ LIBRAS—para objetos suministrados al ejército,—reembolsable cuando se haga la paz.—Serie 3.—Núm. 10,390.

Digitized by Google

Juan Valjean miraba desde lejos cómo jugaba y reia Cosette, y distinguia su risa de la risa de las demás.

Porque Cosette reia ya.

La figura de la niña hasta se habia cambiado en cierto modo. Habia perdido lo sombrío. La risa es el sol; disipa las nubes de la fisonomía.

Cuando concluia el recreo y volvia al convento, Juan Valjean miraba á las ventanas de la clase; y por la noche se levantaba para mirar las ventanas del dormitorio.

Pero Dios tiene sus caminos: el convento contribuia, como Cosette, á mantener y completar en Juan Valjean la obra del obispo. Es cierto que la virtud por un lado llega hasta el orgullo; solo está separada de él por un puentecillo hecho por el diablo. Juan Valjean estaba quizá cerca de este puente, cuando la Providencia le llevó al pequeño Picpus. Mientras no se habia comparado mas que con el obispo, se habia creido indigno, y habia sido humilde; pero desde que, hacia algun tiempo, se comparaba con los hombres, habia principiado á nacer en él el orgullo. ¿Quién sabe si tal vez, y poco á poco, habria concluido por volver al odio?

El convento le detuvo en esta pendiente.

Era aquel el segundo lugar de cautividad que veia. En su juventud, en lo que habia sido para él el principio de la vida, y despues recientemente aun, habia visto otro lugar horroroso, terrible, cuyos rigores habia considerado como la iniquidad de la justicia, y como el crímen de la ley. A la sazon, despues del presidio veia el claustro; y pensando en que habia estado en el presidio, y que era espectador del claustro, los confrontaba con ansiedad en su imaginacion.

Algunas veces se apoyaba en la pala, y descendia lentamente por la espiral sin fin de la meditacion.

Recordaba á sus antiguos compañeros, y su gran miseria; se levantaban al amanecer y trabajaban hasta la noche; apenas les permitian dormir; se acostaban en camas de campaña, y solo se les toleraba un colchon de dos pulgadas de grueso, en salas que no tenian lumbre mas que en los meses mas crudos del año; vestian una horrible chaqueta roja, y se les permitia usar por gracia un pantalon de tela en los

Digitized by Google

grandes calores, y una manta de lana en los frios escesivos; no bebian vino, ni comian carne, sino cuando iban «al trabajo.» Vivian sin nombre: solo eran conocidos por números; estaban casi convertidos en cifras, y vivian con los ojos bajos, la voz baja, los cabellos cortados, bajo la vara y en la vergüenza.

Despues su espíritu se dirigia á los seres que tenia ante la vista.

Estos seres vivian tambien con los cabellos cortados, los ojos bajos, la voz baja, no en la vergüenza, pero sí en medio de la burla del mundo; no con la espalda herida por el látigo, pero sí destrozada por las disciplinas. Tambien estos seres habian perdido su nombre entre los hombres; solo eran conocidos por austeros apelativos. Nunca comian carne, jamás bebian vino; muchos dias estaban en ayunas hasta la noche. Traian, no una chaqueta roja, sino un sudario negro de lana pesado en el verano, ligero en el invierno, y no podian quitarle ni añadirle nada; no tenian ni aun el recurso de la tela y de la lana: seis meses del año llevaban camisas de buriel, que les producian calentura. Vivian, no en salas calentadas solo los dias de riguroso frio, sino en celdas donde nunca se encendia lumbre; dormian, no en colchones de dos pulgadas de grueso, sino sobre paja. Por último, ni aun se les permitia dormir; todas las noches, despues de un dia de trabajo, debian despertar en el cansancio del primer sueño; cuando empezaban á dormir y á calentarse, debian, levantarse y rezar en una capilla helada y sombría, de rodillas sobre la piedra.

En ciertos dias, cada uno de estos seres á su vez permanecia doce horas consecutivas arrodillado sobre el mármol, ó prosternado con la cara en el suelo y los brazos en cruz.

Los otros eran hombres; estos eran mujeres.

¿Y qué habian hecho aquellos hombres? Habian robado, violado, saqueado, matado, asesinado. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas. ¿Y qué habian hecho estas mujeres? Nada.

De un lado, el salteamiento, el fraude, el dolo, la violencia, la lubricidad, el homicidio, todos los géneros de sacrilegio, todas las variedades del crímen. De otro lado, una sola cosa: la inocencia.

Digitized by Google

La inocencia perfecta, casi llevada hasta una misteriosa asuncion, unida á la tierra por la virtud, y al cielo por la santidad.

De un lado, confidencias de crímenes que se hacen en voz baja. De otro, la confesion de faltas hecha en alta voz. ¡Y qué crímenes! ¡Y qué faltas!

De un lado, miasmas; del otro, inefable perfume. De un lado la peste moral, vigilada por centinelas de vista, cercada de cañones, devorando lentamente á sus apestados; del otro, una casta union de todas las almas en el mismo foco. Allí, las tinieblas; aquí, la sombra; pero una sombra llena de claridad, y una claridad llena de fulgores.

Ambos eran lugares de esclavitud; pero en el primero era posible la redencion; tenia un límite legal siempre esperado, y además la evasion. En el segundo, la perpetuidad, y por toda esperanza, á la estremidad lejana del porvenir, esa luz de libertad que los hombres llaman muerte.

En el primero, el hombre estaba solo encadenado por una cadena; en el segundo, por la fe.

¿Qué salia del primero? Una inmensa maldicion, el rechinamiento de dientes, el odio, la perversidad desesperada, un grito de rabia contra la sociedad humana, un sarcasmo contra el cielo.

¿Qué salia del segundo? La bendicion y el amor.

Y en estos dos lugares tan semejantes y tan diversos, estas dos clases de seres realizaban una misma cosa: la expiacion.

Juan Valjean comprendia muy bien la expiacion de los primeros; la expiacion personal, la expiacion por sí mismo. Pero no comprendia la otra, la de aquellas criaturas sin mancha, y se preguntaba temblando: ¿Expiacion de qué? ¿Qué expiacion?

Y en su conciencia respondia una voz: la mas divina de las generosidades humanas: la expiacion por los demás.

Aquí nos reservamos toda teoría personal: no somos mas que narradores; nos ponemos bajo el punto de vista de Juan Valjean, y traducimos sus impresiones.

Tenia ante su vista el vértice sublime de la abnegacion, la cumbre mas alta de la virtud, la inocencia que perdona las faltas de los hombres y las expía en su lugar: la servidumbre practicada, la tortura

Digitized by Google

aceptada, el suplicio reclamado por las almas que no han pecado, para librar de él á las almas que le han cometido: el amor de la humanidad, abismándose en el amor de Dios; pero permaneciendo distinto y suplicante: débiles seres que unen la miseria de los condenados á la sonrisa de los escogidos.

¡Y entonces recordaba que se habia atrevido á quejarse!

Muchas veces, en medio de la noche, se levantaba para escuchar el canto de agradecimiento de aquellas criaturas inocentes y abrumadas de rigor, y sentia frio en las venas al pensar que los que eran castigados con justicia no elevaban la voz hácia el cielo mas que para blasfemar; y que él, miserable, habia amenazado á Dios.

Y, ¡cosa estraña, que le hacia meditar profundamente como un aviso en voz baja de la misma Providencia! Todos los esfuerzos que habia hecho para salir del otro lugar de expiacion, el escalamiento, la ruptura de la prision, el peligro aceptado hasta la muerte, la ascension difícil y brusca, habia tenido que hacerlos igualmente para entrar en este segundo lugar. ¿Era acaso este el símbolo de su destino?

Aquella casa era tambien una prision, y se parecia lúgubremente á la otra casa de que habia huido; y sin embargo, nunca se le habia ocurrido esta semejanza.

Vea allí rejas, cerrojos, barras de hierro. ¿Para qué? Para guardar ángeles.

Aquellas altas tapias que habia visto cercando á tigres, las miraba ahora alrededor de corderos.

Aquel era un lugar de expiacion y no de castigo; mas no por esto era menos austero, menos lúgubre, menos inexorable que el otro. Aquellas vírgenes andaban mas oprimidas que los presidiarios. Un viento frio y rudo, el viento que habia helado su juventud, atravesaba el foco enrejado y encadenado de los buitres; una brisa mas áspera y mas dolorosa soplaba en la jaula de las palomas.

¿Por qué?

Cuando pensaba en estas cosas se abismaba su espíritu en el misterio de la sublimidad.

En estas meditaciones desaparecia el orgullo. Dió toda clase de vuel-

Digitized by Google

tas sobre sí mismo, y conoció que era malo, y lloró muchas veces. Todo lo que habia sentido su alma en seis meses, le llevaba de nuevo á las santas máximas del obispo: Cosette por el amor, el convento por la humildad.

Algunas veces, á la caida de la tarde, en el crepúsculo, á la hora en que el jardin estaba desierto, se le veia de rodillas en medio del paseo que costeaba la capilla, delante de la ventana por donde habia mirado la primera noche, vuelto hácia el sitio en que sabia que la hermana que hacia el desagravio estaba prosternada en oracion. Rezaba arrodillado ante esta monja.

Parecia que no se atrevia á arrodillarse directamente delante de Dios.

Todo lo que le rodeaba, aquel jardin pacífico, aquellas flores embalsamadas, aquellas niñas dando gritos de alegría, aquellas mujeres graves y sencillas, aquel claustro silencioso, le penetraban lentamente, y poco á poco su alma iba adquiriendo el silencio del claustro, el perfume de las flores, la paz del jardin, la ingenuidad de las monjas y la alegría de las niñas. Además, recordaba que precisamente dos casas de Dios le habian acogido en los momentos críticos de su vida; la primera, cuando todas las puertas se le cerraban y le rechazaba la sociedad humana; la segunda, cuando la sociedad humana volvia á perseguirle, y el presidio volvia á solicitarle; sin la primera, hubiera caido en el crímen; sin la segunda, en el suplicio.

Su corazon se deshacia en agradecimiento, y amaba cada dia mas.

Muchos años pasaron asi: Cosette iba creciendo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA SEGUNDA PARTE.

Digitized by Google

INDICE.

SEGUNDA PARTE.

COSETTE.

LIBRO PRIMERO.

WATERLOO.

		Páginas.
I.	Lo que se encuentra al venir de Nivelles.	7
II.	Hougomont.	10
III.	El 18 de junio de 1815.	17
IV.	A.	20
V.	El quid obscurum de las batallas.	23
VI.	Las cuatro de la tarde.	27
VII.	Napoleon de buen humor.	31
VIII.	El emperador hace una pregunta al guia Lacoste.	37
IX.	Lo inesperado.	40
X.	La meseta de Mont-Saint-Jean.	44

Digitized by Google

Páginas.

XI. Mal guia para Napoleon, bueno para Bulow.. 50
XII. La guardia. 52
XIII. La catástrofe.. 54
XIV. El último cuadro. 57
XV. Cambronne. 59
XVI. ¿Quot libras in duce?. 62
XVII. ¿Fue bueno el resultado de Waterlóo?. 68
XVIII. Recrudescencia del derecho divino.. 71
XIX. El campo de batalla por la noche.. 74

LIBRO SEGUNDO.

EL NAVIO ORION.

I. El número 24,601 se convierte en el número 9,430. . . . 83
II. Donde se leerán dos versos, que son tal vez del diablo. . . . 87
III. De cómo la cadena de la argolla debió de haber sufrido alguna operacion preparatoria para romperse asi de un martillazo. 92

LIBRO TERCERO.

CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA HECHA A LA DIFUNTA.

I. La cuestion de agua de Montfermeil. 103
II. Dos retratos completos. 107
III. Vino á los hombres y agua á los caballos. 113
IV. Entrada de una muñeca en escena.. 116
V. La niña enteramente sola. 118
VI. Capítulo que prueba tal vez la inteligencia de Boulatruelle. . . 124
VII. Cosette en la oscuridad al lado del desconocido. 130
VIII. Inconvenientes de recibir en casa á un pobre, que tal vez es un rico. 134

Digitized by Google

Páginas.

IX. Thenardier maniobrando. 152
X. De cómo el que busca lo mejor puede hallar lo peor. . . . 160
XI. Vuelve á aparecer el número 9,430 y Cosette lo gana á la lotería. 166

LIBRO CUARTO.

LA CASA DE GORBEAU.

I. Maese Gorbeau. 171
II. Nido para buho y curruca. 178
III. Dos desgracias entrelazadas producen felicidad. 180
IV. Las observaciones de la inquilina principal. 185
V. Una moneda de cinco francos que cae al suelo hace ruido. . . 188

LIBRO QUINTO.

A CAZA DE ESPERA, JAURIA MUDA.

I. Los rodeos de la estrategia.. 195
II. Donde se verá cuán útil es que pasen carruajes por el puente de Austerlitz. 199
III. Véase el plano de París de 1727. 201
IV. Tentativas de evasion. 205
V. Aventura que seria imposible con el alumbrado de gas. . . . 208
VI. Principio de un enigma.. 212
VII. Continúa el enigma.. 215
VIII. Se duplica el enigma. 218
IX. El hombre y el cencerro. 221
X. Donde se esplica cómo Javert habia expiado en vano. 225

Digitized by Google

LIBRO SESTO.

EL PEQUEÑO PICPUS.

		Páginas.
I.	Callejuela Picpus, número 62.	237
II.	La regla de Martin Vargas.	223
III.	Rigores.	248
IV.	Alegrías.	250
V.	Distracciones.	254
VI.	El convento pequeño.	260
VII.	Algunos perfiles de esta sombra.	263
VIII.	Post corda lapides.	266
IX.	Un siglo bajo una toca.	268
X.	Orígen de la adoracion perpetua.	271
XI.	Fin del pequeño Picpus.	273

LIBRO SETIMO.

PARÉNTESIS.

I.	El convento como idea abstracta.	277
II.	El convento como hecho histórico.	278
III.	Bajo qué condiciones puede respetarse lo pasado.	281
IV.	El convento bajo el punto de vista de los principios.	284
V.	La oracion.	286
VI.	Bondad absoluta de la oracion.	288
VII.	Precauciones que deben tomarse al condenar.	291
VIII.	La fe, la ley.	293

Digitized by Google

LIBRO OCTAVO.

LOS CEMENTERIOS TOMAN LO QUE LES DAN.

		Páginas.
I.	Donde se trata de cómo se puede entrar en un convento.	299
II.	Fauchelevent en presencia de la dificultad.	307
III.	La madre Inocente.	310
IV.	De cómo parece que Juan Valjean habia leido á Agustin Castillejo.	321
V.	De cómo no basta ser borracho para ser inmortal.	328
VI.	Entre cuatro tablas.	335
VII.	Donde verá el lector el orígen de la frase: guarda la cédula.	338
VIII.	Interrogatorio de felices resultados.	347
IX.	Clausura.	351

Digitized by Google

Digitized by Google

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

La noche de Waterlóo. 80

La Alondra. 120

Llegada de Juan Valjean y Cosette á París. 167

Javert. 204

El señor Gillenormand. 234

Entre cuatro tablas. 340

Mario. 350

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google